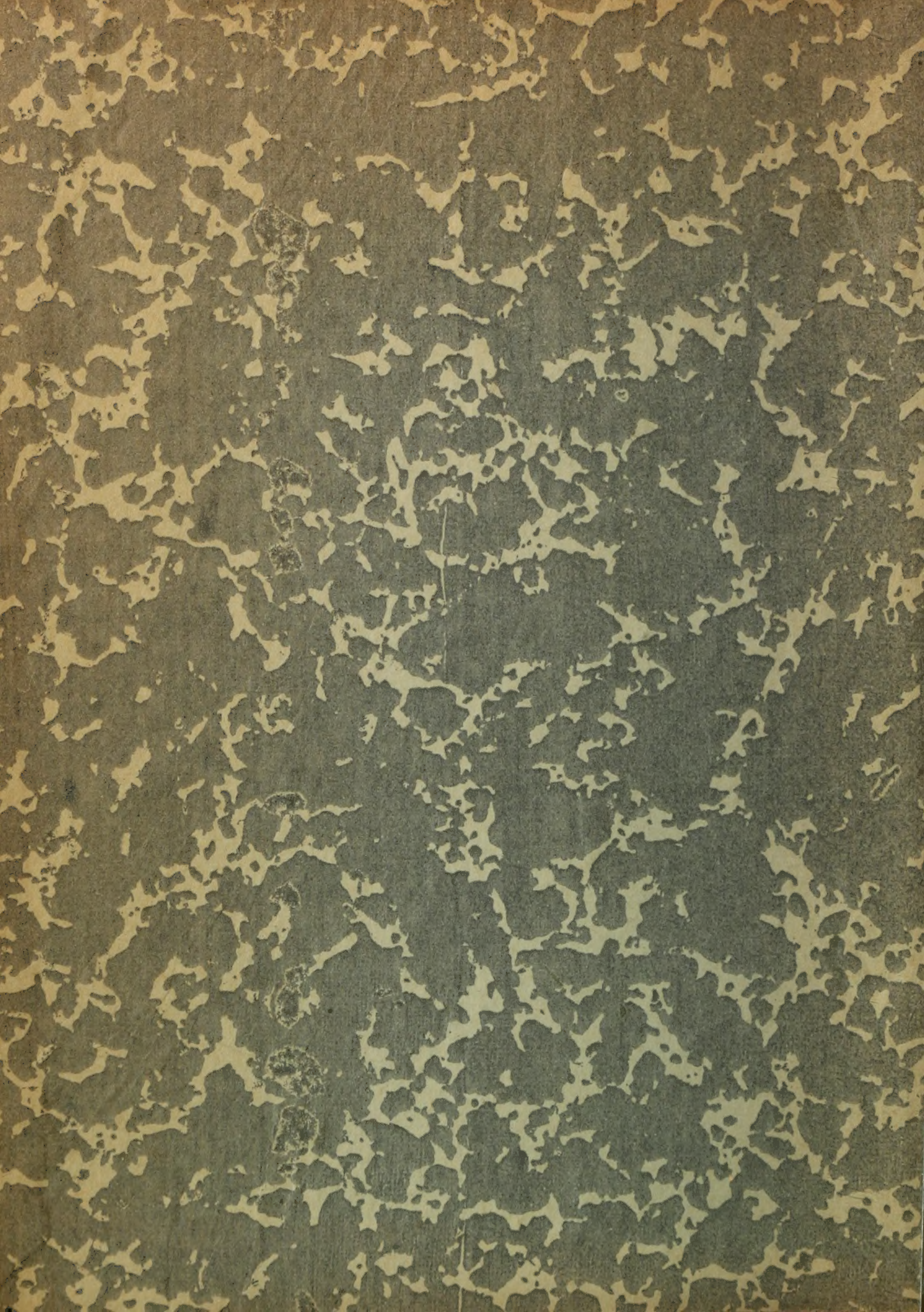
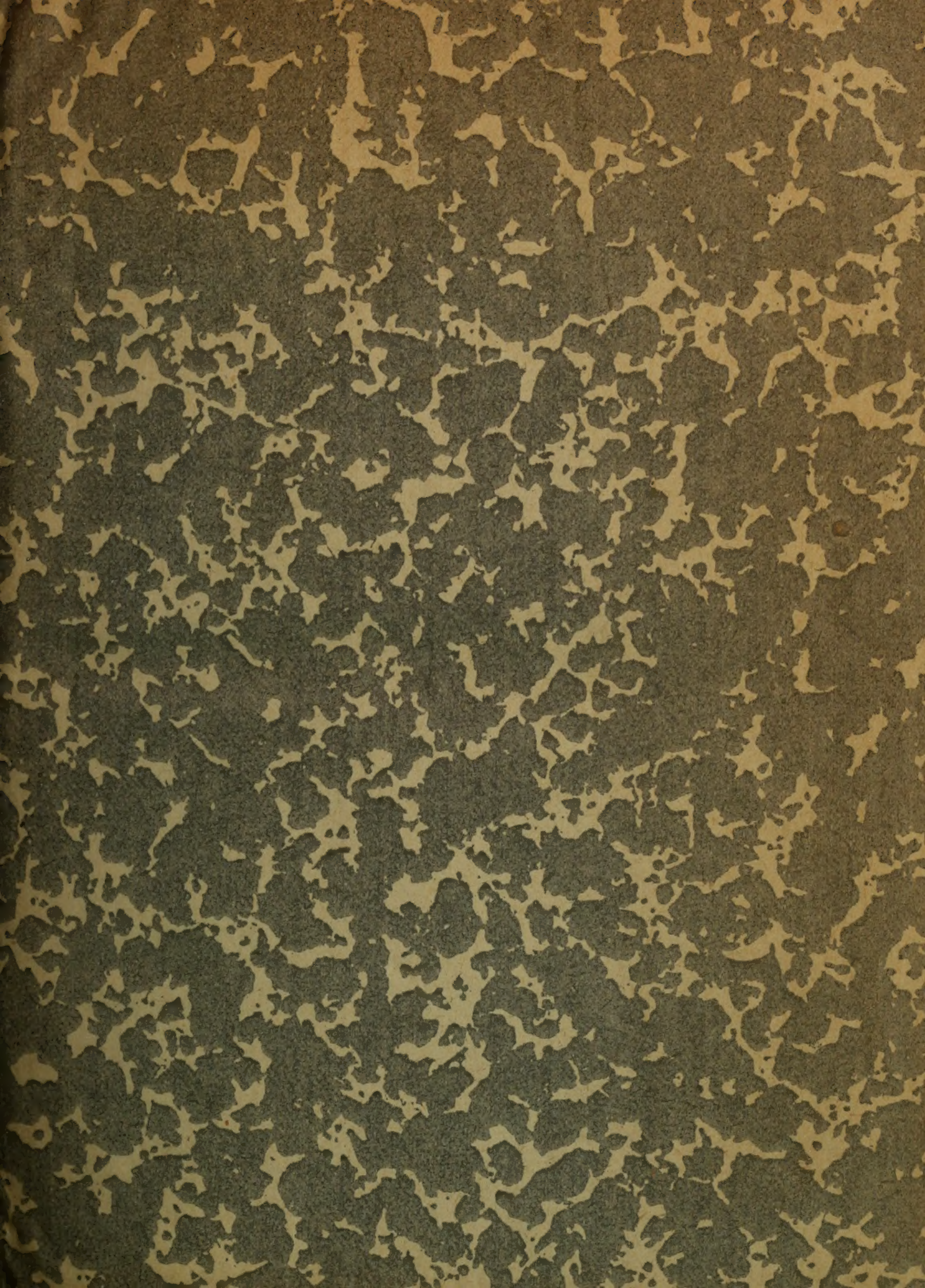
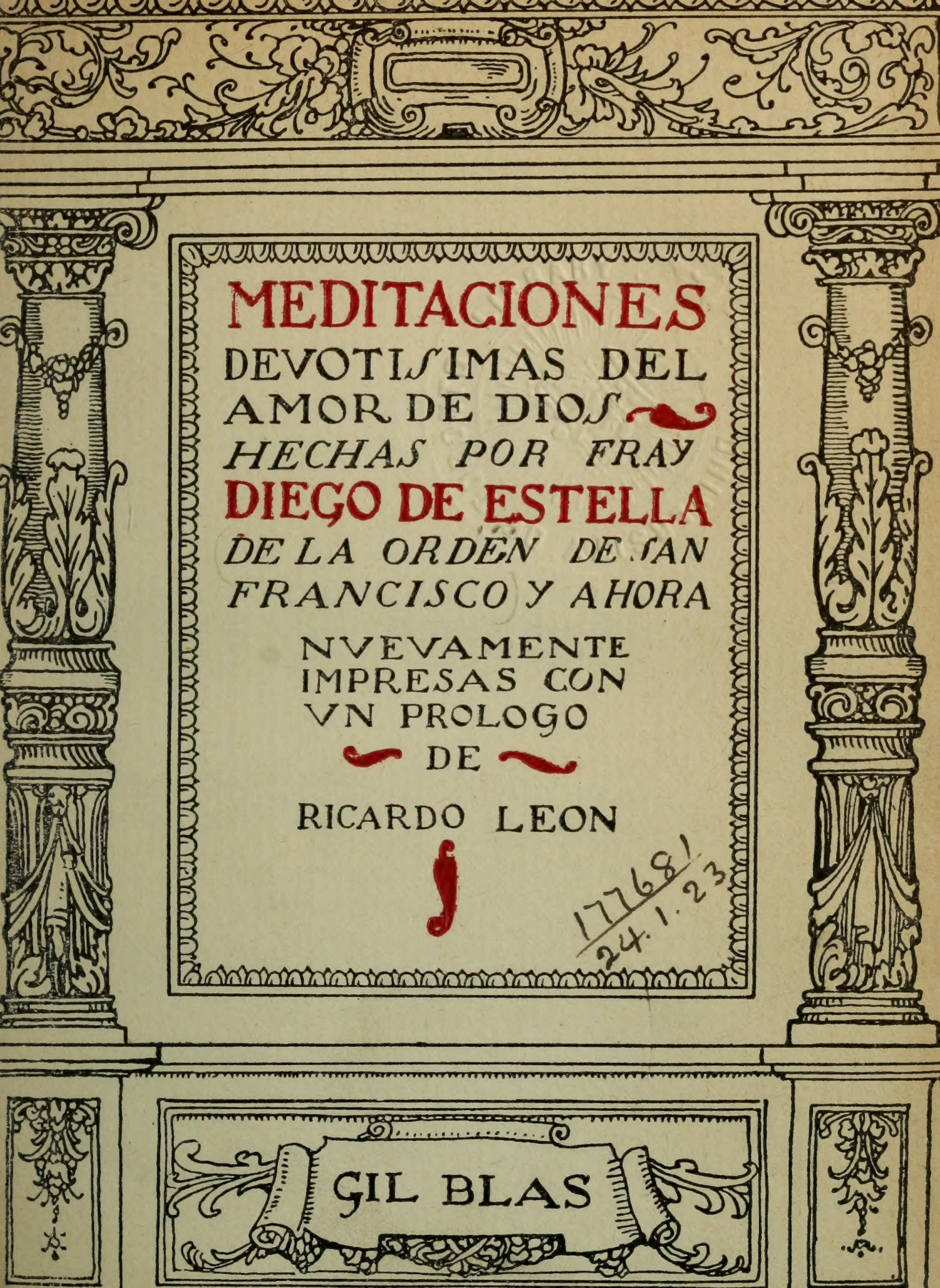

3 1761 08831867 0





MEDITACIONES DEVOTÍSIMAS DEL AMOR DE DIOS

Imprenta de Miguel Albero, Santa Engracia, 155. — MADRID


MEDITACIONES
DEVOTIſIMAS DEL
AMOR DE DIOſ
HECHAS POR FRAY
DIEGO DE ESTELLA
DE LA ORDEN DE ſAN
FRANCISCO Y AHORA
NVEVAMENTE
IMPRESAS CON
VN PROLOGO
DE
RICARDO LEON
17768
24.1.23
GIL BLAS





A LA MUY ILUSTRE SEÑORA DOÑA LEONOR DE EZA
SEÑORA DEL PALACIO Y LUGAR DE EZA

F. DIEGO DE ESTELLA S.



RIÓ *Dios al hombre, como dice San Agustín, para que entendiese el sumo bien, y entendiéndolo amase, y amándolo gozase, porque el amor, según el Apóstol, es vínculo de perfección que junta a nuestra alma con Dios, sin el cual no puede en alguna manera ser bienaventurada. Y porque para amar conviene conocer lo que se ama, y para conocer el sumo bien es necesario que el entendimiento de los hombres esté libre y limpio de las cosas terrenales de este siglo, deseando llegarlos a este conocimiento, escribí los años pasados, en nuestra lengua vulgar, tres libros de la vanidad del mundo para enseñar a despreciarlo, y así puedan levantar mejor el entendimiento a la contemplación de las cosas celestiales y mover la voluntad al amor de este bien infinito, que es Dios.*

Y considerando que en este amor divino consiste la perfeción cristiana, y que por él se alcanza el último fin de la bienaventuranza eterna, con deseo de perfeccionar a los que hubiesen comenzado a gustar el menosprecio del mundo, hice estas Meditaciones del Amor de Dios, por el cual lo han de trocar. Y habiéndolas visto algunos amigos míos, personas de santo celo, les pareció ser dignas de sacarlas en público, y a su ruego acordé de hacerlo y dedicarlas a v. m., cuyas heroicas obras y santos ejercicios dan testimoñio de que abunda en su noble pecho este santo y divino amor.

Y porque la grande caridad de v. m. y entrañas piadosas con que recibe y favorece a los pobres, y las largas limosnas que les hace y otras muchas y singulares virtudes de que la dotó Dios, son tan notorias en estos reinos que ninguno que oyere su nombre dejara de entender que hay en v. m. mucho más de lo que mi pluma pudiera escribir, conformándome con su humildísima condición, dejo de hacer lo que comúnmente acostumbran los que escriben, y cabe también en v. m. como en todos, que es alabar las virtudes de aquellos a quien dirigen sus obras.

Y quiero concluir con esto: que se conoce bien en v. m. ser hija de tan principal y valeroso padre como fué el Sr. Carlos de Eza y descendiente de tan generosa sangre y antigua casa como es en Navarra la suya, y que en cumplimiento de lo que dijo el Apóstol, que "a los que aman a Dios todas las cosas suceden bien", comenzó Nuestro Señor a dar a v. m. el premio de sus singulares virtudes en este mundo en haberle dado por marido al señor secretario Martín de Gaztelu, igual en virtud y nobleza, para que ayu-

dada con su cristianísimo celo prosiga sus santos propósitos y loables ejercicios y vaya siempre creciendo de bien en mejor en el amor de Dios hasta llegar a verle en el cielo y gozar de la bienaventuranza.

Y porque para conseguir tan dichoso fin me pareció buen medio éste, y como muy obligado servidor y capellán de v. m. y del señor secretario deseaba servirla en algo, no hallé ni tengo otra mejor cosa que estas Meditaciones de amor de Dios, el cual, plega a su divina bondad, encienda en el corazón de v. m. con aumento de su gracia, que éste tendré por suficiente premio de mi trabajo.

CENSURA DE UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, LECTOR DE TEOLOGÍA, EN EL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA DE MADRID

Por mandado de los señores del Consejo Real vi y examiné con toda diligencia estas Meditaciones del Amor de Dios, hechas por el muy reverendo Padre e insigne predicador fray Diego de Estella, de la Orden del Beato Padre San Francisco, y no hallo en ellas cosa alguna contra nuestra santa fé ni contra las buenas ccstumbres, antes contiene muy sana, católica y provechosa doctrina; en las cuales se muestra el autor, no solamente docto en la Teología escolástica y muy ejercitado en Escritura Sagrada, mas aún también hombre espiritual y muy devoto religioso y trata la materia del amor de Dios con elegante y sabroso estilo, poniendo en breve casi todo lo que los

santos de esta materia han dicho; y así digo que se puede muy bien imprimir y leer con mucho fruto de cualquier cristiano.

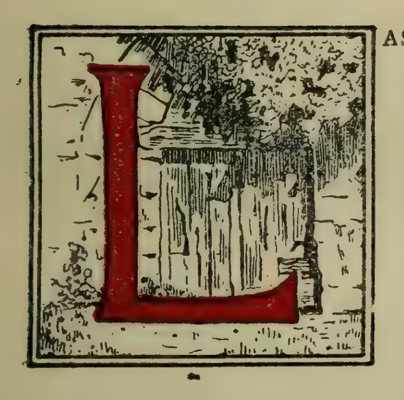
En nuestro Colegio de Madrid, a 17 de febrero de 1576 años.

Bartolomé ANDRÉS





PRÓLOGO



LAS *Meditaciones devotísimas ael amor de Dios*, uno de los libros más hondos, más regalados y elocuentes que se han escrito en castellano, inician aquí la serie de obras inéditas, desconocidas u olvidadas, de nuestros siglos de oro, con que la nueva Biblioteca GIL BLAS se propone contribuir al esclarecimiento de la tradición española y ofrecer sabrosos e incorruptibles manjares al apetito nunca satisfecho de las almas contemporáneas.

La gran Escuela mística y ascética de los siglos XVI y XVII, que es la quinta esencia de la teología católica y representa, desde el punto de vista intelectual, el más puro y alto esfuerzo filosófico de nuestra raza, permanece aún, en pleno florecimiento de la erudición y de la historia, como una cumbre solitaria, mal conocida por los doctos y enteramente inaccesible para el vulgo.

Obras maestras de aquella noble y rica literatura, clarísimas fuentes de esa filosofía, «la más alta y generosa que los hombres imaginaron», yacen, como en sepulcros, bajo

el polvo de archivos y bibliotecas o en la penumbra de viejos monasterios, en callada espera de una mano piadosa que los saque a luz para gloria y honor de nuestra patria, para edificación y deleite de nuestro siglo. Que así están los tesoros, los de la tierra y los del alma, en el fecundo suelo español: esperando a montones que alguien los desentierre y los alumbre.

Unicamente el olvido, cuando no el desprecio, de la riqueza propia, es causa de que perduren escondidas obras que debieran ser populares y andar en manos de todos, con harta más razón que otras muchas, de ingenios forasteros, en quienes alabamos no pocas veces, cual cosa nueva y peregrina, la luz reflejada de nuestro antiguo genio nacional.

Sólo así se concibe que mientras se multiplican las ediciones de ciertos libros extraños en que una devoción sensual, afeminada y muelle dobla los finos aceros de la piedad española, siempre tan robusta y grave, yazga en secular olvido, sin reimprimirse hasta hoy, un libro tan hermoso, tan entero y cabal como las *Meditaciones del amor de Dios*, que si como joya literaria lo es de arte casticísimo y un puro texto de lengua, de aquella lengua sin rival, docta y popular a la vez, llena de lumbres y matices, con que escribían y hablaban los españoles del siglo XVI, como obra científica y dechado espiritual mereció nada menos que la predilección fervorosa de Pascal y de San Francisco de Sales, en cuyo *Tratado del amor de Dios* se transparentan con viva y gloriosa limpidez los pensamientos de las *Meditaciones* castellanas.

Y es muy notable también que su amabilísimo autor Fray Diego de Estella, predicador famoso, guía lucentísimo de almas, hermano en religión y en letras de Fray Juan de los Angeles, sea popular entre los escritores de la Orden seráfica, no por sus efusivas *Meditaciones*, centellas de franciscana ternura, *braserillo de encendidos afectos* según la frase del Maestro Menéndez y Pelayo, mas por el seco y

prolijo tratado *De la vanidad del mundo*, reprensión ascética y umbría empapada en las hieles del Eclesiastés. ¡Qué diferencia entre ese libro, tan divulgado por todas partes, de esa amarga sabiduría, que semeja una glosa puesta a los cuadros de Valdés Leal, y la alegría vehemente, el lírico impulso de estas *Meditaciones*, apenas conocidas y saboreadas a fragmentos en las antologías de nuestros clásicos! No parece sino que la mala fortuna que suele perseguir a las obras de algunos escritores, hubo de esmerarse en hurtar y oscurecer la más noble y graciosa del buen Fray Diego de Estella; pues aun en no pocas ediciones antiguas. en cuyas portadas se prometen las *Cien Meditaciones del amor de Dios*, al fin del tratado *De la vanidad del mundo*, faltan aquéllas, merced sin duda al desenfado de algún añejo editor que por faltarle papel (como a nosotros ahora) o por cicatear el coste del volumen dióselo al público y a los editores futuros escamoteando la *Meditaciones* prometidas. Curioso caso bibliográfico que acrecienta el interés de la presente reimpresión, trasladada fidelísimamente de la edición de Barcelona del año 1578, mediante el raro y precioso ejemplar que posee la Real Academia Española.

Las Meditaciones devotísimas constituyen un florilegio teológico, una filosofía del Amor, pero no en forma abstracta, según los procedimientos de la Escuela, sino al modo espontáneo, artístico y familiar, henchido de emoción, extasiado en el sentimiento de la naturaleza, lleno de imágenes sensibles, con que gustan expresar sus amartelados pensamientos los discipulos del Santo de Asís. Obra a la vez de ciencia y de arte, de poesía y de piedad, es un breviario para todas las almas, lo mismo para aquellas que siguen caminos de perfección como para esotras avezadas a los aires del siglo y que han menester para probar tales manjares, para asimilar tan altas doctrinas, el exquisito aderezo, la

culta elegancia de una sabrosa conversación. Cada una de estas cien *Meditaciones* ofrece un tema espiritual enunciado con candorosa sencillez y desenvuelto libremente como al través de una amorosa plática, de una tierna divagación, a los pies del Amado celestial. Charlando así, con todos los donaires, los requiebros, las copiosas figuras, las exclamaciones ardientes, las mil felices comparanzas de esta lengua española que parece inventada por los ángeles para el amor de Dios y de los hombres, va Fray Diego de Estella engarzando en los puntos de su pluma los más finos diamantes, los más sutiles conceptos de esa eterna Filosofía de la voluntad en que el genio español se anticipó en los siglos a las mas agudas aspiraciones del presente.

Y aquí está la principal virtud, la mayor excelencia de este libro, como de casi todos los libros de nuestra Mística española. Obras de actualidad inmarcesible, guías de incomparable solidez para el espíritu de todos los tiempos, vienen a ser para el que corre, lleno de quiebras y fracasos, de ruinas y sombras, la más segura y luminosa orientación, el apoyo más firme, el magisterio más claro para buscar y conocer el valor y el sentido de la vida.

A los muchos problemas de nuestra civilización dinámica y ardiente, a sus deseos más caros y profundos, viene a ofrecer la Mística española una suprema solución, una sencilla y eterna realidad. Los conflictos entre el hombre y el mundo, entre la voluntad y la inteligencia, entre la cultura humana y la vida del espíritu, están resueltos aquí en una amorosa conciliación de todos los términos.

No es posible abarcar en un ligero prefacio el pensamiento de estas *Meditaciones,* tan matizado y rico a pesar de la llaneza de su tono, de la aparente monotonía del asunto. Para Fray Diego de Estella, como para todos los grandes teólogos españoles, adversarios siempre del ciego determinismo de la Reforma, la esencia del alma es la libertad. La filosofía del siglo XX no hace en este punto, como en tantos otros, sino repetir las tesis de nuestros pensado-

res cristianos, igual en las cuestiones morales que en el problema del conocimiento.

¿Cuál es el verdadero señorío de hombre —se pregunta Fray Diego de Estella—, qué es lo que puede llamar suyo y dar libremente a quien le plazca? No la hacienda, las heredades y posesiones, ni el cuerpo ni la vida, porque todo esto le puede ser quitado contra su voluntad y querer. Viniendo al alma racional tampoco es señor de toda ella, porque el entendimiento y la memoria no son potencias libres. Solamente es el hombre señor de su propia voluntad, que ni aun del propio Dios puede ser movida ni arrebatada violentamente. Y pues ninguno puede dar ni ajenar de sí mismo las cosas de que no es dueño y de ninguna lo es el hombre sino de su propia voluntad, y esta sólo se da por amor, el amor, voluntario y libre, es todo el bien y la riqueza que poseemos.

Todas las cosas naturalmente apetecen su centro, desean su perfección y fin, y en él descansan y se aquietan. El fin de la voluntad es el bien al cual nos arrastra el amor con ímpetu irresistible. Mas ¿dónde hallar ese bien, aspiración suprema de las almas? ¿En el mundo exterior? Todo es en él apariencia, muchedumbre, dispersión y conflicto. ¿En las criaturas? Quien las ama por sí mismas sólo encuentra en ellas desasosiego y amargura y mortales congojas. ¿En el mundo subjetivo? Pero el amor no puede ser solitario; ha de salir fuera de sí mismo para amar a otro. Y ¿a quién si no a Dios, cuya bondad y grandeza, cuya hermosa y gloriosa certidumbre, cantan a coro todas las criaturas, los cielos y los astros, la luz y las aguas, los campos y las flores, la naturaleza entera, la voz universal de cuanto es? Y al declararlo así, con entrañables acentos, nuestro fraile español, escribe uno de los himnos más fervorosos y elocuentes, más derretidos y franciscanos que en lengua de Castilla pudo cantar un alma de poeta en alabanza de su dulce Dueño.

Sólo en el amor de Dios, principio y causa de todas las

cosas, único amor unitivo, perfecto, soberano, conforme a la luz de la inteligencia, halla también su objeto la voluntad; sólo en él descansa y fruye, porque sólo en él están su perfección y su fin, el bien eterno del alma. Pero el amor de Dios para Fray Diego de Estella, tan español en esto como en todo, no induce a la egoista quietud, no significa una violenta ruptura con todas las cosas del mundo, con la realidad inmediata, con el trabajo y la cultura de los hombres. ¿Cómo habría de significar semejante absurdo el amor de Aquél que quiso realizarse históricamente, transfundir lo divino en lo humano, encarnar en las entrañas de una mujer, unir la tierra con el cielo y traer a este mundo el reino de Dios? «Por lo cual es también de notar —dice Fray Diego textualmente—, que tampoco nos obliga nuestro Señor a que le amemos *con mayor intención y afecto* que a las otras cosas del mundo, sino solamente *con mayor precio y estimación*, teniendo en más su amistad que el amor de las criaturas. Puedes lícitamente amar tus cosas y sentir muy mucho la pérdida de ellas y no ir contra este mandamiento. Ama el vasallo a su príncipe y rey y tiene en mucho su amor, y juntamente con esto ama también a su vecino con quien trata y conversa con mucha familiaridad y amor. El que de esta manera ama al príncipe y a su vecino y hermano, ama con mayor intención al vecino que al rey, y así siente más la muerte del vecino que la del rey; pero con todo esto, ama al rey con más precio y estimación»...

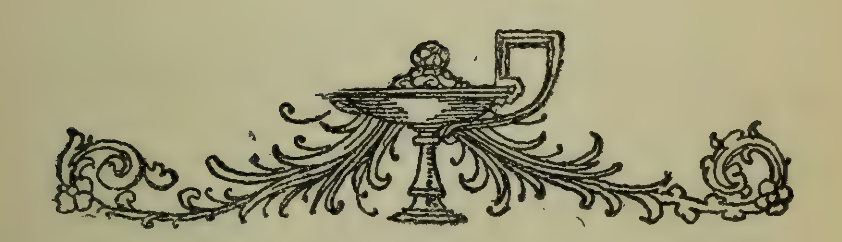
¿Cuándo habrán de persuadirse las gentes frívolas y carnales de que el cristianismo no es el desprecio de la vida sensible ni de la patria temporal, sino la negación rotunda de ese falso derecho que el mundo inmediato se atribuye, sobre todo en los tiempos modernos, a absorber la vida espiritual en nombre de una civilización puramente humana, en perpetua crisis, en raudo oleaje, siempre incapaz de satisfacer a la inteligencia y menos aún a la voluntad y al amor?

Pocos siglos como el presente sintieron de una manera

tan entrañable y dolorosa la necesidad apremiante de hallar el sentido de la vida, reconciliarla con nuestro ser interior reducir a unidad sus divergencias y oposiciones trágicas, superar al tiempo y al espacio, rebasar el mundo de los fenómenos para subir a la cumbre de la eterna Realidad. Para estas ansias de conocimiento y amor, para estas nobles aspiraciones de solidez, claridad y armonía de elevación sobre los movimientos superficiales del siglo, breviarios como el del Padre Estella, valen por muchos volúmenes de filosofía presuntuosa.

Restituir, pues, sus olvidadas *Meditaciones* a la corriente de las obras vulgares, donde el oro no abunda y sí la escoria, es hacer un bien positivo, no solamente a los lectores cristianos, sino a la gente frívola y exterior que puede por el gusto universal de las bellas letras, apetecer los altos pensamientos y sentir los sutiles atractivos de esta profunda intimidad religiosa, de este mundo interior de los bienes espirituales...

Ricardo LEÓN
De la Real Academia Española.





MEDITACIÓN PRIMERA

Cómo todo lo criado nos convida al amor del Criador.



ODAS tus criaturas me dicen, Señor, que te ame, y en cada una de ellas veo una lengua que publica tu bondad y grandeza. La hermosura de los cielos, la claridad del sol y de la luna, la refulgencia de las estrellas, el resplandor de los planetas, las corrientes de las aguas, las verduras de los campos, la diversidad de las flores, variedad de colores y todo cuanto tus divinas manos fabricaron, ¡oh, Dios de mi corazón y Esposo de mi alma! me dicen que te ame. Todo cuanto veo me convida con tu amor y me reprende cuando no te amo. No puedo abrir mis ojos sin ver predicadores de tu muy alta sabiduría ni puedo abrir mis oídos sin oir pregoneros de tu bondad, porque todo lo que hiciste me dice, Señor, quién eres. Todas las cosas criadas primero enseñan el amor del Criador que el don.

La Escritura dice, hablando de la creación del mundo, que el espíritu del Señor andaba sobre las aguas, como está la voluntad tan amorosa del artífice sobre la masa de

oro para sacar las imágenes acabadas y perfectas, porque entendamos que sobre todas las cosas andaba nadando el Divino Amor, el cual con ley suave las sustenta y gobierna.

Todo nace de fuente viva de amor y todo lo que tiene ser viene esmaltado de amor, y de manera que si la vista de nuestra alma no estuviese ciega de la vileza y polvo de su propia pasión y amor, lo primero que vería en todo lo criado sería el amor del Criador. De aquí es que tus amigos, Señor, con mayor ingenio y más sutil arte que aquel famoso filósofo llamado Pirodas,—el cual enseñó a sacar fuego del pedernal,—de cada criatura, aunque pequeña, hacen saltar centellas de fuego de amor.

Pues si la tierra me sustenta y sirve con sus frutos, el buen hortelano solícito es el Santo Amor: el cual una vez se lo mandó cuando la crió. Si el aire me refresca y da vida, el amor se lo mandó: que él por sí, como sea causa segunda, nada podría. Si el agua nos sirve y da sus peces y corre con grande ímpetu para el mar de donde salió, todo es para cumplir el mandamiento de amor. Finalmente, si el fuego da calor, si el cielo da luz e influencia criando diversos metales en la tierra, todo es para servicio y para regalo de un solo amigo que aquel amor infinito, nuestro Dios, en esta tierra crió. ¿Qué son, Señor, sino brasas encendidas, los elementos, aves, animales, cielos y planetas con que pusiste fuego a mi helado corazón para disponerlo a amar a quien tantos dones le envía por hacerlo diestro amador? ¿Qué son el sol y la luna, cielos y tierra, sino joyas de tu mano para intimarnos tu grande voluntad de amor?

Cada mañana hallarás, ánima mía, a la puerta de tu casa a todo el Universo, las aves, animales, campos y cielos que te esperan para servirte, para que tú pagues por todos el servicio del amor libre, que tú sola en lugar de todos debes a tu Criador y suyo. Todas las cosas te despiertan al amor de tu Dios, y todas como un procurador de su Señor, te ponen demanda de amor. Convídante a su amor el

clamor grande de todas sus criaturas, así superiores como inferiores, las cuales con voces manifiestas te declaran su majestad, su hermosura y su grandeza.

Los cielos cuentan, Señor, tu gloria, y el firmamento denuncia las obras de tus manos, y no hay hablas ni lenguajes donde no sean oídas sus voces y tanto, que son inexcusables todos los hombres. Callando manifiestan, Señor, los cielos tu gloria y nos dicen cuál será el aposento de tus escogidos, pues tanta hermosura dejas ver a los ojos de los mortales.

¡Oh cuán rico eres, mi Dios, pues de tan ricas lámparas te sirves! ¿De qué traza pudo salir labor tan prima? ¿Quién pudo hacer tan hermosa claridad y tan diversas influencias, tantos y tan diversos movimientos sin errar un punto? Con razón pregunta Job y dice: «¿Quién contará la orden de los cielos y dirá sus movimientos?» ¡Oh pesado corazón mío! ¿Cómo el deseo de ver tanto primor y grandeza no te lleva a aquellas celestiales moradas? ¡Oh cuán grande es la casa del Señor y cuán inmenso el lugar de su habitación!

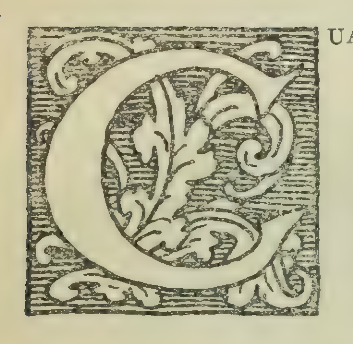
Veré los cielos, obra de tus dedos, y la luna y las estrellas que tú criaste. Todo lo que mis ojos ven me dice que te ame. Pues si me convierto al mundo menor, que es el hombre, y pongo los ojos en mí mismo, aquí hallo mayor causa para amarte, pues todo lo sobredicho criaste para mi servicio y provecho. Si abro mis oídos oiré al Salmista que me dice: «En mí conozco tu admirable ciencia.» Del conocimiento de mí mismo vine en conocimiento de tu muy alta sabiduría.

Por amor de esto, dijo tu profeta Isaías a los pecadores: «Volved prevaricadores al corazón; en vosotros mismos veréis quién es vuestro Dios.»



MEDITACIÓN II

Cómo las criaturas nos envían al divino Amor.



UANTO veo con mis ojos me envía a tí, mi Dios y Señor, y todo lo que criaste me sirve de conocer tu divina grandeza. Como la saeta no para en el aire, pero va adelante, así nuestras consideraciones y pensamientos no han de parar en las cosas de la tierra, sino en el fin y último paradero, que eres tú, mi Dios. Todas estas cosas que vemos, son como caminos para considerar al Criador.

El espíritu del Señor hinchió la redondez de la tierra, y el que todo lo contiene tiene ciencia de voz. Ciego es el que no es alumbrado con tantos resplandores de cosas criadas; sordo es el que con tantos clamores no despierta; mudo es el que con tantos efectos no alaba a Dios, y loco es el que con tantos indicios no conoce el primer principio y causa de todo esto.

Abre, pues, ánima mía, tus ojos, aplica las orejas espirituales, suelta tus labios y ofrece tu corazón para que veas a tu Dios en todas las criaturas y le oigas, alabes, ames y

engrandezcas, porque no se levante contra tí toda la redondez de la tierra.

Por no hacer esto peleó la redondez de la tierra contra los locos, y por el contrario, será materia de gloria a los sabios, los cuales pueden decir con el profeta: «Deleitásteme, Señor, en las cosas que hiciste y me gozaré en las obras de tus manos.» ¡Oh, cuán engrandecidas son, Señor, tus obras; todas las cosas hiciste sabiamente y la tierra está llena de tu pasión. Veo en cada criatura, como en un espejo, la omnipotencia de tí, mi Dios. Resplandece en las criaturas como en un espejo la majestad del Criador.

Es el sentido puerta de la imaginación y con el sentido vemos las criaturas, de cuyo conocimiento venimos a conocer la bondad y sabiduría del Criador. Queriendo dibujar Ezequiel el edificio de la Iglesia comenzó por el muro de afuera. Antes que suba mi ánima a la consideración de las infinitas perfecciones que hay en tí, mi Dios, levantaré mi corazón a tu santo amor, atraído de estas cosas exteriores que con mis ojos veo, pues ellas me llevan a tu conocimiento. «¡Ay de vosotros, que no miráis a lo que hace Dios ni consideráis las obras de sus manos», dijo tu santo profeta Isaías. Muchas veces por las obras son conocidos los maestros que las hicieron, aunque no las veamos con los ojos corporales. Las imágenes de Fidias, insigne estatuario, demostraban quién era y le conocían los que nunca le habían visto, y Prothógenes conocía también al gran pintor Apeles por una línea que hizo.

¡Oh, Criador de todas las cosas! ¿Qué imagen hay tan clara de quien eres tú, como soy yo? ¿Qué líneas más sutiles ni delicadas pudo obrar la mano de algún artífice ni ingenioso y muy excelente pintor, que lleguen ni se puedan comparar con el primor y extremada hermosura de los resplandores del cielo y flores de los campos?

Pues si miramos el orden, armonía y concierto de este universo, ¿qué puedes decir, ánima mía, sino estar elevada y suspensa en tu Dios?

Es una música tan acordada, con tan admirable consonancia y proporción, que si no fueses sorda te harían olvidar de todo lo criado, transformada en tu Criador. Cada cuerda de la vihuela suena dulcemente; pero todas juntas hacen suave melodía; cada criatura por sí sola me representa tu infinito poder y bondad inefable; pero consideradas todas juntas, y mirando el orden del universo, ponen extraña admiración. Con tu orden persevera el día, porque todas las cosas se sirven. Cuando el diestro tañedor pone en proporción las voces contrarias y diversas de las cuerdas del instrumento, aunque no le veas, lo juzgas por grande en su arte.

Si miras, ánima mía, a todo lo criado, hallarás maravillosa consonancia en las cosas contrarias unas de otras, pues los elementos, con tener cualidades contrarias, no pelean unos contra otros, ni las cosas bajas contradicen a las altas; pero todas concuerdan y hacen música de inestimable proporción y concierto, moviéndolas la mano de aquella sabiduría infinita de tu Dios. Este Señor, teniendo como vihuela la universidad de las cosas, junta las cosas celestiales en las terrenales y las universales con las particulares.

Mirando esta diversidad de cosas tan bien ordenadas, pienso conmigo en aquellas palabras del sabio, que dicen: «Más hermoso es el que esto hizo». ¡Oh cuánto más hermoso debe de ser el que todo lo hizo, porque el autor de la hermosura lo pinta todo! ¡Oh, cuál debe de ser la providencia de Aquél que a tanta multitud de cosas provee tan por extenso, como si para una sola fuese Dios.

¿De dónde se sacan los matices de las hierbas, la dulzura de los frutos, las pinturas de las aves y hermosura del mundo? ¡Oh, cuán poderoso debe ser el que de nada hizo esto! ¡Y cuán sabio el que dió tan diversas astucias a los animales, tantas propiedades a las raíces, tantas virtudes a las hierbas y tan varios ingenios a los hombres! Lo cual todo junto en su comparación es como si no fuese. Leván-

tate, pues, ánima mía, abre los ojos y despierta, y si no ves la virtud divina que obra estas cosas, mira las obras, pues ellas manifiestan al que las hizo: para que sea conocido el que no puede ser comprendido.

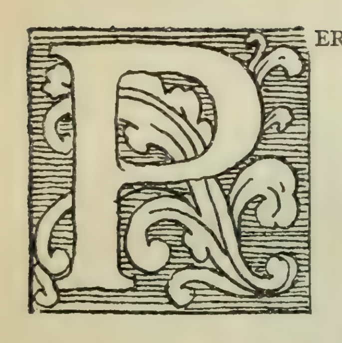
Por amor de esto dijiste tú, Señor, a unos ciegos que teniéndote delante no te conocían: «Si a mí no me creeis, creed a mis obras.» Ellas decían quién tú eras, si tuvieran ojos los que las veían para considerarlas; y ¿cómo fuera posible que las consideraran y no te conocieran? Tampoco fuera posible conocerte y dejar de amarte.





MEDITACIÓN III

Cómo Dios ha de ser amado por sí mismo.



ERVERSIDAD suma es fruir de las cosas que hemos de usar y usar de lo que debemos fruir. Fruir es amar una cosa por amor de sí misma, y usar es amarla no por sí, sino por amor de otra cosa. Aquél es malo que usa del Criador y fruye de la criatura. Ama a Dios no por Él sino por respecto de otras cosas, y por los bienes que de El espera; y ama a la criatura por amor de sí misma. Este tal, prevaricador es de la ley, y pervierte la orden del amor. Indigno es de Dios el que ama a sus cosas más que a Dios. El amor tiene su fin, y aquello que es fin último, es lo que verdaderamente amamos; y usamos de todos los otros medios no amándolos por sí mismos, sino porque son medios provechosos para alcanzar el último fin que amamos, donde el amor se quieta y descansa. Pues ¿qué mayor injuria puedes hacer, ánima mía, a tu Dios, que amar sus dones más que a ese mismo criador tuyo?

Si no amas a Dios por sí mismo, sino por lo que te da, y por lo que de El esperas, ¿no prefieres y estimas en más el

don que el dador? Injuria hace la esposa a su esposo, cuando quiere los joyeles y dádivas del esposo más que a su persona. Bueno es tu esposo y digno de ser amado por sí mismo.

Muchos aman a otros hombres, no por sus riquezas, ni favores ni bienes que poseen, pues lo que aman tiene más abundancia de estas cosas que ellos; pero ámanlos por ser buenos y de sabrosa y dulce conversación. Pues ¿por qué, Señor, no haré yo contigo lo que hace un hombre con otro hombre, amándote por quien tú eres, sin buscar mi propio interés? Amote cuanto puedo, y con todo estoy descontento por lo poco que te amo, porque quisiera tener potencia infinita para amarte infinitamente.

Si por caso imposible pudiese estar en la gloria gozando de la vista de tu divina esencia, teniéndote ofendido, o arder en el infierno sufriendo todas las penas que padecen los dañados, estando bien contigo, más quiero ser atormentado en lo profundo del infierno, teniendo tu divina gracia, que gozar de tu gloria con tu ofensa. Mi gloria es tenerte contento, y mi infierno estar tú de mí ofendido.

Concédeme, Señor, tu gracia, y haz de mí lo que quisieres. Dáme tu santo amor y ordena de mí a tu voluntad, la cual, si es que yo padezca todos los tormentos del infierno, en él estaré como en el paraíso, pues te sirvo en ello y hago tu voluntad. Si aborrezco aquel malaventurado lugar, no es tanto por la pena que recelo como porque sé que los que allí moran son enemigos tuyos, y si amo la bienaventuranza eterna y gloria celestial, no la quiero tanto por mi regalo y deleite como porque sé que los que allí te gozan son tus amigos y están seguros y muy ciertos de que nunca te ofenderán. Esto sólo desea mi alma, que es nunca ofenderte y perseverar siempre en tu santo amor.

Asegúrame de tu amistad y corta por do quisieres, porque a mí basta tenerte conmigo para nunca ser triste, ni recibir enojo por cosa que me suceda. A ti sólo quiero, a tí sólo amo, a mí muy bueno es llegarme a tí, y sólo esto

me basta. ¡Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu, cuán dulce tu conversación y cuán digno eres de ser amado por tí mismo!

Siervo es, y muy vil mercenario, el que busca otra cosa sino a tí. ¿Tan poca cosa eres tú, siendo sumo bien y bondad infinita, que no mereces ser amado por tí, sino sólo por lo que tienes y nos puedes dar? ¿De manera, Señor, que si no tuvieses qué darnos, no serías amado de nosotros? ¡Oh cuánta injuria te hace el que te sirve y guarda tus mandamientos no tanto por amor de tí, ni porque tú lo mandas, como por su particular provecho!

En el Deuteronomio, después que dijo Moisés que te amásemos, añadió diciendo: «Has de amar a tu Dios, así como él te lo manda.» En esto nos dió a entender que la causa y razón principal porque te debemos amar, es porque tú lo mandas y quieres. No sólo por los bienes que de tí esperamos, no porque amenazas con tormentos a los que te aman, sino más principalmente porque tú lo mandas; y pues tu voluntad es que te amemos, por sólo esto te debemos amar.

El que dice que te ama y guarda los diez mandamientos de tu ley, solamente o más principalmente porque le des la gloria, téngase por despedido de ella. No es guiado este tal por tu santo amor, pero es llevado del amor propio. Y a sí mismo se busca en lo que hace.

Si un hijo dijese a su padre, que le obedece y hace todo lo que le manda, no porque es su padre, ni por amor que le tiene, sino solamente por heredarle, ¿no merecía que el padre desheredase al tal hijo? ¿No lo lanzara de su casa y mejorara al hijo que le ama y le sirve sin interés? ¿Para quién quiere el padre su hacienda sino para el hijo que le tiene amor? ¿Para quién quieres tú, mi Dios, la gloria, sino para los que te aman? Tu apóstol dice: «No vió ojo, ni oyó oreja, ni llegó a corazón de hombre, lo que tiene Dios aparejado para los que le aman.» La vida eterna es para los que te aman y desheredado será de ella el que no amando

a Dios, busca a Dios no por Dios, sino por sola su gloria. Para los que te aman tienes, Señor, guardada tu bienaventuranza y los hijos que te sirven por amor, entrarán en ella.

El que a tí sólo busca, hallarte ha y tendrá contigo todos los bienes. A tí sólo amo y quiero, y tú sólo eres el premio de mis trabajos, según aquello que dijiste al patriarca Abraham: «Yo soy tu galardón, grande y copioso.» Tú eres aquel galardón muy abundante y grueso del cual, hablando contigo, dijo David en el salmo: «Incliné mi corazón para hacer tus justificaciones por amor del galardón.»

De balde debes amar, ánima mía, al que de balde te compró, dando el precio de tu redención, sin que merecieses ser redimida. No quieras fuera de él otra cosa, pues él sólo basta para tí. Por avarienta que seas, te debes contentar con sólo él. Aunque tu avaricia quiera poseer el cielo y la tierra, más es Aquel que hizo el cielo y la tierra. En él sólo tendrás todo cuanto puedes desear y todo lo que puedes pretender.

«Perdona, señor, a tu pueblo—dijo Moisés a Dios,—o quítame del libro de la vida.» No quería Moisés ser apartado del amor de Dios; pero tanto amaba a Dios y a los prójimos, que por amor de ellos quería ser privado de la gloria que era su propio provecho e interés, contentándose con sólo el amor de Dios.





MEDITACIÓN IV

Que Dios ha de ser amado por ser sumamente bueno.



I el objeto de nuestra voluntad es el bien verdadero o el bien aparente, ¡oh sumo bien y bondad infinita de mi Dios!, ¿por qué no te amará mi corazón sobre todas las cosas, siendo sumamente bueno y la misma bondad?

Es imposible amar el hombre alguna cosa si no fuere verdaderamente buena, o so color y razón de algún bien. Cuando ama lo malo, no lo quiere en cuanto malo, sino porque viene el mal cubierto con algún bien, del cual cebándose la voluntad, es llevada engañosamente a querer lo malo, lo cual nunca sería amado de nuestra voluntad si viniese descubierto.

Representa el mundo a la voluntad bienes aparentes, como son deleites, honras, provechos temporales y otras cosas semejantes; debajo de los cuales bienes, transitorios y falsos, viene escondida la muerte de la culpa, con las abominaciones de los vicios y pecados. Estos engaños recibes tú, ánima mía, cuando aficionándote a estas vanida-

des exteriores, compras a costa de perder tu libertad los eternos y perdurables tormentos. No sé qué prevaricación y maldad es esta, pues siendo tan natural a tí el amar lo bueno, como al fuego el quemar, dejas a tu Dios, que es sumamente bueno, y un acto puro de bondad, por una bondad tan superficial, como es la bondad que resplandece en la criatura. La bondad de la criatura no es sino una pequeña gota que mana de aquel piélago infinito y profundo abismo sin suelo de la bondad inefable del Criador.

Pues, ¿por qué dejas la existencia por la apariencia, lo vivo por lo dibujado y lo que es verdaderamente bueno por una sombra de bien? Debajo de esta pequeña bondad que ves en las criaturas, la cual recibieron emprestada de la suma bondad del Criador, están muchas imperfecciones escondidas; pero la bondad del Señor es propia suya, sin mezcla de alguna imperfección. ¿Pues qué malignidad es la tuya, que dejando al que es sustancialmente bueno, y esencialmente bueno, y tan digno de ser amado por ser la misma bondad, te vas tras un poco de bien momentáneo que cubre muchas faltas y defectos dignos de aborrecimiento? «Ninguno es bueno, sino sólo Dios,—dice la Escritura,— porque sólo El es sustancialmente bueno, y su bondad es natural a él y propia de su esencia; mas la bondad de la criatura es adquirida, comunicada, emprestada y muy superficial, y no es buena de sí misma, sino por participación, que es por la bondad que recibió de Dios.

A tí, mi Dios, que eres origen y manantial de donde proceden todas las bondades que amo en la tierra, ame mi corazón sobre todas las cosas: pues según su naturaleza, no puede ser llevado sino de lo bueno ni cautivo sino del bien verdadero o aparente. A tí, Señor, que eres sumo bien y verdadera bondad, debo yo amar, pues eres todo bueno y centro de mi alma, y eres fin de mis deseos, descanso de mi corazón y cumplimiento de mi voluntad. Tú eres esencialmente bueno y toda otra bondad es cosa muy accesoria e indigna de emplear en ella mi amor.

Mandaste a tu siervo Moisés que hiciese un propiciatorio, que era una tabla ancha y grande de oro puro y macizo, sin pintura alguna, la cual estaba encima del arca del Testamento entre dos querubines que la miraban de dónde dabas tus respuestas. Si como dice tu santo apóstol, todas las ceremonias de aquella ley eran figuras de la ley de gracia, ¿qué representa aquella tabla de oro puro y macizo, sino tu bondad pura, sólida, sustancial y verdadera? Es en nosotros la bondad como oropel que asienta sobre muchos defectos y flaquezas, pero en Tí es toda oro fino, por ser Tú esencialmente todo bueno. La pintura es cosa muy accidental y exterior, y por eso mandabas que esta tabla no se pintase, porque en Tí no hay cosa accidental ni es accidente la bondad que te conviene por tu propia naturaleza. Era grande y ancha, porque tu grande bondad extendíase a los extraños y a los infieles y enemigos.

Nace el sol para los buenos y malos, y envías el agua para los justos e injustos. No desechaste al ladrón que te llamó en la Cruz; no despreciaste a la mujer pecadora que te buscó en casa del fariseo; no te escondiste de la adúltera que te presentaron en el templo, y no te desdeñabas de recibir a los pecadores y comer con ellos, no obstante las murmuraciones de los fariseos. No eras aceptador de persona, ni llegó a tí un pecador, por grande que fuese, que no hallase esas entrañas de amor para su remedio abiertas. Aquellos, Señor, se quejen de tí y de tu soberana bondad, que buscándote en sus tribulaciones y trabajos, no hallaron en tí blando y benigno padre para socorrerlos y ayudarlos. ¡Oh cuán ancha y extendida es esta tu bondad, clementísimo Señor, pues abrazas al padre y al esclavo, y siervo vil y miserable y mezquino pecador, así como al grande, poderoso y rico y como al que está muy adelantado en tu servicio!

Dos querubines estaban mirando y contemplando al propiciatorio, porque se entiende que solas dos naturalezas, angélica y humana, te conocen, y solos los ángeles y

los hombres tienen noticia de tu bondad infinita. Tenían tendidas sus alas, porque en la consideración y contemplación de tu bondad, extiéndense nuestros deseos y extiende el alma sus afectos, volando con sus santos ejercicios y fervientes suspiros, amando la voluntad, sobre todas las cosas, a lo que conoce el entendimiento ser digno de ser alabado más que todas ellas. Porque todo lo que se ve, se ve en la luz, por amor de lo cual es la luz más visible, así como porque todo lo que se entiende, por razón de la verdad se entiende, y por eso la misma verdad es más inteligible. Así todo lo que se ama es amado por razón de algún bien que tiene; luego el mismo bien es más digno de ser amado; pues como tú, Señor, seas el mismo bien, por razón de tu bondad eres merecedor de ser sumamente amado. Amarte hé, Señor, fortaleza mía, firmamento mío, refugio mío y librador mío. Más eres en tí mismo que en cuanto has hecho por nosotros; y así es justo que te ame mi corazón, por tu bondad infinita, y aún más que por lo que por mí hiciste. Debes, pues, ánima mía, sumirte en aquel piélago infinito de la bondad de tu Dios y entrar en el profundo abismo del sumo bien de tu Criador.

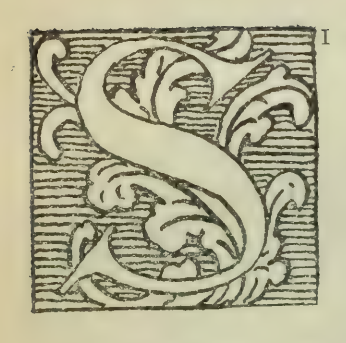
Arda mi corazón en ese horno de fuego de caridad inmensa de tí, mi Dios, y abrásense mis entrañas encendidas en el amor de tu eterna y soberana bondad. Amarte he Dios mío, bien infinito, inefable bondad y amor sin término ni medida, todo cuanto puedo y sobre todas las cosas, pues eres sumo bien y la fuente de donde manan los bienes que tienen todas las otras cosas.





MEDITACIÓN V

Que Dios ha de ser amado, por ser sumamente hermoso.



SI la hermosura tanto poder tiene para robar las voluntades, ¡oh corazón mío!, ¿por qué no te cautivas de aquella hermosura inmensa de tu Criador? ¡Oh fuente de toda hermosura, de la cual todas las otras hermosuras proceden! ¿Por qué no soy todo llevado de la grande perfección de tan extremada y soberana lindeza?

La hermosura de las criaturas pequeña es, transitoria, momentánea y perecedera. Hoy es fresca como la flor del campo y mañana está marchita. La hermosura de la criatura falta y deja de ser al mejor tiempo, pero la hermosura del Criador para siempre persevera y está con él. Toda hermosura comparada con la hermosura del Señor, es fealdad muy grande. ¿Pues por qué, ánima mía, te detienes en el amor de la fealdad de la criatura engañosa, cubierta con una falsa apariencia de hermosura, y dejas a la misma hermosura de tu Dios? Más ventaja hace la hermosura del criador a la de la criatura que el cuerpo a la sombra. Pues tanto te convida la sombra a que la ames, ¿por qué no te

cautiva la luz a que la quieras? Si tanta admiración te causan las labores que no pudieron ser recibidas con la perfección que tenían en el dechado por la torpeza del sujeto donde fueron labradas, ¿cómo no quedas fuera de tí contemplando la hermosura y perfección que tenían en el dechado de donde se sacaron? ¿Qué hombre habrá en el mundo que aficionándose a una figura muy hermosa sacada al natural de una persona, no se aficione mucho más a la misma persona? Pues si todas las criaturas son dibujos de la mano de tí, mi Dios, y el hombre es imagen y semejanza tuya, ¿por qué, Señor, no me aficionaré más a tí que a tu imagen y dibujo? Y si yo amo con tanto cuidado las cosas que comparadas a la nobleza de mi ánima, gran parte del bien que tienen es ser codiciadas de mí, ¿por qué no amaré Aquel sin el cual no hay bien alguno, y que crió estas cosas por amor de mí?

Sea mi corazón cautivo de la hermosura infinita de mi Dios. ¡Oh hermosura tan antigua y tan nueva, cuán tarde te conocí y cuán tarde te amé! ¿Por ventura no eres tú, Señor, aquel de quien dice el Salmista que eres hermoso entre los hijos de los hombres? De tí dice la Esposa que eres blanco y colorado, escogido entre millares. Y si en este destierro no veo la hermosura de tu divina majestad, así como eres hermoso en el cielo, por los efectos vengo en conocimiento de la causa, y por la hermosura de los cielos, planetas, árboles, flores y variedad de muy vivas colores de las cosas que tus divinas manos fabricaron, conozco, mi Dios y Señor, ser abismo infinito de hermosuras la hermosura de donde estas hermosuras tienen su origen.

Pues si aquí en alguna manera venimos en noticia de tu divina hermosura, que es principio y causa de todo lo hermoso, ¿por qué el conocimiento de mi juicio y razón no me arrebata con impetuoso aceleramiento y me lleva al amor de tanta perfección y hermosura?

Cautivaron los trajes de la hermosa Judit al príncipe Holofernes, y la hermosura de Ester convirtió en blan-

dura el pecho airado del rey Asuero, y la hermosura del árbol de la vida hizo a Eva que se olvidase de tí y del precepto que le pusiste. ¿Pues cómo no me olvidaré yo de mí mismo y de todas las cosas del mundo, por amor de esa hermosura infinita, pues una hermosura tan temporal como la de aquel árbol hizo a nuestra primera madre que te pusiese en olvido? Vanidad dice la Escritura que es esta hermosura temporal, por burlar tan presto al que la ama. Mas aquella hermosura eterna que es propia de tí, mi Dios, durará en tanto que tú durares, que será para siempre sin fin.

Recreábase Jonás debajo de la verdura de la yedra verde, la cual, roída del gusano, secóse luego. Aneja es la sequedad y fea corrupción a toda hermosura corporal, cual es la de la criatura. ¿Pues a quién ha de acudir mi ánima y en quién ha de emplear mi corazón su amor, sino en esa perpétua e infinita hermosura que nunca se acaba ni se seca? Si por ser corto de vista en esta vida transitoria no veo tu hermosura con los ojos corporales, basta que con los anteojos de la fe la alcance a conocer, en cuya consideración mi ánima y mis potencias son transformadas en tí y llevadas al amor de tu inefable hermosura. Grande es el poder que tiene la hermosura corporal para cebar los ojos y llevar tras ellos el corazón, y mayor es la torpeza y pesadumbre del que puede acabar consigo de volver el corazón a alguna hermosura corporal, teniendo presente a una hermosura tan sin medida como la de tí, mi Dios, que hace fuerza a las criaturas insensibles a seguirla.





MEDITACIÓN VI

Cómo ha de ser Dios amado.



I quieres, ánima mía, saber el modo que has de tener en amar a tu Dios, es sin modo.

Cuando mandó amar al prójimo, puso tasa diciendo que lo amases como a tí, y no más que a tí; pero mandando que amases a su divina majestad, no puso límites, mas antes dijo absolutamente que le amases, porque Dios ha de ser amado todo cuanto pudieres amarle. Eres, Señor, tan bueno, que por mucho que la criatura te ame, nunca te amará cuanto mereces ser amado, y, por tanto, la medida con que te ha de amar, es amarte sin medida. Así dice la Escritura. «Glorificad a Dios cuanto podáis, porque mayor es que toda alabanza».

Ama, pues, ánima mía, a tu Dios cuanto él es amable, y eso te baste. ¿Por qué te maravillas de esto que te digo? ¿Por ventura no sabes que la Escritura nos lo manda loar según la muchedumbre de su grandeza, conviene a saber, como él es loable? Dirasme que ninguno lo puede así amar sino El mismo, ni loarle tampoco, porque El mismo se

iguala a sí amándose, cuyo amor es infinito como lo es también la grandeza. Bien dices, pero si no puedes bastar a loarle, no ceses de loarle, y si no puedes amar como debes, ama cuanto puedes, porque no tienes por qué temer hacer exceso ni demasía en el amor, donde la facultad y poderío es vencido de la gloria y excelencia del amor, y el poderío del amor y la facundia del que alaba es vencida de la virtud y merecimiento del alabado.

Arden aquellos Serafines y enciéndense las virtudes angélicas en el amor de El, como está escrito: «El que hace a sus espíritus ángeles y a sus siervos fuego quemante.» No cesan jamás de aquel ardor, porque nunca les parece que han ardido harto. ¿Y qué es todo el amor de aquí, comparado con el ardor y fuego de aquellos espíritus angélicos y ánimas bienaventuradas? Todo nuestro amor es grande tibieza, si se compara con la flagrancia y encendimiento de ellos.

Amote, pues, Dios mío y mi Señor, sin manera y sin medida, porque así nos amaste; y tú que hiciste todas las cosas en peso, cuenta y medida, en amar no tuviste modo ni medida. En esto sólo excediste, Dios nuestro, y pasaste el modo, excediendo sobre manera y excediendo sobre toda razón y entendimiento; y guardando en todas las cosas, desde el principio, manera, en amarnos no quisiste tener modo ni manera, mas sobre manera fué excesivo y demasiado.

Perdona, Señor, te suplico, perdona a tu siervo, que habla de tí con gozo y osadía grande, porque demasiado y muy demasiado fuíste en amarnos, Dios nuestro. ¿No es por ventura demasiado, que esté el Hijo de Dios colgado en la Cruz por un vil gusanillo? ¿No es exceso grande que muera el criador porque viva la criatura? ¿No es extraño y excesivo caso de amor perder la vida el hacedor por la obra que hizo, y el inocente por el culpado, y el justo por el pecador? Si esta es medida, Señor, cerca de vuestra sabiduría es medida; porque cerca de todo entendimiento criado exceso es éste y muy grande exceso y

demasía grande. No temeré de decir lo que el Evangelista dijo que hablaban Moisés y Elías en la transfiguración de tu Pasión sagrada, a la cual San Lucas llamó exceso. Naturalmente, ponemos la mano y el brazo a peligro por defender la cabeza que es miembro más principal, pero exceso fué de grande amor que tú, mi Dios y Señor, siendo nuestra cabeza te pusieses a peligro de muerte y murieses en la Cruz por amparar a nosotros, miembros tuyos. También tu santo Apóstol, lleno de espíritu, no temió decir que fué demasiada aquella caridad con que nos amaste, y de tal manera, que siendo hijo de Dios te diste por unos viles y despreciados esclavos. ¡Oh, verdaderamente excesiva y muy grande caridad y que traspasa los términos de toda caridad!

A la obra de nuestra redención, copiosa redención la llamó el Profeta, pero más propiamente la llamó el Apóstol excesiva y demasiada. Excesiva fué tu caridad, pues pagaste en tu pasión por nosotros más de lo que debíamos. Excesiva satisfacción, pues bastando para nuestra satisfacción una gota de tu sangre, por razón de la infinidad del supuesto, la diste toda, mostrando el excesivo amor que nos tenías. Así tengo yo de amar a tí, mi Dios, tan excesivamente y tan de veras y tan de propósito que no haya término ni medida en mi amor. Saldré de mí mismo y saldré fuera de mí amándote sin estar en mí, embriagado de este tu santo amor y enajenado de mí; porque si el amor es verdadero, ha de sacar al hombre de sus casillas y fuera de sí, porque el amor suspende y hace éxtasis. Por amor de esto en los Cantares ponderando el Esposo el amor de la Esposa, lo compara al vino, por la propiedad que tiene el vino de enajenar de sí al que mucho bebe de él, y la Esposa le dice: «Metióme el rey en su botillería», y porque hablaba de la caridad, tratando de este vino añadió luego diciendo: «e inclinó mi voluntad a diversos grados de caridad.» Herida podrá salir el alma en el perdón y sufrimiento de las injurias, mas considerando el ejercicio en que se ejercitó tu

amor, ya es muy fácil y muy amable. ¡Oh, mi Dios y bien infinito, quién tuviese la sabiduría de los ángeles para declarar este tu pensamiento acerca de nosotros! Cierto soy que quien fuese de esto bien enseñado, sería de tu divina majestad y de tu bondad perfectamente enamorado. Tu amor pusiste en la Cruz y en hiel y vinagre, y el nuestro en panales de miel. ¡Oh, qué dura ley la de tu amor, mi Dios, acerca de nosotros y cuán dulce y fácil la nuestra acerca de tí, pues hasta en el morir no cumpliste la ley de vuestro amor, y hasta vivir en vuestro reino y gloria no podemos cumplir como deseamos la ley de nuestro amor! Pero en cuanto puedo y sea a mí posible, amarte he en esta vida más que a mis cosas y más que a mí mismo. Por amor de esto preguntaste a tu Apóstol San Pedro si te amaba más que a los otros, porque quieres ser de nosotros amado más que a todas las otras cosas, y sobre todas ellas y sin término y sin medida. Todas las otras virtudes tienen medida y tasa, mas sola la virtud del amor y de la caridad no la tiene.





MEDITACIÓN VII

Cómo Dios solamente ha de ser amado.

Los pies del ánima son el amor, y del amor soy llevado donde quiera que voy. Y como este nuestro cuerpo tiene dos pies con que anda, así el ánima tiene dos amores y afectos que la llevan, que son tu amor santo y divino y el amor de las cosas mundanas.

Después que Jacob luchó con el ángel y fué llamado «varón que ve a Dios», tocóle el ángel en una pierna y quedó cojo de un pie. En conociendo, Señor, mi ánima la excelencia de tu bondad y en descubriendo algo de tus divinas perfecciones, luego anda cojeando en el amor del mundo y camina derecha por el camino de tu santo amor. ¿Por qué será mi ánima adúltera teniendo esposo tan hermoso y rico y tan digno de ser amado? Seré cojo en el amor del mundo y camino de maldad por andar ligero por las sendas de tu divino amor cuando gustare de tu dulzura, según aquello que dice el Profeta hablando contigo: «Correré por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchares mi corazón». Extiende las telas del corazón la

alegría y gusto del amor, la cual alegría hace que corra con deleite por la guarda de tus mandamientos. La carga del amor del mundo apesga las alas de tu amor, para que no vuele a tí, mi Dios, siendo centro de mi alma. ¿Pues por qué querré yo cargarme con el amor de cosas que impiden el vuelo de mi ánima para su criador y esposo? Aborreceré de corazón todo lo que es fuera de tí, pues tú solo bastas para mí. Menos te ama, Señor, el que contigo ama otras cosas, si por tí no las ama. Partido tiene el amor y dividido está el corazón del que no contento con tu solo amor, ama y no por tí las criaturas. Maravillosa cosa es que siendo el hombre quien es, te contentes tú, mi Dios, con sólo él, y siendo tú quien eres, no se contente el hombre solamente contigo, sino que quiere amar contigo otras cosas, y no por tí, como si tú solo no bastases para él.

Cómo Señor, Dios mío y todo mi bien: ¿tan poca cosa eres tú que no bastas por mí? ¡Oh, centro de mi corazón y esposo de mi alma! ¿Y qué quise yo en el cielo ni en la tierra sino a tí? Si tú eres el mismo bien y contienes en grado eminente todos los bienes, ¿por qué anda mi ánima buscando bienes en las miserables criaturas y deja a tí, fuente de todos los bienes? ¿Por qué anda mi corazón rastreando por el amor de las criaturas, habiéndome la experiencia enseñado que no me quietan, ni hallo en ellas verdadero descanso? Cuando no son poseídas son codiciadas, y aborrecidas en habiéndolas. Ellas me dicen que ame solamente a tí. Téngolas en mucho precio antes que las alcance y después de alcanzadas son estimadas en nada. Antes de alcanzadas tenían este bien, que era por su ausencia poder mover mi deseo con apariencia de bien, más vano que verdadero. Pero después de poseídas cesa el deseo, y cesando el deseo se descubre su puro valor, y así son tenidas en poco.

Cuanto la criatura es más poseída es más conocida, y cuando está ausente es ignorada. Poseyéndose se comunica y comunicándose manifiesta los defectos que antes no le eran conocidos, y así la voluntad la tiene en menos que antes.

Mucho amaba Amón a su hermana Tamar y tanto, que estaba enfermo por el grande amor que le tenía, pero después que alcanzó lo que deseaba fué mayor el aborrecimiento que le tuvo que el amor que primero le había tenido.

Dan luego en rostro los bienes de la tierra y en comenzando a conocerlos nos están zahiriendo con sus imperfecciones y defectos. Pues si tú, mi Dios, cuanto eres más amado y poseído descubres más las riquezas de tu bondad y tus infinitas perfecciones, ¿para qué quiero yo tejer, contra el mandamiento de la Ley, vestidura de lana y lino, mezclando el amor imperfecto de la criatura con la excelencia de tu santo amor? La criatura, si me favorece en algo, no quiere en todo, y si quiere en todo, no puede, y si en todo quiere y puede (lo cual es imposible), no en todo lugar ni en todo tiempo. Pues ¿por qué no tendré en más ser amado de quien me puede favorecer en más cosas que yo puedo conocer ni pensar ni desear ni pedir, y esto en todo lugar y tiempo?

¡Oh, cuán hechizados nos trae el mundo y nuestra propia carne y cuán sin centella de claro conocimiento, pues dejamos de amar a aquella bondad eterna y admirable hermosura de Dios, por abajarnos a cosas tan viles como las criaturas de este mundo! Todas las criaturas me están diciendo: «Ama a tu Dios y no a mí. ¿Por qué me amas? ¿Por qué me quieres? Mira que soy tierra y polvo. ¿Qué ves en mí que no sea ajeno? Ama solamente al que de nada nos crió y nos dió todo lo que somos. Guarda, que te engaño, porque falso es todo lo que amas en mí y todo lo que quieres y deseas y te parece bien. Cata que si me amas yo te mataré y te causaré la muerte. Yo no soy sino para levantar tu corazón, para que ames a tu criador y mío. Cuanto más hermosa es la criatura, y mayor saeta de amor te echa, tanto más te enciende en el amor de tu Señor».

Pues si amas, ánima mía, estas cosas temporales, por la hermosura que ves en ellas, mucho más debes amar a tí misma, pues vences en lindeza y perfección a todo lo te-

rreno. Si vieses la hermosura de tu rostro, conocerías claramente cuán digna eres de reprensión, pues piensas que hay alguna cosa fuera de tí, digna de tu amor. Pues si el amor no puede ser solitario, y saliendo fuera de sí ha de amar a otro, ¿a quién has de amar sino a tu refugio y amparo que es tu Dios, pues todo lo corporal es menos que tú?

Injuria hace a sí mismo, el que pone su amor en las cosas que no son dignas de él. Conviene que cada uno considere a sí mismo, y después que conociere su dignidad no ame las cosas que son menos que él, por no hacer injuria a su amor. Porque las cosas que son hermosas consideradas por sí, son despreciadas, comparándolas con otras más hermosas. Y como es locura juntar las cosas feas con las hermosas, así es cosa indecente igualar las cosas que no tienen sino una baja imagen de hermosura, con las que son perfectas y acabadas en hermosura. Si no quieres, ánima mía, tener amor solitario, no quieras tenerle vil y apocado. Si quieres único amor, quiere al únicamente amado. Sabes que el amor es fuego, y que el fuego busca materia donde arda; pues guárdate que no ames cosas que te sirvan de humo. Mira tu hermosura y entenderás qué hermosura debes amar. Todo el mundo te está sujeto, y tú no digo a todo el mundo sino a no sé qué partecilla del mundo, que en su especie no es hermosa, ni en el bien necesaria, ni en la cantidad grande, ni en la bondad muy buena, no te desdeñas de admitir en tu amor. Si estas cosas amas, ámalas como beneficios de tu Dios y con tal condición, poniendo todo tu amor en tu criador y suyo. No ames más los dones que te da que el afecto del amante. Mayor injuria haces a su caridad, si recibiendo sus dones no le pagas el amor en la misma moneda, amando a quien te ama. Desecha sus dones si puedes, y si éstos no puedes despreciar, págale con el mismo amor. Indigna eres del amor de tu Dios, si pones tu amor en estas cosas temporales. Ama a El, y ama a tí por amor de El: ama sus dones por El, ámale porque goces de El, y ama a tí porque seas de El amada.



MEDITACIÓN VIII

Cómo Dios ha de ser amado, por ser centro de nuestra alma.



ODAS las cosas naturalmente apetecen su centro y desean su perfección y fin, y en él descansan y se quietan. La piedra apetece su centro natural, y por eso desciende; los ríos corren para el mar, de donde salieron, y así con grande ímpetu se mueven por llegar a su propio lugar. El fuego sube con ligereza a su esfera, y no para hasta llegar a su último fin. ¡Oh criador de nuestras ánimas!: ¿y quién eres tú, mi Dios, sino fin y centro de ellas? Críastenos por amor de tí, y está inquieto nuestro corazón hasta llegar a tí. Como la piedra es inclinada a bajar al centro, así mi ánima desea el sumo bien, que eres tú mi Dios; y como está violentada la piedra fuera de su centro, lo cual se muestra, pues en quitándole el impedimento que la estorba luego baja abajo: así mi ánima nunca está quieta ni sosegada, hasta llegar a tí. No se quieta mi ánima en las riquezas, no en las honras ni en los deleites, sino solamente en tí, mi Dios, verdadero descanso y reposo de mi corazón.

Esto consideraba el sabio cuando dijo: «Vanidad de vanidades y todo es vanidad». Vano es todo lo que no ocupa lugar, y vanas son todas estas cosas terrenales, pues no hinchen la capacidad del alma, ni cumplen sus deseos, ni son parte para satisfacer sus apetitos. Pues si todas las cosas naturalmente caminan para su fin y tú Señor eres el fin del hombre, y el más perfecto de todas las cosas, con mayor ímpetu y aceleramiento es justo que caminemos nosotros para tí, de lo que las otras cosas naturales caminan para su centro y para sus fines particulares, y porque los pies conque se llega mi ánima a tí son sus afectos, necesaria cosa es que yo ame a tí, mi Dios, porque llegue a mi centro. A este reposo y quietud nos llamas, Señor, cuando dices en tu santo Evangelio: «Venid a mí todos los que trabajáis y andáis cargados, porque yo os recrearé. Andáis inquietos y desasosegados sirviendo al mundo y a vuestras pasiones: venid a mí y estaréis en vuestra esfera, gozando de quietud y reposo».

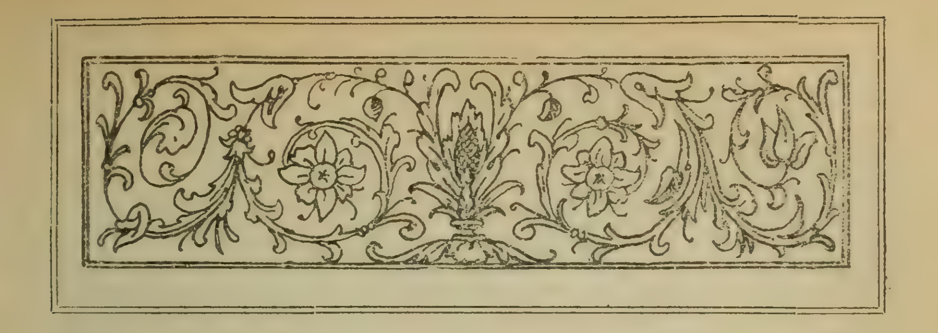
Quiebra, pues, ánima mía, muy de veras con el mundo, y dejando sus pesadas cargas, vuelve a tu descanso: porque muy claro está, si quieres abrir los ojos, que la fuerza del amor te llevará a tu Señor, como a tu propio centro. Bien ves que no tienes descanso fuera de El, por lo cual cuando para El fueres, entonces descansarás y dirás con el Profeta: «En paz en él mismo dormiré, y descansaré», y si quieres consultar a la experiencia que tienes, ella te dice que en ninguna cosa descansa tu amor sino en Dios, porque todas las otras cosas te lanzan de sí, y te envían a tu centro. ¿No ves a la clara que si alguna cosa, fuera de Dios, amas por sí misma, en el tal amor hay desasosiego y amargura y mortales congojas? ¡Oh cuán desabrida, oh cuán congojada es toda criatura si por sí es amada! ¡Cuántas tragedias y cuán flébiles y lamentables casos nos contarían de esto los locos amantes si se lo quisiésemos preguntar! Nunca ellos acabarían de decirlo y nosotros de oirlo. Toda criatura te lanza de sí con ignominia, y te abofetea, para que apartán-

dote de ella, procures de llegarte a tu criador, como si baldonándote te dijese: «¿Para qué te llegas a mí, miserable? ¿Para qué me quieres, ánima mezquina? No soy yo el bien que tú buscas, ya que quieres amar. Vete a donde vas, pasa adelante y no dejes el camino verdadero y real que te lleva a tu Dios.» Y tú, aun con todo esto, ciega, loca y desatinada, no te curas sino de abrazar a la que no te quiere, a la que de continuo te echa de sí con vituperio, y procuras detenerla contra su voluntad, y sigues a la que huye de tí y te es dada en servicio. Aun ella, no queriendo, la pones en señorío: tanta es tu locura y vanidad. Mas ni estos abrazos te durarán mucho, porque luego se te volverán en amargura, y muy presto te hartarás, y aborrecerás lo que con tanto deseo y con tanto trabajo buscaste, y buscarás luego otra cosa; y así andarás mezquina, no pudiéndote contentar criatura alguna alrededor, como está escrito: «La cabeza de ellos es el circuito de ellos». Y en otro lugar dice: «Alrededor andan los malos». Por lo cual, vuélvete a Dios, como a verdadero centro tuyo y no sean parte las vanidades del mundo y estiércol de la tierra para impedirte. Un peñasco movido de su lugar y cayendo de lo alto, cosa espantosa es ver con qué ímpetu cae, y con qué estruendo corre abajo, y con qué presteza y ligereza se da prisa para llegar al lugar a él conveniente y dónde puede descansar, y todas las cosas que se le ponen delante las desmenuza y quebranta y deshace, para que finalmente pueda llegar a donde va. Así te debes dar, ánima mía, a tu Dios y criador, que no sea poca tu vergüenza y confusión cuando te vieres vencida de una piedra, que con mayor ímpetu ella se vaya a su centro que tú te vayas al tuyo. Desecha, pues, derrueca y destruye todo lo que se te pone delante y te impide que no vayas a tu Dios. Porque así como por algún liviano viento de soberbia o envidia, o por algún impedimento de codicia de cualquier cosa mundana que sea, eres detenida y estorbada, bien puedes conocer de cuán poco peso eres y cuán semejante a las pajas livianas a las cuales el viento, por su poco peso,

detiene en su bajada y las suspende en el aire. Mas a las peñas que caen, ¿quién las tendrá? ¿quién las impedirá? Así, ni más ni menos, a los virtuosos todo el mundo no puede impedir ni apartar de su Dios.

Mira a San Pablo, peña apostólica y de grande peso, con qué ímpetu se iba hacia su Dios, al cual ninguna cosa puede estorbar que no vaya a su centro. «¿Quién nos apartará (dice él) de la caridad de Dios?» ¿La tribulación, por ventura, o la angustia o el hambre o la desnudez o el peligro o la persecución del cuchillo? Cierto soy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo alto, ni lo bajo, ni otra criatura alguna, nos podrá apartar de la caridad de Dios, que es en Jesu-Cristo Señor nuestro. ¡Oh peso grande, excelente y admirable, de tan santa ánima como la de aquel divino apóstol! ¡Oh poderosísima peña, que con su peso y grandeza destrozaba y deshacía todos los impedimentos, porque no le pudiesen estorbar que no fuese a do quería y deseaba! Por angustias y muchos trabajos, por hambre y por sed, por fríos y calores, por cuchillos, por infamias y por todas las cosas espantosas y terribles, con grandísima velocidad se daba prisa por ir y llegar a su centro, cuya voluntad en alguna manera se había vuelto en naturaleza.

La piedra, con natural ímpetu se va al centro, mas el ánima no así, sino con ímpetu voluntario y libre. Pues esta facultad que te ha dado tu Dios renúnciala, ánima mía, y vuelve la libertad en naturaleza; para que con todo tu poder y con toda tu fuerza llegues a donde vas. Esto es lo que te manda Dios, cuando te dice que le ames de todo tu corazón, y de toda tu ánima, y de toda tu mente, y de todas tus fuerzas; conviene a saber que le ames según lo último de tu potencia, como la naturaleza.



MEDITACIÓN IX

Cómo el amor nos lleva a Dios como a nuestro centro.



uy claro está, Señor, y muy averiguado, que así como el bien de los hombres eres tú, así toda la fuerza del amor naturalmente inclina a ese mismo hombre y le lleva a tí, como a su principio y centro, aunque muchas veces desordenadamente sea llevado a otras cosas, contra su valor y honra. Porque así como la naturaleza siempre endereza a una cosa, así también toda nuestra voluntad nos lleva a una cosa, aunque por el libre albedrío sea capaz de muchas, y por su poder se pueda volver a do quisiere. Porque en la voluntad no hay necesidad como la hay en la naturaleza, y pluguiese a tí, mi Dios, que la hubiere y un atamiento necesario, de manera que aunque no quisiésemos no pudiésemos hacer otra cosa, y nos ayuntásemos contigo, como después de esta vida por tu grande misericordia seremos a tí ayuntados. ¡Ay de mí, que veo en los hombres un grande milagro, y muy mal milagro, y digno de ser lamentado! ¿No tendrías, por ventura, a muy grande milagro, si vieses a un

grande peñasco colgado en el aire y que lo tenía una pluma, y ver un río caudaloso que corriendo con gran ímpetu fuese bastante un papel para detenerle? ¿Quién viendo tal cosa no se santiguaría? ¿Quién no se maravillaría y espantaría? Pues ¿cómo no me maravillo yo en ver hombres a quienes bastan cosas muy pequeñas para que los detengan, para que no lleguen a tí, mi Señor? Extraño caso es que un hombre que naturalmente tiene un peso gravísimo que lo lleva a tí, mi Dios, que lo detengan cosas tan livianas como las de la tierra. Peregrinos somos en este mundo, y así nos llaman las divinas letras, y caminamos a tí, Señor, como a propia tierra nuestra y naturaleza de nuestras almas, en quien nos movemos, como dice el Apóstol, y vivimos y somos: y siempre que pecamos nos detenemos en el camino y paramos en él, y lo que es grande maravilla, y tanta que pone admiración, es que cosas tan livianas nos detienen. Mi amor es mi peso, y del amor soy llevado, donde quiera que voy. A donde acuesta mi amor, allí va mi ánima, y así como diste, Señor, a la piedra el peso para que bajase al centro, que es su lugar natural, así diste a nuestra alma un peso, que es un deseo del sumo bien, para que con ese peso llegase más ligeramente a tí. Pues si esto es así, ¡oh mi buen Dios! ¿y cómo puede ser que toda ánima por tí criada, no se vaya a gran prisa hacia tí? Pero vemos la que suspensa y colgada de un poco de viento es privada de todo bien, y se ríe y huelga y descansa.

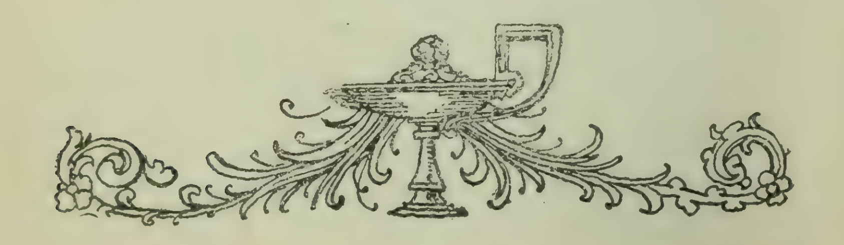
¿Cómo es posible que alguna criatura capaz de Vos no se vaya hacia Vos cuanto pudiere, centro infinito e infinitamente bueno y, por consiguiente, infinitamente atractivo? ¿Qué cosa puede detener a una criatura capaz de tanto bien? ¡Oh gran peso el del pecado, el cual puesto sobre las cervices de los hombres animales, las apesga y hace sentar en lo bajo, porque no suban a su esfera, para la cual son criados!

Verdaderamente, más milagro es a las ánimas no subirse a su Dios por amor, que a las peñas estarse suspensas y col-

gadas con un poco de viento para que no bajen a su centro, y más que detener un pliego de papel muy delgado a un impetuoso y caudaloso río para que no corra y vaya al mar. ¿Quien nunca recibiría con paciencia su vida, si distinta y claramente conociese de cuanto bien es privado y cuanto bien pierde? ¡Oh, ingratísimo velo de mi carne, y de cuánta alegría me privas! ¿Quién me detiene que no te rompa y rasgue con mis propias manos, para que vaya a ver a mi Dios y goce de El y en El descanse? ¡Oh de cuántos placeres y de cuán grande bienaventuranza carezco por tí y, aún lo que peor es, que conociendo todo esto y viéndolo y sabiendo que es así, te sufro, me río y no lloro ni gimo, como sería razón, días y noches sobre tan grande destierro y tanta ceguedad y miserable desventura mía! ¿De dónde me viene a mí tan mala y tan ingrata paciencia, sino porque está el velo puesto en medio, y porque esta nube de la carne me impide que la claridad del sol no resplandezca en los ojos de mi ánima? Quita este velamento que impide y verás con cuán grande ímpetu se irá el alma hacia su centro. Mira las ánimas de los santos, que, suelto ya el velo y libres, con qué prisa y con cuánta ligereza se van para su Dios. ¿Quién las podrá impedir? ¿Quién las podrá detener? ¿Quién las podrá apartar de su lugar? Allí está el lleno y perfecto descanso, allí la eterna hartura de todos los movimientos y deseos del ánima.

Verdaderamente, grande es el Señor y loable, y no menos amable, sino tan amable como loable. Aunque esté mi ánima en la ciudad del Señor, y en el monte santo suyo, allí está encendida la fuerza del amor, donde ninguna interposición de velo impide, y, aún ahora, cuanto este velo es delgado y transparente, tanto más se mueve el ánima hacia su Dios, y más se esfuerza en ella el ímpetu del amor; como al contrario acaece a muchos, los cuales tienen tan grueso el velo de la carne, con la grande abundancia de riquezas y otros bienes temporales, que muy poco y muy despacio y perezosamente se van hacia su centro. Estos tales, muy

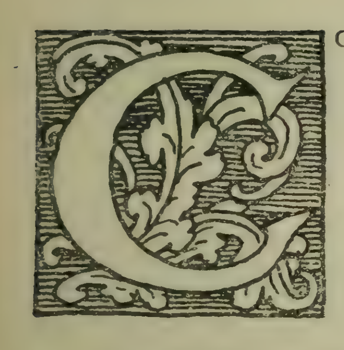
poquito o nada aman a Dios. Mas los que con vigilias y ayunos y otras abstinencias adelgazan este velo de la carne y le quebrantan, por su transparencia, en alguna manera, aun en esta vida mortal, se les trasluce en los ojos de sus almas aquella luz bienaventurada, según aquello que el Apóstol dice. Vemos ahora por espejo en enigma y oscuridad y así corren los tales tras el olor de sus ungüentos, y aun algunas veces les acontece que por algunos resquicios y agujeros resplandecen aquellos rayos de la divina lumbre, siquiera por un poco de tiempo, en los ojos de sus ánimas, y se derriten luego en amor y con grande ímpetu son llevados, no ya atraídos por el olor sino por la gran hermosura. Mas ¡ay! que muy poco dura esta radiación y muy presto se pasan tan deleitables rayos. Hieren el ánima y pasan luego, y como dice Job, esconde su luz en las manos y mándala que venga otra vez, y dice de ella a su amigo que es su posesión y que a ella puede subir. Mas luego como entre las manos la enciende, sólo por entre los dedos un poco resplandecía. Porque si con toda su lumbre quisiera resplandecer en lleno, aun a los quicios de los cielos, conviene a saber, a los espíritus celestiales, con su resplandor más cegara que alumbrara, porque serían vencidos de tan grande claridad. Porque, ¿quién podrá sufrir la majestad divina, si ella no se templare? De esta manera son entretenidos los varones espirituales en esta vida, en tanto que no ven a tí, mi Dios, claramente en la otra, donde están perfectamente en el centro de la bienaventuranza gozando de tu Divina Esencia.





MEDITACIÓN X

Cómo el alma no se aquieta sino en Dios, como en su centro.



Como, naturalmente, mi ánima se incline a ti, mi Dios, por su amor, de aquí es que si por el pecado no estuviere afeada y estragada nuestra naturaleza, nunca tuviera necesidad que le mandaras que te amase, como ni ahora nos mandas que nos amemos a nosotros mismos, porque naturalmente harto y aun demasiado nos inclinamos a ello, ni hay necesidad que nos mandes ni amonestes a hacer aquello que de naturaleza nos viene y conviene. Y pues naturalmente se inclina el hombre a amarte, y más a ti que a sí mismo, ¿por qué se nos manda tu santo amor, como sea más natural, y no se nos manda el de nosotros mismos? Ciertamente el pecado es causa de esto, cuando apartando los ojos el ánima de su Dios los hincó y puso en sí misma, y estancó y detuvo aquel arroyo de amor que impetuosamente corría a ti, mi Dios. Pues luego digamos que no hubiera necesidad de tal mandamiento si la naturaleza se conservara con aquella pureza que fué criada, y de aquí es que

en su primera creación ni a los ángeles ni a los hombres no leemos que tal mandamiento les dieses cuando los criastes, porque naturalmente se inclinaban a esto y no tenían necesidad de espuelas para cumplir tal mandamiento los que con ley de amor íntima y grandemente habían sido formados por su Hacedor. Mas ya olvidado nos hemos de esta ley natural, y enajenados estamos de nuestro propio natural, de tal manera que ni por mandamientos ni promesas ni amenazas ni cotidianos y grandes beneficios nunca te amamos como es razón. Mas así como el plomo que violentamente es detenido en lo alto, si lo dejan luego desciende a lo bajo, así nuestra ánima, si un poco y con violencia es arrebatada y subida a las cosas altas, luego, con su peso, se baja a las cosas terrenales y transitorias y se derrama toda por estas cosas sensibles.

Dime, pues, ánima mía; respóndeme, miserable, y declárame qué sea la causa por qué de tan buena gana te andas por las criaturas tan hambrienta y sedienta, y con tanta deshonra tuya, mendigando de ellas una gotica de aguas turbias y desabridas o salobres, que más te encienden la sed que te la matan, dejando la limpia, sabrosa y perpetua fuente de todos los bienes, en la cual sola podrías matar toda tu sed y hartarte a tu placer y voluntad. Dime, mezquina: ¿qué cosa puedes desear que no la halles muy más enteramente en tu Dios? Si te deleita la sabiduría, sapientísimo es; si el poderío y la fortaleza, poderosísimo y fortísimo es; si quieres gloria y riquezas, mucha gloria y riquezas hay en su casa; si deleites y placeres, delectaciones hay en su mano derecha hasta el fin; si hartura y abundancia de deseos, embriagados son de la abundancia de su casa los que le poseen. ¿Pues cómo, mísera, sabiendo esto, y mucho más de lo que yo te puedo decir, dejas adrede al abismo de todos los bienes y te andas acongojada, triste y fatigada, buscando tus consolaciones y placeres por los arroyuelos de las criaturas? Menosprecias la fuente que te dan de balde, y con grandes trabajos cavas para ti pozos

turbios. ¡Oh, intolerable locura, desatino muy grande y ceguedad estupenda! De aquí es que indignado el Señor por esto, exclama por el Profeta, diciendo: «Espantáos cielos y sus puertas sean destruídas—dice el Señor—, porque dos males ha hecho mi pueblo. Dejaron a mí, fuente de agua viva y cavaron para sí cisternas destruídas que no pueden tener las aguas.»

Verdaderamente, aljibe desechado y disipado es la gloria del mundo, cisterna deshecha es el deleite de la carne, alberca destruída es toda honra y dignidad, y balsa abierta y agujereada es toda abundancia de riquezas, que no pueden tener las aguas, y si no me crees, o piensas que te engaño, pregúntalo a la experiencia y mira con cuánto deseo buscaste alguna dignidad y cuántos trabajos pasaste por alcanzarla, y alcanzándola, a tres días no la tuviste en nada, porque balsa agujereada es y no puede tener las aguas. Deseaste algún deleite, alcanzástelo y luego desapareció, porque es cisterna disipada y no puede tener las aguas del deleite que no se fuesen. Muy pronto pasaron estas vanidades y se desvanecieron como humo, y tú quedaste cabe la cisterna, sedienta como antes y aun a las veces más sedienta y deseosa. Discurre por todas las cosas y hallarás ser esto así en todas ellas. Por la experiencia vean los míseros hombres con qué trabajos, con qué afrentas y con cuántos sudores cavan estas balsas disipadas y agujereadas por todas partes. Por cavar estos aljibes podridos pasan grandes trabajos de día y de noche, por mar y por tierra, en guerras y peligros de muerte, y muchos de ellos en servicios trabajosos de pecados, los cuales todos hacen poco caso de la fuente limpia de aguas vivas, que por las plazas les corre, ni la estiman en nada, siendo convidados con ella. Ella es la que a todos, voceando en las plazas, llama. El que tiene sed venga a mí y beba, y en otras partes, por un Profeta, llama, diciendo: «Todos los que habéis sed, venid a las aguas; venid y comprad, sin plata ni oro ni trueque alguno, vino y leche. ¿Por qué pe-

sáis vuestra plata y no en panes, y vuestro trabajo y no en hartura?» De gracia se da y ninguno va a El, y por esto es queja a los ángeles y a sus santos, diciendo: «Espantáos cielos, conviene a saber, vosotros, ángeles bienaventurados, y maravilláos sobre esto vosotros, que sois apartados de todo dolor y tristeza. Mas vosotros, puertas que sois, mis santos, que aún estáis en la carne militando, por los cuales muchos como por puertas entran en el cielo; vosotros os desconsolad mucho y os estristeced mucho sobre tan horrenda y execranda ceguedad de vuestro pueblo, sobre tan grande error de los míseros mortales y sobre tan grande desatino de los hijos de Adán.»

Deja, pues, ánima mía; deja, yo te ruego, estas cisternas disipadas, deshechas y agujereadas que con tanto trabajo has cavado, y a gran prisa corre y vete a la fuente de agua viva, que es tu Dios y esposo Jesucristo, donde podrás a tu placer matar toda tu sed. Aquí serás harta de deleites, verdaderos deleites y placeres, según todo tu corazón y toda tu voluntad y como quisieres.

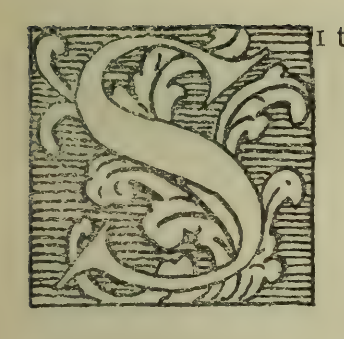
Sólo en el Señor hallarás quietud y descanso y no en otra cosa alguna de cuantas hay en el mundo. El solo es tu centro y propia y natural esfera; fuera de El no hallarás contento, y en El mucho bien y descanso y gloria.





MEDITACIÓN XI

Cómo hemos de amar a Dios porque nos ama.



I tantas razones como hay para amarte, Dios de mi corazón, y esposo de mi alma, no bastan para que mi corazón, de día y de noche, siempre arda en llamas de amor, despiértame siquiera y muévame a lo menos el amor inmenso que me tienes. Ninguna cosa más provoca al amor, que ser amado; y así amamos a los que nos aman, aunque sean indignos de nuestro amor, solamente porque nos aman. ¿Quién es tan silvestre y bárbaro que no ame a quien le ama? Los hombres muy crueles suelen amar a quien los ama, y no quieren hacer esto contigo, siendo quien eres, y amándolos tú tanto, que te diste a tí mismo por ellos. Pues un amor no se paga sino con otro amor, muy justo es, por cierto, Señor, que yo te ame y arda en vivas llamas de puro fuego de amor, pues tan ardentísimamente soy amado de tí. Si dudas pues, ánima mía, del amor que tu Dios te tiene, sus testimonios por cierto son muy terribles. Testigo es la Cruz, testigos son los clavos, testigos los dolores, testigo la confusión, testigos los arro-

yos de sangre y testigo la muerte amarga y acerbísima que por tí sufrió, y como todo esto pasase, aún le parecía poco: por la grandeza del amor, y si fuese caso posible, aún pide y desea pasar mayores cosas por tí, mayores dolores, mayores angustias y mayores tormentos, porque esto es lo que vocea en la Cruz, cuando dice que tiene sed, y en el salmo también dijo: «Corrí en mi sed, conviene a saber: aparejado estoy a sufrir muy mayores penas de las que sufro por el hombre», y aunque de él esté escrito que se hartará de oprobios, y en otra parte diga también la Escritura que será su alma llena de denuestos, con todo esto desea más estando harto cuanto al efecto y tiene sed cuanto al afecto. Harto estaba, porque desde la planta del pie hasta la cabeza no tenía sanidad, y había sed porque aun el amor no estaba lleno de dolores aunque el cuerpo estaba lleno de llagas. Pues si en amar a tan grande amador eres fría, ánima mía, más dura te muestras que las piedras, pues sabes que delante de tan grande dignación se quebrantaron por duras que eran, y las que no tenían sentido mostraron sentido, porque veas qué serán obligados a hacer los corazones de los hombres que tienen sentido. Si las peñas no pudieron sufrir tan grande peso de amor, deprende de las durísimas peñas a amar a tu criador. Pues ¿cómo no te ablandas ¡oh miserable! viendo que las piedras se quebrantan con tan grande beneficio, y que las peñas hacen oficio de corazones por los hombres? Sé pues ahora discípulo de las piedras y ama. Lo más precioso que nos diste, Dios nuestro, y lo mejor que de tus divinas manos recibimos, fué el amor. Tu amor para con los hombres era un don y merced íntima, oculta, secreta, entrañable, y el origen y fundamento de todos los otros dones y mercedes. Porque así como se arguye haber fuego de donde vemos salir humo y centellas, así argüimos el amor que nos tuviste por los bienes que has hecho en nosotros y por nosotros. De esto te alabas por el Profeta Malaquías, diciendo: «Mirad, que os amé». Sacaste el amor de tí mismo, no por mutación, sino por co-

municación. Criaste el cielo y henchístelo de ángeles; criaste el aire y henchístelo de aves, y el mar de peces, y la tierra de animales; pero al hombre aposentástelo en tí mismo. Así dijiste al patriarca Abraham: «Yo soy tu galardón grande y copioso». El amor que tienes al hombre es las mercedes que le haces. Tanto nos amas, Señor, que hasta en los castigos que nos das pretendes nuestro bien y provecho. Quieres que nos conozcamos, humillemos y enmendemos. Cuando enviabas a Egipto aquellas siete plagas, dijiste a Moisés: «Esto hago porque sepan los de Egipto que soy Dios». Querías darte a conocer a aquellos gentiles para que dejando la idolatría te sirviesen y se salvasen. Mandaste en el Evangelio vender al siervo que debía diez mil talentos, porque amenazado con este castigo se humillase y mereciese que le perdonasen toda la deuda.

¡Oh cuán bueno eres, Dios de Israel, con nosotros y cuán grandiosamente nos amas, pues así en los regalos, como en las tribulaciones que nos das, pretendes nuestro provecho, y así, Señor, no sólo amas tú lo que es en mí de tu parte, pero aun también lo que es de mi parte y de parte de mi albedrío si es bueno, aunque aborrezcas la malicia que hay en mí! Por lo cual, si fuese posible castigar los pecados de los que están en el infierno, sin castigar a las personas, lo harías, según amas mucho nuestra humana naturaleza. Pero porque no es posible castigar lo uno sin lo otro, porque las culpas y pecados son accidentes y no pueden estar sin sujeto, por amor de esto, cuando atormentas lo uno, atormentas lo otro. Si dan a uno una cuchillada y después de sano queda la señal, aunque aborrece la herida y señal, ama la carne donde se la dieron. Así también, Señor, amas a las criaturas que criaste, aborreciendo los pecados y culpas que proceden de la voluntad humana.

En el libro de la Sabiduría está escrito que ninguna cosa aborreciste de las que hiciste. Tú no hiciste el pecado ni la muerte, ni te alegras en la perdición de los que mueren, mas la malicia de la perversa voluntad es autora del peca-

do; por lo cual, castigando en el infierno el mal que hizo el hombre, conservas la naturaleza que es bien tuyo, porque tu amor persevera inmovible amando la naturaleza buena que criaste, y así en todo cuanto haces por nosotros, muestras, Señor, el grande amor que nos tienes y todos los beneficios que comunicas a los hombres proceden de aquel inflamado y ardentísimo amor con que nos amas.

La predestinación viene del amor, y criar el cielo y la tierra y todas las otras cosas, dcl amor procedieron. Por lo cual, como quieres tú, Señor, que en todas las cosas te imitemos, así quieres que todas nuestras cosas salgan con caridad inflamadas, y de aquí viene que no quieres aceptar alguna que no venga con caridad esmaltada; y la razón es porque el que te da oro o plata, date cosas exteriores, pero el que te ama dase a sí mismo, y esta es la causa porque das de mano a los servicios que te hacemos, porque no hallamos en ellos el amor que te debemos.

Dices, Señor, en tu Evangelio que como te amó el Padre así amas a nosotros, porque como el Padre te ama en la naturaleza humana que recibiste por gracia, así nos amas por gracia sin méritos nuestros. ¿Pues cómo no amarás tú, ¡oh ánima mía!, a quien tanto te ama? Aunque ahora se te haga de mal el amor, después que comenzares a amar a tu Dios tanto gusto y deleite hallarás en el amor, que mayor tormento recibirás en dejar de amar por no perder tan grande dulzura de lo que te sería trabajo en quebrar de veras con el mundo por amor de tu esposo Jesucristo. No llega este tormento a aquél; pues más dolor es dejar el amor de Dios después que gustaste de él que romper con el mundo y comenzar a amar a tu Dios.



MEDITACIÓN XII

Cómo hemos de amar a Dios
porque nos amó primero.



UERIENDO, Señor, que te amásemos, tuviste por bien de amarnos primero, porque ganándonos por la mano, siendo con tu gracia prevenidos, no pudiésemos dejarte de amar. No hallaste mejor medio que amar primero a aquellos de los cuales querías ser amado. Tú nos amaste primero, dice San Juan. Porque dejando aparte que tu amor es infinito y no puede ser pagado, el habernos amado primero es merced tan soberana, que es imposible pagarla nosotros. Nunca David pudo pagar a Jonatás aquel amor primero con que Jonatás amó a David y aquella liberalidad que usó dándole sus vestiduras, en señal del grande amor que le tenía. Por lo cual, viéndose David tan obligado por pagar el amor que a Jonatás debía, amóle como a su propia vida, y no sólo le amó viviendo mas aún también mostró el grande amor que le tenía en su muerte, cuando la lloró con tan grande sentimiento.

Amarte he pues, Dios mío, refugio mío y fortaleza mía, por tus grandes misericordias. Aunque en todas tus obras

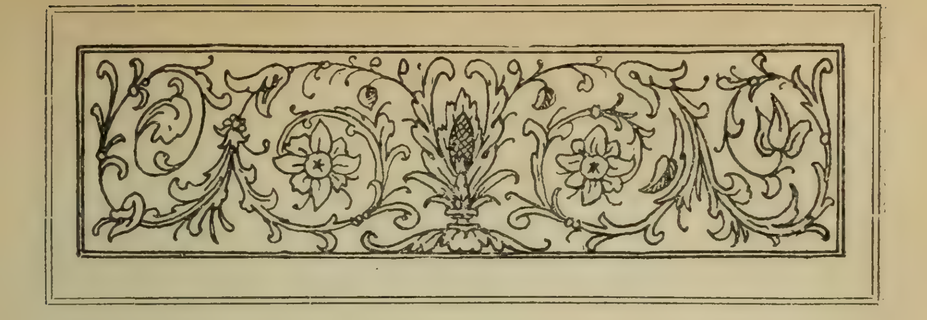
eres admirable, pero en las entrañas de piedad que tienes con el hombre, te hallo más maravilloso. Tus misericordias, dice el Profeta, son sobre tus obras. A ninguno despides, a ninguno desechas, a ninguno desprecias, y a los que te ofenden y huyen de tí, buscas con perseverancia y llamas benignamente. Al que se arrepiente, perdonas; recibes al que vuelve y esperas al que dilata la penitencia. Vuelves al camino al errado, convidas al que rehusa, despiertas al perezoso, abrazas al que viene, al triste consuelas, abrazas al caído y abres al que llama. Cosa maravillosa es que el pecador, que te dejó a tí, sumo bien y bondad infinita, no hallando ningún descanso en las cosas que ama no le queda otro remedio sino volver a quien ofendió. No puede vivir sin tí, y dejándote a tí le compele la necesidad de volver a tí. No hallando el hijo pródigo sino trabajos y miserias en todas las cosas criadas, ningún otro remedio tuvo sino volver a la casa de su padre que despreció. Tú eres nuestro amparo y guarida, y así nos amaste que por granjear nuestro amor tomaste (como dice Isaías) nuestros dolores y recibiste nuestras enfermedades. Trocaste con nosotros tus bienes por nuestros males. Lloras porque riamos, ayunas porque comamos, trabajas por nuestro descanso, eres pobre por enriquecernos, y, en fin, mueres porque vivamos. Pegámoste la enfermedad y tú nos pegaste la salud. Si se toma una camuesa fría en la mano caliente, la mano pega a la camuesa el calor y ella pega a la mano el olor y frialdad. Por amor de nosotros (dice tu Apóstol) quisiste ser pobre, porque con tu necesidad fuésemos nosotros ricos. El amor nuestro, por ser finito y limitado, no puede hacer de dos cosas una, porque por mucho que se amen el marido y la mujer, o el hermano y el hermano, siempre serán dos distintas personas. Pero el amor infinito que nos tuviste hizo que tu divina naturaleza y nuestra naturaleza humana estén en una persona simplísima y un supuesto. Salomón dijo que en todo tiempo ama el que es amigo, y el hermano en la angustia se prueba.

¡Oh, verdadero amigo de mi alma, que en todo tiempo me amaste! En las honras y deshonras, en la vida y en la muerte, y como no tuvieses suelta más que la lengua para nos hacer merced, cuando estabas enclavado en la Cruz, con ella me ganaste perdón del Padre, orando con lágrimas, como dice tu santo Apóstol.

Cuando éramos menos dignos de ser amados, entonces más declarabas el amor que nos tenías, manifestándolo con mayores obras. Predicabas más veces y hacías más milagros en Cafarnaum que en otras ciudades del reino de Judea ni de la provincia de Galilea, porque en aquella ciudad marítima, donde había más usuras y vicios y menos merecía tu presencia, resplandeciese más tu misericordia, según aquello que dijo tu santo Apóstol: «Donde abundó el delito sobrepujó la gracia». ¿Quién no amará a un Dios tan amoroso, que no se desdeña de amar donde es menos amado? ¿Qué pecho habrá tan horrible y lleno de pecados que desespere de la misericordia de Dios, viendo que no vuelve el rostro a las idolatrías, avaricias y torpezas de Cafarnaum? No sé qué pecho habrá tan duro, ni qué corazón tan helado, que no se ablande y derrita con la presencia de tan grande amador.

Escribiendo el evangelista San Lucas, cómo en la noche de tu sagrada pasión te apartaste a orar en el huerto de tus discípulos, por el espacio de un tiro de piedra, usó de este vocablo: «avulsus». Esta palabra «avulsus» propiamente es arrancar, como cuando se pone gran fuerza en arrancar un árbol, con su raíz y tierra. Estaba tan unido tu corazón por amor con aquellos Apóstoles, que como si te arrancaran esas tus entrañas, te apartaste de ellos. ¡Oh, gran fuerza de amor, que ni por distancia de un tiro de piedra sufre ausencia sin gran dolor, y estás tú, ánima mía, apartada de tu Dios tantos años, y casi no lo sientes! Falta es de amor de Dios, no lo puedes negar. Este grande amor no sufrió que se apartase media legua de los suyos, sino tan pequeño intervalo como un tiro de piedra. Dios, amor es, suave es,

y dulcísimo es, porque no hay mayor dulzura que santamente amar. Amor es Dios y no es fe, sino fundamento y objeto donde se funda nuestra fe. No dijo San Juan sino que Dios es amor, porque entendamos cuán propio le es amarnos, como a hechura de sus manos. ¡Oh, con cuánta justicia pide ser amado de todas nuestras fuerzas y corazón, queriendo el homenaje de nuestra alma a solas, pues a él sólo se debe toda nuestra voluntad y amor! ¡Oh, dulzura de amor santo, y cuán bien te supo el nombre de aquel singular amigo de Dios cuando dijo: «Dios es caridad, y el que persevera en amor está en Dios y Dios en él! ¡Oh compañía admirable y trueco de grande ganancia, que siendo yo quien soy, te pongas tú, mi Dios, en cambio conmigo, y que amándote yo, me ames por hacer paga de amor con amor. Libre es el amor porque nace de madre libre, que es nuestra voluntad, la cual ni por premios ni tormentos no sufre ser compelida, porque si lo fuese ya dejaría de ser voluntad. Por eso es tan precioso el amor, y nos le pides tú, Señor, como celoso amigo nuestro, porque es la joya más nuestra que te podemos presentar. Por esta perla preciosa y rubí encendido de amor diste al hombre todo lo criado, haciéndole señor de este universo, como dice el Salmista; porque dándoselo todo le obligues a pagar con toda la deuda de amor que te debe, como a su criador. Pusiste al hombre primero en los vergeles del Paraíso terrenal, hicístelo señor del universo y prevenístelo con singulares dones y muchos beneficios, porque te amase. Mas como la mucha leña suele matar el fuego y se acaba dando humo, así Adán, cargado con tantas mercedes, salió llorando, cuando por ingratitud murió el fuego divinal de amor en su mísero corazón. Mas tú, Señor mío y Redentor mío, como Querubín queriendo cebar el fuego con el fuego, entraste debajo de las ruedas de mis penalidades, y tomando brasas en tus sagradas manos derramástelas sobre la ciudad de Jerusalén que es cada una de nuestras almas, según que lo vió el profeta Ezequiel en figura.



MEDITACIÓN XIII

Cómo el amor que Dios nos tiene es eterno y tan antiguo como él.



MANIFESTASTE, Señor, el amor grande que nos tenías, en amarnos antes que fueses amado de nosotros. No fué tu amor paga de mi amor, ni mi amor pudo satisfacer al amor que me tuviste. En amarme primero está la prueba del amor, y eternalmente me amaste primero, según aquello del Profeta: «La misericordia de Dios es eterna y durará en la eternidad.» Usó el santo rey del nombre de misericordia hablando de tu santo amor, porque mayor conocimiento me da de quien tú eres este nombre de misericordia que el nombre de amor. La misericordia es afecto del ánimo, que se apiada de la miseria ajena y provee al necesitado, dándole primero la compasión del alma.

Quitando lo que a ti no conviene por ser impasible, reconoceré lo que es propio y entenderé el amor. No pertenece a ti compasión ni corazón doloroso, porque tu naturaleza es esencia de perfección y gloria; mas es muy propio a ti proveer al mísero y necesitado. Conozco los bienes

que me diste amándome, y esto debajo del nombre de misericordia, porque no hallaste en mí hermosura ni bienes que amar, sino miseria que sanar y pobreza que enriquecer. Por amor de lo cual usó antes el Profeta del nombre de misericordia que de amor; y así amaste a mí, miserable pecador, sin merecimientos míos, por sola tu bondad y amor; y este amor así fué antes que yo fuese, que diciendo San Juan que nos amaste primero, y cantando David que tu misericordia es eterna, declaró la antigüedad de tu amor, pues sin principio y eternalmente nos amaste. Conoces todas las cosas en ti mismo y no es menester que sean hechas ni que hagan bien o mal para que sean conocidas de ti; porque como no recibes conocimiento de las cosas, así no esperas a que obren para entender sus obras. No puede haber novedad ni accidente en ti, porque sería grande imperfección, y la menor está muy lejos de ti; por lo cual, cuando veo hacerse alguna cosa de nuevo, no considero que entonces tienes nueva voluntad ni que entonces lo quisiste; mas sube mi pensamiento a aquella antiquísima y entera disposición tuya en la que eternalmente ordenaste todas las cosas y determinaste todo cuanto vemos hecho de nuevo. Nuevas son las cosas a nuestros ojos y eternas a los tuyos, pues antes que sean hechas las conoces, y así tu misericordia y amor son eternos, porque en tu eternidad viste y conociste perfectamente la miseria de nuestra culpa; y siendo merecedores de condenación, compadeciéndote de nosotros, tuviste misericordia, y eficazmente quisiste a su tiempo darnos gracia y gloria para sanar nuestras heridas y destruir nuestra muerte, dándonos resurrección y vida. Considera, pues, ahora, ánima mía, cuán obligada estás al divino amor, por haberte Dios amado tanto antes que tú le pudieses querer bien. Mide esas dos horas que ha que comenzaste a ser con la eternidad de Dios en la cual te ama. Mil años son en el divino acatamiento como el día de ayer que acabó de pasar. Compara unas cosas con otras y hallaraste corrida y vencida, y pluguiese a Dios que en-

trases en la ley de las vencidas que son aprisionadas debajo del poder del vencedor. Pluguiese a Dios que te hallases tan atada y vencida que quedases presa en el amor del que tanto te amó en su eternidad, para que fueses libre de aquellas cadenas de fuego en que serán aprisionados todos los pecadores de la tierra.

Nunca, Señor, por desagradecidos que nos conociste, te arrepentiste por habernos hecho bien, ni volviste atrás en tus misericordias; porque, como dice el Apóstol, sin arrepentimiento son tus dones. No hay en ti sí ni no, porque tu sí permanece para siempre fiel y verdadero. Yo comencé a ser ayer y he gastado mis días ociosamente y, lo que es peor, en mil ofensas tuyas. Muchas veces propuse de amarte y volví atrás, y comenzando algunas veces a servirte volví a ofenderte. De esto es testigo mi corazón, los ángeles y toda criatura. ¡Oh, grande afrenta y vergüenza; oh, confusión, llena de salud si lo conociese! ¿Cuándo fuiste tú que no me conocieses y amases? ¿Por ventura aguardaste a que viniese tiempo en que nacieses para quererme bien? ¿Por ventura estorbó a tu divina bondad y hermosura mi fealdad de culpa para que no me quisieses bien? ¡Oh, Dios mío, bondad infinita, amor eterno y salud verdadera! Yo no te conocí ni aun muchos años después que tuve ser, y cuando ya por tu inmensa caridad te me diste a conocer, y tu grande hermosura y bondad me aficionó, puse en la fealdad y corrupción de las criaturas mi amor, dejando de amar a ti, que eres bondad infinita y gloria y hermosura de los ángeles. Detúveme en las criaturas, habiéndomelas dado tu cuidado paternal para regalo y servicio mío y para manifestación de quien tú eres, tan digno de amor y reverencia. Compiten, Señor, tu bondad y mi malicia, pues cuanto más bueno y liberal te mostrabas conmigo, tanto más rebelde me hallaste y desconocido de los bienes que de tu largueza recibía. No agotó mi ingratitud la fuente de tu misericordia, porque tu bondad y clemencia vence a toda malicia humana, y así como el amor no sabe estar

ocioso y se manifiesta en las obras, por el amor que nos tuviste nos diste bienes de naturaleza y gracia y nos prometiste bienes de gloria si guardáramos tus mandamientos. ¿Pues por qué, Dios mío y bondad infinita, no te amará mi corazón, viéndome tan prevenido con tu amor y que te anticipaste a quererme y amarme, y mostraste el amor soberano que me tenías con tantos beneficios? La primera cosa que en naciendo vieron mis ojos fueron los dones de tu mano, con los cuales prendiste mi corazón para amarte perpetuamente.

Como el primer movible arrebata tras sí las otras esferas y cielos, moviéndolos de oriente a occidente, así la fuerza de este amor santo que me tuviste primero en tu eternidad arrebata todas las potencias del alma y sentidos del cuerpo, sujetándolos al servicio suave del yugo de tu santo amor. Esto te pedía la Esposa de los Cantares por singular merced. Traedme en pos de vos, y correremos tras el olor de vuestros ungüentos. Del conocimiento de estas cosas se sigue hallarme muy obligado a amar a quien amándome tan antigua y eternalmente me obligó con tan grandes beneficios.





MEDITACIÓN XIV

De dónde nace el amor que Cristo nos tiene.



Si después de contemplar la antigüedad y eternidad del amor con que me previniste, quiero considerar la grandeza de este amor, aquí en tal meditación ¡oh buen Redentor y Señor mío! se agotara todo entendimiento criado. No hay lengua que baste a decirlo; y tu Apóstol San Pablo dice que tu caridad excede a todo conocimiento y sentido, aunque sea el de los ángeles. ¿Pues qué hombres lo podrán explicar si los ángeles no lo alcanzan a conocer?

Algunos ignorantes y duros no acaban de caer en la cuenta de este amor. Porque como el amor de ellos nazca de la bondad y perfección de la cosa amada, porque el cebo del amor es la bondad y perfección de las cosas, siendo el hombre una criatura tan baja y tan imperfecta, según el cuerpo, y según el alma un vaso de maldad, ¿qué amor se puede tener a criatura tan miserable? Y si también en especial consideran que tu divino amor no es ciego ni apasionado ni antojadizo, así creerán errando que es pequeño

el amor que nos tienes, si piensan que nace de nosotros. Porque donde no hay ceguedad ni pasión en el que ama, y la cosa que se ha de amar es tan imperfecta, fea y miserable, ¿qué amor se le podrá tener? No es esta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor, porque no nace, Señor, tu santo amor de la perfección que hay en nosotros, sino de lo que tú tienes que mirar en tu eterno Padre.

Por lo cual, si quieres, ánima mía, considerar el amor que te tiene tu Redentor, toma este negocio de los primeros principios considerando la grandeza de la perfección y gracias inestimables que por toda la Santísima Trinidad fué concedida a aquella santísima humanidad de tu esposo Jesucristo en el instante de su concepción. Allí le fueron concedidas tres gracias tan grandes, que cada una de ellas en su manera es infinita: conviene a saber, la gracia de la unión divina; la gracia universal que se le dió, como a cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su ánima.

Diósele primero a aquella santa humanidad el ser divino, juntándola y poniéndola con la divina persona, de manera que a aquella humanidad se le dió el ser divino, y de tal suerte que podemos con verdad decir que aquel hombre es Dios e Hijo de Dios y que ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Dios. Esta gracia ya se ve ser infinita por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios, y por la manera que se da, que es la más estrecha que hay, que es por vía de unión personal, y así Cristo no es dos personas, sino una persona, y un supuesto infinito.

También se le dió a aquel nuevo hombre que fuese padre universal y causa de todos los hombres, para que en todos ellos como cabeza espiritual influyese su virtud; de manera que en cuanto Dios, es igual al Padre Eterno, y en cuanto hombre, es príncipe y cabeza de todos los hombres, y conforme a este principado se le dió la gracia infinita para que de El, así como de una fuente de gracia y como de un mar

de santidad, reciban la gracia todos los hombres, y El se llame Santo de los Santos, no solamente por ser el mayor de todos, sino por ser santificado de todos, y como si dijéramos un tinte de santidad de donde ha de recibir este color y lustre todo el que ha de ser santo. Esta gracia también es infinita porque es para toda generación, de manera que no tiene número de personas determinado, sino puede cuanto es de su parte multiplicarse en infinito, y para todo lo que en ello se multiplicare hay méritos y gracia en la bendita ánima de Jesucristo. Dióseles particularmente otra gracia especial para la santificación y perfección de su vida, la cual también se puede llamar infinita, porque tiene todo aquello que pertenece para el ser y condición de la gracia, sin que nada le falte y sin que nada se le pueda añadir. Diéronsele también en aquel punto de su santísima concepción todas las gracias *gratis datas* de hacer milagros y maravillas cuantas El quisiere. Diéronsele todas en sumo grado y perfección, porque ésta es aquella hermosa flor de hermosura donde se asentó la paloma blanca del Espíritu Santo, y tendidas las alas la cubrió y extendió sobre ella toda su virtud y gracias cumplidamente. Este es el vaso de escogimiento donde se infundió aquel caudaloso río de todas las gracias con todas sus avenidas abundantísimamente, sin que ninguna gota quedase sin entrar en él. Aquí le hizo Dios el mayor beneficio que le pudo hacer y le dió todo cuanto pudo dar; porque aquí hizo lo último de potencia y gracia, dando todo lo que podía a aquella ánima dichosísima en aquel punto que fué criada.

Y sobre todo le fué dado, en aquel mismo punto, que viese luego la esencia divina y conociese claramente la majestad y gloria del verbo conque era ayuntada, y así viendo fuese bienaventurada y llena de tanta gloria esencial cuanta tiene ahora a la diestra del Padre.

Si te pone admiración esta dádiva tan grande, junta con ella esta otra circunstancia maravillosa que hay en ella, y es que todo esto se dió de pura gracia ante todo mereci-

miento, antes que aquella bendita ánima pudiese haber hecho obra meritoria alguna por donde lo pudiese merecer. Todo fué junto, el criarla y dotarla de todas estas gracias, no por más de que así quiso el Señor amplificar y extender sus manos y largueza con ella y magnificar así su gracia; por lo cual llama San Agustín a Cristo dechado y muestra de la gracia. Porque así como los grandes escribanos y pintores suelen hacer algunas muestras de labores en sus oficios cuando se quieren dar a conocer, en las cuales empleando todo su saber hacen todo lo último de potencia para que todo el mundo vea qué tanto es lo que alcanzan, así la bondad y magnificencia de Dios determinó de criar una nueva criatura y usar con ella en su manera de toda su magnificencia y gracia, para que por esta obra conociesen los cielos y la tierra la grandeza de Dios.

El rey Asuero hizo un convite solemnísimo, para que todos sus reinos viesen la grandeza de sus riquezas y potencias. El rey del cielo quiso hacer otro convite maravilloso a esta santa humanidad con quien él se desposara, para que todas las criaturas celestiales y terrenales conociesen por ella la grandeza de la bondad y largueza divina que a tales cosas se extendió.

Mira tú, pues, ahora, ánima mía, qué dádiva sea esta tan admirable y cuán dichosa haya sido aquella bendita ánima de tu Redentor a quien Dios tal gracia quiso hacer, y no tengas envidia, sino alegría, pues la gracia que él recibió, no solamente la recibió para sí, sino también para tí. En nombre suyo se escribieron aquellas palabras de Job: «No comí yo a solas mi bocado sin que el extranjero comiese de él, porque desde mi niñez creció conmigo la misericordia, y del vientre de mi madre salió conmigo.» Así que no comió su bocado a solas, mas antes lo repartió con los peregrinos y como verdadera cabeza nuestra recibió lo que recibió, no sólo para sí, mas también para sus miembros.



MEDITACIÓN XV

Del oi igen y causa del amor de Jesucristo.



ECOGE, pues, ahora tus pensamientos, ánima mía, entra dentro de tí misma y en silencio y soledad pasa adelante y considera la parte que te cabe de tan grandes riquezas como éstas. Dime, cuando aquella ánima santísima de Jesucristo, en aquel dichoso punto que fué criada, abrió los ojos y se vió tal cual se vió y conoció de cuyas manos le venía tanto bien, y como el que nace rey y no lo ganó por su lanza, se hallase con el principado de todas las criaturas y viese arrodilladas delante de sí a todas las jerarquías del cielo, que en aquel dichoso punto le adoraron, como dice el Apóstol, ¡dime si es posible decirse con qué amor amaría esta tal ánima al que así quiso glorificarla! ¡Con qué deseos codiciaría que se le ofreciese algo en que poder agradar y servir a tal dador! ¿Hay algunas lenguas de serafines ni querubines que esto puedan decir? Pues añado más: que a este deseo le fué dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este

negocio se encargase por la honra y obediencia suya y que tomase a pechos esta empresa tan gloriosa y no descansase hasta salir al cabo con ella, y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas para obrar es por amor, porque todas ellas obran por amor de algún fin que desean cuyo amor concebido en sus entrañas les hace trabajar, y por tanto, pues, el hijo de Dios humanado había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, menester era que los amase con tanto amor y deseo, que por amor de verlos remediados y restituídos en su primera gloria, se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario. Después que conoció esto aquel ánimo tan generoso, deseoso de agradar al Eterno Padre con linaje de inefable amor, revolvió hacia los hombres para amarlos y abrazarlos por aquella obediencia del Padre.

Vemos que cuando algún tiro de artillería echa una bala con mucha pólvora y fuerza, si la pelota resulta a soslayo de donde va a parar, tanto con mayor ímpetu resulta cuanto mayor furia lleva. Pues así aquel amor del ánima de Jesucristo para con Dios, que llevaba tan admirable fuerza porque la pólvora de la gracia que le impelía era infinita, cuando, después de haber ido a herir derechamente en el corazón del Padre, resultase de allí al amor de los hombres, ¡con cuánta fuerza y alegría volvería sobre ellos para amarlos y remediarlos! No hay lengua ni virtud que esto pueda significar. Esta es aquella fuerza que significó el Profeta cuando dijo: «Alegróse así como gigante para correr el camino; desde lo más alto del cielo fué su salida y su vuelta hasta lo más alto de él; y no hay quien se pueda esconder de su calor».

¡Oh, amor divino! que saliste de Dios y bajaste al hombre y volviste a Dios, porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios, y en tanta manera lo amaste, que quien considera este amor, no se puede defender de tu amor, porque hace fuerza a los corazones, como dice tu santo Apóstol. «La caridad de Cristo nos hace fuerza».

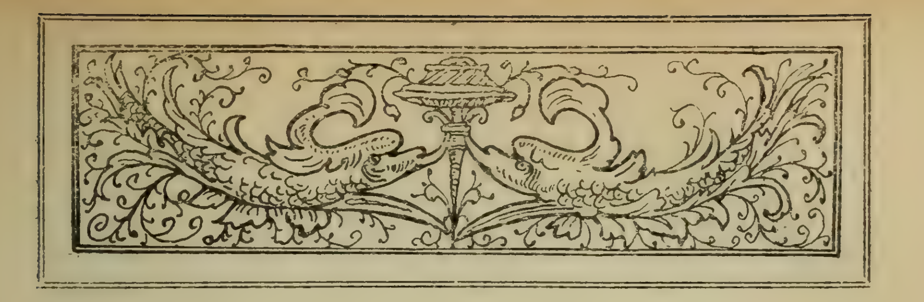
Este es aquel hervor y diligencia que significó tu Santa Iglesia en los Cantares, cuando dijo: «Miradlo cómo viene con tanta priesa, saltando los montes y traspasando los collados. Semejante es mi amado a la cabra montés y a los hijos de los ciervos, según la ligereza que trae» Esto mismo significó el profeta Isaías cuando dijo: «No se entristecerá ni turbará hasta establecer en la tierra juicio y concierto: y su ley esperarán las islas». De aquí nacieron aquellas palabras tan animosas que dijiste: «Si diere yo sueño a mis ojos y dejare siquiera un poquito pegar mis párpados, si tomare algún descanso para mi vida hasta que halle en la tierra morada y lugar para con los hombres». Esta es la fuente y origen del amor de Cristo para con los hombres, si lo quieres saber; porque no es causa de este amor la virtud ni bondad ni hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo y su agradecimiento y su gracia y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas, cuando dijo el jueves de la Cena a sus discípulos: «Porque conozca el mundo cuanto yo amo a mi Padre, levantaos y vamos de aquí a donde yo he de morir por los hombres en la Cruz».

Cata aquí ahora, ánima mía, la causa de este amor tan grande. Tanto más quema el resplandor del sol, cuanto más recios son los rayos que lo hacen reverberar. Los rayos de fuego de este divino sol iban derechos a dar en el corazón de Dios y de allí reverberaron sobre los hombres. Pues si los rayos son tan derechos ¿qué tanto quemará su resplandor? No alcanza ningún entendimiento angélico qué tanto arda este fuego, ni hasta dónde llegue su virtud. Quieres, Señor, que te paguemos nosotros este amor con amor y que te amemos en recompensa de este amor inmenso con que nos amaste y amas. El amor que nos tuviste y tienes te puso en la Cruz, y por ser de nosotros amado, te entregaste a la muerte. ¡Oh, mi buen Jesús, que ahora entiendo lo que dijiste! «Fuego vine a poner en la tierra, ¿y qué es mi deseo sino que arda?» Todo te veo abrasado en amor y con

millares de bocas de fuego y con llagas casi sin número das combate a mi ánima, cercada por todas partes de fuego de alquitrán que es tu santísimo amor. No sé cómo ya no se rinde dándose a partido en las manos de tu divina majestad, pues no puede ser que muera quien liberalmente se sujetare en las manos del que es verdadera vida, según aquello que dijiste a Santa Marta: «Yo soy resurrección y vida». ¿Qué temes, alma mía? ¿Por qué te defiendes de quien es infinito poder? Serafín encendido de amor es, no temas, sino ámale, que no pide sino amor.

Si huyes de la vida, ¿qué resta sino que halles la muerte? Y si temes la muerte, ¿por qué no te das, ofreciéndote a la vida, Cristo Jesús, en quien según dice su Apóstol, tienes vida, ser y movimiento? Mira cuán grandemente te amó tu esposo Jesucristo, y no pares ni descanses hasta convertirte todo en su amor y seas una brasa encendida en puro fuego de amor, según eres obligada a querer a quien tan admirablemente te amó.





MEDITACIÓN XVI

Que este amor de Cristo es sin temor.



Es de tal suerte el amor que nos tienes, Señor nuestro, redentor nuestro y vida de mi alma, y tan altamente nos amas, que no es el término de tu amor solamente hasta la muerte donde llegó, y muerte de Cruz, pero pasó más adelante; porque si como tuviste mandamiento de padecer una muerte, te mandaran sufrir millares de muertes, para todas ellas tenías amor, y si lo que te mandaron padecer por todos los hombres te mandaran hacer por cada uno de ellos, todo eso hicieras por cada uno como por todos; y si como estuviste aquellas tres horas penando en la Cruz fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo, si más tormentos y más tiempo fuera necesario padecer.

De manera, Señor, que mucho más amaste que padeciste, y muy mayor amor te quedaba en las entrañas encerrado que lo que mostraste acá de fuera en tus llagas.

No sin gran misterio quiso el Espíritu Santo que se escribiese entre las otras particularidades del Templo de Sa-

lomón, conviene a saber, que las ventanas de aquel templo eran más rasgadas y abiertas de la parte de dentro que de fuera, y así por dentro eran mayores de lo que por fuera parecían. ¡Oh amor divino, y cuánto mayor eres de la parte de dentro de lo que parece por acá de fuera! Tantas llagas y tantos azotes y tan crueles heridas, sin duda nos predican grandísimo amor, pero no dicen toda la grandeza del amor, porque sin duda muy mayor era el amor que allí adentro ardía en tu pecho sagrado de lo que parecía por acá de fuera.

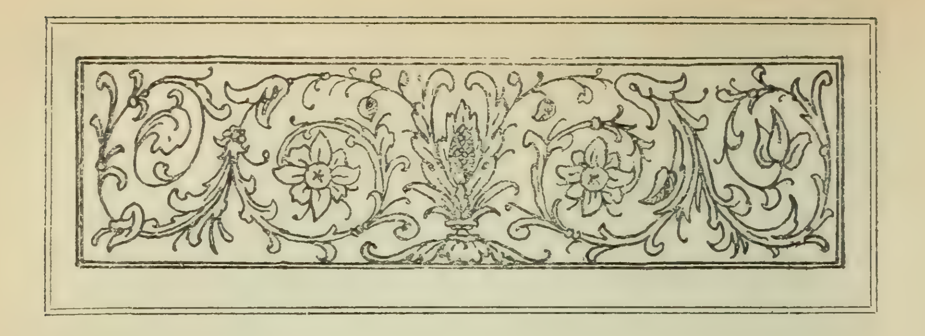
Centellas son esas llagas que salen de ese fuego; rama es esa que procede de ese árbol, arroyo que sale de ese piélago infinito de inmenso amor. Esta es la señal que puede haber de amor, poner uno la vida por sus amigos. Señal, y no igualada. Pues si tanto te debo, Dios mío y mi Señor, por lo que hiciste por mí, ¿cuánto más te deberé por lo que deseaste hacer? Si tanto es lo público que ven los ojos de todos, ¿qué tanto más es eso que ven los ojos de Dios? ¡Oh piélago de infinito amor, oh abismo sin suelo, de amor! ¿Quién dudará, Señor, del amor que nos tienes? ¿Quién no se tendrá por el más rico del mundo, pues de tal Señor es amado? Suplícote, salvador mío, por las entrañas de misericordia que te movieron a darme tal dádiva, que me des ojos y corazón para que yo conozca y sienta esto, y me glorie siempre en tus misericordias y cante todos los días tus alabanzas.

Si quieres, pues, ahora, ánima mía, barruntar algo de la grandeza del amor de tu Señor y del deseo que tuvo para padecer por tí, ponte a pensar en la grandeza del deseo que los santos tuvieron de padecer por Dios, y porque aquí podrás entender algo del deseo que tuvo el Santo de los Santos, pues les excede tanto en santidad y gracia cuanto la luz del sol a las tinieblas y mucho más. Mira aquel deseo que tenían aquellos bienaventurados padres San Francisco y Santo Domingo, los cuales así deseaban el martirio, como el ciervo las fuentes de las aguas, y pedía el glorioso Santo

Domingo que todos los miembros de su cuerpo fuesen cortados, pareciéndole que era poca cosa un martirio solo y deseando para cada miembro un martirio. Mira el deseo del bienaventurado apóstol San Andrés, que viendo la Cruz en que había de morir se requebraba con ella como con una esposa muy amada y le rogaba se alegrase con él como él se contentaba con ella.

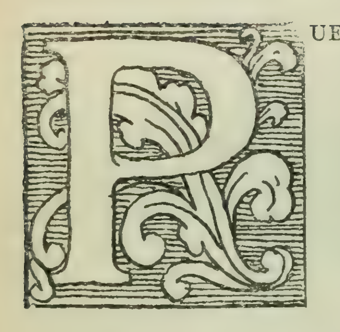
Vengo a otro más alto martirio y otra nueva manera de deseo, que fué el de San Pablo, al cual, pareciéndole poco todos los géneros de tormento juntos para satisfacer el amor que a Dios tenía, deseó las mismas penas y tormentos del infierno por la honra de Dios y salud de los hombres. Codiciaba (dice este santo Apóstol) ser anatema de Cristo, por mis hermanos. Deseaba en esto ser para siempre apartado de Cristo cuanto a la participación de la gloria, aunque no cuanto a la gracia y al amor de Dios.

Toma, pues, ahora ¡oh ánima mía! alas para volar, y sube de este escalón hasta las entrañas y corazón de tu esposo Jesucristo y mira que si este Apóstol sagrado no teniendo sino sola una gota de gracia, tenía tan grande amor a los hombres, ¿cuánto mayores serán los deseos del Salvador, que es un mar infinito de gracia, pues según el amor es el deseo? Esto, Señor, nos quisiste dar a entender en aquellas palabras, cuando dijiste: «De un bautismo tengo de ser bautizado. ¡Y cómo vivo en estrechura hasta que llegue su hora!» Angustiábase y afligíase, Señor, tu corazón, porque era tan grande el deseo que tenías de verte ya por amor de nosotros teñido en tu propia sangre, que cada hora que esto se dilataba te parecía mil años por la grandeza del amor. Y de aquí nacía aquella fiesta gloriosa de los ramos que quisiste que te hiciesen cuando ibas a padecer, por enseñar al mundo la alegría de tu corazón, pues así cercado de rosas y flores quisiste ir al tálamo de la Cruz. No parece, Señor, que vas a la Cruz, sino al desposorio, pues es tanta la fiesta que quieres que se te haga en el camino.



MEDITACIÓN XVII

De la muestra de amor que nos dió el Salvador en su muerte.



ues salid ahora, hijas de Sión; salid, ánimas devotas de Jesucristo, y veréis al rey Salomón con la guirnalda que le corona su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su corazón. No hallo, Señor, otra guirnalda, sino la que hizo tu madre la sinagoga en el Viernes de la Cruz; no de hojas ni de flores, sino de crueles espinas, para atormentar tu sagrada cabeza. Pues ¿cómo se llama este día de fiesta y alegría de tu corazón? ¿Por ventura esas espinas no te lastiman? Más lastiman a ti que a ninguno de los hombres, porque tu delicadeza era mayor; mas por la grandeza del amor que nos tenías no mirabas a tu dolor, sino a nuestro remedio, no a tus llagas sino a la medicina de nuestras almas enfermas.

Si al patriarca Jacob los muchos años de trabajoso servicio le parecían pocos días por casar con Raquel, a causa del grande amor que le tenía, ¿qué te parecerán a ti tres horas de Cruz y un día de pasión por desposarte con la

Iglesia y hacerla tan hermosa que no le quede mácula ni arruga? Este amor te hace morir tan de buena gana, te embriagó de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado en una cruz, hecho escarnio y oprobio del mundo.

Tú eres aquel Noé que plantaste una viña y bebiste del vino de ella en tanta abundancia que, embriagado de aquel poderoso vino de amor, caiste dormido en la cruz y padeciste tales deshonras en ella, que tus mismos hijos se escandalizaron e hicieron burla de ti.

¡Oh, maravilloso amor, que a tal extremo descendiste, y extraña ceguedad de los hombres que tomaron ocasión para descreerte donde la habían de tomar para más amarte! Dime, ¡oh, dulcísimo amor!: si sola esta centella que nos mostraste acá de fuera fué tan espantable a los hombres que ha sido escándalo a los judíos y locura a los gentiles, ¿qué hicieran si les dieras alguna otra muestra que declarase toda la grandeza de este amor tuyo, pues si sola esta muestra, que es menor que el amor que nos tienes, hace a los hombres malos salir de sus sentidos y perder la vista en medio del esplendor de la luz? ¿Qué harán tus hermanos, hijos y amigos, que tan creído tienen y tan conocido a cuánto más se extiende tu amor? Esto es lo que les hace salir de sí y quedar atónitos cuando, recogidos en el secreto de su corazón, les descubres estos secretos y se los das a entender y sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas; de aquí el desear los martirios; de aquí el holgarse con las tribulaciones; de aquí sentir refugio en las parrillas y pasearse sobre las brasas encendidas; de aquí el desear los tormentos como convites y holgarse con lo que todo el mundo teme, abrazar lo que el mundo aborrece, buscar las abominaciones de Egipto para sacrificar el ánima a Dios.

El ánima que está desposada contigo, Redentor del mundo, y voluntariamente se junta contigo en el tálamo de la Cruz, ninguna cosa tiene por más gloria que traer consigo las injurias del Crucificado. ¿Pues cómo te pagaré

yo, amor mío, este amor? Esta sola es digna de recompensación, cuando la sangre se recompensa con sangre.

Aquella sangre que Moisés celebró en la amistad con Dios y su pueblo confederándole y haciendo pacto con él, la cual era figura de ésta, parte se derramó sobre el altar y parte sobre el pueblo: la que caía sobre el altar era para aplacar a Dios, y la que caía sobre las cabezas del pueblo para obligar a los hombres.

Dulcísimo Señor, yo conozco esta obligación; no permitas que yo salga de ella; véame yo con esa sangre teñido y en esa Cruz enclavado. ¡Oh, Cruz, hazme lugar y recibe en ti mi cuerpo y deja al de mi Señor; ensánchate, corona, para que pueda yo meter mi cabeza; dejad clavos esas manos inocentes y atravesad mi corazón y llagadlo de compasión y amor. Por amor de esto, dice tu santo Apóstol: «Moriste para enseñorearte de vivos y muertos, no con amenazas ni castigos, sino con obras de amor.» Cuéntame entre los que mandares por vivo o por muerto y véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor. ¡Oh, cuán maravillosa y excelente manera de pelear has escogido, Señor; porque ya no con diluvio, ni con fuego del cielo, sino con halagos de paz y de amor has conquistado a los hombres; no matando, sino muriendo; no derramando sangre ajena, sino dando la tuya propia por nosotros en la Cruz. ¡Oh, maravillosa y nueva virtud, pues lo que no hiciste desde el Cielo, servido de ángeles, hiciste desde la Cruz, acompañado de ladrones! Tantas son las bocas de fuego que me dicen que te ame cuantas llagas veo que tienes por mi amor en ese tu sagrado cuerpo. Cada herida de esas es una lengua que me da voces que te ame. Bien será, ánima mía, que te ocupes en amar al que en todo tiempo y lugar con tan grande amor se ejercitó en buscarte. ¡Oh, grandeza de amor divino!, inflama todo mi corazón para que todo se emplee en ti, no hallando lugar en mí otro adúltero amor. Paraíso de deleites de Dios y templo de paz de nuestra ánima, recíbenos, fugitivos y peregrinos, en este valle de miserias.



MEDITACIÓN XVIII

Cómo la cruz de Cristo enciende nuestras almas en amor.



H, robador de corazones; roba, Señor, este mío, pues en la Escritura tienes nombre de robador, apresurado y violento! ¿Qué espada será tan fuerte? ¿Qué arco tan recio y bien flechado que pueda penetrar un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes. Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones; tú has inflamado a todo el mundo con tu amor, como tú dijiste, por un Profeta: «Con el fuego de mi amor será abrasada toda la tierra.» Y en tu Evangelio dijiste: «Fuego vine a poner a la tierra; ¿y qué quiero yo sino que arda?» Bien había entendido la virtud de esta venida y valor de este fuego aquel santo Profeta que daba voces diciendo: «Ojalá rasgases ya los cielos y vinieses, y las aguas arderían con fuego.» ¡Oh, dulce fuego; oh, dulce llama, que así enciendes los corazones helados más que nieve y los conviertes en amor! Esta es la causa de tu venida, traer este fuego desde el cielo y henchir al mundo de amor, como lo dijo el Profeta: «Visitaste la tierra y em-

briagástela de amor.» ¡Oh, amantísimo, suavísimo, hermosísimo y clementísimo Señor; embriaga nuestros corazones con ese vino, abrásalos con ese fuego y hiérelos con esa saeta de tu amor! ¿Qué le falta a esa tu Cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hiere los corazones? La ballesta se hace de madera y una cuerda estirada y una nuez al medio de ella, donde sube la cuerda para disparar la saeta con furia y hacer mayor la herida. Así, estando tu sacratísimo cuerpo extendido en el madero de la Cruz, así como cuerda, y los brazos tan estirados, veo que en la abertura de ese costado se pone como en nuez la saeta de tu amor, para que de allí salga a herir el corazón. Sepa ahora todo el mundo que yo tengo el corazón herido. ¡Oh, corazón mío! ¿Cómo te guarecerás? No hay remedio ninguno que te cure, sino morir. Cuando yo, mi buen Jesús, veo que de tu costado sale este hierro de lanza ensangrentado, y esa lanza es una saeta de amor que me traspasa, siento que de tal manera hiere mi corazón, que no deja parte en él que no penetre. ¿Qué has querido hacer, amor dulcísimo; qué has querido hacer en mi corazón? Vine aquí para curarme, y hasme herido, y vine para que me enseñases a vivir y hácesme loco. ¡Oh, dulcísima herida; oh, sapientísima locura; nunca me vea yo jamás sin ti! No solamente la Cruz, pero aun la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente. ¡Oh, amoroso Señor y puro fuego de amor: la cabeza tienes inclinada para oirnos y darnos beso de paz, con la cual convidas a los culpados, siendo tú el ofendido; tienes los brazos tendidos para abrazarnos; las manos agujereadas para darnos tus bienes; el costado abierto para recibirnos en tus entrañas; los pies enclavados para esperarnos y para nunca poderte apartar de nosotros. De manera que mirándote, Señor, en la Cruz, todo cuanto ven mis ojos me convida a tu amor. El madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo y sobre todo el amor interior me da voces que te ame y que nunca te olvide. ¿Pues cómo me olvidaré de ti? Si me olvidare de ti, buen Jesús, sea echado en olvido de

mi mano derecha. Péguese mi lengua a los paladares si no me acordare de ti y si no te pusiere en principio de mis alegrías. Cata aquí, pues, ánima mía, declarada la causa del el amor que Cristo te tiene, porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sino del amor divino y deseo que tiene de hacer su santa voluntad. Pues por este mismo camino podrás entender de dónde provienen tantos beneficios y promesas como Dios tiene hechas al hombre, porque de aquí se esfuerce tu esperanza, viendo sobre cuán firmes fundamentos está fundada y cómo la causa porque Cristo amó al hombre no es el hombre, sino Dios, así también el modo porque Dios tiene prometidos tantos beneficios al hombre, no es el hombre, sino Cristo. La causa porque el Hijo nos ama es porque se lo manda su Padre, y la causa por que nos favorece el Padre es porque se lo pide y merece el Hijo. Estos son aquellos sobre celestiales planetas, por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la gloria y se envían todas las influencias de gracias al mundo. ¿Ves cuán firmes son los estribos de amor? No lo son menos los de nuestra esperanza. Tú nos amas, Redentor nuestro, porque tu Padre te lo manda, y tu Padre nos perdona porque tú se lo suplicas. De mirar tú su corazón y voluntad resulta que me ames a mí, porque así lo pide tu obediencia, y de mirar él tus pasiones y heridas procede mi perdón y salud, porque así lo piden tus méritos. Miráos siempre, Padre e Hijo, miráos siempre sin cesar, por que así se obre mi salud. ¡Oh, vista de soberana virtud; oh, aspecto de sobrecelestiales planetas, de donde proceden los rayos de la divina gracia con tanta certidumbre! ¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no mirará tal Padre? Pues si el Hijo obedece yo seré amado, y si el Padre mira yo seré perdonado. A un suspiro que dió aquella doncella llamada Axa ante su padre Caleb, le dió el padre piadoso cuanto pidió. ¿Pues qué podrá negar tal Padre a los suspiros y lágrimas de tal Hijo? ¿Cuándo, Redentor mío, olerá tan mal el cieno de mis pecados que no huela más suavemente el

sacrificio de tu pasión? Es tan grande la hermosura de tu pasión sagrada, que todos los pecados del mundo juntos no son más parte para afearla que un lunarico muy pequeño en un rostro de grande hermosura y lindeza. Pues, ¡oh, ánima flaca y desconfiada, que en tus angustias no sabes confiar en Dios! ¿Por qué te acobardan tus culpas y la falta de tus merecimientos? Mira que este negocio no estriba en ti, sino en Cristo; porque si el demérito del primer hombre terreno fué principio de tu caída, el mérito del segundo celestial fué principio y fin de tu remedio. Trabaja por estar unida con éste por fe y amor, así como lo estás con el otro por vínculo de parentesco, porque si lo estuvieres, así como por el parentesco participas la culpa del transgresor, así por el deudo espiritual comunicarás la gracia de Cristo. Si con él estuvieres de esta manera unida, cree cierto que lo que fuere de él será de ti, y lo que fuere del padre será de los hijos, y lo que fuere de la cabeza eso será de los miembros, y, como dice el Evangelio, donde estuviere el cuerpo allí se juntarán las águilas. Esto es lo que, en figura de este misterio, dijo el rey David a un hombre temeroso y turbado: «Júntate conmigo, que lo que será de mí será de ti y conmigo serás guardado.»

No mires a tus fuerzas, que te harán desmayar, sino a éste tu remediador y tomarás esfuerzo. Si pasando el río se te desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, levanta los ojos en alto y mira los merecimientos del Crucificado y pasarás segura. Si crees de veras que el Padre te dió a su Hijo, cree también que dará lo demás, pues todo es menos. No pienses, ánima mía, que porque subió a los cielos te tiene olvidada, pues no se pueden compadecer en uno amor y olvido. La mejor prenda te dejó cuando subió allá, que fué el palio de su carne preciosa en memoria de su pasión y amor. Mira que no solamente viviendo padeció por ti; mas aun después de muerto recibió la mayor de sus heridas, que fué la lanzada en el costado, para que sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero, y para

que entiendas también por aquí que cuando dijo al tiempo de expirar: «Acabado es», que aunque se acabaron sus dolores, no se acabó su amor. Jesucristo, dice San Pablo, ayer fué y hoy es también y será en todos los siglos, porque cual fué en este siglo mientras vivió para los que le querían, es ahora y será para siempre para todos los que le buscaren.





MEDITACIÓN XIX

Cómo Dios ha de ser amado, por ser nuestro bienhechor.



I como dijo un sabio gentil, no podemos pagar a los dioses ni a los padres, que nos dan solamente esta casa de alquiler en que mora el alma, ¿cuánto te debo, verdadero Dios y único Señor mío, pues me diste el alma y cuerpo y todo cuanto yo soy? Con las cuerdas de Adán dices que me traerás, y con ataduras de amor. Estos cordeles son las mercedes que hiciste a Adán y a sus hijos. Dices en esto que harás tales obras al hombre, que lo traerás a tí. Si el amar es querer bien para el amado, tanto decimos que amas a uno cuantos mayores bienes le comunicas, y si al que más amas haces más bien, si yo quisiere entrar en cuenta contigo y sumar los bienes que de tu mano he recibido, faltara el tiempo, y primero se acabara la vida que se acabe tan larga cuenta. Cuantos miembros tengo en mi cuerpo, tantos beneficios hallo, por los cuales debo amarte. Si uno perdiese un ojo, ¿qué tanto amaría al que se lo restituyese? Si uno mereciese perder sus ojos, ¿cuánto amaría al que se los conservase? No menos

debo yo amar al que me dió los ojos y me los conserva, pues muchas veces usando mal de ellos, merecí perderlos. Esto mismo considero de los otros miembros, ¿y cuánto más sería obligado a amar al que siendo muerto me resucitase?

¿Oh, hacedor de mi vida, restaurador y conservador de ella, ¿qué hay en mí que no haya recibido de tí? Y si tanto es justo que te ame por el cuerpo y la vida que me diste, ¿por qué no te amaré, y mucho más por el alma racional que en mí criaste, pues sin comparación es más prestante y excelente que este nuestro cuerpo mortal y corruptible? Y si esta mi ánima perdiese el uso de la razón, ¿cuánto amaría yo al que se lo restituyese? Mucho, pues, te debo amar, pues me diste uso de razón y alma y cuerpo y vida, y conservas esta unión, mereciendo muchas veces la muerte por mis pecados. Levanta, pues, ánima mía todos tus pensamientos a este inefable amor de tu Dios. Ninguna cosa hay más justa, más útil ni más saludable ni dulce que amar el hombre a aquel de quien recibió todo el ser y conservación que tiene. Si no puedes, ánima mía, conocer qué tal sea aquel que tanto te ama, considera siquiera las arras que te dió de amor. En los dones que tienes contigo, conocerás con cuanto afecto y con cuanto cuidado y diligencia le debes amar. Insignes son sus arras, y nobles sus dones, porque al grande no conviene dar cosas pequeñas. Abre tus ojos y mira al universo, cielos y tierra, aire y todos los elementos y criaturas, que todos te sirven. Recibes el beneficio y no conoces a quien te lo da.

Pues si quiero, Señor, poner mis ojos en el tratamiento que me haces, véote, Dios mío, tan ocupado en hacerme mercedes, que parece que olvidado de todos los demás te ocupas solamente conmigo, y que de mí sólo tienes cuidado. Tú siempre fuiste para mí solaz en mis adversidades y guarda en mi prosperidad. Adonde quiera que me volvía me precedía tu gracia y misericordia, y cuando estaba a punto de perderme, me libraste. Cuando iba errado, me vol-

viste al camino; cuando ignoraba me enseñaste; cuando pecaba me corregiste; cuando estaba triste me consolaste; cuando caí me levantaste, y estando en pie me tuviste. Tú me diste que verdaderamente te conociese, que puramente te amase, que sinceramente te creyese y ardientemente te siguiese.

¡Oh, Dios de mi corazón, dulzura de mi vida y lumbre de mis ojos! ¿Quieres que te ame? ¿Cómo te amaré y quién soy yo para amarte? ¿Cómo no amaré a tan noble bienhechor, viéndome tan cercado de sus dones?

Cuando el virtuoso mancebo José fué en Egipto requerido de su deshonesta señora, acordándose de los beneficios que de su señor había recibido, respondióle diciendo: «Mi señor me ha entregado todas las cosas de su casa, excepto a tí, que eres su mujer. ¿Pues cómo podré yo pecar contra mi señor?» No sólo dijo cómo querré ofender a mi señor, sino cómo podré, porque le parecía que no era posible injuriar a quien tanto debía. ¿Pues cómo podré yo ofender a tí, mi Dios, de cuyas magníficas manos he recibido tantos bienes? Aunque mi perversa voluntad, con su libertad y señorío te quisiere desamar, yo no sé cómo será posible que pueda ofender a quien está tan obligada. Si Putifar entregó a José su casa, no le hizo señor de toda ella, pues algo reservó para sí, como él mismo lo dijo.

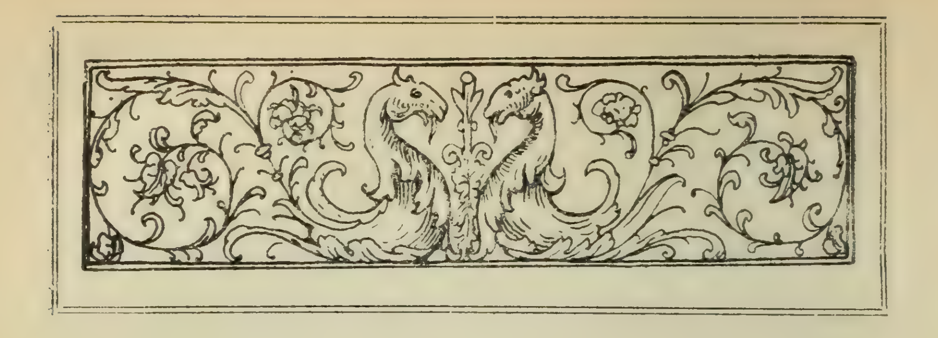
Pero tú, Señor mío, ¿qué tienes que no me hayas dado? Dándote a tí mismo, me diste contigo todos los bienes, ¿y qué tengo yo que no lo haya recibido de tí? Así me fuerza a amarte la memoria de tan innumerables y altos beneficios, que aunque quiera dejarte de amar no podré jamás acabarlo conmigo. La pascua del cordero que mandabas celebrar a los judíos, y todas las otras fiestas, servían de encomendarles la memoria de los beneficios que habían recibido de tu mano. La pascua era memorial de la salida de Egipto; el ofrecerte los primogénitos era memoria de los primogénitos de sus enemigos que mataste en Egipto; el maná que mandaste guardar en el arca del Testamento fué (cómo tú

mismo lo dices) en memoria del mantenimiento con que sustentaste a tu pueblo cuarenta años en el desierto, y las doce piedras que sacó Josué del Jordán, era para que se acordasen siempre los hijos de Israel del beneficio que recibieron mandando parar las aguas de aquel río, para que tu pueblo pasase a pie enjuto. En esto y en la fiesta de las cabañas, y en todas las otras fiestas y memorias que mandabas celebrar, no pretendías otra cosa sino hacer a los Israelitas que no se olvidasen de las mercedes que les hiciste, porque la memoria de tan soberanos beneficios, despertase sus voluntades al amor de tan grande bienhechor.

Cuando en el Deuteronomio mandaste que te amásemos, antes que pusieses aquel precepto, dijiste a tu pueblo: «Yo soy el Señor Dios tuyo, que te saqué de tierra de Egipto.» Pusísteles delante de los ojos la obligación que tenían de amarte, trayéndoles a la memoria el beneficio recibido.

Todos tus dones proceden de amor, y así quieres obligarnos con las mercedes que nos haces a que te amemos, pues tantas razones hay para ser de nosotros amado.





MEDITACIÓN XX

De que Dios ha de ser amado, por los beneficios que nos hace.



SI dádivas quebrantan peñas, más duro eres que peña, corazón mío, si no te derrites en el amor de tu Señor, viéndote tan obligado con la multitud de mercedes que de su mano recibiste y recibes cada hora. Los perros y todos los otros brutos irracionales aman a su bienhechor y reconocen y agradecen el bien que se les hace. ¿Pues por qué yo siendo criatura racional y criado a tu imagen y semejanza seré peor que las bestias, no amando continuamente a mi Dios y Señor, pues nunca cesas de obligarme con nuevos y singulares dones?

Quejaste, Señor, de esta ingratitud y desconocimiento de los hombres, diciendo por tu profeta Isaías: «Conoció el buey a su poseedor y la bestia el pesebre de su señor e Israel no me conoció y no entendió mi pueblo.» Como sea natural a toda criatura viviente amarse a sí misma y pretender su conservación y ser, así le es muy propio amar a quien le hace bien, y por ser esto cosa muy natural al hombre, dice el Apóstol que el que hace buenas obras al ene-

migo pone carbones de fuego sobre su cabeza para encenderlo en su amor. Así leemos en la Escritura haberlo hecho dos veces David con su cruel enemigo y perseguidor Saul, al cual con buenas obras convirtió en amor. ¡Oh, perverso y duro corazón mío!, ¿qué obstinación es esta tan grande, pues tan innumerables beneficios de tu Dios no te ablandan y derriten en su amor? ¡Oh, clemencia y obras de David, y cuán atrás quedáis si con las de este Señor se comparan! Todo cuanto, Señor, me diste, fué por obligarme a amarte y porque te diese mi amor. Servísteme, siendo tú rey del cielo y señor de los ángeles, por solicitarme para que te pague amor con amor. ¡Oh, Señor, Dios mío y todo mi bien, y cuánto has hecho por ser amado de nosotros, miserables pecadores!

Si me dieras licencia para amarte era muy grande el favor y merced que me hacías, siendo tú quien eres, majestad infinita, y siendo yo quien soy, gusano de la tierra. Cuanto más que no sólo no te desdeñas de ser amado de mí, mas aún solicitas mi amor con muchedumbre de dones, tanta es tu bondad y clemencia. Criásteme por amor, que si no me amaras no me criaras.

La causa de todas las cosas es tu voluntad, y si a mí me criaste es porque quisiste, y si al otro no criaste fué porque no quisiste, y no sólo tuviste entrañable amor en criarme, pero excesivo en redimirme. Aunque te debo amar porque me hiciste, pero muy excesivamente te debo amar porque me diste nuevo ser redimiéndome cuando estaba perdido.

Cuando reducido por el pecado a vil ser y condenado para fuego eterno, tú me tornaste a reformar de nuevo por vía de rescate, para el cual no enviaste un ángel ni un serafín ni espíritu celestial, sino a tu propio y unigénito hijo, coeterno, consubstancial e igual a tí. ¡Oh, admirable ardor de caridad! ¡Oh, maravillosa piedad y extraño caso de amor, que por redimir al siervo enviaste a tu hijo natural para morir, y por vivificar un gusanillo de tierra, formado de barro,

bajó el hijo de Dios desde el cielo a tomar la muerte. ¿Quién causa esto? El grande amor que tuvo a nosotros y a nuestra naturaleza. Más amaste a mí que a tu vida temporal, pues quisiste morir por mí. ¿Parécete, pues, ánima mía, que debes amor a quien tanto te ama? ¿Parécete que debes tributo de amor a quien antes que fueses te amó? Justo es que pagues a tu Dios esta deuda tan debida.

Preguntaría yo, Señor, a tu divina majestad, si osase y si no fuese en mi perjuicio: ¿Por qué amas, Señor, una cosa tan vil y una criatura tan inútil como el hombre? Acaece tener un señor, un esclavo muy feo y abominable, a quien ama mucho su señor, y si preguntamos a este señor por qué pone su amor en cosa tan disforme, responderá que le tiene amor porque es de él amado y le sirve con mucho cuidado y diligencia, y alegará algunas cosas que ha hecho por él. ¡Oh, Señor! ¿callaré o hablaré? Verdaderamente yo callaría si la justa razón no me forzase a hablar.

Amas, Señor, a este siervo miserable, afeado con mil máculas de pecados, y siendo tú quien eres, y siendo él quien es, no menosprecias su bajeza ni desdeñas de emplear joya tan rica como tu santo amor en cosa tan vil. ¿Amasle, por ventura, por lo que ha hecho por tí? ¿Amasle porque te amaba él primero o por sus diligentes y fervientes servicios? ¡Oh, soberana bondad y caridad infinita de mi Dios, pues tan de balde, solamente por quien tú eres, tan altamente nos amaste y con tantas y tan excelentes obras nos mostraste y muestras el estupendo amor que nos tienes, y tú, ánima mía, pues amas a un Etiopiano porque te ama y ha hecho algo por tí, ¿por qué no amas a tu esposo Jesucristo, pues se anticipó a amarte y puso la vida por tí?

Como entre los dones de Dios el menor de todos sea este mundo, ¿qué tan grande piensas que será el mayor don de todos, pues este que es el menor es tan grande? Quien dió dádivas dió obligaciones, porque a los bienhechores tenemos obligación. Quieren los hombres que no sólo les agradezcan el bien que hacen cuando están haciendo algún be-

neficio, mas aun también piden agradecimiento por las buenas obras que hicieron, las cuales quieren que siempre sean tenidas en la memoria y que pasando los dones no pase la obligación de la deuda. ¡Oh, bonísimo y magnificentísimo Señor, cuán grande es tu bondad y misericordia, pues te contentas con que te amemos siquiera cuando actualmente nos estás haciendo bien!

Entonces, ánima mía, ama a tu Dios, cuando te enviare dones desde el cielo, y pues estas prendas de amor recibes en todo tiempo de su liberalísima mano, justo es por cierto que en todo tiempo ames a tan magnífico y noble bienhechor. Amale a lo menos cuando te está haciendo bien; y pues siempre hace esto, siempre debes amarle. Todos los géneros de beneficios, que son tres, sumó el santo rey David cuando dijo en el Salmo: «Conviértete, ánima mía, a tu holganza, porque el Señor te hizo bien. Libró mi ánima de la muerte, mis ojos de las lágrimas y mis pies de la caída».

Todos los bienes que recibimos de alguno, son en tres maneras, conviene a saber: bienes dados, males de que nos libró y bienes prometidos. Los bienes que recibió de Dios, tocó el Salmista cuando dijo a su ánima que se volviese a Dios por los bienes que recibió de él. Trató del segundo género de mercedes, cuando dijo que libró su ánima de la muerte y sus ojos de las lágrimas. Buena obra nos hace el que nos libra de algún mal antes que caigamos en él, avisándonos del peligro. Habló de los bienes prometidos diciendo que libró su ánima de la caída, prometiéndole la gloria y bienaventuranza eterna, donde confirmados en gracia veremos a Dios, libres de resbalar y caer en culpas y pecados, y por más incitar a su ánima para que se convirtiese a su Dios llama al Señor su holganza y descanso, donde se recreará y descansará de los trabajos y miserias que padece sirviendo al mundo y a sus pasiones y apetitos.

Justo, pues, es, ánima mía, que te conviertas a Dios, que es holganza y refrigerio tuyo, de quien tantos bienes has

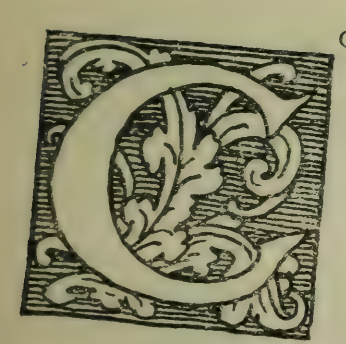
recibido y recibes a cada punto, pues sin los dones que te dió te sacó del pecado y te libró del infierno y te ha prometido bienes celestiales. Estos tres géneros de beneficios debes contemplar, discurriendo por los pasos de tu vida y sacándolos de tu memoria, conociéndolos el entendimiento y representándolos a la voluntad, para que inflamada en el amor de tan magnífico bienhechor, le ames y sirvas según la obligación que tienes. Sobre estos dos versos del Salmo hallarás larga materia que contemplar, cerca de las innumerables mercedes que de tu Dios recibiste, y de suerte que ya que no quieres amar a tu Criador por ser sumo bien, bondad infinita y hermosura celestial, le ames, aunque no quieras, por los bienes que te hace.





MEDITACIÓN XXI

Que Dios ha de ser amado por ser holganza nuestra.



Conviértete, ánima mía, a tu holganza, dice a Dios el real Profeta. Si es a todo hombre cosa muy natural amar su bien y descanso, debes, pues, ahora, corazón mío, dar de mano a las cosas de este mundo y negocios del siglo que estorban e inquietan, y recogiendo tus pensamientos volverte a Dios y poner todo cuidado en él. ¡Oh, cuánto descanso y quietud hallarás, si de veras cerrando la puerta a todo cuidado, te pusieres en las manos de tu esposo Jesucristo! Aquí se enjugarán tus lágrimas, aquí cesarán las quejas que tienes de los hombres que tanto te desasosiegan; aquí se acabarán todas tus tristezas, enojos y trabajos, y hallarás paz interior, alegría de corazón y paraíso encima de la tierra.

Muchas molestias padeces andando derramada y distraída por las cosas exteriores, y deseando holganza no la quieres, pudiendo hallarla a pie quedo.

La paloma de Noé no halló donde reposar fuera del arca, y así la necesidad le compelió a volver a ella. No ha-

llarás, paloma mía, descanso fuera de las manos del verdadero Noé, Jesucristo, por eso vuélvete a él, en quien consiste tu holganza.

Buscando descanso dejas a tu Dios, al cual por fuerza has de volver, si quieres hallar lo que buscas. Al mismo a quien ofendiste has de tornar, aunque no quieras, como lo hizo el hijo pródigo. Huye Jonás de Dios, y en apartándose de él, no halla sino tormenta y tempestad en el mar, pero convirtiéndose y volviendo al que dejó halló descanso y puerto seguro.

Vase Agar de casa de su señor Abraham, y anda por el desierto perdida y muerta de sed, pero mándale el ángel que vuelva a casa de Abraham, donde tiene vida y regalo.

Quita, pues, ánima mía, este bien, y el otro bien, vuélvete para aquel que es verdadero bien. No quieras amar este o aquel bien, conviene a saber, el finito y limitado bien, mas ama el bien infinito y sin límites. No busques esta o aquella dulzura, mas busca y ama aquella dulzura que por sí subsiste. No ames esta o aquella hermosura, mas a la misma hermosura, no a aquél o este bien, sino al sumo bien. Si quieres dulzura y delectación, no la busques en frutas, ni en panales, ni en pan, ni en carne, ni en otro manjar alguno, ni en otra particular naturaleza, mas busca a la misma delectación y a la misma dulzura que por sí subsiste y de nadie depende, que de ninguna cosa es dulzura, mas tan solamente es dulzura y toda dulzura, y por semejante manera, si buscas hermosura, no la busques en el sol ni en la luna ni en las estrellas ni en el hombre ni en los cielos ni en las vestiduras ni en el oro ni en la plata ni piedras preciosas, mas busca a la misma hermosura, porque no es hermosa de esto ni aquello sino la misma pura hermosura, que no es naturaleza mezclada sino todo es ser hermoso, y esta dulzura, bondad y pura hermosura necesario es que sea infinita e ilimitada.

¡Oh cómo nos hartará la misma hartura, y cómo te holgarás, ánima mía, con la misma holganza! ¿Quién podrá de-

cir, aunque tuviese cien lenguas y otras tantas bocas, cuán sabroso sea el mismo sabor, y cuán deleitable la misma delectación? ¡Oh, cómo me alegrará la misma alegría y cómo nos henchirá de todo bien el mismo cumplimiento de toda bondad!

Si el panal es dulce por el dulzor que está en él, ¿cuánto más será dulce la misma dulzura?

Si sabe el pan por el sabor de que está mezclado, ¿cuánto más sabrá el mismo sabor?

Si deleita el oro por la hermosura que en él labró el artífice, ¿cuánto más deleitará la misma hermosura?

Jáctese quien quisiere y diga que trabaja desde la mañana, llevando el peso del día y del estío, y alábese el otro diciendo que no es como los otros hombres y que ayuna dos días cada semana, pero a mí muy bueno es, Señor, llegarme a tí y poner en tí mi esperanza.

Confíen otros en sus ciencias y sutileza de ingenio, y en nobleza de sangre, y en dignidades, honras y vanidades de este siglo; mas yo todo esto tuve por estiércol, porque tú, Señor, eres mi esperanza y mi refugio muy alto. Pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, pero yo confío en tu palabra, por amor de la cual desprecié todas las cosas. Tú dices que busquemos primero el reino de Dios y que nos serán dadas todas las otras cosas. Para tí es dejado el pobre y tú serás ayudador del huérfano.

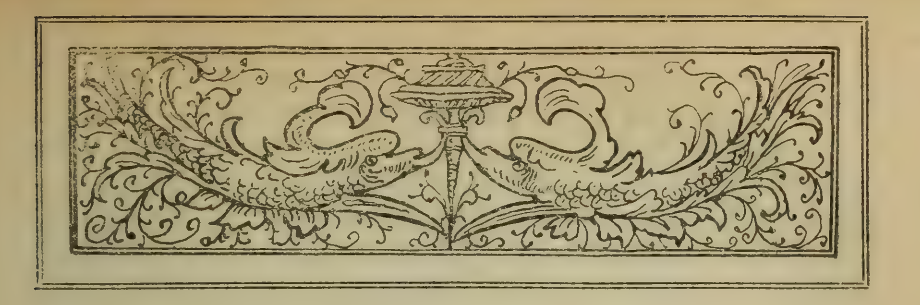
Si se levantare contra mí batalla, en tí solo esperaré, porque tú, Señor, eres mi holganza, refugio mío y único bien mío. Pues, oh ánima mía, quita este bien y aquel bien y goza del mismo bien, conviene a saber de la misma subsistente substancia de la bondad, de la cual y por la cual es bueno todo lo que es bueno. Esta es la que promete y da tu Dios a sus amigos y escogidos, no premiándolos con algún bien, sino con el mismo bien y con la misma bondad.

De aquí es que como Abraham preguntase a Dios lo que le había de dar por sus trabajos, le fué respondido:

«¡Oh, Abraham darte he todo mi bien. Este ha de ser el jornal de tu obra y éste el galardón de tu trabajo.»

Conviértete, pues, según consejo del Salmista, a tu holganza, vuélvete para tu Dios y Señor, porque en él sólo hallarás en suma perfección todo lo que andas mendigando por las miserables y pobres criaturas. Ama siquiera a tu Dios, por tu descanso y provecho, pues en El sólo está tu verdadera holganza.





MEDITACIÓN XXII

Del beneficio que nos hizo Dios en darnos a su hijo.



ENTRE los innumerables beneficios que de tus magníficas manos recibimos, Dios nuestro y Señor nuestro, el que tiene el primado y donde más claramente mostraste el inmenso amor que nos tienes, es en darnos a tu unigénito hijo. Porque, como dice tu Santo Apóstol, «el que nos dió a su hijo, ¿cómo con él no nos dará todas las otras cosas?» ¿Cómo nos negará lo que le pidiéramos el que tan liberalmente se dió a sí mismo y con él todos los bienes? Y si los beneficios recibidos obligan a amar al bienhechor, comenzando a contar las mercedes a mí hechas (si es posible contarse lo que no tiene cuenta ni número), comenzaré a considerar lo mucho que me diste por ser amado de mí, pues diste a ti mismo por mí procediendo este don de puro amor, según aquello que tú mismo dijiste a Nicodemo: «Tanto amó Dios al mundo, que le dió a su unigénito hijo.» Este es el sumo bien, infinito bien y divinísimo bien que nos quisiste dar dándonos a tu hijo, en testimonio y muestra del inefable amor con que nos amas.

El medio y la fuente manantial de infinitas gracias fué la encarnación de tu hijo, nuestro Señor Jesucristo, ordenando que se hiciese hombre en nuestra carne mortal y pasible. Esta lección tengo yo de leer con aquellos ojos y aquella consideración con que Moisés vió la zarza llena de fuego, en la cual se dibujó la obra de este misterio, porque así como se mostró el fuego entre las espinas de la zarza sin quemarla ni consumirla, así ayuntaste a la divina persona de tu hijo nuestra humanidad sin consumirla donde ardía el fuego de tu infinito amor.

En fuego fué también manifestada esta admirable obra a Ezequiel: vió una figura de eletro, que es oro finísimo de veinte quilates, por la gloria y excelencia de nuestra humanidad, la cual resplandeció con maravillosas virtudes y milagros y fué ensalzada sobre todo lo criado. En fuego y en medio de él se manifiesta este misterio, porque mana esta divina obra de aquel divino fuego del amor que nos tuviste, y así la tengo de considerar y tengo de llegar a ella, como a fuego, para recibir calor de divino amor que venza la frialdad de mi corazón.

Cuanto voy más adentro de esta lección tanto más me voy acercando al fuego, por lo cual más debería crecer tu santo amor en mi pecho, para arder en vivas llamas de fuego de amor. Aquí descansara y parara mi corazón sin pasar adelante, sacando riquezas divinas, hasta llegar al fin de mis deseos. La primera brasa de amor que aquí se me da es ver el tiempo en que se prometió al hombre esta merced y el fin por que se le concede.

Entre otras muchas revelaciones hechas a los santos Profetas que declaraban que nos habías tú, Señor, de dar a tu unigénito hijo, una de las más principales es aquella que dijo Isaías, cuando fué al rey Achaz. Fué puesto en grande angustia aquel impiísimo rey, y a punto de ser destruída Jerusalén, y queriendo tú librarle enviaste al profeta Isaías con embajada de tanto bien, y para que estuviese seguro de la promesa divina, dióle el Profeta elección que

escogiese cualquier señal en el cielo o en la tierra, la cual cumplida conociese que verdaderamente lo librarías, así como el Profeta se lo decía, y perdiese todo el miedo que tenía. Entendió el mal rey que si pidiese algún milagro en el cielo, como que se detuviese el sol o volviese atrás, o en los infiernos, como que resucitasen algunos muertos o se abriese la tierra, que sería Dios glorificado y se convertiría a Él su pueblo, y le adorarían como a verdadero Señor, y no queriendo esto más, procurando estorbarlo, quiso quedarse en su temor y peligro y no pedir señal alguna ni milagro. Levantó entonces Isaías su voz y, lleno del celo de la honra de Dios, dijo: «En poco tenéis ser enojosos a los siervos de Dios, dándoles cárceles, tormentos y muertes, y no bastaba esto, sino que también a Dios en su propia persona y honra habéis de ser enemigos y contrarios, estorbando el testimonio de su divinidad. Por esto os dará el mismo Señor una señal en que se glorificará y magnificará mucho más de lo que este pueblo le podía dar de honra y alabanza convirtiéndose a Él. Ecce. Atended y mirad: que una virgen concebirá y parirá un hijo que se llamará Enmanuel, que quiere decir Dios con nosotros.»

¡Oh, admirable palabra ésta que dice: «por lo cual»! ¿Qué es este por lo cual? ¿Por qué se ha de hacer Dios hombre? Porque el hombre no quiere su honra y gloria y procura estorbarla aun con peligro de su vida. Por amor de esto le quieres tú, mi Dios, dar el mayor de los dones y hacerle el mayor que pudo el hombre recibir, conviene a saber, dándole a tu unigénito hijo hecho hombre verdadero. ¿De dónde procede, Señor, esta grande magnificencia que usas con el mundo, sino de aquella infinita caridad y amor tuyo, pues el mayor de los dones se promete y declara en tanta fealdad de culpa? ¿Qué fuera razón que dijera el Profeta, después de haber querido el hombre embarazar y estorbar la honra de Dios? Por cierto que muy justo fuera que mandara que se abriera la tierra y descendieran vivos al infierno los obradores de tanta maldad, y no se hace esto; mas

promete que se abrirán los cielos y que descenderá Dios vivo en la tierra y se hará verdadero hombre. De manera que si consideras, ánima mía, la encarnación de tu esposo Jesucristo, revelada por Isaías, y la contemplas también en aquel primer punto que el primer hombre ofende a su Criador, hallarla has siempre en medio del fuego de amor.

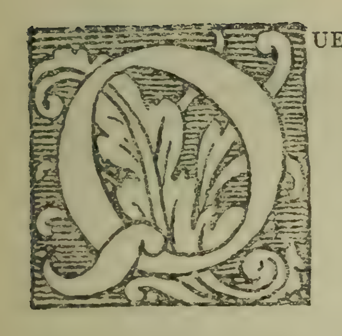
Ofende Adán a la Divina Majestad, y nosotros con él; estórbase la honra y gloria divina que tanto se había de magnificar en la vida de los hombres, y su traslación al Paraíso de su reino, sin que muriéramos. Entonces no trata Dios de nuestra condenación; mas visto que se estorbaba el consejo de su amor acerca de los que se habían de salvar, ofrece el Padre Eterno a su hijo. Considera que dice Dios Padre en el punto que peca Adán: «Pues se pone estorbo a la gloria de los míos, que tanto amo, yo ofrezco a mi hijo unigénito para que muera y pague este pecado y todos los demás. Había de hacerse hombre, como convenía a la honra del unigénito del padre, inmortal e impasible; mas yo le doy para que vaya en forma de siervo, semejante a la que sus hermanos tienen, para que muera y sean salvos.»





MEDITACIÓN XXIII

Del amor que Dios nos tuvo dándonos a su hijo.



UERIENDO declarar al mundo el grande amor que nos tuviste, ¡oh clementísimo y piadosísimo Señor!, escribe tu evangelista San Juan, que tanto le amaste, que le diste a tu unigénito hijo. La causa de haber hecho al mundo tan singular merced, no fué otra sino el grande amor que le tuviste, pues el amor hizo que le dieses a tu hijo.

Si miramos quién ama, hallaremos que dice que eres tú mi Dios y a quien ama es al mundo y lo que le das en testimonio del amor que le tienes, es a tu unigénito hijo. El que ama eres tú, Señor, que eres mi Dios, sumo bien, bondad infinita, incomprensible, inefable y omnipotente, cuyo centro está en todo lugar y la circunferencia o fin en ninguna parte. Pues tú, Señor, que eres fin, principio y fin, que no procedes de nadie y de quien todas las cosas dependen y reciben su ser, amas al mundo. Si dijera el Evangelista que amabas a los ángeles, no fuera mucho, pues de ellos dice el Profeta que son tus ministros y siervos que hacen tu voluntad.

Si dijera que amas a los varones justos, pues guardan tus mandamientos, no nos maravilláramos de ello, pero pone grande admiración, que pongas tus ojos en el mundo rebelde, transgresor de tus preceptos, y que ames al mundo, traspasador de tus divinos mandamientos. Pues el que ama es Dios y el amado es el mundo. Mirad la diferencia y desigualdad que hay del uno al otro, de Dios al mundo y del mundo a Dios.

Tanto te allanaste, Señor, en poner tu amor en tu criatura, que fuera de ser desiguales en calidad de nobleza, y por esto no merecedora de este amor, era por otra parte indigna de él, por ser mala por su culpa. Porque quien dice mundo, dice flaqueza y pecado, y esto significa en la Escritura mundo, y quien dice pecado dice pecadores, y quien dice pecadores, dice enemigos de Dios, y quien dice enemigos de Dios dice dignos del infierno, y así, aunque aborrece los pecados, ama a los pecadores.

¡Oh, extraño y estupendo caso de amor, que ame Dios siendo quien es, al mundo tal cual es! Pues siendo tú mi Dios tal y tan grande, es tanta tu bondad, que no te desprecias de amar al mundo perdido y de darle a tu unigénito hijo en señal del inmenso amor que le tienes. Esto sentía tu santo Apóstol cuando dijo escribiendo a los romanos: «Engrandece Dios su caridad, pues siendo pecadores, quiso morir por nosotros». Engrandeces tu amor en amar a los hombres, y no tanto en esto cuanto en amarlos y en morir por ellos, siendo pecadores y enemigos. Tanto nos quiso Dios siendo nosotros sus enemigos, que entregó a su hijo a la muerte por nuestra redención y rescate. Si miramos la cantidad de este amor, no se puede decir. Tanto (dice San Juan) amó Dios al mundo. ¿Qué tanto? No hay quien decir pueda el cuanto de este tanto.

Inefable es por cierto la cantidad de este amor, y así no tuvo palabras para decirlo, por ser sin término ni medida.

Cuando alguna cosa es tan grande que no se puede dar

a entender con palabras, acostumbra la Escritura decirla por esta palabra «así».

El grande dolor que la Virgen sagrada pasó en los tres días que perdió a su unigénito hijo, manifestó por esta palabra «así» cuando dijo: «Hijo, ¿por qué lo hiciste con nosotros «así»?

El cansancio que el Señor tenía cuando fatigado del camino se sentó en la fuente cerca de Sichen, y vino a él aquella mujer Samaritana, escribió el Evangelista diciendo: «Fatigado del camino, sentóse así junto de la fuente».

A la grande virtud divina que mostró el Redentor cuando en la Cruz con grande voz dió el alma, explicó San Marcos diciendo: «Verdaderamente, este hombre era hijo de Dios». ¡Oh, amor mayor que el cielo ni la tierra ni que cuanto Dios tiene criado, pues todo es cifra en comparación de este amor. Aquel amor soberano, aquel piélago infinito y profundísimo mar de amor con que nos amaste, incluyó el Evangelista en esta palabra «así».

Así lo amó, tanto le amó y tanto le quiso, que no hay quien diga la cantidad de este amor, porque así lo amó; que ninguno puede decir ni imaginar la grandeza de este amor, y para declarar el Evangelista el amor grande que tú, mi Dios, tuviste al mundo, mide el amor con el don que nos hiciste, el cual fué tan grande, que no hay peso ni medida que lo pueda pesar ni medir.

Dístenos a tu unigénito hijo. Este don es igual contigo, y tus deleites y substancia y ser, bondad y riquezas tuyas, y tan grande fué el don que fué el mismo Dios. Tan grande, pues, fué el amor como el don. Amaste, Señor, al mundo con amor que era Dios.

Amasnos, Señor, como a tu unigénito hijo, pues nos le diste por amor. ¿Quién, pues, es el hombre para que tanto le ames? ¿Qué cosa es el hombre, pues así le engrandeces y pones cerca de tu corazón? Toda carne es heno y toda su gloria como la flor del campo y semejante a vanidad, y con todo esto aún no acaba el mísero hombre de

ofender a su Dios, siendo Dios quien es, y él quien veis. Porque no pensase alguno que nos amabas con sólo el corazón y con solas palabras, mostró el Evangelista el infinito amor que nos tenías diciendo que diste a tu unigénito hijo al mundo.

Hiciste por el mundo todo cuanto pudiste hacer y dístele cuanto le pudiste dar. Muchos servicios te hizo Abraham, pues dejó su tierra y parientes, y como dice tu Apóstol, creyó con esperanza y contra esperanza que podía concebir Sara; pero con todo esto, cuando ofreció a su hijo en sacrificio así le agradeciste este servicio que parecías olvidarte de todos los pasados y le dijiste: «Ahora conozco que temes a Dios, pues no perdonaste a tu hijo unigénito por amor de mí.»

Muy bien te había servido Abraham antes de ahora, pero ahora dices que conoces su bondad, pues puso al degolladero a su unigénito hijo por amor de tí, porque todo lo pasado no llegó a tan grande testimonio de amor como entregar a su hijo a la muerte por tí. ¡Oh, amador de nuestras almas, Dios mío y dulzura de mi vida, que ahora, mi Dios, conozco lo mucho que me amas, pues no perdonaste a tu unigénito hijo por amor de mí!

Considera, pues, ánima mía, si son estas verdaderas señales y muy ciertas prendas del amor infinito que tu Dios te tiene. ¡Oh, largueza y liberalidad de Dios, pues un hijo que tenía, y ese tan querido, lo da Dios al mundo, y no lo da prestado sino dado! Así dijo el profeta Isaías, hablando del tiempo en que nos fué dado en su nacimiento: «Un niño nos es nacido, y un hijo nos es dado, y en la muerte se dió Dios al hombre, para que haga de El el hombre lo que quisiere». Esto es lo que dijo San Lucas, que el presidente Pilato, después de determinado de dar la muerte al autor de la vida lo dió a la voluntad de sus enemigos, para que hiciesen de El lo que quisiesen.

Mira, hombre, que tan señor eres de Dios como de cosa propia tuya, y El es tuyo, y está tan rendido a tí que aun

morir no quiere, sino alcanzada licencia tuya. ¡Oh, inestimable obra de amor, pues por dar vida al siervo entregó a la muerte a su unigénito hijo, y en testimonio del infinito amor que nos tenía, nos dió a su hijo, no prestado, sino dado para nosotros!





MEDITACIÓN XXIV

Cuán grande fué el amor de Dios dándose a sí mismo.



H, suma e inefable magnificencia de tu caridad acerca de los hombres, Señor mío! ¡Oh, admirable fuego de amor! Maravillosa cosa es cómo no se quebrantan nuestros corazones con tan grande caridad. Porque, ¿qué otra cosa restaba, Señor mío, después que pecamos, si no que luego nos lanzases en el infierno, como a los ángeles que te ofendieron? Y si quisieras, Señor, muy bien podías criar otra criatura más noble, que de noche y de día te sirviera. ¿Qué amor fué éste, buen Dios, que convidado de nuestra caída, que fué tu ofensa, viniste a buscarnos con tanto cuidado, y después de nuestra culpa quisiste magnificarnos mucho más que antes? ¿Qué fué de esto y de dónde vino tanto bien, siendo nuestra culpa merecedora de grande pena? Todo procedió de puro fuego de amor. Lo que más mueve mi corazón para amarte es considerar profundamente el amor que nos tuviste.

Más mueve el amor para ser uno amado que los beneficios recibidos; porque el que hace beneficio a otro dale

algo de lo que tiene, pero el que ama dase a sí mismo con lo que tiene, sin que le quede nada por dar.

Ahora, pues, veamos, Señor, si nos amas y qué tanto es el amor que nos tienes. Mucho aman los padres a los hijos. ¿Por ventura nos amas tú como padre? No hemos entrado nosotros en el seno de tu corazón para saber esto; mas tu unigénito hijo, que descendió de ese seno, es el que nos trajo nuevas de ello y nos mandó que te llamásemos padre por la grandeza del amor que nos tenías, y sobre todo esto nos dijo que no llamásemos a otro padre sobre la tierra, porque tú sólo eres nuestro padre; porque así como tú sólo eres bueno, por la eminencia de tu soberana bondad, así tú sólo eres padre, y de tal manera lo eres y tales obras nos haces, que en comparación de tus entrañas paternales no hay alguno que pueda así llamarse.

Bien conocía esto tu Profeta cuando dijo: «Mi padre y mi madre me han dejado y olvidado; mas el Señor me ha recibido.» Tú mismo te quisiste comparar con los padres, diciendo por Isaías: «¿Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito y no tenga piedad con el hijo que salió de su vientre? Posible será que ella se olvide; mas yo nunca me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escrito, y tus muros están siempre delante de mí.» Y porque entre las aves el águila es muy afamada en amar a sus hijos, con el amor de ella quisiste, Señor, comparar la grandeza de tu amor diciendo: «Como el águila defiende su nido y como extiende a sus pollos sus alas y los recibe sobre sí y los trae sobre sus hombros, así yo fuí tu guía y amparo.»

Sobre este amor es el del esposo a la esposa, del cual dice: «Por ésta dejará el hombre a su padre y a su madre y se llegará a su mujer, y serán dos en una carne.» Mas también a este amor sobrepuja tu amor, porque según tú dices por Jeremías, si el marido echa a la mujer de su casa y después de así lanzada se junta con otra, ¿por ventura volverá otra vez a él? Mas tú has adulterado con cuantos ami-

gos has querido y con todo eso, «vuélvete hacia mí»,—dice el Señor, —que yo te recibiré, y si todavía eres incrédula a este amor, mira todos los beneficios que te tiene hechos, porque todos ellos son prendas y testimonios de amor.

Echa la cuenta de todos ellos, cuantos son, y hallarás que todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra y todos cuantos huesos hay en todo tu cuerpo, y todas cuantas horas y momentos tienes de vida, todos son beneficios del Señor, y mira también cuántas inspiraciones buenas has recibido de mano de tu Dios, y cuántos bienes has tenido en esta vida, de cuántos pecados te has librado y en cuántas enfermedades y desastres pudieras haber caído si él no te hubiera librado y que todas estas cosas son muestras y señales de amor. Hasta los mismos azotes y tribulaciones que te envía son argumentos de amor, porque son muestras del corazón de aquel padre que castiga a todo hijo que recibe para enmendarlo y para despertarlo, para purgarlo y conservarle en todo bien.

Amenazando a tu querido pueblo de Israel si no guardase tus mandamientos, dijiste por tu Profeta: «Si dejaren tus hijos mi ley y no anduvieren en mis juicios; si profanaren mis justicias y no guardaren mis mandamientos, visitaré en vara sus maldades y sus pecados con azotes.» Y por mostrar que este castigo era de padre amoroso y que no te olvidas de tu acostumbrada misericordia, añadiste diciendo: «Mas no apartaré ni quitaré de él mi misericordia, ni le dañaré con mi justicia». Y cuando castigaste como padre a Adán, lanzándole del paraíso de deleites, hicístele vestidura con que se defendiese del calor del verano y se abrigase en el invierno.

¡Oh, clementísimo y piadosísimo Señor, pues aun en los trabajos que nos das y cuando nos azotas muestras el grande amor que nos tienes! Pues si pongo los ojos en este mundo veo que todo él se hizo para mí y sólo por amor de mí, y que cuantas cosas hay en él predican amor y significan amor. Y si a todas estas cosas estás sorda, ánima mía,

no es razón que lo estés a las voces que el Salvador te da en el Evangelio. De tal manera amó Dios al mundo, que le dió a su unigénito hijo, porque todo el que creyere en él no se pierda, sino alcance la vida eterna. Todas estas son señales de amor y ésta más que ninguna de todas, como escribe aquel tan amado y amador de Dios, su evangelista San Juan, diciendo: «En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, que nos dió a su hijo para que vivamos por él, y este beneficio con los demás, son muestras del amor que Dios nos tiene, y son como centellas que saltan acá de fuera de aquel infinito y abrasado fuego de amor». ¿Qué tanto mayor piensas debe ser aquel fuego escondido, pues las centellas que de él salen son tan grandes? ¡Oh amor infinito, amor grande y gracioso, digno de ser gratificado con amor!

Danos, Señor, a sentir con todos los santos, la alteza y profundidad, la anchura y largueza de este amor, porque por todas partes sea nuestro corazón herido y conquistado de tan grande amor.





MEDITACIÓN XXV

De la excelencia del divino amor.



LA caridad con que nos amaste, clementísimo Señor, es una virtud que en respecto de las otras virtudes es como el oro en comparación de los otros metales. Porque así como el oro excede a cualquier otro metal en valor, estima y hermosura, así excede la caridad en perfección y excelencia a las demás virtudes, las cuales, si no están engastadas en caridad, tienen poco o ningún valor.

Declara muy bien esto tu santo Apóstol, diciendo: «Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, soy como metal que suena». No tienen valor las otras virtudes sin la caridad, y todas ellas tienen dependencia de la caridad y ella no la tiene de ninguna otra, antes ella sola incluye todas las virtudes. Da vida a la fe; con la esperanza seguramente confía, con la paciencia sufre, con la fortaleza vence, con la misericordia se compadece, con la

mansedumbre calla, con la liberalidad reparte, y finalmente, que a todas las virtudes ejercita, porque como dice el Apóstol, es paciente, benigna, no tiene emulación, no hace mal, no se ensoberbece, no busca sus cosas, no burla de nadie, no piensa mal, no se goza con la maldad, antes se alegra con el bien, todo sufre, todo cree, todo espera y todo lo sustenta. Todos estos son propios efectos de otras virtudes, los cuales tienen por anejos la caridad, como la experiencia nos lo muestra.

En el amor natural, y también en el mundano, cuando un amigo quiere mucho a otro, luego se cree de él y le fía cuanto tiene y le da lo que tiene y le perdona cualquier enojo o agravio que haya recibido. No tiene envidia del bien que otro le hace; trabaja por contentarle; no le hace ninguna injuria; sufre por el amado grandes trabajos acomete cualquier peligro, y es mayor la pena y dolor que produce en él la compasión de la pasión ajena que la misma pasión. Y así, si aquella persona de cuyo amor es cautivo, tiene falta de alegría, él tiene sobrada tristeza; si tiene falta de salud, él está más enfermo; si está pobre, él no está rico; si le ve en adversidades, él se tiene por atribulado.

Pues si esto hace el amor mundano en el sujeto donde está, ¿cuánto más al propio obrará esto el amor divino, si está dispuesto el sujeto por la gracia preveniente, y el término es el sumo bien, que es Dios, de donde mana toda perfección?

¡Oh, fuerza grande y excesivo poder y vigor grande de amor! ¿Qué cosa hay que aunque parezca imposible no puedas y qué cosa tan árdua que no acometas y qué cosa tan fuerte que no venzas?

¡Oh, poderosísimo amor, que eres más fuerte que la muerte y tanto más fuerte que todas las cosas fuertes, cuánto más poderoso que todas las cosas poderosas y cuánto más suave y blando que ninguna cosa del mundo!

¡Oh, admirable fuerza de amor, que no con hierro ni con

armas ni con mano armada, sino con una suave dulcedumbre o con una dulce suavidad tienes las cosas debajo de tu imperio, y por admirable manera constriñes al mundo a tu servicio y sobre todas las cosas tienes tributo!

Bien sabemos, Señor, cuán opulenta, abastada y rica es tu casa y cuán llena de riquezas divinas. No hay mayor riqueza entre todos tus celestiales tesoros; no hay mayor tesoro que tu santo amor, ni hay cosa más preciosa ni más espléndida ni más de desear. Y pues esto es así, la mayor merced y beneficio que puedes hacer a un hombre es darle este tu santo amor.

Pida quien quisiere a tí, mi Dios, el don de la sabiduría, pida el don de profecía, pida humildad y castidad y lo que él quisiere, que yo no quiero pedir para mí sino tu divino amor, porque quien éste tiene, todo lo tiene. Este es el mayor bien que se puede desear y el mayor don que se puede dar. Y la razón es porque cualquier don que se me concede y cualquier beneficio que se me otorgue, no lo tengo en nada, si me niegas tu amor divino, con el cual te tengo de poseer, porque el amor tiene tal poder, que hace que tú, Señor, seas mío y mi posesión y mi heredad, y quien pudiere todo lo que puede tener, si no tiene amor de Dios no tiene fruición de Dios.

La fruición divina y tu santo amor están tan hermanados, que no puede haber fruición donde no hay amor. Luego ¿qué aprovecha poseer todo lo que se posee si no poseemos a tí, mi Dios? Porque así como no puedes dar otra cosa de más valor que a tí mismo, tampoco puedes dar otra cosa más preciosa que tu amor, pues con él nos das a tí mismo en posesión.

Posible es de tu potencia absoluta y plenario poderío que la vista y amor que tienen de tí los Santos, las dividas de arte que uno te vea y no te ame y otro te ame y no te vea y tenga conocimiento de tí, porque si no te conociese no te podría amar.

Manifiesto está que en tal caso como este, que ninguno

de éstos sería bienaventurado, porque el que ve tu divina majestad no goza del sumo bien que ve porque no ama, y el que te ama y no te ve, no puede sosegar, ni descansar, hasta que vea distintamente lo que ama, y no puede haber bienaventuranza donde falta gozo y hay deseo, y aunque ninguno de estos dos tiene perfecta bienaventuranza, que consiste en amor y visión todo junto; pero si a mí me dieses a escoger, yo antes escogería amarte sin verte, que verte sin amarte. Porque no amándote, no puedo poseerte enteramente, ni tener tu amistad, y amándote, aunque no te vea, puedo ser tu amigo y agradar a tu divina majestad, lo cual sin amor es imposible. ¡Oh sumo bien y bondad infinita, dame tu santo amor y haz de mí lo que quisieres!

No hayas, pues, temor, ánima mía, por ser de fuego este carro de Elías, que es el amor santo y encendido que arrebata las almas y las lleva al cielo, pues los niños en Babilonia no le temieron, mas antes entraron en este fuego osadamente, y quemadas las ataduras andaban libres cantando y alabando en todas las criaturas a Dios. No quema, sino da luz este fuego del santo amor. O diremos que quema y no quema, porque quemando las ataduras, quita los lazos, consume las tribulaciones y quita las cadenas de culpa. Mas no quema ni aun los cabellos de la cabeza a los niños que se han hecho inocentes y limpios en las llamas encendidas de amor puro del benigno y dulce Jesús, de lo cual, como otro Nabucodonosor, se maravilla mucho nuestro adversario Satanás.

Tal es el poder y fuerza del divino fuego de amor, que purificando la sensualidad la espiritualiza y levanta a gozarse en tí, Señor, juntamente con el espíritu, según aquello que dijo tu santo profeta.

Mi corazón y mi carne se gozarán en Dios vivo. Cosa grande es haber subido la carne a tan alto grado espiritual y estar tan sujeta al espíritu que se goce a una con el alma en Dios; mas todo lo puede la gran fuerza del amor, el cual,

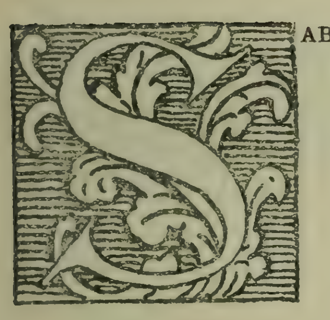
antes de la resurrección, a donde será el entero dominio del espírítu a la carne, comienza el amor santo a dar un gusto de aquel deseado día, haciendo paces por algún tiempo entre estos dos enemigos, espíritu y cuerpo, cuya guerra nació del pecado.





MEDITACIÓN XXVI

Del beneficio de la Encarnación.



SABÍAS muy bien, Señor, que la semejanza es causa de amar y que no hay unión de amor entre dos diferentes sujetos no siendo en algo semejantes.

¡Oh bondad infinita de mi Dios! Y ¿qué lengua podrá decir las cosas que tú has hecho por ser amado de un vil gusanillo de tierra como yo?

Beneficios sin cuenta hacías al hombre antes de tu encarnación y visitábaslo con innumerables dones desde el cielo, porque atraído con tantos bienes y viéndose tan obligado, pusiese su amor en tan magnífico bienhechor, y viendo que todo esto no aprovechaba para que te amase, quisiste hacerte semejante a él, y ser hombre verdadero como él, porque por este camino granjeases su amor.

Antes había desemejanza y en muchas cosas éramos diferentes y de distintas y diversas propiedades, porque tú, Señor, eras impasible, invisible, inmortal, infinito, incomprensible y eterno, y nosotros pasibles, visibles, mortales, criaturas finitas y limitadas, comprensibles, temporales y terrenas.

Pero fué tan inefable tu caridad y el amor que nos tienes, que siendo quien eres, quisiste ser lo que nosotros somos, recibiendo en tu divino supuesto nuestra naturaleza humana, haciéndote hombre como nosotros, mortal, pasible, visible y semejante a nosotros, para ser de nosotros amado.

Estás ahora presente y visible en la humanidad que recibiste, y cuando fué menester que para mi redención y vida te ausentases de mí, y después de tu muerte subieses al cielo y te sentases a la diestra del Padre, mi semejanza, quitando delante de mis ojos tu presencia corporal, entonces en la partida restituiste el Santísimo Sacramento del Altar, porque teniendo siempre presente tu presencia corporal, no pudiese olvidarme de tí.

Apareciste en el mundo hombre verdadero, siendo Dios en semejanza de carne de pecado, en las penas que con ella tomaste, aunque no en la culpa, de la que totalmente careciste, semejante a carne de pecado por las penas y muertes que trajo el pecado al mundo, las cuales recibiste sin deberlas. De esta manera venciste al pecado y con él a la muerte, que entró en el mundo por él, como quien con las ramas de un árbol pegase fuego al mismo árbol, porque como dice tu Apóstol, del pecado naciese la destrucción y el daño del pecado.

¡Oh, buen Jesús, y cuánta más razón tenemos nosotros de cantar tus alabanzas, que las mujeres que cantaban las proezas de David, que degolló al gigante con sus propias armas! Tú, Señor, entraste en el campo con el soberbio demonio, contra quien nadie se atrevió, y con el báculo de la Cruz y sufrimiento más que de piedra, disimuladas las armas de tu divinidad le derribaste, cortándole la cabeza con su mismo alfanje, que son los efectos del pecado, que son penas y muertes. Y así condenaste al pecado en la carne, dando tu santísima carne a las penas y muerte, por donde tu gloria fué mayor y la afrenta del enemigo más vergonzosa.

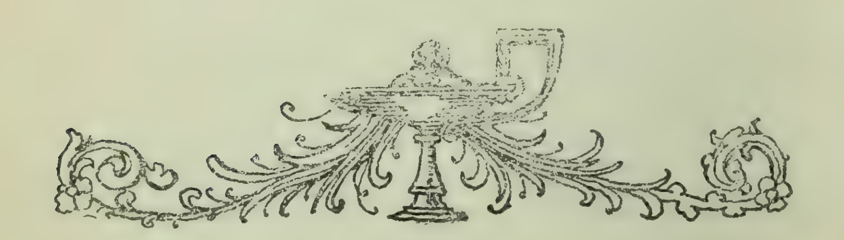
En esto mostraste el grande amor que nos tienes y des-

cubriste los tesoros de tu infinita sabiduría, y mostraste al mundo tu alto poder. Cuando un nudo está bien dado, cuanto más se tira por los extremos, tanto más fuertemente se aprieta. Así te anudaste, Señor, siendo Dios con nuestra naturaleza humana, que tirando la muerte por los extremos entonces se apretó más el nudo del amor para nunca más se apartar, porque lo que una vez recibiste nunca lo dejaste; antes entonces mostraste más el inmenso amor que nos tenías. De esta manera los que una vez se asen contigo por amor, antes dejan la vida y la pierden que desasirse ni soltar el amor. ¿Qué pudiste, Señor, hacer por nosotros que no lo hayas hecho? Siendo tú inaccesible y teniendo el cielo cerrado a nuestros pecados y no pudiendo con el peso de nuestras culpas llegar a tí, tuviste por bien, clementísimo Señor, de venir a nosotros en carne humilde porque pudiésemos llegar a tu Divina Majestad y gozar de tus misericordias.

Cuando un toro bravo anda suelto y libre en el coso, pocos osan llegar a él; pero si fuese después uncido y atado, quien quiera se llega a él sin miedo. Antes que encarnases, Señor, y te vistieses de nuestra mortalidad, como a otro toro bravo, no osaba nadie llegar a tí, y por amor de esto dijo Moisés al pueblo de Israel que ninguno se llegase a las raíces del monte donde tú estabas cuando diste la ley, ni hombre ni animal, porque no muriesen.

Llegóse Oza y tocó en el arca del testamento y murió luego. Llegaron Nadab y Abiu, hijos de Aarón, y fueron punidos con arrebatada muerte, y llegó el rey Ozías como no debía y fué herido con lepra. Por ello dijo David hablando de tí en el Salmo: que eras Dios de venganzas. Pero después que te uniste con nuestra humana naturaleza y te sometiste al yugo de la mortalidad haciéndote hombre, dice el Evangelio que se llegaban a tí publicanos y pecadores y que comías con ellos. No sólo no los desechabas ni los matabas, mas antes con benignidad los recibías y misericordiosamente les perdonabas sus pecados y amorosamente los consolabas.

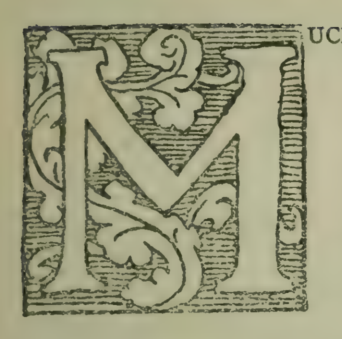
No huyas, pues, alma mía; no huyas de tu esposo Jesucristo, porque aunque estés fea y ensuciada con pecados, para lavar tus inmundicias y perdonar tus culpas, tiene el Señor del cielo a la tierra en semejanza de carne de pecado. ¿Quién hizo tanto por alguna mujer, como Cristo por la naturaleza humana? Si un rey muy poderoso, enamorado de una negra cautiva, tanto la amase que no sólo la rescatase mas aún se casase con ella, ¿no sería este excelso amor? Y si no contento con esto quisiese morir por los delitos de ella, ¿qué mayor amor? ¡Oh, esposo de mi alma, príncipe de la gloria y rey del cielo, que todo esto hiciste por mí, pues tanto me amaste que no sólo me rescataste, pero haciéndote hombre desposaste en el tálamo virginal con la naturaleza humana en indisoluble matrimonio y así las ensalzaste, igualándola contigo, que lo que se dice de tí en cuanto Dios que eres creador, impasible y omnipotente, se dice de Dios hecho hombre, y lo que se dice en cuanto hombre se dice de Dios que muere, padece y es sepultado, por comunicación de los títulos y nombres, y no paró en esto tu inefable amor, pues quisiste morir por mis culpas y pecados. Murmuran Aarón y María de su hermano Moisés, porque se había casado con una etíope. ¿Pues qué dijeran si muriera por ella? Mas, tú, Señor, no sólo en tu encarnación santísima te nos diste hecho hombre, pero aún quisiste en la Cruz perder tu vida para darnos vida.





MEDITACIÓN XXVII

Del beneficio de la Redención.



UCHO nos atrae a tu amor, Dios mío y Señor mío, el beneficio de la encarnación, mas la redención, si bien lo quiero mirar, gran fuerza hace a mi voluntad para amar a tan noble bienhechor. Las piedras se hicieron pedazos en tu muerte, y si tú, corazón mío, eres tan duro que no eres por esto convencido ni te ablandas para amar a tu Dios y Redentor, grande sospecha hay que estás guardado a los martillos del infierno. En los otros beneficios y mercedes que nos hiciste, no pusiste, Señor, cosa alguna de tu casa, no te costaron trabajos ni hiciste más que mandarlo, porque tu boca fué medida, y como dice el Real Profeta, tú lo dijiste y fué hecho, tú lo mandaste y fué criado. No te costó nada criarme, pero el redimirme te costó mucho, pues te costó vida y honra, y diste tu preciosa sangre en precio de mi redención, y si por los otros beneficios te debo tanto que no pago dándome a mí

mismo todo a tí, ¡oh clementísimo Redentor mío!, ¿con qué te pagaré el redimirme, que fué mucho más que criarme?

Si tanto te debo por la creación, ¿qué no te deberé por la redención? Sin morir por mí pudieras de otras muchas maneras redimirme, pero esta fué soberana manera de redención, la cual escogiste por mostrar el grande amor que me tienes. ¿Qué mayor señal y muestra de amor que poner la vida por el amigo? Tú dices que ninguno tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos. Pero mayor fué tu caridad, y tanto, que excede a toda la caridad posible, pues pusiste tu vida por tus enemigos. Por lo cual tu santo Apóstol dice: «Encomienda mucho nuestro Dios la caridad en nosotros, pues siendo enemigos suyos, fuímos reconciliados con la muerte de su unigénito hijo.» Si por otras vías podías redimirme, con ninguna pudieras tanto obligarme ni dar tan claras señales de amor como dándome tu vida.

Dime, pues, ahora, alma mía ¿qué más pudo hacer Dios por tí que morir por tí? ¿Qué más te pudo dar que darte su propia vida? Si estando un vil esclavo cautivo aherrojado en una mazmorra, y por sus grandes delitos condenado y sentenciado por mandato del rey a cruel muerte, y pasando por la calle el príncipe, hijo del rey y heredero del reino, tomase las cadenas del siervo sobre sí y muriese por él, ¿no quedaría en perpetua obligación este siervo a tal príncipe, de amarle todo lo posible? ¡Oh, rey celestial y príncipe de la gloria, que estando yo cautivo de mis culpas y aherrojado en las cadenas de mis males, condenado a muerte eterna por mis deméritos, tú, Señor, tomaste, como dice Isaías, sobre tí mis enfermedades, y hecho obediente hasta la muerte de cruz libraste mi alma de la muerte y mis ojos de las lágrimas y mis pies de la caída. ¿Pues cómo no amaré yo a tal príncipe y a tal rey y señor? Como el ama que recibe la purga porque sane el niño enfermo que cría, así tu, Señor, que eres, como dice Oseas, el ama de Efraím, recibiste los dolores y penas que yo merecía, por sanar mis enfermeda-

des, según aquello que se dice por el Salmista: «Pagará lo que no tome.»

Grande era, Señor, el fuego de amor que te abrasaba, pues con el calor de tu inefable caridad así ardías en amor que no pudiste sufrir las vestiduras, y por eso, desnudándote de ellas, tuviste por bien de estar desnudo por mí en la Cruz, como otro Noé, embriagado del vino del amor sin medida, que a tu Iglesia tenías. Pues ¿quién es tan duro y tan obstinado, que no incline su alma para amarte, pues tanto nos amaste que nos lavaste de nuestros pecados con tu propia sangre? ¿Quién no te amará con diligencia, fervor y dulzura cuando se acordare que extendiste tus brazos en la Cruz, deseando abrazar y recibir entre ellos a todos los que de tí huían? Sobre todas las cosas te me hace amable, Dios mío y Redentor mío, el cáliz que bebiste y la obra de nuestra redención. Esto lleva para sí a todo nuestro amor. Esto es lo que trae más blandamente nuestra redención y más justamente la pide y más estrechamente la tiene y con mayor vehemencia la trae. En tus dichos tuviste contradictores, en tus obras calumniadores, en tus tormentos mofadores y en la muerte escarnecedores. Pues aunque me entregue todo a tí, mi Dios, y te ame cuanto puedo, todo es nada en comparación de la menor de las cosas que tú hiciste por redimirme. ¿Qué te puedo yo devolver, Señor mío, qué te puedo yo dar, clementísimo Padre, por lo que por mí has hecho y por lo que me has dado? Dísteme todas tus cosas y allende de esto así magnificaste de hacerlo conmigo, y en tanta manera, que te diste a tí mismo, según aquello del Apóstol: «Dióse a sí mismo por mí.» Me amaste, Dios mío, en algún modo más que a tí mismo, pues moriste por mí, y redimiéndome con tan caro precio me rescataste y libraste de los tormentos a que era obligado. Librásteme de miserable servicio, porque era siervo de Satanás, duro tirano; ¡cuán duros servicios me hiciera sufrir, si tú, Señor, no me libraras y me socorrieras, derramándole del gran poderío que sobre el mundo se había tomado!

Pero tú, en la sangre de tu testamento, sacaste los cautivos del lago. Haya yo, pues, gran vergüenza y confúndame mucho, si no respondiese a tu gran amor con el mío, porque por tan grande beneficio como éste, de esto y de mucho más soy deudor.

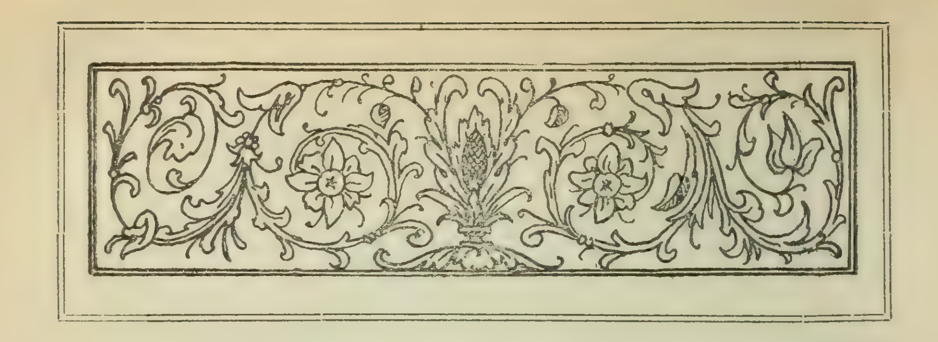
Tú eres, Señor, el que dices que cuando subieres a la Cruz, todas las cosas traerás a tí. Conoces la condición de los hombres, y que con buenas obras son atraídos y llevados en pos del bienhechor; y así dices que con el beneficio de la redención y perdiendo la vida por él, ganarás su voluntad. Yo no puedo resistir, Redentor mío, a tan grandes obligaciones, no puede mi corazón sufrir tan grandes golpes de tu poderoso amor, y por ello no deseo otra cosa en esta vida sino ser perfectamente crucificado contigo, por lo cual dame, Señor, la muerte o imprime en mi alma tu muerte. Más quiero ser aquí contigo crucificado que gozar contigo de tus deleites. Más quiero estar en la Cruz con el buen ladrón, confesando tu santo nombre, que subir al monte con San Pedro y verte en él transfigurado. No conviene gloriarme sino en tu Cruz, por la que el mundo es a mí crucificado y yo al mundo. Si es preciosa la muerte de tus santos mártires en tu presencia, porque mueren por tí, ¿cuánto más gloriosa debe ser tu muerte delante de mis ojos, pues mueres por mí?

No hacen mucho en dar la vida por quien la vida les dió, pero gran cosa es que tú, mi Dios, des la vida a quien es causa de tu muerte. No quieras, pues, ánima mía, dejar a tu esposo Jesucristo solo entre ladrones, mas antes debes ir a morir con él, como decía Santo Tomás a los otros Apóstoles, y a pedir a tu Dios y Señor tenga por bien de rociarte con su sangre, para que entres como paloma sin hiel de pecado en los agujeros de la piedra y en la concavidad del valladar.

Conviene que pagues a tu Dios esta deuda de amor perseverando hasta el fin de tu vida, porque así como el Redentor te amó hasta el fin de la suya, así también le ames

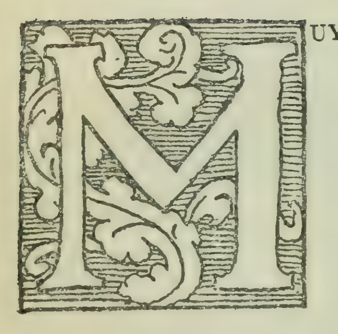
hasta la muerte. No vivas para tí, sino para aquel que murió por tí. Si de este amor faltas, así como miembro podrido serás apartada de Cristo, cabeza tuya y contada en compañía de los que le aborrecen. La caridad de Cristo nos compele y hace fuerza, dice el Apóstol.





MEDITACIÓN XXVIII

Del amor de la Redención.



MUY largo campo tienes aquí, ánima mía, en que puedes espaciarte en la consideración de la bondad infinita con que Dios te redimió. Mira, pues, ahora la gran dignidad del que padece, que es el Hijo de Dios, sabiduría infinita, y como dice el Apóstol, verbo del Padre, resplandor de la gloria y figura de la sustancia paternal, que quiso purgar nuestros pecados. Resplandor de la gloria le llamó por ser claridad sin medida del padre, y siendo quien era, se entregó a la muerte y deshonra para purgar nuestros pecados. Es tan poderoso, dice David en el Salmo, que con sólo mirar la tierra la hace temblar. No quiso disimular en su pasión esta majestad y poder, pues en el principio y fin de ella mostró su poderío.

Cuando lo quisieron prender con gente de armas, declaró su divinidad, pues sin usar de las manos, con sola una palabra, dió con todos sus enemigos en tierra. En la muerte

todas las criaturas le reconocieron por Señor, negando el cielo su luz, la tierra con grandes temblores, las piedras abriéndose por medio, así como en señal de sentimiento y dolor. Este, pues, es aquel ¡oh, alma mía! que por tí padece, y si consideras lo que padece, es la más cruel pasión y el más terrible dolor que pasó jamás hombre en el mundo, después que Dios le crió. Porque cuanto más nobles son las potencias, mejor perciben los objetos, y así cuando una potencia es más delicada, es más sensible. Cualquier herida o golpe se siente más en la cabeza, por ser miembro más principal y más sensible que si se recibiese en otra parte del cuerpo; y no siente tanto el rústico pastor el frío ni el golpe que recibe como el hombre noble y delicado. Pues como Cristo nuestro Redentor fuese de más delicada complexión que hubo jamás, por ser su cuerpo sacratísimo formado en el vientre virginal, milagrosamente por obra del Espíritu Santo, y las obras hechas por milagro exceden a las que obra la naturaleza, cualquier pequeña herida causaba en la humanidad de Cristo mayor dolor y sentimiento que los que las heridas grandes pudieran infligir a otros hombres cualesquiera.

No dieron tanto tormento a San Esteban las piedras ni a San Lorenzo sus parrillas, como al Redentor del mundo atormentaron los azotes y la corona de espinas. Cuanto más que padeció grandes y crueles heridas en todo su cuerpo, siendo sus pies y manos con duros y grandes clavos traspasados, su sagrado cerebro con agudas espinas penetrado, afeado su rostro con torpes salivas, sus claros ojos fueron con vil paño cubiertos, sus oídos afligidos con horribles injurias y abominables blasfemias, su boca con hiel y vinagre atormentada, sus mejillas heridas con bofetadas, sus barbas y cabellos furiosamente con el cuero arrancados, su cuello y garganta con ásperas sogas y pesadas cadenas desollado y herido, sus pies y sus manos enclavados en la Cruz, rotas sus venas y nervios, su carne con crueles azotes flagelada, su costado abierto y todo su cuerpo desco-

yuntado. Pues ¿qué piensas que padeció en el alma, con cuántas angustias y tristezas fué su ánima santísima atormentada, pues sola la imaginación de la pasión advenidera tanto le afligió que estuvo en el huerto agonizando y sudó gotas de sangre? Este sudor de sangre fué argumento de la acerbísima y dolorosa pasión de Jesucristo y claro testimonio de la grande tristeza de su alma. ¿Quién de los mortales estuvo alguna vez tan triste, afligido y angustiado que sudase sangre, y en tanta abundancia que regase la tierra? Juntas todas las tristezas que en el mundo han tenido todos los hombres, no llegan a la tristeza que tuvo Cristo, nuestro Señor, en su pasión. Veía la ingratitud de los hombres, conocía los pocos que de su pasión se habían de aprovechar, y esto afligía más su corazón que los clavos y azotes. Tuvo Cristo particular noticia de todos los pecados del mundo pasados, presentes y por venir, y particular tristeza de cada uno de ellos, a los cuales tenía tanto aborrecimiento cuanto estimaba la honra de Dios, y cuanto más la amaba, y como el amor que le tenía era infinito así el aborrecimiento que tenía a los pecados era infinito, de lo cual se seguía suma tristeza hasta la muerte. Y porque sería para nunca acabar tratar de los tormentos y penas que tu Dios y Señor padeció por tí, levanta ahora tu pensamiento, ánima mía, y entra contigo a solas en el silencio de la noche y considera profundamente que todo lo que padece tu esposo Jesucristo es solamente por el grande amor que te tiene. Tan inmenso era el fuego de vivo amor que tenía ocupadas aquellas reales entrañas de Jesucristo, que a San Pedro, porque contradice su pasión lo llamó Satanás, y cuando se pone en armas para impedirla, le manda meter el cuchillo en la vaina y sentándose a la mesa en la última cena, como el que alcanza lo que mucho desea, dijo a sus discípulos: «Mucho he deseado comer esta Pascua con vosotros». Teniendo otros muchos medios para podernos redimir, escogió el más penoso y dificultoso para mostrarnos el gran amor que nos tenía. No en-

viaste, Señor nuestro, algún ángel que nos redimiese, mas la grandeza del amor que nos tenías no sufrió que manos ajenas entendiesen en negocio tan grande como era redimir al hombre, tan amado de tí...

La primera palabra que dijiste en la Cruz fué rogar al Padre Eterno por los que en ella te enclavaron. Cada uno se queja primero de lo que más le duele, y así como te dolían más nuestras culpas que tus propias llagas, y sentías más nuestros males que tus dolores por el infinito amor que nos tenías, por amor de esto primero te quejas de nuestros males y pides el remedio de ellos, que es la clemencia y misericordia del Padre.

¡Oh fuego de infinita perfección al cual no pueden matar las muchas aguas de persecuciones, blasfemias y deshonras que en tu pasión te dieron, mas antes parece que como la fragua que con el agua mas se enciende, así cuando en la Cruz se llegaron como a una todos tus trabajos, allí más resplandecieron tu humildad y paciencia y tu largueza, que son centellas de tu divinal amor.

Al fuego en el monte no es menester echarle leña, porque él mismo se ceba. El fuego de amor santo en tu sacratísima pasión levanta sus llamas, porque estaban en él a la mano tormentos y aflicciones, que son la leña con que tan santo fuego arde. ¡Oh grandeza de amor! ¡Amor soberano, pues por un vil gusano de la tierra diste a tu unigénito hijo! Tantas cuantas llagas ves, alma mía, en el cuerpo de Cristo, tantas llagas de fuego has de considerar que salen de la fragua de aquel divino pecho que arde con amor más que de madre. Todo nacía de la gran compasión que tenía de nuestras almas. Considera la dolorosa pasión que por nosotros padeció y la gran compasión que aun padeciendo tenía de nosotros. Cuan vió Jonás la tormenta que por su causa padecían los navegantes, compadecióse de ellos y dijo: «Por amor de mi fe levanto esta tempestad; lanzadme en el mar». Por amor de tí y por el amor que te tiene Cristo, padece tan gran tormenta de tribulaciones y dolo-

res; lánzate en este mar tempestuoso de trabajos y afliccio-nes, sufriendo muchos agravios y penas por amor de aquél que tanto pasó por tí, y amando a quien tan de veras te amó, que se puso en la Cruz por amor de tí.





MEDITACIÓN XXIX

Del amor con que Cristo se ofreció para nuestra redención.



UISISTE, Señor, que tu corazón fuese abierto con lanza, para que la entrada de mi consideración me fuese más fácil, como casa cuya puerta está abierta, que convida a ver las hermosuras que en sí tiene. Así dice tu Apóstol San Juan que se abrió el templo de Dios y vióse en él el arca del Testamento. Abriéndose tu sagrado templo y mirando los pensamientos de tu corazón, diré en alta voz, con el Salmista: «En tus pensamientos que para mi provecho tuviste no hay semejante a ti.» Todas las cosas que padecías de fuera nacían de aquel pensamiento amoroso de tu corazón, y así San Juan cifra toda tu pasión en amor, cuando decía que nos amaste y lavaste con tu sangre nuestros pecados. ¿Quién habrá que sin interés propio haga otro tanto por otro?

No cabe en humano entendimiento tan extraño y espantoso caso de amor, pues la Majestad Divina quiso dar su vida por una vida de tan poca importancia como la nuestra. ¿Quién se acordará de tal amor que no se le arrasen

los ojos de lágrimas, viendo que vida tan preciada se dió por cosa tan vil? Los años y los días se habían de hacer muy cortos para agradecer tan alta merced. Y si la obra me maravilla, mucho más me debe maravillar, Dios mío y todo mi bien, el amor que dentro de tu pecho ardía, el cual, si los serafines vieran en el Calvario (con llamarse así, porque están encendidos en amor), vieran juntamente que su amor, cotejado con éste, era tibieza y no merecía nombre de amor, porque el Espíritu Santo infundió amor en la santísima alma de Cristo, en el punto de su concepción, a la medida de la alteza a que fué levantada. Y como esta exaltación es la mayor que Dios pudo dar, que es unirla personalmente consigo, así su amor es sin alguna proporción el mayor de todos los ángeles y santos. Y de ella se dicen aquellas palabras de los Cantares: «Metióme el rey en su botillería de vino y ordenó en mí la caridad.» Y según dice otra letra, puso sobre mí su abundancia de amor.

Puso la bandera del amor sobre ella, en señal que estaba vencida y conquistada de amor, porque aquél merece la bandera en la guerra del amor de Dios que más vencido y poseído es de amor. ¿Qué maravilla que tal amor salga fuera y queme las vestiduras de su cuerpo, pues dice el Espíritu Santo que ninguno puede llevar fuego en su seno sin quemarse las vestiduras? Este amor fué, Señor mío, el que te ató las manos con cordeles y te llevó de un juez a otro, sufriendo bofetadas, azotes y espinas, y el que te puso la Cruz a cuestas y te hizo tender en ella tus brazos en señal de que tu amor se extendía a todos los hombres pasados, presentes y por venir, porque no sólo los lleves sobre tus hombros, como el gran sacerdote llevaba los nombres de las doce tribus de Israel, mas escritos en lo íntimo de tu corazón, y tanto los amas, que habiéndoles Adán vendido por una fruta, y ellos a sí mismos por cosas vilísimas, los vas a rescatar por tan costoso precio. ¡Oh Jesucristo, benditísimo Redentor nuestro, que verte de fuera abofeteado y tu delicadísimo cuerpo acardena-

lado y abierto con tantos mil azotes y tu santísima cabeza traspasada de espinas y tus pies y manos con clavos muy agudos, cosa es que quiebra el corazón! No hay vista humana que alcance los dolores que interiormente te atormentaban, sino tú, Señor, que los pasaste. De tí dijo el profeta Isaías, que cada uno se perdió por su camino y el amor puso sobre tus espaldas nuestros pecados, la cual carga tú aceptaste con tantos dolores, que tú sólo puedes contar el número de todos los pecados que te causaron tantos tormentos y conocer la grandeza de tan grandes penas. David confiesa que tiene más pecados que pelos en la cabeza, y aún pide perdón de los que no cono ce. ¿Pues qué será de los pecados de todos los hombres, los cuales han tenido y tienen muchos más pecados que David? ¡Oh cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo y en cuán gran trabajo te metiste! De tí, Señor, está escrito: «Cercáronme muchos becerros y los toros bravos me rodearon. Abrieron contra mí su boca, como león que brama y hace presa.» No se dijo esto tanto por la compañía de gente que fué a prenderte, como por los pecados de los hombres que cercaron tu corazón». ¿Qué retablo tan doloroso, Señor, traías contigo, andando cercado de tantos y tan enormes pecados como se han cometido en todos los siglos?

Derramado fuiste, Señor, como agua con los tormentos de fuera, mas tu corazón derritióse dentro como cera, con el fuego de amor que en tu pecho ardía. ¿Quién dirá cuán grandes fueron tus tormentos, pues tan grande fué el mundo de los pecados que los causaron? Y no sólo pagaste la pena debida a los pecados cometidos, mas la preservación de otros muchos te costó dolores, pues la gracia y favor divino que preserva de pecar, se nos da a costa de tus trabajos. Ni fueron solos pecados los que te costaron dolores, mas todos los bienes espirituales nos compraste con el precio costosísimo de tu sangre, el cual excedió y sobrepujó al valor de lo que comprabas, para enseñar en esto

más tu amor. Padre del siglo advenidero te llamó Isaías porque así como todos los hombaes, según la generación de la carne, vienen de Adán, así ninguno hay que, según la gracia, no venga de tí. Tú, Señor, díste vida con los bramidos de tus dolores, como leona, a los hijos que el primer padre mató. Aquél, bebiendo la ponzoña que le ofreció la serpiente, engendró hijos emponzoñados, y tú te deshaces y pierdes tu frescura, por albergar y regalar a tus hijos, como hace la gallina, a quien tú te comparaste. ¿Y qué diré del hirviente amor con que morías? Como tu cruz y muerte eran donde más habías de mostrar el gran amor que nos tenías, viendo que se dilataba tu muerte angustiábase el deseo y acongojábase por ver lejos la pasión, porque no podías morir un día antes, según el mandamiento y ordenación del Padre, y así en la última Cena, sabiendo con divina sabiduría la determinada voluntad y obra de Judas el traidor, le dijiste que se diese prisa y despachase, porque con tanto fervor nos amabas y tan grande era el deseo que tenías de verte en la cruz por salvar nuestras almas, que la diligencia de Judas te pareció harto perezosa. ¡Oh buen redentor y dulce amor nuestro! No querías el pecado del traidor, ni se lo mandaste, pero deseabas morir por nosotros, y al que andaba muy solícito, le decías que hiciese piesto lo que hacía. Con tan ardentísima caridad nos amabas, que deseabas que el tiempo corriese más aprisa y que los pies de Judas caminasen con más presteza a traer los que te habían de prender, y con deseo admirable te fuiste tantas horas antes a esperarlos al huerto; y porque se tardaban, en tanto que venían, gastaste aquel tiempo en oración y faltando quien con heridas derramase tu benditísima sangre, tú la ofreciste en abundancia luchando con la muerte.



MEDITACIÓN XXX

Del amor de Dios en dársenos en manjar.



ENTRE las muy grandes prendas de amor que me diste, clementísimo y piadosísimo Señor, una de las muy altas y soberanas mercedes y muestras señaladas del amor que me tienes y siempre me tuviste, fué darte a ti mismo en manjar de vida en el venerable Sacramento de la Eucaristía, que instituiste despidiéndote de nosotros en la última cena. Tu Evangelista San Juan dice «que como amases a los tuyos que tenías en el mundo, que en el fin los amaste.» Siempre los amaste mucho; pero en el fin, despidiéndote de ellos con manifiestas obras, les mostraste el amor sin medida que les tenías en la institución de este santísimo Sacramento. Y por eso San Juan, queriendo hablar de esta cena, habló del amor que a los tuyos tenías, por ser esta cena toda llena del infinito amor con que dejaste al mundo tu presencia corporal, en memoria perpetua de tu sagrada pasión. Si antes que nos dieses tu sagrado cuerpo en mantenimiento de vida nos amabas y nos diste muchos dones, todo fué poco

comparado con la merced que nos hiciste dándote a ti mismo a nosotros. Nunca te mostraste magnífico en todo cuanto criaste hasta que instituiste este Sacramento. La obra, por ser magnífica, no sólo ha de ser grande, mas aún también se ha de nivelar con el poder del que la hace, y de aquí es que una obra será magnífica respecto de un señor, la cual si la hace el rey no será magnificencia, porque abaja de la dignidad real. Criaste, Señor, el sol, luna y estrellas; mar y hombres y ángeles, y todas las cosas hicistes de la nada; pero en todo esto no te mostraste magnífico, porque aunque estas obras sean grandes en sí, considerando tu omnipotencia hallamos que son muy pequeñas, según lo que tú puedes hacer. No te costaron trabajo, porque, como dice el Salmista, tú lo dijiste y fueron hechas; tú lo mandaste y fueron criadas. Si el rey no será magnífico por dar un real, ¿cómo serás tú magnífico por criar el cielo y la tierra, pues es más para el rey dar un real que para ti criar a todo el mundo?

Tantos reales puede dar el rey que se quede pobre; pero tú, Señor, aunque críes millares y millares de mundos quedarás después tan rico y poderoso como antes. La mano del Señor, dice Isaías, no es abreviada ni se agota su omnipotencia. Pero en este santísimo Sacramento del altar mostraste tu magnificencia, pues lo que das es de valor infinito, y diste al hombre todo lo que puedes dar dándote a ti mismo. Diste todo lo que pudiste dar e hiciste todo cuanto pudiste hacer. Esta fué obra verdaderamente magnífica, en la cual echaste todo el resto de tu omnipotencia y prodigaste toda tu grandeza y majestad. Mostraste aquí las riquezas de tu divinidad y omnipotencia, así como el rey Asuero mostró su gloria y poder en el banquete que dió a los príncipes de los persas y medos. ¿Qué más me pudiste dar y qué más pudiste hacer por mí para traerme a tu amor? ¿Qué mayores muestras y qué mayores señales del más alto sentimiento? ¿Qué testimonios más evidentes pudiste dar del amor sin medida que nos tenías?

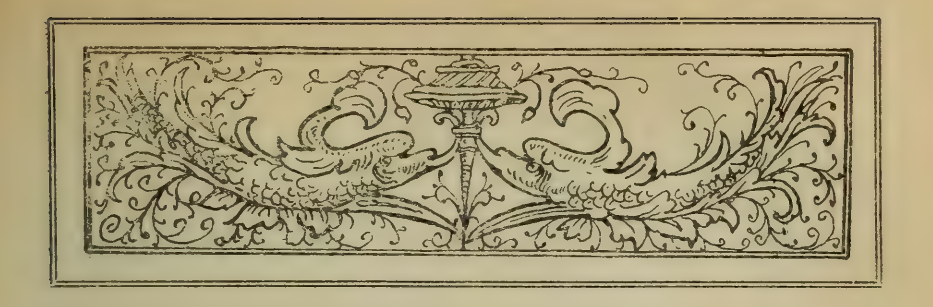
Cuando el Profeta Natán reprendía al rey David, en aquella parábola que le enseñó del rico que tenía muchas ovejas y del pobre, encareciendo el amor que tenía aquel hombre pobre a la única oveja que poseía, díjole que comía del pan de su Señor y que bebía de su cáliz.

Muy grande y muy claro testimonio fuera de lo mucho que nos amabas si nos hicieras participantes de tu mesa y nos dieras de comer de tu pan y a beber de tu vaso, y con sólo esto estaba bien probado el grande amor que nos tenías. Pero extraño caso es de amor que, no solamente tienes por bueno que comamos de tus manjares, pero aún quieres tú mismo ser nuestro manjar y comida. No estaba poco ufano Amán por verse convidado en la mesa del rey Asuero, y así se jactaba y gloriaba con su mujer Zares, y con sus amigos, y decía, alabándose, que la reina Ester a ninguno había convidado sino a él, y que ese otro día había de comer con el rey. ¡Oh, Rey de gloria! ¿No era suficiente argumento de lo mucho que nos amabas convidándonos solamente a tu mesa? Con esto sólo probabas el grande amor que nos tenías. Pero el estupendo y espantable amor que nos tenías a nosotros, pecadores, no se contentó con sólo esto, sino que, pasando más adelante, llegó a todo lo que pudo llegar y subió todo lo que pudo subir, pues quisiste ser tú mismo el manjar, y que sentados contigo en una mesa, y en un altar, te recibiésemos en nosotros mismos, y juntamente con tu sagrado cuerpo se nos comunicasen los innumerables dones y gracias que reciben nuestras almas por medio de este santísimo Sacramento. Del amor grande que tenía a David Jonathás, hijo del rey Saúl, dicen las divinas letras: «Amaba Jonathás a David como a su vida, porque despojóse Jonathás de la túnica de que estaba vestido y dióla a David, y todas las otras vestiduras, hasta su espada y arco y hasta la banda de caballero de donde tenía colgadas las armas.» Pues si esto dice la Escritura para probar el grande amor que tenía Jonathás a David, ¿cuánto mayor testimonio de amor es

darme tú, mi Dios, no tus vestidos, sino tu propia carne y sangre? ¿Cuánto más no es desnudarte de tu propia vida y darte a ti mismo en manjar?

El amor que tenía Jonathás a David, con ser muy grande, ni aun sombra merece ser del amor tan sin medida que nos tuviste. ¿Qué pastor hubo que amase tanto a sus ovejas que les diese en pasto sus propias carnes? ¿Qué pastor quiso así a su ganado, que se sacase su sangre para untarlo con ella y quitarle la roña? Esto hizo con increíble amor aquel gran Pastor, Jesucristo, que dice: «Yo soy buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas.» ¡Oh, preciosa perla y sobrepujante margarita, por la cual el que la halló dejó todo cuanto tenía, que por mostrar el gran amor que nos tenías quisiste deshacerte en el vinagre de tu acerbísima pasión y darte a nosotros en comida! En historias verdaderas hemos leído, y sabemos de cierto, y también consta de la Divina Escritura, que muchas madres mataron a sus hijos y los cocieron y comieron para sustentar sus vidas.Esto leemos haber hecho las madres con sus hijos; pero ¿qué madre cortó de sus brazos y dió de sus carnes a sus propios hijos? ¿Qué madre quiso perder su propia vida por dar vida a su hijo? Pero aquél que es más que madre, cuyo amor excede a todo amor de madre y a todo amor criado, entregóse a la muerte para que viviésemos nosotros y diónos su propio cuerpo en manjar y su sangre en bebida.





MEDITACIÓN XXXI

Cómo Dios en el Sacramento del altar satisfizo el amor que nos tenía.



Cuando en la última cena te despedías, Señor, de tus muy amados discípulos, era tu corazón combatido del infinito amor que nos tenías con dos cosas contrarias. Por una parte te decía el amor que te fueses y por otra te decía que te quedases. El amor te decía que te fueses, pues tu ida, por muerte y pasión, era nuestra redención y vida, y así convenía que te fueses, porque de esta manera nos abrías las puertas del cielo y nos aparejabas sillas en la gloria.

Dependía todo nuestro bien de tu partida, porque yendo al Padre por la Cruz nos alzabas el destierro y lavabas nuestras almas con tu sangre. Esto fué lo que dijiste a tus apóstoles en esta cena sagrada: «Conviene a vosotros que yo me vaya». Si tú no fueras primero al cielo, no pudiéramos nosotros entrar en él, y así nos importaba no menos que la vida el que te fueses, porque presupuesta la divina ordenación, no podíamos salvarnos sin tu partida y muerte.

Por otra parte, este mismo gran amor que nos tenías te decía que te quedases, porque el que ama recibe pena cuando se aparta de la presencia del amado, al cual querría siempre tener presente, y siente la despedida según la grandeza del amor que le tiene. Pero tú, Señor, con tu muy alta e infinita sabiduría concertaste estos dos contrarios amores e hiciste lo uno y lo otro, porque te fuiste y te quedaste. Fuiste al Padre por Cruz y pasión y subiste al cielo y quedaste aquí en la tierra con tu Iglesia militante, real y verdaderamente en este santísimo sacramento. Esto fué lo que dijiste a tus discípulos cuando te ibas. Con vosotros estoy hasta el fin del mundo. ¡Oh, infinita sabiduría de Dios! y ¿quién pudiera dar tal traza? ¿quién hallara tal invención? Fuese y quedóse, quedóse y fuese. Fuese al Padre y quedóse en este sacramento, y quedándose aquí real y verdaderamente debajo de especies de pan y vino, fuese a aparejarnos lugar en el cielo. Yo voy al Padre (dice él) a aparejaros lugar. No quisiste, clementísimo Señor, dejar a la Iglesia, tu amada esposa, desconsolada, privándola de tu real presencia. Cuando el esposo hace alguna gran ausencia y le conviene apartarse de la esposa, si ella verdaderamente le ama, quedará desconsolada y triste con la partida del esposo; ni bastarán para alegrarla y tenerla contenta los joyas y joyeles que de él recibió, porque más que los dones del esposo quiere su presencia.

Así tú, Señor, después que redimiste y dotaste a la Iglesia tu esposa, antes cautiva del pecado, dístele muchos joyeles de gracias y sacramentos con que la adornaste y enriqueciste. Pero aunque le dejares los ricos dones del bautismo, confirmación, orden y los otros sacramentos, siempre quedaría triste y desconsolada no teniéndote presente y estaría como viuda la señora de las gentes. Mas quedándote con ella para siempre en este admirable sacramento, en cuerpo y alma, Dios y hombre verdadero, tan grande y omnipotente como andabas en la tierra y estás ahora en el

cielo, cumpliste sus deseos y mostraste el inmenso amor que le tenías, pues nunca pudo este soberano amor acabar contigo que estuvieses una sola hora ausente de tu amantísima esposa. Y así por modo inefable quisiste quedarte con nosotros en este santísimo sacramento, haciendo en él sumario de todas tus muy grandes y antiguas maravillas. No me maravillo de que pudieses, sino de que quisieses. Conozco tu omnipotencia, y así no me espanto, considerando lo que puedes, que pudieses, siendo quien eres, Dios de tanta majestad, encerrarte en tan humildes accidentes. Pero maravillóme mucho de que quisieses, ¡oh amor incomparable y caridad infinita de mi Dios! pues quisiste visitar al hombre pecador y venir a él con toda tu corte de ángeles, arcángeles, serafines y querubines, y comunicar las riquezas de tu gracia y gloria a nuestras almas por modo tan exquisito y admirable, viniendo tú, rey de la gloria, disfrazado a la hostia consagrada. ¿Quién pudiera llegar a tí si vinieras con la gloria y majestad que estás en el cielo, descubierto y patente? ¿Cómo pudieran sufrir nuestros ojos tan inmensa claridad y resplandor? No pudieron los hijos de Israel sufrir la claridad que salía de la cara de Moisés por haber hablado contigo en el monte, y así fué menester que pusieses un velo delante de su rostro. La reina Ester cayó desmayada viendo la majestad del rey Asuero, y cuando se apareció un ángel al profeta Daniel quedó éste amortecido. ¿Pues cómo pudiéramos nosotros sufrir tanta gloria ni llegarnos a tu infinita majestad, si tú, Señor, con tus grandes misericordias no te humillaras y vinieras encubierto debajo de tan humildes accidentes? Mostraste el infinito amor que nos tenías muriendo por nosotros, y porque no sólo los sabios, sino también los ignorantes y pequeños entendiesen el amor con que nos amabas, quisiste dejarnos este Sacramento en memoria del beneficio inefable de tu sacratísima pasión. Como los príncipes quieren que sus grandes hazañas, no sólo las escriban sus cronistas, sino que alcen estatuas e imágenes de bulto

que representen sus claros hechos a los advenideros y las conozca también el pueblo que no sabe leer, así, Señor y Dios nuestro, no contento con escribir la gran obra de tu pasión y de nuestra redención los profetas y evangelistas, quisiste poner como en imagen y estatua en este sacramento la memoria de aquella famosa victoria que alcanzaste en la Cruz del demonio y de la muerte. Es este sacramento como una estatua viva y perpetuo memorial de tu pasión sagrada, según lo canta la Iglesia, diciendo: «¡Dios, que en este admirable sacramento nos dejaste la memoria de tu pasión!» Nos representaste en la hostia consagrada tu pasión santísima. De todos quieres ser conocido y a todos quieres comunicarte, y por eso, debajo de especies visibles de pan y vino, te comunicas a todos tus fieles, así a los idiotas como a los letrados. Por eso dijiste en el libro de los Cantares: «Yo soy flor del campo.» De las flores de los huertos cerrados y vergeles no gozan sino personas particulares y los señores de los tales huertos, pero de las flores de los campos gozan todos y son a todos comunes, así a los pequeños como a los grandes. Muy bien dices, mi Dios, que eres flor del campo, pues a todos te comunicas y a todos te das sin esconderte y negarte a nadie, dándote a tí mismo en este Sacramento, así a los pobres y pequeños como a los ricos y poderosos. No es estrecha tu caridad, sino muy ancha y extendida, que a todos abraza y hace sombra.





MEDITACIÓN XXXII

Cómo mostró Dios su amor en el tiempo en que instituyó este sacramento.



El gran amor que tenía ocupadas todas tus entrañas, clementísimo Señor y Redentor nuestro, fué tan sin medida, que nunca la malicia del mundo pudo matar tan grande fuego como este, mas antes parece que como fuego de alquitrán, que más se enciende con el agua, así tu soberano amor con nuestros grandes pecados se aumentaba. Esfriaran a otro corazón, por muy encendido que estuviera, y endurecieran a cualesquier entrañas, por tiernas y amorosas que fueran; pero tú, mi Dios, cuando nosotros éramos peores y más dignos del infierno, entonces mayores mercedes nos hacías. ¿Quién no amará tanta bondad y no servirá a un Señor como éste? Mira, pues, alma mía, la grandeza del amor de tu esposo Jesucristo.

El mayor pecado que se cometió en el mundo fué la muerte que dió a su Redentor y Señor. Pues cuando el mundo más encendido estaba en matar a su creador y cuando le trataba la muerte, entonces estaba el Salvador dándole su propia vida. Cuando Judas le vendía y los enemigos

estaban más encendidos en la ira y odio mortal que le tenían, en esta misma hora el clementísimo Señor, abrasado de amor, les daba su propia carne y sangre en manjar de vida e instituía este sacramento. Estaba el mundo tratando su muerte, y él estaba dándoles manjar de vida con que para siempre viviesen. La mayor dádiva que diste jamás al mundo fué darte, Señor, a tí mismo en manjar, y entonces hiciste al mundo la mayor merced, cuando era menos digno de recibirla. Este gran amor quiso significar tu santo Apóstol cuando notó el tiempo en que instituiste este sacramento, diciéndolo en la primera epístola que escribió a los Corinthios. Nuestro Señor Jesucristo, en la noche que era vendido, tomó el pan, y haciendo gracias, partiólo y dijo: «Tomad y comed. Este es mi cuerpo que será entregado a la muerte por vosotros.» Dijo el Apóstol el tiempo en que instituiste este sacramento, que fué en la misma noche que te prendieron, por encarecer el gran amor que nos tenías y porque entendamos que no sólo nos diste a tí mismo en manjar, mas aun también que nos hiciste tan gran merced cuando menos la merecíamos.

Nunca el mundo fué tan digno del infierno como cuando le diste el manjar de gloria. Merecía muerte eterna, y tú, mi Dios, estabas dándole entonces vida perdurable. Ellos tratan de tu muerte y tú tratas de su vida. Cuando el pueblo de Israel estaba idolatrando y adorando el becerro, entonces, Señor, estabas tú dándoles ley en que viviesen y enseñando a Moisés lo que había de hacer para salvarse y alcanzar la gloria. Así también cuando San Pablo perseguía con mayor calor tu santa Iglesia y se hacía menos digno de tu misericordia, entonces, Señor, le llamaste y convertiste, mostrándole tu divina esencia. Indignado contra el incrédulo rey Acaz y contra su pueblo, y reprendiéndolos Isaías en lugar de castigarlos, les prometes darles a tu unigénito hijo humanado. Cuando el pueblo rebelde decía que te había de dejar e iría tras sus amadores, tú, Señor y Dios mío, le dices por Oseas que lo llevarás a la soledad y le hablarás

al corazón, haciéndole especial favor y regalo. Así también aquí, en lugar de hundirlos y mandar a la tierra que tragara a tan crueles enemigos tuyos, das al mundo tan alta prenda de gloria. Amor soberano, amor infinito, el cual no sólo nunca pudieron nuestros pecados agotar, mas aún entonces más mostrabas y declarabas, clementísimo Señor, el gran amor que nos tenías cuando con nuestras maldades eras más provocado a ira y enojo. Por amor de esto dijo la Esposa en los Cantares: «Yo duermo y mi corazón vela.» Yo estoy durmiendo, dice el alma, floja, descuidada de mi bien y olvidada de mi salud, y mi corazón, que es mi amado, mi querido y todo mi bien, está velando, haciéndome mercedes y desvelándose en regalarme. Con increíble amor me despierta y me llama con beneficio para que no me duerma descuidada en la culpa. He aquí la voz del amado que me llama: «Abréme, hermana mía y amiga mía.» Con estos golpes y obras de misericordia grandes, eres despertada, alma mía, al amor de tu Dios y Señor, pues a sí mismo se da en manjar, siendo tú indigno de llegar a él Cuando te diste, Señor, a nosotros en tu encarnación, entonces siendo Dios, te hiciste hombre, pero cuando te nos das en este sacramento, hácese el hombre semejante a Dios, porque este manjar no se convierte en el que le come, antes al revés, el que le recibe se convierte en el manjar. Múdase el alma en Cristo, cuanto más y más es semejante a Cristo en gracia y virtud, lo cual se hace por virtud de este sacramento.

Quisístenos, Señor, incorporar con tu cuerpo y darnos tu sangre, para que, embriagados con tu amor, seamos un alma, una voluntad y un corazón contigo. ¿Qué cosa es beber tu sangre, que es silla del alma, sino ligar mi alma con tu alma en vínculo inseparable y atadura irrompible de amor? Queriendo que me llegase a ti por amor, quisiste venir a mí disfrazado en este santísimo Sacramento. ¿Qué amor sería el de un príncipe que, rebajándose a casar con una vil esclava y viéndola fría y tibia en su amor, anduvie-

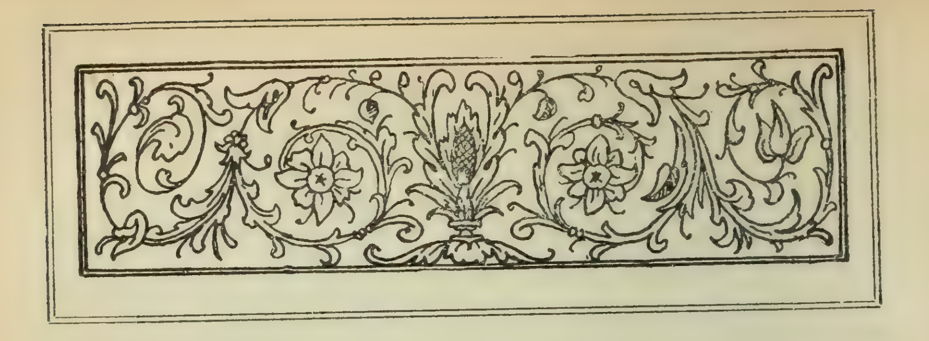
se buscando modos y maneras exquisitas para atraerla a su amor y le diese bocados conficionados para provocarla a su amor? ¡Oh, infinito amor del cielo, que siendo nuestra alma esclava y cautiva del pecado la redimiste y te desposaste con ella, y viendo que estábamos fríos en tu amor, para encendernos en fuego de caridad buscaste modos exquisitos y bocados misteriosos! Grandes son las obras del Señor, exquisitas en todas sus voluntades. Así como pudiendo redimirnos en otras muchas maneras escogiste la más excelente de todas, que fué hacerte hombre y morir, así para encendernos en tu amor, buscaste el más excelente modo que se pudo imaginar. Enciéndese nuestra alma en amor, y es enriquecida con inestimables riquezas. ¿Qué príncipe o rey entra en casa de un pobre y no le da de comer? ¿Y cuánto mejor no harás tú esto, Rey soberano y príncipe de la gloria? Entraste en el vientre virginal de tu santísima madre e hicístelo sagrario del Espíritu Santo. Entraste en casa de Zacarías y santificaste a San Juan, y fué su madre llena del Espíritu Santo. Entraste con tu nacimiento en un establo, y lo trocaste en paraíso de ángeles. Entraste en Egipto, huyendo de Herodes, y derrocaste los ídolos de aquel reino. Entraste en el Jordán y santificaste las aguas. Entraste a ayunar en el desierto y lo honraste con tu presencia, y por ello hubo tantos santos en él. Entraste en casa de San Pedro y sanaste a su suegra de calenturas. Entraste en casa de Jairo y resucitaste a su hija. Entraste en casa de Zaqueo y lo justificaste. Entraste en casa de Marta y María e hicístelas devotísimas discípulas tuyas. Entraste en el cenáculo e instituiste este santísimo Sacramento. Entraste en el huerto y regástelo con tu sangre. Entraste en el sepulcro y henchístelo de ángeles. Entraste en el limbo y despojástelo, y entraste en el cielo llenándolo de nueva gloria.

¿Pues qué piensas, alma mía, que hará este Señor, si entra en tu pobre posada, sino que de pobre la hará rica; de enferma, sana, y de cobarde y pusilánime, esforzada y

valiente? Los tormentos que tocó, como la cruz, clavos, espinas y azotes, santificó, que los reverenciamos y adoramos.

Pues si a los trabajos dió tanta dignidad, ¿qué no hará a los descansos? Si enriquece a la cruz, ¿qué no hará al alma del justo? Da vida a nuestras almas, medicina a nuestras llagas, salud a nuestras enfermedades, consuelo a nuestros trabajos y casa a nuestra peregrinación. Con este manjar es el alma unida con su esposo; con este se alumbra el entendimiento, se aviva la memoria, se aficiona la voluntad, se deleita el gusto interior, acreciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, anímanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza y toma aliento, con el profeta Elías, para caminar hasta el monte de Dios. ¿Qué lengua podrá cantar las excelencias de este Sacramento y los bienes que hace al alma? Es memorial de las maravillas de Dios.





MEDITACIÓN XXXIII

Del amor y aparejo con que se ha de recibir este Sacramento.

UANDO apareciste, Señor, en otro tiempo a tu siervo Moisés en el monte, dice la Escritura que estabas en una zarza que ardía en llamas de fuego y mandaste a Moisés que se descalzase para llegar a tí. ¿Cómo te contemplo yo en este Sacramento ni cómo estás sino hecho llamas de fuego de amor en las espinas de los accidentes de pan? Como el fuego calienta y alumbra, así aquí es encendida en tu divino amor el alma que dignamente te recibe y alumbrada en el conocimiento de este misterio Por amor de esto, cuando altercaban los judíos y decían cómo puede éste darnos a comer su carne, tú, Señor, les respondiste: «Os digo en verdad, que si no coméis la carne del hijo de la Virgen y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros». ¿Qué tiene que ver esta respuesta con la pregunta que ellos hicieron? Ellos, como incrédulos, dudando, preguntan cómo puede esto ser, y tú, Señor, les das por respuesta, que si no comen no vivirán. Muy apropósito es la respuesta, porque si queréis saber el cómo, co-

medlo y lo sabréis, porque este sacramento alumbra el entendimiento del alma y dale luz y claridad para conocer la suavidad de este manjar del cielo, y así no lo conoce sino quien lo gusta, y no lo gusta sino quien dignamente lo recibe. La suavidad y dulzura de este manjar es escondida, y conócela y participa de ella el que le recibe como debe. Gustó Jonatás un poco de miel y fueron alumbrados sus ojos. ¡Oh, panal de miel dulcísimo, que no sólo eres dulce, sino la misma dulzura, que en gustado, de tu suavísima dulzura se abren los ojos de nuestra alma para conocer cómo te nos das en este Sacramento! Por ello dijo David en el Salmo: «Llegaos a Dios y seréis alumbrados». Están litigando los judíos y dicen: ¿cómo puede éste darnos a comer su carne? Preguntan el hereje y el infiel: ¿cómo puede ser esto? Y si quieren saber el cómo, saberlo han comiendo.

Dejen la infidelidad y dejen los pecados, porque llegándose con pureza de conciencia a este fuego de excelentísima caridad, encenderanse sus corazones en divino amor y sabrán lo que ahora no saben. ¿Y cómo se llegarán a tratar con su Dios? Con reverencia y temor, descalzándose de los afectos terrenales y amor del siglo, porque así quiere Dios que se llegue Moisés. Si cuando dabas la ley al pueblo de Israel mandaste que ninguno llegase a su propia mujer y que lavasen sus vestiduras y se aparejasen con tanta limpieza y diligencia, ¿cómo, Dios mío y todo mi bien, me llegaré yo a tí, cargado de inmundicias de pecados? ¡Oh, cuánto más es recibir al dador de la ley que a la ley? No comieron los hijos de Israel el maná del cielo hasta que se les acabó la harina que habían sacado de Egipto, ni tú, alma mía, gozarás de este pan celestial hasta que se acabe en tí el amor a las tinieblas del mundo. Y como el maná (que fué muy clara figura de este Sacramento) puesto al calor del sol se regalaba y derretía, y al calor del fuego se endurecía, así este Sacramento con la caridad se regala, y engorda al alma que en caridad lo recibe, y mata al que lo come cuando lo recibe con fuego de sensual concupiscencia, y en-

durécese en el estómago de los que se llegan a él con calor de codicia de las cosas del mundo. Por amor de esto, dice el Apóstol, que cada uno se pruebe a sí mismo, si no quiere recibirle indignamente. El que quiere comer algún manjar, pruébalo primero, y si no le contenta, le da de mano. Pero aquí es al revés, porque no tengo yo de probar el manjar, sino probarme a mí mismo, porque aunque tú, Señor, seas este manjar, y bueno y salutífero, de tal manera lo puedo recibir, que muera en este convite, como murieron Amón y Simón Macabeo, no por culpa del manjar sino por mi mala disposición. Cuando te sientas a comer con el príncipe (dice el sabio) con diligencia mira lo que tienes delante y pon un cuchillo en tu garganta si tienes tu alma en tu poder. Mira diligentemente que lo que en esta mesa se pone es el mismo Dios. Si en la ley vieja pedías, Señor, tantas purificaciones para comer los panes de la proposición, y primero que el sacerdote Abimelech los diese a comer a David y a los suyos, preguntó si estaban limpios, y amasaban estos panes los sacerdotes y estaban encima de una tabla de oro fino, ¿cuánto más no debo yo hacer para recibirte, Dios mío, pan vivo y verdadero? Si Salomón, tan riquísimo templo edificó para poner en él el arca del Señor donde estaba el maná, y ofreció mil sacrificios cuando la puso en el templo, y el rey Asuero en siete días aparejó el convite a los príncipes persas y medos, ¿cuánto no debo yo hacer para llegar dignamente a esta mesa? Si José de Arimatea envolvió tu santo cuerpo estando muerto en limpia sábana y lo puso en sepulcro nuevo donde no había sido ningún otro sepultado, ¿cómo recibiré yo tu santo cuerpo, vivo y verdadero, en conciencia que no esté muy blanca y limpia de pecado y donde no se halle algún muerto?

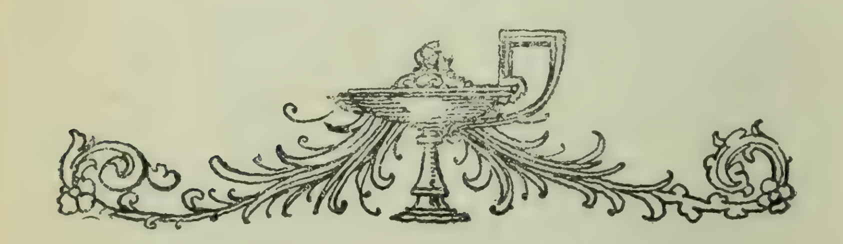
Mira, pues, dice Salomón, y considera con diligencia, alma mía, a quién recibes en el altar y qué manjar es éste que se te pone delante y que lo recibas de manera que no puedan decirte: ¿cómo entraste aquí no teniendo vestiduras

de boda? Mira bien este manjar, y que es mantenimiento de vivos y no de muertos, por amor de lo cual el Redentor resucitó primero a la hija de Jairo y después le dió de comer.

Suspira antes que comas, pues esto hacía Job para comer el pan natural, y el rey Josías no hizo al pueblo aquel gran banquete y fiesta sin limpiar primero a Judea de la idolatría. Con suspiros y lágrimas debes primero aparejarte, por amor de lo cual lavó primero el Señor los pies a sus discípulos para comulgarlos, quitando de ti la avaricia, que es servidumbre de ídolos, y a tu vientre que tienes por dios, y a todos los otros ídolos de vicios y pecados. Los Apóstoles, estando tristes y contritos, recibieron este Sacramento, y porque Judas no lo recibió así entró presto en él Satanás. Primero comió el Señor el cordero y cumplió todo lo que la ley mandaba, que instituyese este Sacramento y comulgase a los suyos, porque el verdadero aparejo para recibirle es hacer lo que manda Dios y guardar su santa ley. Mira, pues, con diligencia lo que te ponen delante, dice el sabio, considerando quién es este Señor que vas a recibir; y dice más: que pongas un cuchillo en tu garganta. Así debes comulgar, como si tuvieses el cuchillo a la garganta. Mira cómo aquellos que quieren degollar en la plaza por justicia, cuán devotos y contritos están cuando el verdugo, tapándoles los ojos, les pone el cuchillo a la garganta, porque así debes llegar a recibir esta hostia viva. Los que están de esta manera en el artículo de la muerte, no tratan de buscar honras, dignidades ni deleites, ni allegar dineros; antes, perdonan a sus enemigos, desprecian al mundo, tienen la muerte delante y la justicia de Dios ante sus ojos, y sólo la vida advenidera en su memoria, olvidando la presente. Así debes comulgar, como si luego en comulgando hubieses de morir, y como si ya tuvieses el cuchillo en la garganta y estuvieses a punto de dar a Dios cuenta de toda tu vida. Y después de la comunión no te derrames en la conversación del mundo, por que no seas como aquellos que con alegría

recibieron al Señor en Jerusalén, con ramos de olivas y palmas, y después le maltrataron. El Señor, después que comulgó, predicó fervientísimamente y se recogió en el huerto para darse a la oración. Muchos que devotamente comulgan a menudo aprovechan poco en la vida espiritual, porque no se recogen después de la comunión, antes se distraen en la conversación del siglo.

Acaece que un hijo de padres ricos, y que come delicados y substanciosos manjares en la mesa de sus padres, anda amarillo, flaco y enfermo, y es la causa de esto que después que se levanta de la mesa de su padre come tierra en escondido. Si no aprovechas, alma mía, en el servicio de Dios comiendo cada día en la mesa de tu padre este manjar divino, es porque comes después tierra y tienes pláticas y conversaciones mundanas. De aquí viene que andes tan flaca y amarilla y tan desmedrada en la vida espiritual. Entra dentro de ti misma en comulgando y no pierdas tan buena coyuntura para negociar con Dios. Mira con fe viva que tienes dentro de tus entrañas al mismo que estuvo en las de la Virgen y está a la diestra del Padre, y di, con Santa Isabel: «¿De dónde me vino que mi Señor venga a mí? ¿Quién soy yo y quién es él?» En esta meditación gastaré el tiempo de mi vida.





MEDITACIÓN XXXIV

Del beneficio de la Creación.



RECOPILANDO, Señor, contigo en santas meditaciones y haciendo suma de las innumerables mercedes que de tus magníficas manos he recibido, por las cuales sumamente te debo amar, después de haber tratado algo de los manjares y más altos beneficios que son el darte a nosotros humanado, puesto en la Cruz por nuestra redención y en la Hostia por nuestro manjar y vida, ofrécese, creador mío, el haberme criado de nada y hacerme capaz de gozar de las mercedes sobredichas sin haber precedido de mi parte méritos algunos. Todo procede de amor, y las gracias se den a tu infinita bondad y misericordia. El amor grande que eternamente tuviste, Señor, a tu misma bondad, fué causa que me criases, porque no permitió tu amor que estuvieses sin criar a las criaturas. Me diste cuanto a la esencia ser substancial, por ser yo sustancia y no accidente, y cuanto al ser de gracia, dísteme mejores accidentes que a las otras criaturas. Dísteme ser, y no ser de piedra ni de árbol ni de ave, sino de hombre y criatu-

ra racional, hecha a tu imagen y semejanza, en cuanto al alma y organizando el cuerpo con maravillosa composición y armonía. Y puesto el caso de que los padres fuesen causa de la formación del cuerpo, no lo fueron sino secundariamente, y aún esta causa recibieron de tu amor. En los otros animales tienen los padres causalidad cuanto al alma y cuanto al cuerpo; pero en los hombres solamente cuanto al cuerpo, queriendo en esto servirte de las causas segundas, no por necesidad, sino por ennoblecer a tus criaturas, siendo creador solo y causa de nuestras almas, no interviniendo causa segunda alguna.

Por lo cual, la misma naturaleza me convida a amarte, porque si la naturaleza enseña que el padre debe ser amado, ¿cuánto más tú, criador mío, que de la nada me hiciste? Toda obra amaría al artífice que la hizo, si tuviese voluntad para poder amar; ¿pues por qué no he de amarte yo todo lo que pudiere, pues todo el poder que tengo recibí de tí?

Mucho, pues, debo yo a aquel por quien vivo, siento, amo y tengo ser. Miro, pues, Señor, que me hiciste según el cuerpo, noble criatura, y según el alma, a tu imagen y semejanza, participante de razón y capaz de bienaventuranza. Júntanse estas dos cosas con un artificio incomprensible y sabiduría investigable. Yo no lo merecí, pues no era; porque nadie puede merecer antes que tenga ser. No hiciste esto con esperanza de galardón, pues tú eres mi Dios y no tienes necesidad de mis bienes. No me criaste como a las otras criaturas, pero con gran consejo y acuerdo de toda la santísima Trinidad, diciendo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza», para que desde su primera creación entendiese el hombre lo mucho que debe a su creador, y así tanto más fervientemente te amase cuanto entendió ser más maravillosamente criado y hecho a tu imagen y semejanza Como tú eres uno y estás en todo lugar, dando vida, y moviendo y gobernando todas las cosas, en quien nos movemos, vivimos y somos, así nuestra alma está toda en

el cuerpo y toda entera en cualquiera parte de él, vivificándolo, moviéndolo y gobernándolo. Esta dignidad concediste a sólo al hombre, dándomela, por tanto, a mí. Y allende de esto, encerraste en mí las perfecciones naturales de las otras criaturas, las cuales criaste para que me sirviesen. Mandaste a los ángeles que me guardasen, y dísteme entendimiento, memoria y voluntad, haciéndome semejante en alguna manera a tu suma sustancia, pues por estas potencias soy hecho a tu imagen. Dísteme el entendimiento para que te conociese y me entendiese a mí mismo y gozase de mí, pues la criatura que carece de entendimiento, ni puede gozar de sí ni conocer si se sirve de las otras criaturas. No pueden hacer reflexión sobre sus operaciones ni el orden de los fines para que los hacen, como el hombre que conoce a sí y a sus obras y los fines a que se ordenan, porque como el hombre, por la voluntad y el entendimiento es señor de sus obras, por las mismas potencias tiene dominio en las otras criaturas. Pues ¿cómo, Señor, no te amaré yo, por estas potencias que me diste y te daré también gracias por los bienes que por amor de mí recibieron de tu mano las otras criaturas? Cuanto son muchas las criaturas que criaste para mi servicio, tantas son las obligaciones que tengo de amarte; por lo cual, cuando no te amo, no solamente hago injuria a tu divina majestad, mas aun también a mí mismo y a todo el resto del mundo. Justo es, pues, por cierto, mi Señor y criador, que el efecto responda a su causa. Yo soy el efecto y el amor que tú, Señor, me tuviste y tienes, fué la causa que yo fuese; porque así como tú, viéndote a tí mismo ves también a nosotros, así también amándote a tí mismo amas a nosotros en tí, y aquel amor fué causa de que nos criases y ahora lo es para que nos conserves, luego es muy justo responderte con amor.

Porque pues el amor fué causa que yo de ti fuese producido, el mismo amor sea causa que sea reducido a ti, y así, por el amor que yo tuviere, que soy el efecto, seré seme-

jante a mi causa, por lo cual es muy justo que, aunque sea trabajoso a mi sensualidad caminar por el camino de la virtud y servicio tuyo, debo con alegre ánimo pasar tales trabajos por adquirir tu amor. Por amor de esto dice el Eclesiástico: «Con todas tus fuerzas ama al que te hizo.» ¡Oh, cuán justa cosa es, Señor, que te ame la obra que hiciste y la hechura que tus divinas manos fabricaron!

Por sola tu voluntad la hiciste, y porque la quisiste la criaste. Pues, luego, ¿con quién sino contigo tengo de tener mi conversación y a quién tengo yo de mirar, loar y amar sino a ti? Si un pintor pintase una muy hermosa imagen en una tabla y le pudiese dar vida y sentido para ver su gentileza y conocer a su hacedor y le viese puesto delante de sí, ¿con qué amor, con qué entrañas y con qué benevolencia le amaría? ¿Qué otra cosa haría esta imagen, con todas sus fuerzas, sino amar, loar, bendecir y glorificar y honrar a su pintor, del cual tuvo que fuese tan hermosa, tan mirada y tan loada de todos? ¿Por ventura esta hermosa imagen no se encendería toda en el amor de su pintor? ¿No le daría de día y de noche muchas gracias y cuantas ella pudiese porque la había hecho tal y de tanta belleza? Pues ¿por qué tú, alma mía, siendo, no solamente imagen y hechura de tan grande y tan mirífico pintor como es tu Dios y Señor, y no sólo obra de sus poderosas manos, pero aun en ti se pintó a sí mismo, pues eres hecha a su imagen y semejanza, por inclinarte y moverte a más amarte, no le bendecirás y amarás continuamente?

Pues mira cuán gran pecado cometes y de cuanta pena eres digna si menospreciaras tanta gracia y pusieres en olvido tan soberano beneficio. A quien te hizo tal debes todo lo que eres, todo lo que puedes, todo lo que sabes y a ti toda.

A aquél debes amar, que te dió facultad para amar, y a aquél debes todos tus deseos y apetitos que te dió poderío de codiciar y desear. Si a otra cosa apartas tus pensamientos o en otra cosa empleas tu amor, ladrona cres y roba-

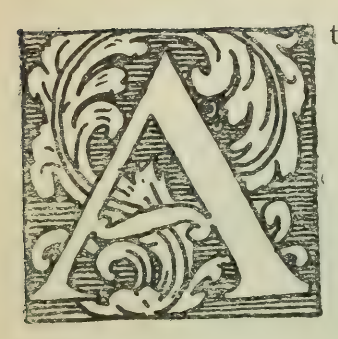
dora y enajenas las cosas que tienes. Y por eso, en el día del Juicio, no sólo de las palabras ociosas, más aun también de los pensamientos vagos y deseos vanos te tomará cuenta, y con mucha razón, porque a aquel que te dió que fueses se debe de justicia todo el acto y operación de este ser que tienes. Y por esto, Creador mío y Señor mío, me pides justicia cuando me mandas que te ame de todo mi corazón y de toda mi alma y de todo mi entendimiento y de todas mis fuerzas, pues todo soy tuyo y todo esto recibí de ti.





MEDITACIÓN XXXV

Del beneficio de la Conservación.



tí cantaré, Señor, pues me diste tantos bienes y alabaré tu santo nombre. Como el sol produce de sí los rayos de la luz en este aire y el mismo que los produce los conserva en el ser que les dió, así también lo haces conmigo, clementísimo Señor, sacándome del no ser al ser cuando me criaste y después conservándome en este mismo ser que me diste.

A tu gracia y benignidad refiero que me hiciste libre, no sólo en el general beneficio de darme albedrío, como a todos los hombres, para poderme gobernar, pero me sacaste también de la dura sujeción en que a otros muchos veo, que a unos tiene el tirano de nuestro enemigo atados a los pesebres, como a groseros animales, gustando de roer paja y otros semejantes mantenimientos; esto es, que tienen por regalo gozar de los deleites que a los brutos son comunes. Pero tú, Señor, cortaste la soga con que algún tiempo me vi atado, me quitaste las sueltas y rompiste mis ataduras, por lo cual siempre te daré sacrificio de alabanza. Me de-

jaste libre para que pudiera subir a lo alto de los montes y gozar de las frescuras y yerbas de tus espirituales consolaciones y de las aguas claras de tus santas Escrituras. A otros veo sometidos al yugo, arando la tierra y desentrañándose a sí mismos por adquirir hacienda, empleándose del todo en esto; arando (como dice el profeta Oseas) injusticia y segando pecado y al cabo el fruto paró en nada. Conmigo, Señor, fué tan larga tu misericordia, que el yugo se rompió con la abundancia del aceite y quedóme el cuello libre para poder alzar los ojos al cielo y para que mirando a una parte y a otra la vanidad de lo presente, pueda huir de ello y granjear lo porvenir. Algunos tiran el carro y con el peso y estruendo de las ruedas no pueden atender a otra cosa; como los que con negocios ajenos y cuidado de su familia no pueden pensar sino en aquello, tirando muchas veces con sogas de vanidad que quiebran al mejor tiempo. Pero tu piedad me libró a mí de esta pesadumbre y me diste, Señor, ligereza para ir saltando de monte en monte, y allí, desviado del ruido de la tierra, pueda sentir alguna vez la armonía del cielo, y aunque no entienda la letra, a lo menos perciba la consonancia de las voces, y sobre todo, oiga el silbo del aura suave en que viene tu voz envuelta, como en el monte fué mostrada al profeta Elías. Bien sé que estoy siempre delante de tu divina presencia y que tú estás sobre mí amparándome y debajo sustentándome. De fuera me cercas y de dentro me conservas y tu rostro no es figurado en cuantidad para que sea menester larga tierra. Tu potencia me dió ser como yo fuese, tu misericordia me reparó para que no me perdiese, tu benignidad me dió con qué te pudiese merecer y tu providencia me guardó que no te perdiese después de habido.

¿Qué oficial no ama lo que con sus manos hizo? ¿Quién no tiene cuidado de sus propias cosas? Quién no tiene cuidado de los suyos, en especial de los de su casa, niega la fidelidad que a los suyos debe y no sólo no cumple con lo que está obligado, pero aun de hombre de razón se vuelve

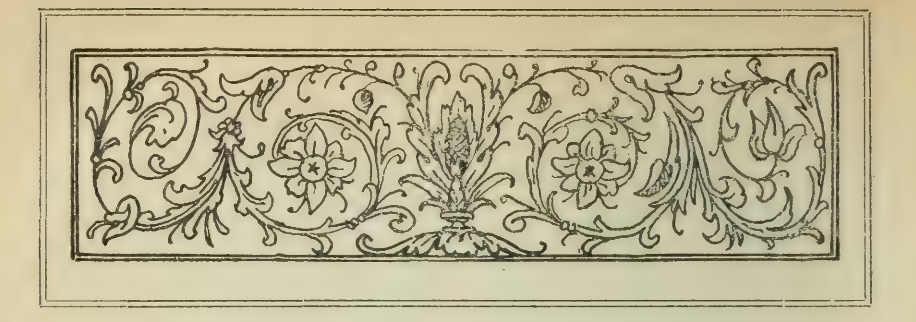
en cruel tigre y león bravo, y lo que es peor, es más que infiel. Pues como tú, Señor, seas sumo bien y suma bondad y nosotros hechura de tus divinas manos, no cabe en razón que no conserves lo que hiciste y no tengas cuenta con lo que criaste, pues con tanta perfección lo hiciste y tan liberal en criarlo te mostraste. Como recibí de tí el ser, así también recibo el conservar, pues con tu poderosa mano me sustentas y das los mantenimientos necesarios para mi sustento y vida, y con tu benignidad y clemencia me regalas, inspiras, alumbras, llamas e interiormente me consuelas y con tus divinos y celestiales regocijos me alegras y regocijas. Así te ocupas, buen Dios y Señor mío, solamente conmigo, que parece sea yo la más rica y poderosa joya de todo tu tesoro, así con tan espesas consolaciones espirituales me visitas y en cada momento con tus divinos rayos de amor y caridad me alumbras, para más obligarme a perpetua servitud, que parece que olvidado de todo el mundo, de mí sólo tienes cuidado. Detente, Dios mío, detente, porque no puedo sufrir la muchedumbre de misericordias que llueven sobre mí por la grande gravedad de mis culpas y muchedumbre de mis pecados y de mi poco agradecer tus mercedes, que tan magníficamente, sin yo merecerlo, me hiciste; encoge tu mano, pues la carne flaca no puede llevar tan grande multitud de dulzuras espirituales con que regalas y das infinitos contentos de alegría a mi alma ingrata y desconocida.

El cuerpo corrupto apesga al ánima, y la morada terrenal y baja abate al entendimiento que piensa y se ocupa en muchas y diversas cosas. ¡Oh, si viniese ya aquel día en el cual libre ya mi alma de las pihuelas de la carne y de la pesadumbre infinita de este triste, miserable y, sobre todo, desventurado mundo, sin olvidarme también de las horribles y espantosas tentaciones del malvado y capital enemigo de mi alma, por tu divina y única mano criada, pueda contigo gozar de tu vida y suave conversación, sin las molestias y pesadumbres que siento del peso de mi cuerpo!

¡Desdichado de mí! Y ¿quién me librará el cuerpo de esta muerte? ¿quién de sus furias? ¿quién de su mano tan pesada? Será esto cuando este cuerpo corruptible se vistiere de incorruptibilidad, y de inmortalidad este cuerpo mortal. Cuando con el alma inmortal gozare de inmortalidad en el cielo, mi corazón y mi carne regocijarse han en Dios vivo.

En tanto que vivo en este destierro y no viene aquel dichoso día en que mi alma te verá en el cielo y gozará de tu divina esencia, ¿qué quieres, Señor, que haga? ¿Quieres que te ame? Dame cómo te ame, porque aparejado está mi corazón; cantaré y alabarte he en mi gloria. Quisiera ser alguna muy grande cosa para poder darte una grandeza; pero tal como soy, justo es que me dé a tí, pues tú, siendo quien eres, tan liberalmente te diste a mí. Quisiera, Señor, tener cien vidas, cien almas, cien voluntades y otros tantos corazones que te pudiera dar, dándolo todo con amor libre y voluntario a tu divina majestad, pero eso poco que soy así, es tuyo, y de tal manera te he entregado todo cuanto hay en mí, que si me fuese lícito tomaría la muerte con mis manos cuando hallase en mí alguna cosa que no fuese tuya. ¡Oh, creador nuestro, que con tu poderosa mano sustentas, mantienes y gobiernas todas las cosas que criaste; no huyas, Señor, no huyas, déjate amar de tus criaturas para que sea tu nombre alabado, santificado y bendecido para siempre en la tierra, como lo es de tus santos y de tus ángeles venerado y glorificado en el cielo!





MEDITACIÓN XXXVI

Del beneficio dado a nuestro cuerpo.



HABÍAS, Señor, trazado en tu divino entendimiento de hacer al hombre compuesto de alma y cuerpo, que son dos sustancias diversas y muy apartadas la una de la otra, y por otra parte, hay tanta hermandad y amor entre ellas, que la una comunica sus bienes y males a la otra. Alégrase el alma en las cosas que causan alegría para su cuerpo y entristécese de las que le angustian.

Ordenó tu divina providencia para cada uno de los sentidos del cuerpo muchos regalos, porque se entretengan en aquel breve rato que han de morar en la tierra. ¿Quién dirá las muchas cosas que criaste para contento de los ojos? Deleitable criatura fué la luz, para que por ella fuese visto todo lo demás. Muchos y varios fueron los colores que halló tu sabiduría, para que en cada uno hallasen nuestros ojos más gusto y cada uno hallase lo que más contento le diese y a lo que fuese más aficionado. ¿Cuántas fueron las diferencias de favores que pusiste en las criaturas para

regalo del gusto? ¿Quién sabrá declarar la fragancia de buenos olores que diste a las flores y especies aromáticas para regalo del sentido del olor? ¿Pues qué diré de la música tan acordada que enseñaste a las avecillas para que diesen solaz y recreación a nuestros oídos, sin la que enseñaste a los hombres de voces e instrumentos de música, en la cual hay tanto regalo para el alma y para el cuerpo? Con ella lanzaba David el espíritu malo que atormentaba a Saúl, y el profeta Eliseo levantó el espíritu de la devoción para orar y saber tu voluntad.

Criaste animales de grandes fuerzas y mansos, para que nos sirvan y lleven cargas pesadas y no tenga trabajo el hombre y para que de ellos coma y se vista y calce, y muchas frutas de diversos sabores para su apetito y regalo. Pues para nuestras enfermedades, ¿de cuántas medicinas nos proveíste? Las mismas serpientes y víboras convertiste en medicinas y salud del hombre. Asentaste casa al hombre y pusístele mesa antes que lo criases, criando primero cielo y tierra y elementos y todas las otras cosas. Si me criaras antes que estas cosas, entonces viera la necesidad que de ellas tengo ¿Dónde asentara mis pies si no hubiera tierra? ¿Con qué aire respirara y viviera si no lo criaras? No hace otra cosa el verdugo al que ahorca que quitarle el aire con que vive, y quien con tiempo le corta la soga, le da la vida. ¡Oh, mi Dios, que a cada punto me cortas la soga, dándome aire con que viva y no agradezco esta merced!

Y viniendo a lo más particular de la creación de la persona humana, entre todos los cuerpos terrenales, el que tiene más hermosura, gracia y dignidad es el cuerpo humano Así la moderada altura, como el ser derecho hacia el cielo, para donde fué creado, declaran ser de mayor perfección. Siendo la fábrica universal de nuestro cuerpo como la fábrica universal del mundo, como tú, mi Dios, hermoseaste los cielos con el sol y la luna que pusiste en ellos, eso mismo hiciste con el hombre poniendo en lo más alto de su cuerpo los ojos con que mire lo que conviene o lo

que es dañoso para todo el cuerpo. Siendo tan pequeños caben en ellos los grandes cielos, los altos montes, los espaciosos valles y campos y los anchos mares y tierras como de continuo puedo mirar. ¿Qué diré de las manos? ¿Qué platero del más excelente metal, que es el oro, labrará una mano con tanta sutileza y primor que por sus coyunturas se cierre y abra, y que siempre trabajando no se gaste ni se acabe? Ningún metal fuera tan conveniente ni provechoso. Si las manos del labrador fueran de oro, pudiera ser que se acabaran en un año, y éstas en cien años ni se gastan ni se acaban, siendo de un poco de cieno formadas. ¡Oh, cuán engrandecidas son tus obras, Señor; todas las cosas hiciste sabiamente!

¿Pues qué diré de los otros sentidos? En la cabeza están todos ellos con maravillosa composición dispuestos y de ella baja el regimiento y mantenimiento a todo el cuerpo y a todos los miembros que son como siervos suyos. A unos manda que lleven cargas, a otros que reciban el mantenimiento, a otros que defiendan y se ofrezcan al peligro por la guarda de su cabeza, y todos la obedecen. Pues ¿quién considerará la celestial sabiduría con que formaste las orejas y con cuánta hermosura y provecho las pusiste delante de los oídos, para que en sus senos sean recibidos los sones y en ellos se templen, porque no entren violentos al órgano de este noble sentido y lo destemplen? Pusiste las orejas como antepuertas contra el frío y el calor, para defender que ninguna cosa entre a dañar al oído, y porque entre la música con más dulzura por tantos rodeos.

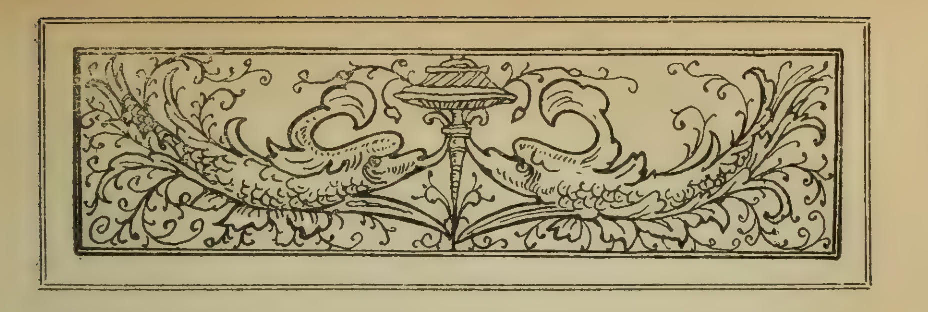
Si vengo a la consideración de la boca, dientes, lengua, narices, garganta y los otros miembros, faltará el tiempo para contemplar sus perfecciones, oficios y dignidad, que nos enseñan muy bien tu alta sabiduría y lo mucho que te esmeraste en hacer mercedes al hombre en el principio de su creación. No quiero tratar ahora de la excelencia de nuestra alma, de la cual diré después; pero agótase mi entendimiento en la consideración de la composición y artifi-

cio de este cuerpo humano, y más me maravillo de la honra y merced que le hiciste después de haberle con tanta perfección criado. En tanto estimaste este nuestro cuerpo, que por honrar esta fábrica que tus manos hicieron quisiste en el Viejo Testamento vestirte de ropas de cuerpo humano, apareciendo en figura de hombre mucho antes que encarnases. Honra es del hábito de una religión, cuando en la muerte lo viste un rey, para ser enterrado en él; y mucho más si en vida lo trajere. ¡Oh, mi Dios, y cuánto quisiste honrar nuestros cuerpos, pues tantas veces en vida apareciste vestido de su hábito y ropa! No sólo pretendías aparecer en aquella forma que fuese conveniente y proporcionada con aquellos hombres con quienes habías de tratar, mas aun deleitándote y probando la ropa que después habías de vestir de verdadera carne, para nunca más desnudarla, hablabas con los padres antiguos, apareciéndoles en forma humana, porque tus deleites son estar con los hijos de los hombres y parecerte a ellos. Y por amor de esto dice tu santo Apóstol que nunca recibiste la naturaleza angélica, sino la humana. ¿Qué quiere decir nunca? Una vez te hiciste verdadero hombre en las entrañas virginales, y como apareciste algunas veces en figura humana y ninguna vez apareciste en figura de ángel, por eso dijo el Apóstol: «Ninguna vez se vistió Dios de la naturaleza angélica.» Pues tanta honra diste, mi Dios y Señor, a este cuerpo humano, ¿qué sacaré yo de aquí sino aprender, como dice tu Apóstol, a poseer el vaso de mi cuerpo en honra y santificación? Aunque no hubiese otra razón para poseer este cuerpo en honra y honestidad, aborreciendo los deleites y apetitos sensuales con que los malos lo afrentan, debería bastar sólo esto para amar la castidad. ¿No sabéis (dice tu santo Apóstol) que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo? Al que violare este templo, destruirlo ha el Señor. Debería bastarme a mí para tener en mucho el templo de mi cuerpo, saber que tú, Señor, ayuntaste nuestra humanidad contigo en un supuesto.

De esta honra y merced que nos hiciste no debe nacer soberbia, sino temor de no violar este cuerpo con deshonestidades, pues fué consagrado en templo y morada para el Espíritu Santo, en quien tu divina majestad agradablemente mora. Mucho te esmeraste en la creación del cuerpo humano y no se puede declarar la armonía y concierto que hay dentro de él para su conservación, sustentación y mantenimiento.

¿Quién dirá la autoridad que en este cuerpo pusiste, para que tiemblen de él y le reverencien los animales más fuertes? Conozco, Dios mío, en esto la gran obligación que tengo de amarte, y cómo me llamas a tu santo amor por aquel camino que entiendes que yo iría. Así como los imperfectos estiman en mucho los bienes del cuerpo, y aun a las veces más que los del alma, así tú, mi Dios, con grande liberalidad diste a sus cuerpos tantas perfecciones para que siquiera esto sea a ellos materia en que prenda el fuego de tu santo amor.





MEDITACIÓN XXXVII

De los bienes de naturaleza dados a nuestra alma.



RIASTE, Señor, mi alma, no mandando con majestad real, así como cuando hiciste las otras criaturas, mas para mostrar la dignidad y preeminencia del hombre no tratas su creación con voz de mandamientos, sino con palabras de acuerdo y consejo, diciendo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y sea señor de los peces del mar, aves del aire y bestias de la tierra». Pusiste en su mano todas las criaturas de la tierra. Como el pintor que tomando a su cargo algún grande retablo, reparte entre sus oficiales y criados muchas tablas de él, pero la imagen del medio y más principal la hace él por su propia mano como cosa que ha de estar a la mira de todos, así tú, creador nuestro, en la pintura de esta máquina universal de criaturas y compostura del mundo, mandaste a la tierra que produjese yerbas, aves y animales, y a las aguas peces, y salieron estas criaturas de la potencia de la materia de estos elementos. Mas al hombre, que era el señor de todo lo criado, criástelo por tu propia mano, po-

niendo el resto de todas las otras criaturas bajo su mando y señorío.

Por alta manera pregona toda criatura tu señorío, confesándote por criador universal y estando sujeta a tu voluntad; y por la misma, en su grado, confiesan todas ellas que tiene el hombre esta dignidad por ser hecho a tu imagen, pues claramente vemos que ninguna tiene este género de obediencia y servidumbre a otra, por más ventajas que se lleven entre sí, y todas obedecen al hombre.

A todas las criaturas de la tierra diste una pequeña participación de tu ser y virtud y en cada una de ellas reluce un vestigio y huella tuya, y así en su manera cada una recibió don y grande merced; mas mejoraste al hombre dándole que verdaderamente tenga tu imagen, no en algún accidente que le pueda corromper y acabar, de manera que la pierda, mas en la sustancia incorruptible de su alma.

Dístele las riquezas de tu imagen, adornástela de tu divino resplandor, sellando la luz de tu rostro sobre ella y dándole joyeles y virtudes de gracia para que tal imagen no sea criada sin tal hermosura. Dístele tan ancho ser y capacidad, que tu divinidad y majestad por principal y lapso more en ella de manera que sea magnificada sobre todas las criaturas de la tierra. Por ser el hombre imagen tuya es capaz de tí y de tu bienaventuranza, y por ser capaz de tí, ninguna cosa basta para henchir su capacidad y deseo, pues toda criatura es nada en tu comparación. Por amor de esto, como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi alma a tí, mi Dios. Bien mostró esto la hambre del hijo pródigo, pues ningunos manjares estando fuera de la casa de su padre pudieron hartar su voluntad ni satisfacer a su apetito. ¿Qué puede hacer mi alma, teniendo tanta capacidad, sino andar como otra Agar, vagando por el desierto de este mundo y soledad de la tierra, fuera de la casa de Abraham y morir de sed, apartada de tí, mi Dios, que eres fuente de aguas vivas, único bien mío y refugio perdurable? Para grandes cosas guardabas al hombre cuando lo criabas

con tanta perfección. Aunque no sea mi alma de tu naturaleza, que eres Dios, mas en ella consideraré yo tu imagen, porque así como eres uno en esencia, lo es mi alma, teniendo todos las potencias, que son vegetativa, sensitiva y racional, para que de esta manera participe de todo lo que tiene vida, así plantas como brutos y ángeles.

Tan semejante la hiciste a ti, que como tú eres inmortal, invisible, espiritual y perpetuo, así lo sea también mi alma. Por contemplar la tan excelente criatura hubo muchos que dijeron ser un grande milagro, y otros que era suma del mundo, donde habías compendiado y recogido todo lo que en esta hechura tan grande y tan hermosa vemos.

Ningún hombre cuerdo labrará ricas casas, salas doradas, cuadras pintadas con columnas de jaspe para aposentar en ellas murciélagos o palomas. La compostura y hermosura de la casa ha de ser según la calidad y autoridad de la persona que en ella ha de vivir. Criaste, Señor, todo este universo; lo adornaste con diversidad de flores y pinturas, pusiste resplandecientes estrellas en el firmamento y hermoseaste los cielos con muy claros planetas, y finalmente, que toda esta máquina universal, con la redondez de la tierra y cielos, criaste para morada y habitación del hombre. En la casa que le edificaste conozco su nobleza; por amor de lo cual dijo David que era poco menos que los ángeles y que lo habías puesto por cabeza de todo lo criado. Y si el cuerpo es tal como hemos visto, ¿cómo será el alma moradora de tal cuerpo? ¿Qué podré yo decir aquí, ¡oh, Criador mío!, sino cantar con el Salmista, que dice: «Venid y oid y cantaré a todos los que teméis a Dios?» ¿Cuántas cosas ha hecho Dios por mi alma? Si un rey muy cuerdo y sabio diese un millón de hallazgo por una perla que perdió, ¿qué tanto podíamos entender que valía aquella perla?

Mira, pues, ánima mía; conoce lo que vales; pues habiendo sido perdida por el pecado, en tanto te estimó Dios que dió a su hijo unigénito para que te buscase en este mundo

con muchos trabajos, y que por hallarte dió, no un millón, ni cielo y tierra, porque todo era poco, sino a sí mismo, que es todo lo que puede ser y todo lo que Dios con toda su omnipotencia podía dar. Mira, pues, el precio que por ti se dió y lo que eres y vales.

No fuísteis redimidos con oro o plata, que son cosas corruptibles, dice el Apóstol San Pedro, sino con la preciosa sangre del cordero sin mancilla, Jesucristo. Sola esta consideración debería bastar, Señor mío, para estimarme en mucho, mirando mi ser y valor. Y pues diste tu sangre por mí, que es precio infinito, no conviene que yo me dé por lo que vale menos que yo. Muy lejos estoy, Señor, de vender mi alma por ninguna cosa de la tierra, después que conozco haber sido comprado con tan inestimable precio. A esto nos amonesta tu santo Apóstol diciendo: «Sois comprados con grande precio; glorificad y traed a Dios en vuestro cuerpo. Teneos en mucho y no traigais a otro que sea menos que vos en vuestro cuerpo». Y el mismo Apóstol, en otro lugar, dice: «Con precio habéis sido comprados; no querais haceros siervos de hombres». No es justo, Señor, que sea yo siervo de ningún hombre, sino sólo de tí, que eres hombre y Dios y me compraste con tu sangre. A tí sólo entregaré yo mi alma, por quien tú diste tu propia vida.

Cosa sería muy indecente y ajena de razón, echar carbones en una bolsa de seda y oro hecha para guardar perlas, y poner cieno en vasos destinados para preciosos licores, y dar de comer a los puercos en la plata en que ha de comer el rey. ¡Oh, cuánto peor parecerá en el alma criada para riqueza del cielo echar el estiércol del mundo y en vaso de gracia echar culpa y dar de comer a los puercos y sucios apetitos sensuales en las potencias que has de comer tú, mi Dios y rey de gloria!

Sabida cosa es que la semejanza es causa de amor y que cuantas cosas hay en el mundo aman a sus semejantes. Quieres poner en mí más amor y afición, y por eso me criaste a tu semejanza. De mayores cosas tratas que las

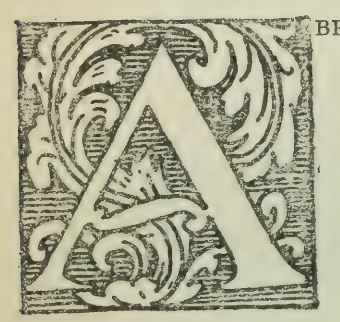
presentes, pues tantas mercedes nos haces y en las unas y en las otras muestras tu liberalidad y dulcísimo amor, pues tan de balde nos engrandeces. Principio de tus mercedes fué éste, de lo cual se entiende cuál será el medio y el fin, pues las más han de ser pregón de mayor amor. Diste con esto a nuestra alma tanta libertad para el bien y para el mal, que ya que te ofendiese quebrantando tus mandamientos pudiese convertirse a tí por penitencia y arrepentimiento y volver a la primera dignidad y lugar. Dura esta merced todo el tiempo de esta vida, lo cual no se concedió a los ángeles, pues luego, en pecando y confirmándose en su voluntad, quedaron para siempre sin algún remedio perdidos, obstinados y condenados.





MEDITACIÓN XXXVIII

De los bienes de gracia dados a nuestra alma.



BRE, pues, tus ojos, alma mía; apareja tu corazón para que entren en él las riquezas del gran amor que Dios te tuvo dándote el excelente bien de su gracia. Ya te procura más alto ser y más engrandecida dignidad, ya te da de las riquezas de su gloria, ya te da parentesco con su real y divino linaje, ya te hace de su cámara y te atavía con vestidura digna de su preferencia y te da un principio meritorio de vida divina en la eternidad.

Sin esta gracia, todos los bienes de naturaleza que te dió el Señor cuando te crió no eran sino para hacerte noble en la vida presente; mas no para dar aquella felicidad eterna y bienaventurada para la cual fué el hombre creado. Es tan grande bien el de la gloria, que no bastan todos estos bienes naturales para alcanzarla si no añade Dios su gracia. La gracia de Dios es vida eterna. En el primero, padre de nuestro linaje, nos diste, Señor, excelentes dones y favores, porque en él recibimos la justicia original y gracia y lum-

bre de entendimiento que se le dió como en mayorazgo para sí y para todos sus descendientes.

Mas ofendiendo él, todos fuimos hechos hijos de ira, desterrados del reino de los cielos, procurándolo por envidia nuestro enemigo antiguo. ¿Qué hiciste entonces, gran amador nuestro? ¿Por ventura desechaste y desamparaste la criatura que con tanta dignidad formaron tus manos, y ella se puso de su voluntad en tanta miseria? No agotó su maldad a tu bondad infinita; si antes le habías aparejado gracias y dones, ahora se los prometes mayores. Ahora le aparejas a tu hijo para que, hecho hombre, muera y enriquezca y salve a nosotros, los pecadores. ¡Oh, ciertamente, infinita caridad la tuya, mi Dios! ¡Oh, buen Señor y verdadero amador nuestro, que no despreciaste al que en tan poco te tuvo; antes le miraste con ojos de mayor clemencia y le diste mayores bienes y más perfecta salud, conforme a lo que dice el Apóstol: «Que no eran iguales el delito de Adán y el don de la redención, porque donde abundó el delito sobreabundó la gracia.»

Venció el don al delito, y más poderoso fuiste tú, Señor, para sanar, que aquel antiguo pecado y todos los nuestros para herirnos. De aquí fácilmente entendemos cuánto nos amaste, pues nos diste tu gracia por tal medio, tan a costa tuya y tan en honra nuestra.

Quedó el hombre tan herido en los bienes naturales y tan despojado de los graciosos. que sin tu gracia y auxilio ningún bien podemos hacer ni aun pensarle, según aquello que tu santo Apóstol escribió a los Corintios: «No somos suficientes para pensar alguna cosa que convenga a nuestra salud eterna sin que seamos despertados de Dios; mas nuestra suficiencia nos viene de sus dones y gracia.» Quedé tan enfermo, tan ciego y tan dejado a mi flaqueza, que no tengo valor ni virtud para tratar de mi salvación si no fuere llamado y despertado de ti, mi Dios, y mucho menos podré ejercitarme en tu servicio y hacer obras meritorias de vida eterna si tú no me tocas con tu mano y me das tu gracia

para negociar mi salud. Quedó tan herida la voluntad que no puede sin tu gracia amarte sobre todas las cosas ni ordenar ni encaminar a ti todas sus obras.

Natural es a toda criatura, no sólo a las racionales, sino a las bestias y aún a las otras que no usan de sentido, amarte a ti, mi Dios, sobre todas las cosas, cada una dentro de los términos de su conocimiento y apetito. Mas el miserable hombre, dejado a su propia enfermedad, inclina su voluntad a su propio amor, desordenamente, por la corrupción de la naturaleza, y no puede amar a Dios sobre todas las cosas si no fuere sano, con el auxilio de la gracia, para que entre dentro de aquella tu divina ordenación con que conviertes todas las cosas a tu amor. Con esta gracia ordena el hombre su amor a tu amor y toma y escoge a ti por último fin y paradero de su amor y de todas las cosas que bien quiere. De aquí entiendo cuán imposible nos es sin esta tu divina gracia, que sane y se esfuerce esta nuestra naturaleza, mortalmente herida, a guardar tus Mandamientos. No menos despojado de la gracia y justicia original y herido quedó nuestro entendimiento con ceguedad, y la voluntad con su propia pasión; de lo que fué maltratado, robado y acuchillado aquel que descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de dos ladrones. Descendimos de la visión de paz y sosegada y pacífica vida de gracia que teníamos, robados y destruídos por el pecado. Mas tú, Señor, verdadero prójimo nuestro y grande amigo, como hizo el Samaritano, viniste del cielo a la tierra a curar nuestras llagas y vendar nuestras heridas, lavándolas con tu propia sangre. Nos diste la gracia perdida y con ella muchos y muy ricos dones del Espíritu Santo y saludables Sacramentos y favores para alcanzar el cielo que por nuestra culpa perdimos. Dístenos el bien de la gracia, que nos muestra como hacha encendida lo que debemos hacer; mas como don que eficazmente nos da esas mismas buenas obras, con la ayuda de esa libre voluntad. Esta gracia, no sólo alumbra a los ciegos para que vean lo que han de hacer; más aún, les da eficacia

y fuerzas para que hagan aquellas obras con caridad y amor, que ya han conocido que deben hacer. No hay lengua, Señor, que decir pueda la dignidad y excelencia del hombre, adornando tú su alma con tu divina gracia, pues por ella es llamado hijo de Dios por adopción y heredero juntamente contigo del reino del cielo. Si el alma se viese en la hermosura de la gracia que tú le diste, nunca amaría a otra criatura más que a sí misma. Bendice, pues, alma mía, al Señor, Dios mío, que tan notablemente me ha engrandecido.

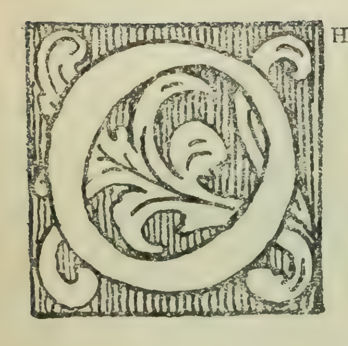
No quisiste, Señor, que viésemos en esta vida nuestras almas, porque si cuando estamos en gracia y tenemos tu santo amor, viésemos su hermosura y lindeza, pudiera ser que de tal manera nos amásemos, por vernos tan perfectos y hermosos, que nos aconteciera lo que a los ángeles en el cielo, que, enamorados de su hermosura, se ensoberbecieron y, cayendo de aquel alto estado, perdieron la hermosura de la gracia que tenían y el alto lugar donde fueron criados, sin esperanza de recobrarle. Y si, por el contrario, viésemos el alma fuera de tu gracia y privada de ella, tan fea y, como dice un Profeta, más negra que los carbones, tomaríamos ocasión para desesperar y desconfiar de su remedio.





MEDITACIÓN XXXIX

Del bien de esta gracia divina y amor.



OH, cuánto bien nos has hecho, Señor, y cuán grande es el amor que nos tienes, pues con tanta liberalidad y abundancia nos diste lo que tanto habíamos menester! Dísteme con tu gracia muy cierta prenda de tu bienaventuranza y perdurable gloria, por ser el medio con que se alcanzan aquellas celestiales moradas, hicísteme ciudadano del cielo, compañero de los ángeles y participante de tus divinos tesoros Hiciste a mi alma más hermosa que el cielo y la tierra y que todo lo creado; señora del mundo, servida de los ángeles y terrible y espantosa a los demonios. ¡Oh, bondad infinita de mi Dios y largueza soberana, ¿qué puedo yo hacer en servicio tuyo por tan grandes e innumerables beneficios? ¡Oh, dulzura de mi vida!; ¿quién soy yo, vil gusanillo de la tierra, para que siendo tú quien eres, Dios de tan alta majestad, hagas tanto caso de mí? ¿Qué cosa es el hombre, hijo de Adán pecador, vaso de corrupción y arca donde se encierra toda iniquidad y flaqueza, que tanto le engrandeces y tan cerca le pones

de tu corazón? Dándole tu gracia le das tu amistad y amor; de siervo del demonio es hecho hijo tuyo, y de morador de la infernal Babilonia, por tu gracia es ciudadano de la Jerusalén celestial. ¡Oh, rey de la gloria, perdona mi atrevimiento, pues oso hablar contigo y parecer delante de tu divina presencia! Conozco mi indignidad y que no merezco alzar mis ojos delante de tí, viéndome tan desnudo de virtudes y cargado de vicios. Quisiera esconderme de tu cara; pero, ¿dónde iré que no te halle? ¿Dónde huiré de tu espíritu y dónde huiré de tu rostro? Si subiere al cielo, allí estás tú; si bajare al infierno, te hallo presente.

Si es confusión y vergüenza mía parecer tan desnudo de bienes ante tu divino acatamiento, ¿quién podrá vestirme y remediarme haciéndome digno de tu presencia, sino tú, Señor, que vistes cielo y tierra de admirable hermosura? ¿Quién puede hacer limpio al que es concebido y formado de materia inmunda? Tú solo eres el que puedes hacer esto. Por afrenta tengo parecer delante de ti siendo quien soy, pero ya que no me puedo esconder de ti y tú solo puedes remediar mi necesidad y pobreza, vísteme, Señor, de tu gracia porque pueda llegar a ti. Afligido está mi corazón y mi alma cercada de angustias, viéndose de dos contrarios combatida, pues por una parte conozco no ser merecedor de parecer mi inmundicia delante de tus limpios ojos, y por otra veo que aunque quiera huir de ti no puedo. ¿Qué medio se puede dar en semejante contrariedad, sino suplicarte, ya que no puedo huir de tí, que me hagas digno de tu presencia, pues sin ella ni quiero ni puedo vivir? Tú, clementísimo y benignísimo Señor, que encogiendo en ti tu justicia y extendiendo sobre nosotros tu misericordia, viniste del cielo a la tierra a vestir de gracia la desnudez de nuestras almas y por dárnosla te pusiste en la Cruz: envíala ahora del supremo trono de tu gloria, no mirando mi poco merecimiento, pues si es por méritos la gracia, no es gracia. Cuanto más indigno soy yo, más glorificado serás tú. Con ella podré cumplidamente guardar tus mandamientos y

amarte sobre todas las cosas, pues sin tu gracia nada de esto podré hacer cumplida y perfectamente. ¿Y qué sería de mí sin tu amor y sin la guarda de tu ley? ¿Qué criatura sería más vil que el hombre sin tu amor y sin la obediencia de tus mandamientos? Todas las más de las criaturas te aman y sirven y no salen un punto de tu mandamiento, y aun si les mandas cosas contrarias a su condición natural en un punto con dulcedumbre te obedecen.

Mandaste a las aguas del Mar Bermejo que diesen lugar para que pasase tu pueblo de Israel, y al río Jordán que se retirase, y al sol que parase y estuviese quedo; al fuego que no quemase a los niños en el horno de Babilonia; a la ballena que recibiese en su vientre al profeta Jonás, y a los hambrientos leones que no tocasen a Daniel, y luego te obedecieron. Sólo el hombre de su voluntad es hecho tan miserable que cae de aquella dignidad que posee toda criatura, perdiendo tu santo amor, pues ni te obedece ni puede cumplir tus mandamientos como conviene, perdida tu gracia. Bendito seas tú, Señor, para siempre, pues tornaste a encender el fuego de tu amor en nuestras almas y sanas nuestras voluntades para que podamos amarte y servirte, porque dejando aparte que en esto nos va la vida eterna para el alma y para el cuerpo, y dejando aparte que en esto nos va también la honra de no ser animales insipientes, estaban de por medio tu honra y tu gloria que el hombre tanto había afrentado. Esto debe ser, alma mía, delante de tus ojos, de muy grande precio, y cuando llegares a este grado de sentimiento darás gracias a Dios, más porque te dió gracia y medio con que pudieses magnificar y honrar su nombre, que porque te libró de la muerte y dió su reino. Estímalo en mucho, pues puedes con la gracia de tu Dios glorificarle sobre la tierra y aun en aquellas obras y servicios que enteramente contradicen a nuestro apetito y gusto natural y aún a la propia vida. Podré yo con la gracia y con sus fuerzas ayunar, perdonar injurias, velar en oración, peregrinar, guardar perpetua castidad y aun morir,

ofreciéndome al martirio como muchos santos mártires lo hicieron. Cualquiera de estas obras (y las más principales no las hubiera en aquel estado) hechas con igual gracia y esfuerzo son de más honra para tí, mi Dios, y de más honra para el hombre. Más pone el hombre de su casa y a más costa de la mortificación del cuerpo y de sus apetitos y deseos sirve de lo que entonces sirviera.

Conoce, pues, alma mía, el gran bien de gracia que Dios te dió, pues sin él no te podrías salvar y que te fué dado de balde y no por tus merecimientos, y entiende cuánto te obliga Dios a su amor, pues te hizo tanto bien. Gran bien es este que Dios te hizo. porque dándote Dios su gracia mora su majestad divina en nosotros y tanto tiempo cuanto la lámpara de la fe arda con el fuego de la caridad y divino amor. Ceba, pues, ahora esta lámpara de aceite con continua meditación del amor que te tiene tu esposo Jesucristo y arderá y morará en tí misma por gracia hasta que te dé el gran bien de la gloria que te tiene prometido.





MEDITACIÓN XL

De los males que Dios nos libró.



ABIENDO en alguna manera en las meditaciones pasadas, comenzado a decir lo que nunca se podrá acabar de decir ni agradecer acerca de las mercedes hechas y beneficios dados por tus magnificentísimas manos a nosotros pecadores, por los cuales somos obligados a amarte sobre todas las cosas, justo será que ahora se trate del segundo y tercer género de dones, que son de los males de que nos libraste preservándonos de ellos, y de los grandes bienes a nosotros prometidos. De éstos dijo David en aquellos versos del Salmo donde sumó los tres géneros de beneficencia que eran *bienes dados*, *males de que nos libraste* y *bienes prometidos*, cuando dijo: «Conviértete, alma mía, a tu reposo, porque el Señor te hizo bien. Libró mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas y mis pies de caídas.» Tocado algo de los bienes a nosotros dados, resta ahora, alma mía, que te conviertas a tu Dios y Señor, y como otra ave Fénix, ardas en llamas de fuego de amor, debido a tan noble bienhechor, pues te libró de la muerte

eterna del infierno y de sus perpetuos llantos y perdurables tormentos. ¡Oh, esposo de mi alma y Dios de mi corazón! ¿Qué merecí yo, ante tu divino acatamiento, antes que fuese para que con tanto cuidado me quisieses prevenir anticipándote con las mercedes sin cuento que me hiciste, guardándome de tantos males? Todo se ha de atribuir a tu gracia y bondad infinita con que me amaste, aun antes que tuviese ser, solamente por quien tú eres sin haber méritos de mi parte.

Ya que no me hiciste criatura insensible como árbol o piedra, ni animal irracional, sino hombre criado a tu imagen y semejanza y capaz de tu gloria, en tu mano estaba ser yo concebido de padres infieles, moros, herejes, gentiles o judíos, y nacido de tinieblas vivir y acabar la vida en la ceguedad de sus errores y arder después en fuegos eternos apartado de tu vista, como vemos gentes sin número que fuera del gremio de tu santa gloria se pierden y condenan atormentados para siempre en cárceles infernales. ¡Oh, mi Dios y Señor! ¿con qué te pagaré tan gran merced; pues me alumbraste con la lumbre de tu fe, naciendo primero de padres católicos y cristianos? Quisiera el antiguo enemigo de la naturaleza humana ahogarme en el vientre de mi madre en siendo concebido, pero tú, mi Dios, que tan diligentísimo eres en hacerme merced con aquel increíble y solícito cuidado que tienes de mí, en el punto que criaste mi alma le diste un ángel del cielo que la guardase en el vientre de mi madre y la defendiese de mi enemigo. Grande merced es ésta, pues destinaste para que me sirvan y guarden a unos espíritus bienaventurados, sustancias incorpóreas, inmateriales e incorruptibles que ven siempre la cara de tu padre en el cielo. Por lo cual, el Salmista dijo: «A sus ángeles mandó que te guarden en todos los caminos.» ¿Cuántos ha habido que permiéndolo tu Divina Majestad después de ser concebidos murieron antes que naciesen sin ser lavados de la culpa original con el agua del santo Bautismo, y están ahora y estarán para siempre jamás

privados de ver tu cara en el cielo? Esto mismo pudiera acaecerme a mí, si tú, mi Dios, con tu amorosa mano, no me guardaras y defendieras de la muerte. Sacásteme a luz, hicísteme cristiano, infundiste en mi alma tu santa fe, segura y cierta esperanza y perfecta caridad, hiciste a mi alma semejante a tus santos ángeles, inocente, santa, sin mancilla de pecado, vestida de gracia y adornada de virtudes y dones en el bautismo.

¿Qué hice yo en conociéndote y en alumbrándome con el uso de razón? ¡Ay de mí, que primero supe ofenderte que servirte! ¿Qué ha sido todo el discurso de mi vida pasada, sino un continuo ejercicio de pecados? ¿En qué nos hemos ocupado tú y yo en los años atrás tan mal gastados, sino yo en ofenderte y tú en perdonarme? Tú nunca te cansaste en hacerme merced, y yo nunca me cansaba en ofender a quien con tanta razón había de servir. ¿Hasta cuándo ha de durar esto? ¿Hasta cuándo diré: «mañana, mañana, espérame, espérame»?

¿Desprecias, alma mía, las riquezas de la bondad de tu Dios, de su longanimidad y paciencia? ¿No ves que la benignidad de Dios te trae a penitencia? Pero tú, según tu dureza y corazón impenitente, haces tesoros de ira de Dios. Todas las cosas me cansan, Señor, y cánsome de andar y de estar quedo, y de sentarme y de estar en pie, y cánsame la cama y la música y el comer y el beber, y todo me cansa, y el pecar nunca me cansa.

Yo siempre hallé en ti padre piadoso, amigo verdadero, liberal señor, bienhechor magnificentísimo, juez misericordioso y perdonador de mis culpas sin límites ni tasa. Siempre fuiste para mí alegría en mi tristeza, remedio de mis males, salud de mis enfermedades, consolación en mis descontentos, sufrido en esperarme, benigno en recibirme y misericordioso en perdonarme. Yo siempre fuí para ti ingrato a tus beneficios, rebelde a tus mandamientos, desconocido a las mercedes que me hiciste, sin memoria de lo que te debo, y he vivido como si no te conociera ni estu-

vieras presente en todas mis obras. ¿Qué bondad no acabara mi malicia y quién no se cansara de dar y encogiera la mano habiendo de mi parte tanto desconocimiento? Cuando más digno era del infierno, mayores mercedes me hacías y más grandes misericordias llovían sobre mi alma. Entremos, pues, ahora en cuenta, Dios mío, si cuando yo andaba apartado de tu gracia (y plegue a tu misericordia no sea también ahora), si entonces muriera según mis pecados lo merecían, ¿dónde estuviera yo ahora? Apartado de ti y de tus santos ángeles, desterrado de la gloria, desheredado del cielo, compañero de los demonios, enemigos tuyos, atormentado con tan duros tormentos que el menor de los innumerables que padecen los dañados es el mayor que en esta vida se puede imaginar. Y estos intolerables tormentos son de menor dolor y pena de lo que fuera verme para siempre apartado de tu vista sin esperanza de poderte gozar. ¡Oh, pena acerbísima y terrible! ¿Qué fuera de mí entonces viéndome apartado de tu vista, pues mi alma encarcelada en este cuerpo, como desea el ciervo las fuentes de las aguas desea ir a ti y verse contigo y está anhelando y suspirando por gozar de tu divina esencia? ¿Qué hiciera viéndose privada de las esperanzas que ahora tiene de verse contigo en el cielo?

Sufro con paciencia los trabajos y molestias de esta miserable vida, por la esperanza que tengo que algún día vendrá en que suelta mi alma de la pesadumbre de la carne, descansará con su esposo Jesucristo en la gloria. ¿Pues qué vida tuviera yo viéndome privado de tal esperanza? No es vida, sino continua y perpetua muerte, la de aquellos malaventurados que están en el infierno; pues de ellos dice la Escritura que los apacienta la muerte. Tú, Señor, por tu infinita bondad y grande misericordia, me libraste de aquellos horribles y espantosos tormentos deteniendo a la muerte para que no me llevase, alargándome la vida para que me convirtiese, inspirándome y dando recios golpes a mi corazón para que te llamase, alumbrándome para que te cono-

ciese y dándome salud para hacer penitencia. Cuanto más huía de ti más me seguías; buscábasme cuando pecando me apartaba de tí, y siendo tú el ofendido, mostrándome tus llagas y el costado abierto, me rogabas con el perdón.

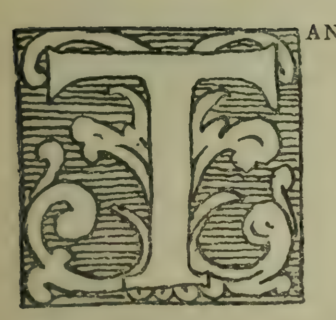
Y no sólo me sacaste de tantos males pasados, pero aun también me preservaste y guardaste de otros muchos pecados que cometiera si tú, Señor, con tu gran misericordia, no me tuvieras con tu mano piadosa para que no cayera en ellos. Por lo cual, alma mía, alaba a tu Dios para siempre, bendícele y ámale sobre todas las cosas, pues te hizo mucho bien y te libró de la muerte eterna y tus ojos de las lágrimas y lloros infernales y tus pies de caída, teniéndote con su mano para que no cayeses en otros muchos males y pecados que hicieras, si no te sustentara su misericordia para que no los cometieses.





MEDITACIÓN XLI

De los bienes a nosotros prometidos.



AN cercado me veo de obligaciones y tan obligado a servirte, Dios mío, por las infinitas mercedes que he recibido y recibo cada hora de tu largueza, que se embota mi juicio y queda atada mi lengua y suspensas y pasmadas todas las potencias de mi alma. No sólo muestras tu infinita bondad y magnificencia en querer que te amemos y tener por bueno, siendo quien eres, ser amado de nosotros, viles criaturas; pero lo que causa grande y estupenda admiración y hace estremecer a los que tienen uso de razón, es ver que por tan ligero y suave precepto como es el mandamiento del amor prometes premio de gloria y vida eterna. Esto es lo que tu santo Apóstol dice: «Ni el ojo vió, ni la oreja oyó, ni jamás subió en el corazón del hombre lo que Dios ha prometido a los que le aman.»

¡Oh, largueza inefable de mi Dios, pues a los que te aman son prometidas tan grandes cosas! ¿Y qué razón de premio hay en el amor? ¿Qué trabajos, qué molestias,

qué dificultades, qué sinsabores y qué penas hay en el amor? El mismo amor se es harto galardón para sí. El amor es más amable que todo cuanto se puede amar; es más deseable que todo lo que es posible desearse, y con todo esto le añades galardón y premio. Cosa maravillosa es, Señor, que des amor por amor, gracia por gracia, paraíso por paraíso y don sobre don. Cuando premias nuestros merecimientos, ¿qué otra cosa premias sino tus dones y mercedes, pues nuestro merecimiento no es otra cosa sino tu don? ¿Quién no se maravillará de tan inmensa bondad y magnificencia? ¿Quién nunca vió poner a un hambriento delante preciosos y sabrosos manjares que coma y darle premio porque coma y dar de beber al sediento y hacerle mercedes porque beba? Así lo haces con nosotros, magnificentísimo Señor, cuando a los que desean tu amor se lo das de gracia y aun por él les prometes para más adelante tu gloria. ¿Qué magnificencia es ésta, Señor, que finges trabajo en el mandamiento jocundísimo del amor, no habiendo en él sino suavidad y dulzura, porque así tengas ocasión de premiarnos, y lo que no es trabajo premias como si fuese trabajo, según es grande, Señor, la voluntad que tienes de hacernos bien? De ti dice David que finges trabajo en el precepto, porque en el mandamiento del amor, que es dulce y hace todos los trabajos dulces, finges que hay trabajo por tener ocasión de premiarnos.

El amor es premio de sí mismo, y dandonos gloria porque te amemos das don sobre don, merced sobre merced y gloria sobre gloria. Pues ¿cómo tan bueno y liberal Señor negará a sus siervos su justo jornal, si a los que no trabajan porque aman, así como si trabajasen promete galardones?

Tal es, Señor, tu amor y tan grande y tan bueno, que por alcanzarle cualesquiera tormentos, por muchos y grandes que fuesen, se han de sufrir, y tú, no solamente nos le das de gracia, mas aún le premias con paraíso y gloria. Por lo cual, en el Deuteronomio, después que diste la ley al pueblo de Israel, mandaste que te amase; en poniéndoles

el precepto del amor, mandaste que te amasen. En poniéndoles el precepto del amor, hablaste luego del premio celestial y dijiste: «Mira que el cielo, y el cielo del cielo es del Señor, Dios tuyo.» En aquella parábola del que envió los jornaleros a su viña nos muestras al igualarte y hacer concierto con ellos tu infinita misericordia y bondad, pues das el dinero de la bienaventuranza eterna por tan pequeño trabajo como la guarda de tus mandamientos, siendo nosotros obligados, así como así, a guardarlos sin premio alguno. Cuando uno tiene un esclavo y lo envía a su viña, no se concierta de darle nada, antes le hace ir aunque no quiera, porque el que compra el esclavo compra con él todas sus obras.

Pues nosotros, ¿no somos, Dios mío, esclavos tuyos y comprados con tu sangre? Con gran precio dice San Pablo que fuimos comprados, y San Pedro declaró el precio cuando dijo que fuimos comprados con el precio de tu inocentísima sangre. Pues luego, si nos tienes comprados por tan inestimable precio, sin darnos premio nos podrás mandar y aun compeler a amarte y a la guarda de tus mandamientos.

Por sólo el beneficio de la encarnación y redención, sin esperar galardón, nos podías obligar a andar desnudos y a comer siempre hierbas y a todo cuanto pudiéramos hacer, y nosotros estábamos obligados a cumplirlo. Pero es tanta tu bondad que, con poder hacerlo así y justamente, no quieres sino concertarte con nosotros e igualarte, prometiéndonos vida eterna en galardón. Concertaste con nosotros y obligástete a darnos tu gloria, y de tal manera te quisiste obligar, que amándote nosotros y guardando tus mandamientos no puedes tú dejar de darnos tu gloria, y esto de justicia, porque tu palabra no puede faltar.

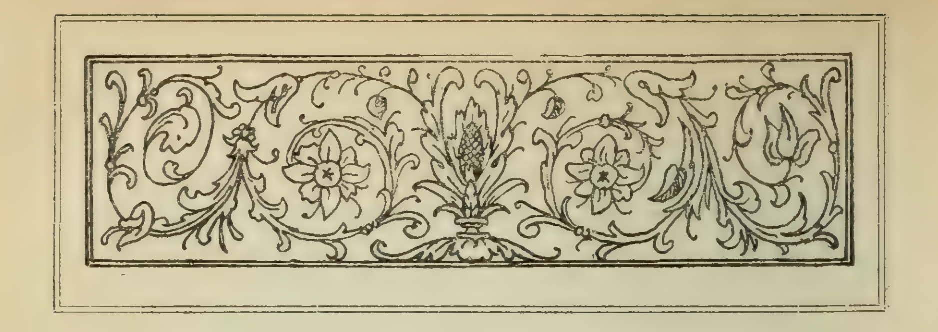
El Apóstol, después que contó sus muchos trabajos a su discípulo Timoteo, añadió, diciendo: «Guardada está para mí la corona de justicia, y no sólo para mí, sino también para los que aman su venida.» Si tú, Señor, no quisieras

obligarte a darme la gloria guardando yo tu ley, nadie te la pudiera pedir de justicia, pues no son dignas las pasiones y trabajos de este siglo, ni todo cuanto puede el hombre hacer para merecer tu bienaventuranza eterna; pero presupuestos tu liberalidad y amor soberano que me tienes, con el cual por tu propia bondad quisiste obligarte sin yo merecerlo, no puedes dejar de cumplir tu promesa y palabra; porque palabra de rey, y más de tal rey, no puede faltar. Tú eres, Señor, el que dices en tu santo Evangelio: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.» Así también te igualas con los labradores que envías a tu viña, prometiéndoles la gloria por su trabajo, y en hacer pacto y concierto con nosotros nos tratas como libres, síendo tus esclavos, pues el concierto no se hace con los siervos cautivos, sino con los hombres libres.

¿Pues qué es esto, Señor mío, que no sólo porque te amase me hiciste tantos bienes y me libraste de tantos males, pero aún me prometes porque te ame vida eterna? Si el amor se vende, nadie le compra tan caro como tú, pues das por él la vida eterna. No solamente con tan innumerables mercedes me obligas a amarte, más aún, me haces tan altas promesas por ser amado de mí. Dasme la vida eterna, de la cual no se puede hablar, pues es imposible decir lo que hallan en ti los bienaventurados que te ven, porque hallan lo que tú eres, aunque no con aquella grandeza que tú gozas de ti mismo. Para nosotros, lo uno y lo otro es incomprensible, por lo cual se dice en el Apocalipsis que en aquella piedra que se da a los vencedores va un nombre escrito que no le entiende sino quien lo recibe, y también dice que le dará el maná escondido, que quiere decir un gusto que de sólo el que lo gusta puede ser conocido, y un precio tan grande por la victoria que quien la alcanza sólo lo puede estimar. Entender, dice; que declarar aun los que la gozan no podrían. Y así dice el Apóstol que no tiene licencia para hablar en lo que allá vió, porque todo lo que un hombre a otro hombre podía decir es tan poco,

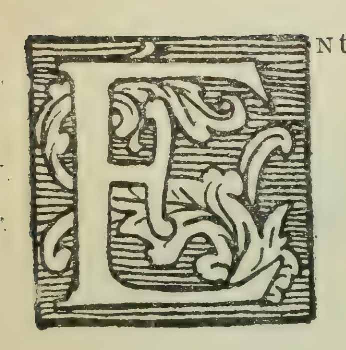
que pudiera ser ocasión de ser menos estimado de los que tampoco pueden entender de cosa tan subida. Y así, es bien que por una parte conozcamos algo y por otra adivinemos, y por esto dijo tu Apóstol que aquí en esta vida en algo conocemos. Si del todo se ignorara no se pudiera amar, y si del todo se conociera no tuviéramos que desear, y así tu sabiduría lo templó de suerte que supiésemos lo que bastase para caminar como quien anda tras la luz de una lámpara que alumbra la obscuridad de esta vida en que siempre es de noche, hasta que, como dice San Pedro, venga el día y parezca el lucero en nuestros corazones.





MEDITACIÓN XLII

Cómo el fundamento de todos los beneficios de Dios es el amor.



EN todas las buenas obras que unos hombres hacen a otros más se ha de mirar al amor con que se hacen que a la cantidad y grandeza del don que reciben. Porque aunque lo que se da sea mucho, si el que recibe el beneficio entiende le fué dado forzosa y violentamente y contra la voluntod del que le dió, no hay obligación de agradecimiento. Lo principal que se ha de mirar en el que algo hace es la voluntad y amor con que nos sirve. ¡Oh, Redentor del mundo, que si mucho has hecho por nosotros y si nos has dado grandes cosas y si nos libraste de muchos males y nos prometes bienes eternos y perdurables, todo esto (con ser tanto que espanta) es menos que el amor que nos tienes. Por amor te distc a nosotros, viniste del cielo, encarnaste y moriste, y por el inefable amor que nos tienes nos criaste y redimiste y te nos das en el sacramento de la Eucaristía y nos libraste de tantos males y nos prometes tantos bienes. Es tu amor para con nosotros de tal suerte, que la menor merced que nos haces

por venir esmaltada con tan finísimo amor, no somos suficientes para acabar de agradecer y pagar, aunque entrásemos en hornos de fuego muy encendidos por amor de ti, cuanto más que las obras que nos haces son sin cuento y tan grandiosas que ponen espanto en la tierra y admiración en el cielo. Si son soberanas las mercedes y excelentísimos los beneficios que nos haces, mayor es el amor que nos tienes, el cual sobrepuja a todo entendimiento criado y trasciende los límites de la razón natural. El fundamento y raíz de todos los dones y mercedes que nos haces es tu santo amor. Todos los dones que nos diste no son sino indicios y señales de este amor que es el mayor y el primer don. Mira, pues, alma mía, y siente bien si del amor proceden todos los dones cuán grande debe ser el amor que Dios te tiene, pues todos los beneficios que hemos dicho y otros infinitos que podríamos decir proceden y manan de este su tan inmenso amor. Porque si tú, Señor, hiciste el mundo y todo lo criado en él por amor del hombre, síguese que primero amaste al hombre y que en todas las otras criaturas no amaste ni amas sino al hombre por el cual las hiciste.

Porque en los medios ordenados para algún fin, solamente amamos aquel fin, y pues tu amor excede en infinito a todas las otras cosas que nos diste, síguese que dándonos tu amor nos amaste y nos diste don infinito y tal que no se puede estimar. El cual don, como sea gratuíto y liberal, sin duda alguna es el hombre más obligado por sólo éste que por todos los otros dones juntos que de tu larga mano ha recibido, pues aquéllos, por muchos y grandes que sean, son finitos y tienen cabo, mas tu amor es infinito y sin remate. No tenías necesidad que nosotros lo recibiéramos, mas por sola tu bondad y liberalísima voluntad nos le diste y nosotros teníamos gran necesidad de recibirlo, porque sin él no podíamos vivir un momento. Pues tanto mayor suele y debe ser la obligación que nace del beneficio cuanto es mayor la necesidad del que lo recibe y mayor y más

libre la voluntad del que lo hace. ¿Pues qué necesidad tenías tú, Señor, de nosotros y de las cosas que por amor de nosotros criaste? Ninguna por cierto, dice David. Y nosotros de ellas ¡qué tanta! Que sin ellas un punto no podemos vivir. Y si Dios ama y quiere tan regaladamente sus obras y lo que ha hecho no es tanto por ser efectos suyos ni porque las hizo, sino porque las crió con tanto amor. Amas, Señor, todas las cosas que hiciste y ninguna cosa aborreces. Y aunque amas a todo lo criado, pero al hombre más que a nadie. Si a alguno habías de querer más que a él había de ser al ángel, y éste quedó muy atrás, porque cuando se perdió no curaste de su remedio ni tomaste la naturaleza angélica, sino la humana; pero cuando el hombre se perdió, trataste tan de veras de su reparo y salud que aventuraste la vida y la honra haciéndote hombre por él. Y con todo esto nunca acaba el hombre de quererte, siendo tú quien eres y siendo él quien es. Naturalmente, Dios mío, te amas a tí mismo sobre todas las cosas y con aquel inefable amor e infinita caridad que te amas, sobre todo, amas a tus criaturas y a todas ellas amas por mi respecto, pues las pusiste todas, como dice David, debajo de mis pies: aves y animales y todas las bestias del campo. ¿Cómo podrían ellas permanecer si tú no quisieses? ¿Cómo se podrían ellas conservar si tú no las amases? Nos perdonas, Señor, porque nos amas y nos recibes con misericordia por lo mucho que nos quieres. Esto es lo que dices por un Profeta: «En caridad perpetua te amé y por eso te atraje, habiendo de ti misericordia.» Por amor díste alguna virtud a todas las cosas y las viste cuando las criaste y eran todas buenas porque tu bondad las hizo así. Si a los padres que nos engendraron amamos, ¿cuánto más debemos amarte a tí, criador de nuestros padres y hacedor nuestro? Si estando yo ciego hubiera alguno que me alumbrara y diera vista, ¿qué tanto fuera justo que le amara? Si naciera sin pies ni manos y un hombre me diera manos para obrar y pies para andar, ¿no fuera obligado a amar al tal bienhechor? ¿Pues qué hiciera si siendo muerto me resu-

citara y si no teniendo ser me diera el ser que tengo? Toda mi vida anduviera tras él sirviéndole de rodillas y le besara los pies y aun la tierra que pisara. ¡Oh, criador mío!, ¿a quién debo yo estos ojos sino a ti? ¿Quién me dió pies y manos, cuerpo y alma, vida y ser, sino tú, mi Dios, que de la nada me hiciste? Y si en estos ojos que mañana se han de convertir en polvo y ceniza, tanto te quisiste esmerar que hiciste cuando los criaste como pudiese con ellos ver el cielo con sus planetas, estrellas y resplandores y la tierra con la variedad de los colores y la diversidad de criaturas, ¿qué será de los ojos interiores del alma que para siempre durará? Si esto corporal es de tanto primor, ¿de cuánta mayor perfección y excelencia es esta espiritual sustancia de mi alma que no veo? Y después de darme alma y cuerpo y todo cuanto soy y tengo y valgo, estando muerto por el pecado, me resucitaste, y tan a costa tuya, que por darme vida perdiste la tuya propia. Pues si un hombre flaco, pecador y falto en muchas cosas hiciera por mí la menor de las mercedes que tú, mi Dios, me has hecho, siendo tú sumo bien y bondad infinita, ¿no me perdiera yo por él? No mirara a sus faltas, sino al beneficio recibido y anduviera desalado tras él por montes y valles, sirviéndole de día y de noche y aun nunca pensara que acabara de agradecerle tanta merced. Pues ¿por qué, Dios mío y todo mi bien, no ando yo perdido por ti, pues siendo tú la misma bondad y sustancia dignísima de infinito amor, has sido conmigo tan liberal que me diste ser y vida, alma y cuerpo y todo lo que soy? Y lo que es más: que todas estas y otras mercedes sin cuento que hiciste a mí, criatura tuya y obra de tus manos, proceden de amor, porque por amor me criaste y por amor me redimiste, y así conviene que te ame todo cuanto me fuere posible y muera herido de tu santo amor.



MEDITACION XLIII

Del mandamiento del amor de Dios.



ÁNDASME, Señor, que te ame, con recio mandamiento, y me amenazas con grandes penas si no te amo. Confúndesme, Señor, con este mandamiento. ¿Cómo, Señor, soy tan ingrato, siendo yo obra de tus manos y habiendo recibido de tí todo mi ser, y siendo el amor el principio y origen de donde manan todos los bienes, y habiéndome redimido con tu preciosa sangre, y dícesme ahora que te ame? ¿Qué, es menester que me mandes que te ame? ¿Qué necesidad tengo yo de tal mandamiento? Si, como dice un sabio, el que halló beneficios halló cadenas para prender los corazones, ¿qué corazón había de haber tan duro que considerando tantos y tan grandes beneficios no se encienda en tu amor? ¿Cómo es posible que sea yo tan ingrato que no te ame, teniendo tanta multitud de razones que a ello me obligan? ¿Quién es el hombre a quien así os manifestáis o el hijo del hombre de quien hacéis tanto caso? ¿Qué se os da a vos, Señor, de ser amado del hombre?

Tenéis ángeles en el cielo, y como dice Daniel, millares de millares os sirven y millones de ellos están en vuestra presencia; ¿y hacéis caso de un vil gusanillo de la tierra? Tenéis serafines sin cuento que encendidos en vuestro amor están hechos llamas amándoos perpetuamente sin nunca cesar; ¿y hacéis caso de una criatura tan baja como es el hombre mandándole estrechamente que os ame, prometiéndole por ello la vida eterna y amenazándole con la pena perpetua del infierno si no lo hiciere?

Pudieras, Señor, mandar al hombre otras cosas de más dificultad, como sería que te sacrificara sus hijos o que edificara templos o que anduviera peregrinaciones, y todo esto no lo estimas y sólo tienes en mucho el que te ame. El fin del precepto es la caridad, dice el Apóstol. El cumplimiento de toda ley y lo que pides al hombre es que te ame. Pluguiese a tí, mi Dios, que conociésemos los hombres con cuanta piedad pides que te amemos. Porque me amas, y muy de veras, por esto me pides que te ame.

¡Oh fecundo, oh leve, oh suave y deleitable precepto! Gracias te doy, Señor mío, y muchas gracias por tan benévolo, tan deseable y tan grato mandamiento como me has dado. Pusiste, mi Dios, las espuelas al que de buena gana corría. ¿Y qué cosa más grata y deleitable puede serme que amarte? Y ¿quién puede no amarte? Si me mandases que no te amase, ello me sería penoso, imposible e intolerable, y en alguna manera me sería más tolerable el infierno que dejarte de amar. Cuando algunas veces pienso o hablo o me dicen de las penas del infierno, lo que más me espanta y atemoriza es que los que están atormentados en aquel malaventurado lugar te aborrecen, maldicen y detestan. ¡Oh, misérrimas e infelicísimas criaturas! ¡Oh, desventuradas ánimas, dignas de ser lamentadas, pues tal pago dáis a vuestro Dios y hacedor por los bienes que os hizo! Nunca, Señor, tú permitas que yo deje de amarte ni que cese jamás mi voluntad de arder en llamas de tu divino amor. Si me olvidare de ti, mi Dios, sea dada mi dies-

tra en olvido, y péguese mi lengua a mi garganta si no me acordare de ti y si no te pusiere delante de mis ojos en principio de toda mi alegría.

¡Oh, cuán bueno es el Dios de Israel a los que son de buen corazón! ¿Qué bondad es esta, Señor, que no sólo quieres ser amado de mí mas aún estrechamente me mandas que te ame? ¿Quién soy yo o quién es mi sustancia cerca de tí, pues no sólo quieres que te ame, pero aún me amenazas con eternos tormentos si no te amare? ¿Cómo, Señor, tan gran cosa soy yo en tu preferencia, para que estimes en tanto que yo te ame? Gracias te doy, Señor, porque así me honras y porque haces tanta cuenta de mí. Grande favor y merced me hicieras en darme licencia para amarte cuanto más mandándome que te ame.

Claro está que pondría admiración si un poderoso rey tuviese por bien que un grosero y rústico pastor y muy pobre tuviese la llave de su cámara y facultad para ir y venir y tratar con el rey cada vez que quisiere. Mucho sería esto, pero no es tanto como parece, pues al fin entrambos son hombres, y el ser natural los iguala aunque el estado sea muy desigual. Pues ¿qué es esto, Señor, que siendo tú Dios omnipotente y rey soberano de la gloria, das libertad al hombre siendo criatura hecha por tus poderosas manos, para que trate contigo y te ame y contemple tus grandezas y que tenga llave para libremente entrar y salir, presentándose delante de su criador dándole sus entrañas y deseos? ¿Quién no entiende ser esto muy singular merced? Y no sólo se extiende a esto tu infinita bondad, sino que aun también le mandes que te ame y tan de veras que le das el arte y manera de amor diciendo que te ame con todo su corazón y con todo su ánimo y con todo su entendimiento y fuerzas. ¿Por qué, Señor, te quisiste tanto reveer en este mandamiento, pues no te contentas que te amemos de todo nuestro corazón, sino que añades otras tres cosas tan grandes como la primera; pues con lo primero quedábamos tan obligados como con todo lo demás que añadiste? Muéstraste solícito en pe-

dirnos nuestro amor por tantas vías, porque viéndote tan codicioso de nuestro amor pudiésemos conjeturar de dos cosas la una. O que tú entendías amarnos mucho y querías ser bien pagado, o que el amor debe ser cosa tan preciosa que no quieres perder grano dél. Si viésemos a un hombre sabio coger con mucha diligencia una hierba muy despreciada, nos tendríamos por engañados, pensando que hasta entonces habíamos sido engañados de su virtud.

No sólo una de estas cosas, sino aun entrambas las podemos tener por ciertas, porque, pues tú, Señor, con tanta solicitud mandas que te amemos siendo tan sabio como eres, es cosa clara que el amor es algo muy precioso y que andan engañados los que no lo estiman en mucho. Y por más sublimar este amor y porque nosotros entendiésemos en cuánto lo estimabas, escribiste con tu dedo las leyes de amor que nos diste. No escribiste la ley de amor con dedo de ángel ni de hombre, sino con tu propio dedo. Si el rey, por mostrar favor al que ama le escribe con su propia mano, ¿en cuánto más hemos de estimar este mandamiento de amor, pues quisiste tú, Señor, escribirle con tu propia mano? Encomendaba el Apóstol San Pablo las cartas que escribía a las iglesias, porque las escribía con su propia mano; ¿cuánto más ha de ser apreciado de nosotros este mandamiento del amor, pues tú, Señor, lo escribiste con tu propia mano? Y para más encomendarnos este precepto, no sólo lo escribiste tú, mas aun también aderezaste e hiciste las tablas en que lo escribiste, como el padre que por mover al hijo a que aprenda le adereza por su propia mano la tablilla y le escribe en ella las primeras letras que los niños aprenden. Así lo hiciste con nosotros, Padre y Dios nuestro que estás en los cielos, dándonos escrito por tu mano el suave precepto de amor en las tablas que tú mismo hiciste por más encomendarnos la guarda de este jocundo y deleitable mandamiento.

Aunque no dejo de correrme y padezco gran confusión observando que teniendo tantas causas para amarte y ha-

llándome tan obligado por tantas razones a darte mi amor y voluntad y querer, con tan gran diligencia y cuidado me mandas que te ame.

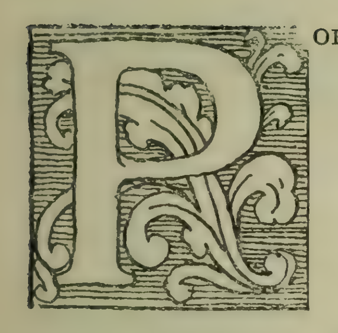
Si el hombre fuera el que debía ser, no tendría necesidad de tal mandamiento. porque tu misma bondad y su propia naturaleza sin las obligaciones sin número que tiene de amarte, le llevaran a tu amor. Y cuando todo esto cesara, la misma necesidad que tiene de ti, lo llevara a tu divina majestad, pues es el único remedio y verdadero socorro en todas sus faltas. Pero viendo a nuestro apetito estragado por el pecado y a la naturaleza mal inclinada, mandas que te amemos; no por amor de ti, que no tienes necesidad de nuestro amor, sino por amor de nosotros, por hacernos por esta vía mucho bien y merced.





MEDITACION XLIV

Que manda Dios que le amemos por enriquecernos.



POR qué quieres, Señor, y me mandas que te ame sobre todas las cosas y me pones precepto de amor y me amenazas con la pena si no te amo? Tú eternamente te amas con amor infinito; y ¿qué tienes que ver con el amor de un hombre pobre y tan miserable criatura como yo? ¿Qué gloria se te acrecienta aunque seas amado de todos los hombres? El amor con que te amas infinitamente no crece ni por otro amor es aumentado. El amor con que amas al hombre que criaste, ese mismo amor nos manda que te amemos sobre todas las cosas. Quieres, clementísimo Señor, que te acompañe el hombre perpctuamente en tu gloria y que goce para siempre de tu bienaventuranza, y quiéreslo dotar y honrar en esta vida con muchos bienes. La fuente de donde mana toda la perfección de las criaturas eres tú, Señor, y cuanto más cerca está la criatura de ti, con tanta mayor perfección está dotada y enriquecida. Y porque quieres, Dios mío, comunicarme tus divinas perfecciones y repartir conmigo tus celes-

tiales tesoros, y para esto es menester que el hombre se llegue a ti, y para llegarse es menester que te ame, por amor de esto nos mandas que te amemos sobre todas las cosas. Esta diferencia hay entre las cosas espirituales y corporales, que las corporales júntanse y lléganse unas a otras por movimientos y pasos corporales; pero las espirituales no se juntan sino por amor. De manera, Señor, que cuanto la criatura espiritual más te ama, tanto más cercana está a ti; porque así como el cuerpo se mueve con pasos, así el alma se mueve con afectos y deseos. Quisiste, pues, Señor, mandarme que te amase, y la causa de esto fué porque el amor era un camino necesario por do el hombre pudiese llegar a ti y era un medio muy importante para poder recibir la gracia. Si el fuego es un elemento tan noble que cuanto más se llega uno a él tanto más le alumbra y tanto más ve y tanto más participa de su calor, ¿cuánto más harás tú esto, Dios mío, que eres infinitamente más noble y más comunicativo que ninguna criatura, por nobilísima que sea?

¡Oh, si de nuestra parte no hubiese efugios ni impedimentos, cuánta más lumbre de entendimiento y calor de caridad recibiríamos de ti, Señor, del que reciben los que se llegan al fuego. «Llegáos—dice el Salmista—a Dios y seréis alumbrados.» De apartarte, alma mía, de este divino fuego vienes a andar tan ciega y errada; de aquí nace toda tu frialdad y tibieza y de aquí procede el demasiado amor que tienes a las cosas perecederas y olvido de aquellas celestiales que para siempre duran. «Dios es fuego—dice la Escritura—y por llegarse a él y andar tan cerca aquellos dos discípulos que iban a Emaus, ardían sus corazones dentro de sus pechos.» Llégate, pues, corazón mío, a este fuego; quema, Señor, mis renes y mi corazón, para que pueda cantar con tu Profeta: «Fué inflamado mi corazón y alteróse todo lo interior de mi alma.» Con tu ausencia, Señor, está mi corazón frío y helado, y los efectos que hace la ausencia del sol en la tierra eso hace en mi alma el des-

viarme de ti. Como cuanto más se aparta el sol de la tierra tanto más crece la frialdad y son mayores las tinieblas, así cuanto más me aparto de ti, que eres sol de justicia y luz de mi alma, tanto más crece en mí la frialdad y tibieza de tu amor y quedo más ciego. Cuando el sol se va poniendo van creciendo las sombras de las cosas corporales, y cualquier cosa, por pequeña que sea, causa gran sombra; pero cuando el sol está en su fuerza y vigor, todas las sombras son pequeñas. Así, Señor, cuanto más apartado estoy de ti me parecen mayores las sombras de todas las cosas de esta vida y tanto más me aficiono a ellas. Pero cuando tú, Señor, que eres sol de mi alma, estás en tu rueda y estamos cerca de ti, todas las cosas nos parecen pequeñas y así las despreciamos. De las cosas de esta vida dice la Escritura que pasaron como sombras, las cuales no aprovecharon a los que las siguieron. La diferencia que hay de las cosas pintadas a las verdaderas y de la sombra a la existencia de las cosas, hay de los bienes de este siglo a los verdaderos bienes que son del cielo. Pasa la figura de este mundo y vi todas las cosas que se hacen debajo del sol y vi que todo era vanidad. ¿Pues por qué, alma mía, dejas la verdad por la mentira y amas la vanidad? Por estar apartada de Dios te parecen grandes todas estas cosas pequeñas; pero llégate a él y dirás con el Apóstol: «Todas las cosas tengo por estiércol.» De la comunicación que tuvo contigo Moisés, Dios mío y Señor mío, se le siguió que bajó del monte con tanta claridad que los hebreos no le podían mirar al rostro. Los que están juntos contigo por amor están resplandecientes y transformados en ti, porque participan de tus perfecciones y les comunicas tus grandes tesoros celestiales.

¡Oh, amor ardiente, oh caridad inflamada, cuyos rayos penetran desde el muy alto y supremo cielo hasta la tierra! Sabes, ¡oh, amador de nuestras almas!; sabes, ¡oh, eterna sabiduría del padre!, que sin tu amor no podemos llegarnos a ti, por amor de lo cual nos mandas que te amemos sobre

todas las cosas porque se llegue a ti el hombre que tanto amas y goce de tu gracia y divinos resplandores.

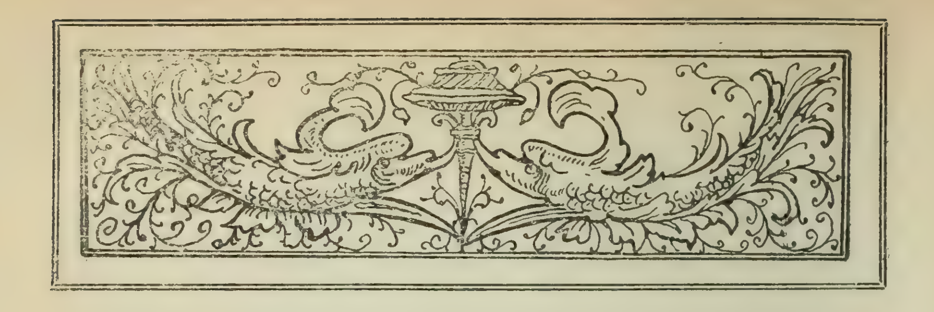
Con el amor con que nos amas nos mandas que te amemos, y tú que amas quieres ser de nosotros amado, queriendo levantar al hombre a muy alta dignidad, desde el cielo a la tierra, para que, levantada el alma del hombre sobre las estrellas, more en tu casa para siempre y goce del sumo bien. Quieres darnos, no cualquier bien, sino aquel bien sumo que excede a todos los bienes. El camino por donde subimos a ti es tu amor sobre todas las cosas; a quien se sube eres tú, amado sobre todas las cosas, y adonde venimos eres tú, infinito sobre todas las cosas. Mandas que te ame por darme bien sobre todos los bienes, para que sea participante, no sólo de todos los que te alaban y guardaron tus mandamientos, mas aún tambien de aquel que alaban las estrellas de los maitines, de cuya hermosura se maravillan el sol y la luna y se alegran todos los hijos de Dios. Por lo cual es muy justo, Señor, que deje el hombre el padre y la madre y se llegue a ti, para que amándote sobre todas las cosas, sea un espíritu en amor y caridad con su Dios.

Queriendo, pues, el sumo amor dar suma dignidad, suma honra y suma felicidad a los hombres, manda ser amado sobre todas las cosas, como si el hombre racional (si no es con perversa voluntad) pudiese amar otra cosa sino a ti. Por ti soy criado, por ti me son sujetas todas las cosas y las criaste para mi servicio; por ti yo vivo y por ti reinan los reyes y los poderosos administran justicia. Tú, amándome siempre, me mandas más que todas las cosas, porque suba sobre todas las cosas y sea bienaventurado para siempre, porque no entendiendo esto sería comparado a las bestias insipientes y hecho a ellas semejante y puesto debajo de los pies de los demonios, espíritus malos y privados de tu amor. A ti, sumo Dios, amor sin medida, amor de nuestras almas, sea alabanza, gloria, bendición y claridad, sabiduría y hacimiento de gracias por todos los siglos de los siglos,

amén; pues mandas a tu criatura que te ame sobre todos porque nos des bien sobre todo bien, el cual eres tú mismo bendito para siempre.

¡Oh, cuán suave es, Señor, tu espíritu para con nosotros, pues nos pones tan suave precepto de amor, el más grande y primero mandamiento! El que guarda los otros preceptos distingue unos de otros, porque el homicida puede no hurtar y el avariento no adulterar; pero el que te ama, Señor, sobre todas las cosas está en caridad y no puede traspasar ningún mandamiento tuyo, y así acaece que con la guarda de este santísimo precepto guarde todos los otros mandamientos. ¿Qué cosa más suave se pudo mandar, ni qué cosa más dulce ni más santa que decirnos que te amemos? Tu santo amor es fuente de todos los bienes, y por darnos con él todos los otros bienes, llegándonos a ti por amor, mandas que te amemos.





MEDITACIÓN XLV

Que manda Dios que le amemos porque vivamos.



Es cosa tan debida el amarte, Dios mío y todo mi bien, que no se debe para esto dar razón. ¿Qué razón hay para amarte? ¿Qué causa puede haber para que te deje de amar mi alma un solo punto? ¿Qué ocasión, por grande que sea, será bastante para quitar de ti por un solo momento su amor? ¿Qué disculpa tiene el que no te ama? Tengo delante de mis ojos tu infinita bondad, y estando aquí presentes tus soberanas perfecciones está mi corazón dando saltos; siento dentro de mis entrañas los golpes y latidos que recibe del sumo bien que tiene presente y mi alma se deshace dentro de la estrecha cárcel de este miserable cuerpo, deseando verse suelta y metida y absorta en ese ardentísimo fuego de amor. ¿Cuándo vendrá el día en que, libre de la corrupción del cuerpo, que apesga el alma, sea metida en ese horno de llamas vivas de amor, porque sin recelo de poder esfriarse, hecha una brasa encendida, te ame para siempre sin fin? ¡Oh, qué congojosa tardanza y qué penosa dilación! Y una de las cosas en que veo, Señor,

lo mucho que me amas es en mandarme que te ame. No por ti, Señor, sino por mí, quieres de mí ser amado. Porque me amas a mí, por eso quieres ser amado de mí. Porque sabes muy bien que en tu amor está toda mi salud y toda mi vida, por eso quieres y buscas mi amor, para darme la vida, la vida eterna: para que te conozca y conociendo ame a ti y al que enviaste, Jesucristo, tu hijo. Pusiste en el amor la vida y mándasme que te ame por darme vida. Así lo dice tu amado discípulo San Juan, que el que no ama está en la muerte, y que somos trasladados de la muerte a la vida porque amamos.

Quieres, Señor, que vivamos, y por eso nos mandas que te amemos. Cuando amamos al mundo nos perdemos, ensuciámonos con muchos pecados y con mil cuidados somos atormentados y fatigados con grandes miserias, porque no pusimos nuestro amor en su lugar. Entonces, pues, gozamos de suma paz cuando amamos al sumo bien, que es Dios, y entonces vivimos cuando amamos. No tengo por cosa dura que me mandes, Señor, que coma cuando tenga hambre ni que provea a mi cuerpo de las cosas que ha menester; ¿pues por qué he de tener por cosa áspera el que me mandes buscar tu santo amor siendo tan necesario para mi alma? Vive el cuerpo con manjar y el alma con tu santo amor, porque el que no ama no vive. Si la vida del alma es el amor, así debo procurar de amarte como a mi propia vida. La vida del cuerpo es el alma y la vida del alma el amor, y como el cuerpo donde hay alma tiene vida y calor natural, así el alma, con este tu santo amor, tiene calor de caridad y hace obras de caridad y está fría, helada y muerta sin hacer actos y operaciones de vida cuando es privada de este tu santo amor. ¿Pues qué me mandas cuando me dices que te ame sino mandarme que viva?

Cuando aquel doctor de la ley te preguntó lo que haría para alcanzar la vida eterna, respondístele tú, Señor, que amase a Dios de todo corazón según que en la ley estaba escrito. Porque el amor es vida, al que pedía vida dijís-

tele que amase. Quien quiera tener vida en esta vida y después vida que para siempre viva, ame a Dios y vivirá verdadera vida. A un pecador que parecía estar vivo, siendo muerto fué dicho en el Apocalipsis: «Nombre tienes de vida y estás muerto.» Llamaste, Señor, a tu profeta Ezequiel y llevándolo a un grande campo lleno de huesos secos, mandástele que profetizase y dijese que tú enviarías las almas en aquellos muertos tan antiguos y secos, y que vivirían. ¡Oh, maravillosa promesa que tan grandes alientos da a los pecadores obstinados y envejecidos en maldad para que confíen en tu infinita bondad y clemencia, pues después de tan largas esperanzas de misericordia das verdadera vida de gracia y caridad, dando a nuestras almas tu divino amor! Y porque el amor es vínculo de perfección, porque la perfección cristiana consiste en amarte y es vínculo y atadura, porque ata unas cosas con otras y las junta y llega a sí, comenzaron a juntarse aquellos huesos secos, unos con otros, aunque estaban esparcidos y derramados por diversas partes de aquel campo. Pareció luego un ejército armado, grande y poderoso. Hace tan fuerte y espantoso el amor al pecho donde está, que después que entró tu santo amor en los muertos, no sólo tuvieron vida, mas aún parecieron armados y valientes.

De tu santa Iglesia primitiva, escribe San Lucas, que la multitud de los creyentes era de un corazón y de una voluntad. Aunque eran muchos en número, el amor los juntó de tal manera, que eran una cosa en el querer. Y porque ardían en tu santo amor, fueron tan espantosos a sus enemigos, que dice la Escritura hablando de tu santa Iglesia: «¿Qué veis en la Sulamita sino coros de huestes?» Fué terrible a sus contrarios y espantosa a sus enemigos, así como ejército de muy ordenados escuadrones; por amor de lo cual, aunque pocos en número y pequeños según la estimación de este siglo, conquistaron el mundo, vencieron a los príncipes de la tierra y sujetaron a la fe al orbe universal. Lleno de este tu divino amor hace campo el Apóstol a

todos los males del mundo, diciendo en la Epístola que escribió a los Romanos: «¿Quién nos apartará del amor de Jesucristo? ¿Por ventura nos apartarán la tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecución o el cuchillo? Muy cierto estoy de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni las virtudes ni otra cosa alguna nos podrá apartar de la caridad de Jesucristo. Son hombres vivos los que aman a Dios y poderosos para acometer y vencer, y tan fuertes, que de ningunas fuerzas humana son vencidos. Esta virtud y fuerza proceden del amor, el cual es vida de nuestra alma. Quien tiene caridad tiene a Dios y a todas las cosas vence. San Juan dice: «Dios es caridad, y el que está en caridad está con Dios y Dios está con él».

Mantiénese y vive nuestro cuerpo con manjares y viandas corporales, las cuales es menester que perezcan y se consuman para que el cuerpo se sustente y que mueran y pierdan la vida las aves del cielo y los animales de la tierra y los peces que andan en las aguas, porque el cuerpo del hombre no muera y tenga vida. Vive nuestro cuerpo muriendo muchos animales, de suerte que otros han de perder su vida para conservar la nuestra. De esta manera, clementísimo Señor, como quisiste que mueran muchas cosas para conservar la vida de mi cuerpo, así también tuviste por bien que muriese el que es manjar de mi alma para que viva con su muerte. Por amor de esto, Redentor mío, siendo tu caridad infinita y el mismo amor que es mantenimiento de mi alma, quisiste morir porque mi alma viviese. Tu muerte es mi vida, y muriendo fuiste manjar de vida para mi alma, la cual no podía vivir sino con tu muerte. La muerte del animal es vida de mi cuerpo, y tu muerte, sacratísimo Redentor, es vida de mi alma. El Espíritu Santo dijo que convenía que un hombre muriese para que no se pierda toda la gente. Tanto quisiste ensalzar nuestras almas en su creación, que proveyendo de manjar competente a todas las criaturas, a cada una según su naturaleza, tú mis-

mo quisiste ser manjar de mi alma y que sólo tu santo amor fuese su mantenimiento y vida. Y porque la caza fatigada y cansada es más tierna y sabrosa a nuestro gusto, así, después de hacerte manjar de mi alma, te cansaste, y fatigado y cansado antes de tu muerte te sentaste junto al pozo de Sichar, cuando vino a ti aquella mujer Samaritana, porque de esta manera fueses más deleitable al gusto de mi alma.

¡Oh, Señor!, ¿qué lengua podrá decir lo mucho que te debemos y lo mucho que hiciste por engrandecer al hombre? Ya que mi corazón andaba frío con tu amor por no alcanzar mi rudeza las mercedes sin cuento que de tu mano recibí, porque de esta manera amaste a tan noble bienhechor, quisiste poner la vida de mi alma en el amor para que siquiera por esta vía te amase, forzado del amor natural que cada uno tiene de vivir y de conservar la vida en cuanto le fuere posible. Y pues me es tan natural el amarte como el vivir, yo te doy, Señor, mil cuentos de gracias por la merced que me haces en mandarme que te ame, pues no me mandas otra cosa sino que viva, que es lo que yo más deseo y naturalmente apetezco y procuro.





MEDITACIÓN XLVI

Cómo el amor de Dios es vida de nuestra alma.



UCHO te debo amar, Señor, pues tu santo amor es vida mía. Entre las cosas que los hombres aman, ninguna es tan amada como la vida. Por conservarla toma el enfermo jarabes y purgas y consiente que le saquen su sangre y permite, si es menester, que le corten cualquier miembro de su cuerpo por no perder la vida. Cualesquiera trabajos, por grandes que sean, sufre el hombre por vivir; aunque esta vida que tanto aman los hombres no se puede llamar propiamente vida, sino sombra de muerte y una imagen de vida, por amor de lo cual llamó el Apóstol muertos a los Colosenses. En la Escritura, sólo la vida que los justos viven en tu santo y divino amor es llamada vida y la de los pecadores muerte. Esta vida corporal no es otra cosa sino tener el hombre dentro de sí un alma que da forma al cuerpo, mediante la cual sentimos, vemos, oímos y hacemos todas las operaciones y efectos de vida. Pues como la vida del cuerpo consiste en tener dentro de sí un alma según la cual el cuerpo se menea, siente y anda, así consiste

la vida en tener dentro de sí otro espíritu que eres tú, mi Dios, según el cual vive nuestra alma y se mueve para hacer obras de vida, de gracia y meritorias de vida eterna. Por lo cual, Señor, hablando tu santo Apóstol de la vida que das a nuestra alma con tu presencia, dice que en ti vivimos y nos movemos y somos. Tú eres amor, y con tu presencia vive nuestra alma, como está muerta cuando no te tiene consigo. Marta dijo que si tú estuvieras presente, no muriera su hermano Lázaro. Como en tu ausencia corporal murió Lázaro según el cuerpo y resucitó con tu presencia, así tu ausencia espiritual causa muerte en el alma, como nos da vida de gracia tu presencia. Y como la presencia del alma da calor al cuerpo, según el cual calor natural vive, de esta manera tu presencia, que es vida del alma, le da un calor que es la caridad y amor que tiene el alma cuando estás en ella.

Pues si quieres saber, alma mía, si estás muerta o viva, mira si amas a tu Dios o no. El que no ama está en la muerte. Como deseas vivir, así debes amar a tu Dios, pues él es camino, verdad y vida. Busca, alma mía, el verdadero amor y trueca este amor terreno por aquel amor celestial y divino de tu esposo Jesucristo, que en estas cosas temporales no hay amor verdadero ni permanente donde tu gusto no siente la dulzura ni suavidad de su Creador. No consiste tu vida en letras ni en sabiduría, ni en posesión de grandes riquezas ni altos estados, sino solo en amar a Dios. ¿Quieres, pues, vida? No hay cosa más amada, pues por ella dice la Escritura que dará el hombre todo cuanto posee. Pues si tanto amo yo la vida del cuerpo, la cual depende en tener en sí el alma, mucho más debo amar la vida del alma, pues su presencia es causa de la vida del cuerpo que tanto amo. Mejor es la causa que el efecto, y si la causa de la vida del cuerpo es el alma, mejor es la vida del alma que la del cuerpo.

Así debo yo amar, Dios mío y mi Señor, sobre todas las cosas por dar vida a mi alma, pues si ésta no tiene vida,

morirá para siempre con el cuerpo, y si vive, vivirá en perpetuo descanso en el cielo contigo. Y si tanto amo esta vida corporal, mucho más debo amar la vida del alma, pues con su vida hago perpetua la vida del cuerpo. ¡Oh, cuánto más debes trabajar, alma mía, por gozar de aquella verdadera vida, eterna y bienaventurada! Esta es transitoria, aquélla perpetua; ésta momentánea, aquélla estable y permaneciente; ésta mudable, aquélla inmoble y fija; ésta sujeta a trabajos y miserias, aquélla exenta de toda corrupción y molestia; ésta cautiva y cercada de muchas enfermedades y trabajos, aquélla libre de toda calamidad y zozobra; esto no es vida, sino muerte prolija y sombra de vida, y aquélla es vida verdadera donde viven los hombres seguros de no morir, gozando con Cristo en su gloria. Pues si esta vida es, Señor, tan amada, ¿por qué no es querida aquélla? Si ésta tanto deseo, ¿por qué no muero por la verdadera? Si tanto hago por ésta, ¿por qué no trabajo alguna cosa por alcanzar lo que, según verdad y propiedad de vocablo, se llama vida? Cuando llegó a ti aquel mancebo para preguntarte lo que haría para alcanzar la vida eterna, respondístele diciendo: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.» No le dijiste si quieres entrar en la vida eterna así como él había preguntado, sino si quieres entrar en la vida, porque absolutamente por este nombre vida, aunque no añada eterna, no se entiende esta vida de aquí, sino la eterna. ¿Pues cómo alcanzaré yo esta vida? Dando a mi alma vida de amor, porque como el infierno es sepultura de muertos, así el cielo es casa de vivos, según aquello del Salmo: «Tú eres mi Dios y mi parte será en la tierra de los vivientes.» Vive, pues, alma mía, vida de amor, si quieres vivir para siempre en el cielo, y si no amas y estás muerta, oye lo que la misma vida te está diciendo: «Yo soy resurrección y vida; resurrección para los pecadores y vida para los justos.» De los pecadores resucitados de la muerte del pecado a la vida del divino amor, dice San Juan: «Somos trasladados de la muerte a la vida, porque amamos.» Bien ves cómo el amor

resucita a los muertos y da vida, y el que carece de este amor, aunque viva en este mundo, juzgánlo Dios y los ángeles por muerto, y los demonios no tratan sino de su sepultura y en qué lugar del infierno lo aposentarán donde lo apaciente la muerte. Al que vemos no tener pulso y estar ya frío, tenémoslo por muerto. Así los demonios al hombre que ven carecer de pulso y movimiento espiritual y que no tiene calor natural de amor, al cual la propia naturaleza inclina, júzganlo por muerto conociendo que le falta la vida del amor. ¿Pues cuál es el hombre que quiere vida? Todos quieren vivir y cada uno desea vida. Porque quieres, Señor, que vivamos todos, a todos nos mandas amar y pusiste la vida en el amor porque vivamos sin trabajo, pues amar es oficio sabroso y deleitable. Muchos veo, Señor, en el mundo que ganan su vida con el sudor de su cara y cercan el mar y la tierra por ganar su vida, y todos estos trabajos tienen por bien empleados, porque con ellos ganan de comer para sustentar la vida. ¡Oh, creador nuestro, y cuán bueno eres, Señor, en los mandamientos que nos mandas guardar, pues pudieras poner duros preceptos para que con muchos trabajos granjeáramos la vida del alma, pues con tantos sudores adquirimos y negociamos la vida del cuerpo; pero no quisiste sino darnos tan de balde la vida del alma, que la alcanzásemos con suavidad y deleite, mandando que amásemos. ¡Oh, precepto jocundo, oh, mandamiento soberano y lleno de todo sabor y dulzura, pues aunque quieres, Señor, que trabajando gane de comer para el cuerpo, no quieres sino que, amando y holgando, gane vida para el alma.





MEDITACIÓN XLVII

Que manda Dios que le amemos por darnos vida descansada.



ROPIO efecto es del amor hacer dulces las cosas amargas, y ligeras y suaves las cargas pesadas y dificultosas. Sabiendo, pues, Señor, los trabajos de nuestra vida y a cuántas miserias nos trajo el pecado de Adán, mandas que te amemos por quitarnos la pesadumbre y molestias que padecemos. El que ama a su superior hace con deleite lo que le manda; pero al que lo aborrece, todo se le hace muy cuesta arriba. No quieres, Dios nuestro, que recibamos pena en la guarda de tus mandamientos, sino que, guardándolos, llevemos aquí buena vida y merezcamos por guardarlos la otra. Porque no se nos hiciese carga pesada el cumplimiento de los otros mandamientos, nos pusiste, Señor, el precepto de tu divino amor, porque guardando este mandamiento guardásemos los otros con gusto y suavidad. Hace el amor suaves los trabajos, y ya que nuestra vida es de suyo trabajosa, quisiste, Señor, que te amásemos por darnos vida descansada. Diste deleite a nuestra vida con el amor, pues sus moles-

tias y pesadumbres, amando, se convierten en dulzura y suavidad deleitables. De manera, Señor, que por regalarnos y quitarnos los trabajos que son anejos al destierro que aquí tenemos, nos pusiste precepto de amor. Con este mandamiento de amor son deleitables los otros mandamientos, porque el amor ignora el nombre de dificultad y todo lo convierte en dulzura. Por amor de esto dices en tu santo Evangelio que tu yugo es suave y tu carga ligera. ¿Cómo puede ser que sea carga y ligera? Por el mismo caso que es carga ha de ser pesada, y por el mismo caso que es yugo ha de ser áspero. La carga de los pecados es tan pesada que consume la vida del cuerpo y también la del alma, y es tan grande su peso, que da con ella en lo profundo del infierno. Once cielos no pudieron sustentar el peso del pecado, por lo cual, en pecando el ángel encima del más alto y supremo cielo, cayó luego y no paró hasta el centro de la tierra y más profundo de ella.

Bajaba y caía con tanta ligereza, que dices, Señor, en tu Evangelio que viste a Satanás que caía del cielo como un rayo. Es la masa de plomo que dice un Profeta que pusieron encima de la boca de una mujer, que era la impiedad, porque el pecado es peso que cae sobre la impiedad del corazón y malicia de la propia voluntad y da con ella en el abismo. Esta carga es, Señor, la que viniste a quitar de nuestros hombros, cargándonos con la carga de tu santo amor.

No quieres que andemos descargados, mas antes quitándonos una carga nos pones otra, y quitando la carga del mundo nos cargas con la deuda de obligación que tenemos de servirte por la merced que recibimos de tu mano cuando nos descargaste de las cargas de los pecados. Esta tu carga es suave y ligera, y tan lejos está de ser pesada, que ayuda al que la lleva y lo libra de toda pesadumbre. Cuanto mayor carga trae a cuestas, tanto mayores fuerzas cobra el que la tiene. Cuanto más cargados van los justos y más se ejercitan en la guarda de tus santos mandamientos, en-

tonces andan más ligeros y descansados. Correrán (dice la Escritura) y no trabajarán; andarán y no se cansarán.

¡Oh, yugo del santo amor; con cuánta suavidad atas, cuán benignamente cargas, cuán dulcemente aprietas y cuán blandamente llagas! No hiere el yugo las cervices de los bueyes que lo traen, porque el labrador pone debajo del yugo la melena, que es cosa blanda y suave hecha de lana. Así, Dios mío, llevaban tus santos a cuestas las asperezas de la penitencia y cargas de ayunos, injurias y cilicios, y todo esto con alegría y sabor, sin ser heridos ni lastimados de las cosas que dan pena a los mundanos, y la razón de esto es porque tú, Señor, con tu clemencia y misericordia infinitas, debajo del yugo de los trabajos de esta vida pones en los cuellos de tus amigos la suavidad de tu santo amor y la blandura de tus consolaciones espirituales, que interiormente das a los tuyos. Con estos favores espirituales y deleites verdaderos del alma, que no alcanza ni goza el mundo alegremente, llevan la carga los buenos, amando a los malos con las cargas del mundo heridos, llagados y atormentados, según aquello que ellos mismos dijeron: «Andamos cansados en el camino de la maldad.» Como llevan el yugo y carga de los trabajos de la vida, sin la blandura de la melena de tu santo amor, no es maravilla que anden los malos tan trabajados y lastimados en el servicio del mundo; por el contrario de tu santo Apóstol Pablo, como quien era de tu divina largueza tan visitado en sus tribulaciones, llevando suavemente la carga de sus trabajos, decía a los Corintios: «Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones.» Porque como abundan las pasiones de Cristo en nosotros, así por el mismo Cristo tenemos abundancia de consolaciones. No os maravilléis si llevamos el yugo del Señor con tanto esfuerzo y alegría, porque de dentro estamos llenos de consolaciones espirituales. Por lo cual no desfallecemos, porque aunque el hombre de fuera, que es

la sensualidad, se maltrate y destruya, el interior es renovado de día en día.

Del testimonio que dan los malos y los buenos, claramente se conoce ser esta carga ligera a los unos y pesada a los otros, de lo cual es causa el amor que tienen unos y la falta de este santo amor que hay en otros. Intolerables fueran los trabajos de esta vida y muy mal se pudieran llevar sus pesadumbres y dolores si no fueran acompañados de tu amor. Muy pesado fuera el yugo de tu ley si no le atara a nuestros cuellos el amor. Este amor es el que hace de mala vida buena vida y de vida trabajosa vida descansada. A los buenos que te aman son tus mandamientos suaves, y hácenseles insoportables a los malos que los toman sin amor. Tu santo Apóstol, con todos los tormentos y con todos los males, se atreve a hacer campo y a salir vencedor, teniendo de su parte a sólo tu amor divino. Y después que ha desafiado y despreciado a todas las tribulaciones y trabajos del mundo, concluye diciendo: «Porque por amor de ti somos mortificados todo el día y en todas estas cosas, esperamos por amor de aquel que nos amó.» Padecemos trabajos hasta la muerte por amor de ti. Por esta razón es comparado tu santo amor a las ruedas del carro, porque aunque son carga y peso, más ligeramente se mueve el carro con ellas que sin ellas. Así también, aunque las plumas del ave tengan su carga y peso, pero con todo eso, son al ave causa de su mayor ligereza. De la misma manera, mi Dios y Señor, este tu mandamiento de amor es de tal calidad, que por virtud de él toda tu ley y toda la carga de tus mandamientos se vuelve fácil y ligera. Por lo cual, cuando dices que tu yugo es suave entiéndese para los que te aman, y cuando dices que el camino del cielo es estrecho y trabajoso, se ha de entender que es tal para los que no te aman. Todo es fácil y suave para el que ama y todo trabajoso y penoso para el que no ama. Pues por darnos, Señor, buena vida quieres que te amemos. Cuando nos mandas, Señor, que te amemos no haces otra cosa

sino procurar y granjearnos una dulce vida sin dificultades, aun en medio de las angustias de este mundo. El que fuera imperfecto con este grande interés que acá hay se convidara a tu santo amor, siquiera por llevar en esta vida una muy dulce y descansada vida.





MEDITACIÓN XLVIII

Cómo el amor de Dios hace suaves todas las cosas.



EL que ama hace todas las cosas suavemente, porque al verdadero amante ninguna cosa es dificultosa, y por mucho que haga y con toda la diligencia a él posible, siempre desea hacer mucho más. Si amases, alma mía, muy de veras a tu Dios y Señor y como su divina majestad merece ser servido, no andarías tan inquieta ni derramada ni te darían pena ni enojo las cosas que ahora te desasosiegan y fatigan. Andas triste y descontenta porque no ha hecho presa en ti el divino amor. El amor de tu esposo Jesucristo hace dulce todas las cosas amargas.

En la Escritura leemos, que como uno echase en la olla de donde habían de comer los hijos de los profetas unas yerbas agrestes, mortíferas y amargas, no pudiendo comer de tal olla, lanzando en ella el profeta Elíseo un poco de harina, quedó luego sabrosa, sin memoria de amargura. Si te dan pena las injurias y si te amargan las adversidades y tribulaciones, echa en la olla de tu corazón un poco de harina de amor de Dios y toda esa amargura se convertirá

en dulzura. Cuando te quejas de los agravios que recibes y de la ingratitud de los hombres, con tu propia boca confiesas que no amas a Dios. Tú misma das, alma mía, testimonio contra ti de que no amas a tu Dios y Señor.

¡Oh, Redentor mío y esposo de mi alma, y qué buena y dulce vida podría llevar entre las molestias y trabajos de esta vida si yo quisiese! Si yo, Dios mío, de veras amase a tu divina majestad, en medio de los hornos encendidos y fuegos de tribulaciones y persecuciones estaría como en el paraíso. Los santos mozos en medio de las llamas del fuego de Babilonia, siendo perseguidos y condenados a muerte, sanos y buenos te alababan y bendecían, porque allá dentro en sus pechos ardía el fuego de tu divino amor. Daniel, entre los leones hambrientos, estaba asentado muy seguro, y Jonás, dentro del vientre de la ballena, te glorificaba con devota oración. ¡Oh, Señor, y cuán honrados son tus amigos y cuán seguros andan los que te aman y cuán consolados y contentos son todos los que te sirven! A solos éstos se debe tener envidia; solo éstos son los que aun acá en esta vida tienen vida, porque todos los demás mezquinos son, miserables y desventurados. ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas? Ama a Dios y estarás alegre y quieta. Si se pusieren contra mí escuadrones de gente armada, no temería mi corazón. Si se levantare contra mí batalla, en esto esperaré. Dame, Señor, tu santo amor y échame si quieres en el fuego del infierno, que allí estaré contento y alegre. Este tenga yo en mi pecho y levántese el infierno y todo el mundo contra mí. ¿Quién me da pena? Yo mismo. ¿Quién me persigue? Yo me persigo. Esas congojas que padeces, alma mía, y esas quejas que tienes y las cosas de que tanto te sientes, están diciendo que no amas a Dios, al cual si de veras amases, tendrías vida descansada y dulce, porque todo lo que ahora te enoja, te daría después grandísima consolación.

Eran amargas las aguas de Marath, las cuales, como los hijos de Israel no las pudiesen beber por su amargura, echan-

do Moisés un madero en ellas, luego fueron dulces. Así también eran saladas las aguas de Jericó, y quejándose de esto los moradores de la tierra a Eliseo, echó el Profeta un poco de sal en ellas y quedaron sabrosas. ¿Pues por qué no hará este efecto en nuestras almas y muy mejor tu amor divino? El amor santo de Jesucristo convierte en deleite y jocundidad todo lo amargo y áspero de la vida. El fuego da sabor a los manjares. El amor, fuego es, y así como fuego, da sabor y gusto a todos los manjares. La divina Escritura dice que Jacob amaba mucho a Raquel y sirvió por amor de ella a Labán muchos años, los cuales parecieron a Jacob muy pocos días por la grandeza del amor que a Raquel tenía. Mira cómo al que ama, los años parecen días y lo mucho se le hace poco. Si no amara, los siete años le parecieran setenta edades; pero porque amaba, siete años le parecieron siete días. Si el amor que a una mujer tenía pudo hacer tan maravilloso efecto, ¿cuánto mejor hará esto, Señor mío, tu santo y divino amor? Si te amáramos todos, nuestros servicios parecerían pequeños y tendríamos en nada los trabajos que pasáramos por amor de ti. Si hallamos dificultades en tu santa ley y si se nos hacen de mal pasar dolores y trabajos por amor de ti, esto es porque no te amamos. Al que ama muchos preceptos le parecen uno, así como al que no ama le parece un precepto muchos preceptos.

Esto se verifica muy bien en nuestra madre Eva, la cual dijo a la serpiente que le habías tú, Señor, mandado que no comiese del árbol de la vida ni aun lo tocase tampoco. No le mandaste que no tocase al árbol, sino solamente que no comiese; pero porque no amaba, un solo precepto le parecieron dos. Por el contrario, a más de seiscientas leyes que habías dado a tu pueblo de Israel, David, que te amaba, llamó en el salmo una sola ley cuando dijo: «Como ame, Señor, tu ley, en todo el día meditaré en ella.» Y hablando de los muchos mandamientos, dijo: «Muy extendido es tu mandamiento.» Esto dió a entender tu unigénito hijo y Salvador nuestro, Jesucristo, cuando hablando de sus manda-

mientos y de los que le amaban, dijo a sus discípulos: «Si alguno me ama, guarde mi mandamiento.» Y hablando de los que no le aman, dijo luego: «El que no me ama no guarda mis mandamientos.» De estos dos dichos y sentencias del Redentor, se ve cómo a los que aman es la ley de Dios un precepto y a los que no le aman, son muchos mandamientos, y por eso, tratando de los primeros, habló en número singular y dijo en plural hablando de los segundos que no aman. Es tu santo amor de tal calidad, que de muchas cosas hace una, y fácil lo dificultoso, y leve lo áspero, y dulce y deleitable todo lo amargo y desabrido.

Como las manzanas de las mandrágoras al que las huele o come hacen que no sientan dolor alguno, aunque le corten cualquier miembro de su cuerpo, así tu divino amor hace que no sienta el hombre los trabajos y dolores de esta vida, según aquello de los Proverbios: «Hiriéronme y no me dolió; llagáronme y no sentí el dolor.» Por esta causa diste, Señor, a muchos santos mártires tuyos este divino amor, para que con él no sintiesen tanto el dolor de los grandes tormentos. No sólo como amigos tuyos tenían el amor esencial que es tu gracia y caridad, de la cual estaban llenos, pero dísteles el amor sensible y alegría espiritual, con el cual favor y auxilio especial les eran aliviadas gran parte de las penas. Este amor divino pone facilidad y deleite en todas las obras penales de nuestro cuerpo, y si quieres conocer, alma mía, cuán sin amor de Dios vives, bastante argumento es la dificultad con que obras las obras de virtud. ¿Qué dificultad puede haber donde hay amor? ¿Qué cosa puede haber aceda donde está el dulzor del amor? ¿Qué cosa puede ser áspera o espantosa donde está el escudo del amor y su gusto y blandura? Ama, pues, alma mía, muy de veras a tu Dios y Señor y tendrás aquí vida alegre y jocunda y después con tu amado gozarás de vida gloriosa y perpetua en el cielo.



MEDITACIÓN XLIX

Que manda Dios que le amemos por honrarnos.



L amor vende al amante por el amado, de manera que nuestra alma más está en sus actos que en sus potencias, y más donde ama que donde anima. Cuando amo al mundo, doy mi alma por el mundo, y por eso dijiste, Señor, en tu Evangelio que donde está mi tesoro allí está mi corazón. Pues amando yo las riquezas temporales y bienes de la tierra, doy mi corazón, que es de alto precio, por el estiércol y basura del mundo. Soy como niño sin juicio, que doy un precioso rubí por una manzana, pues hago venta de mi alma por el estiércol de la tierra entregando esta preciosa perla y sobrepujante margarita por la vanidad y corrupción de la carne.

Así dicen tus divinas letras hablando del rey Acab y de unos perversos israelitas que se confederaron con los gentiles e hicieron acto con ellos, que se vendieron para hacer mal. Esto lloraba también el profeta Baruch cuando dijo de ciertos pecadores hebreos que se habían vendido a los gentiles. Gran ceguedad es que quiera el hombre que usa

de razón y tiene juicio dar cosa tan preciosa como su alma criada a tu imagen y semejanza y que la venda por las cosas viles del mundo. Por lo cual, el profeta Elías dijo: ¿Quién es ciego sino el que se vende? Pues viendo tú, Señor, nuestro engaño y ceguedad y cuán atontados y vendidos estamos en el mundo, por deshacer esta venta y sacarnos del engaño en que vivimos, mándasnos que te amemos, porque amando a tu Divina Majestad damos lo bueno por lo mejor, la criatura por el Creador, el alma por Dios, y esta piedra preciosa por aquel que ningún precio recibe. Todo lo que es, es criador o criatura, porque todo lo que no es Dios es hecho por él.

El amor es como fuego, que siempre obra y quema teniendo materia, y así nuestra voluntad no puede estar ociosa porque siempre se ha de ocupar amando una cosa u otra, y así necesariamente ha de amar al Creador o a la criatura. Cuando ama nuestra alma a la criatura terrenal, ama lo que es menos que ella, por ser ella más noble. Por amor de esto nos mandas, Señor, que te amemos, por honrarnos y mejorarnos en la venta, vendiéndonos por ti, que eres precio y valor inestimable. A unos pecadores que dejándote a ti, fuente de aguas vivas, cavaron cisternas agujereadas, dijo tu profeta Isaías: «De balde os habéis vendido.» Con razón dice que se vende de balde el que se da a sí mismo por las heces del mundo. Pero tú, clementísimo Señor, compadeciéndote de nosotros, mandas que te amemos porque nos hagamos bien a nosotros mismos. Quieres honrarnos y que nos estimemos en mucho mirando lo que somos, pues nos criaste a tu imagen y semejanza, y así quieres que no nos demos sino por cosas que valgan más que nosotros. Esto hacemos amándote, pues de esta manera es transformada la criatura en su Creador y entregada al que de la nada la hizo. Esta es la fuerza del amor, que tales nos conviene que seamos cual es aquello que amamos, y así, amando la tierra, nos hacemos terrenales, y poniendo nuestro amor en el cielo, somos hechos celestiales y divinos. Nabucodonosor,

por el amor desordenado, fué como bestia y anduvo paciendo las yerbas del campo, y muchos, dice el Apóstol que mudaron la gloria del incorruptible Dios en semejanza de imagen corruptible de hombres y de aves, de cuadrúpedos y serpientes.

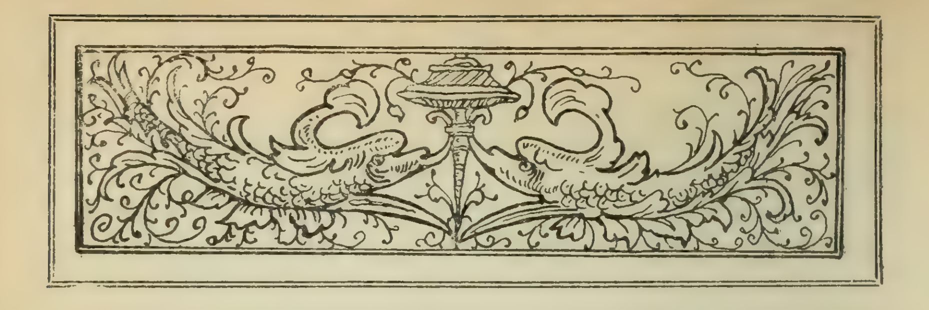
Para no hacer monstruosa mi alma con semejantes y disformes figuras, hermoseando la figura del rey celestial que en su creación le fué dada, amarte he, Dios mío y gloria mía, para que pueda decir con la Santísima Virgen y Madre: «Mi alma engrandece al Señor.» Ninguno puede decir alma mía, sino el que tiene su alma libre de toda servidumbre de pecado. El que ama al mundo más que a sí, no tiene el alma consigo, sino con el mundo. Sólo aquél puede decir que su alma es suya, que la tiene en su poder y libertad, y no la tiene enajenada, ni entregada a vicios y pecados. Aquel evangélico negociador, cuando halló el tesoro escondido en el campo, fuése y vendió todo cuanto tenía y compró el campo donde estaba el tesoro. No todos hallan este divino tesoro, porque no todos te conocen, pues tantos infieles viven y mueren en las tinieblas de su infidelidad. Hallado por fe, como te halla el cristiano que en ti cree, no todos tienen caudal para comprar este campo y poseerte y gozarte, porque el precio es la voluntad, que se da por amor, y ésta no es nuestra cuando amamos las cosas terrenales más que a nosotros.

Renunciando a las cosas del mundo y detestando los pecados, nos hallamos a nosotros mismos, pues envueltos en estas cosas por desenfrenado amor, no éramos nuestros. Fuése y vendió todo cuanto tenía y compró el campo. Fuése, fuera de sí mismo, y fuése negándose a sí, y lo que ganó fué hallarse a sí mismo, renunciando al mundo, y después que cobró su propia voluntad y se vió señor de su alma, vendióla toda, dándola a ti, mi Dios, por amor, y amándote sobre todas las cosas quedó rico, poseyéndote y gozándote, pues no te poseen sino los que te aman, ni te das sino por precio de amor. Maravillosa mercadería y extraño

género de compra y venta, donde se vende el hombre y se compra Dios. Da el hombre su propia voluntad por ganar a Dios, a quien amando sobre todas las cosas y más que a sí mismo, niega a sí mismo y ya no vive a sí mismo, sino vive en Dios, según aquello del Apóstol: «Vivo yo, ya no yo, pero vive en mí Cristo.»

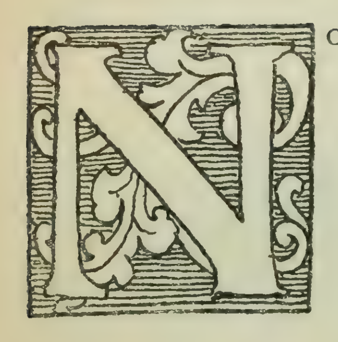
Levántate, pues, ahora, alma mía y entra dentro de ti misma y mira cuya eres, haz contigo misma diligente inquisición y rigurosamente con todo cuidado examina cuya eres, porque de aquel eres a quien amas. No seas sierva del mundo, cautiva de la carne ni esclava del demonio; pues tanto te amó tu esposo Jesucristo que se puso en la Cruz y se entregó a la muerte por recibirte por su esposa. Desata las ataduras de tu cuello, cautiva hija de Sión, cobra tu antigua libertad quebrando de veras con el mundo, porque no acepta tu Dios sino libre y voluntario servicio. ¿Cuál es más honroso estado para ti, ser sierva y cautiva de la vanidad o servir a tu Dios, a quien servir es reinar? ¿No será mejor que ames a quien has de amar y que vivas y reines? ¡Oh, mi Dios y Señor, y cuánto te debo, pues me mandas que te ame, pues en esto no pretendes tú ni interés ni provecho, sino mi bien y mi honra; pues deshaciendo el engañoso contrato y venta que he hecho con el mundo, te ame a ti solo, entregándome a ti con amor y sea de esta manera transformado en ti, y de hombre carnal y terreno, sea celestial y divino, porque tal me conviene que sea cual es aquello que amo!





MEDITACIÓN L

Cómo se entiende el mandamiento del amor de Dios.



No tengas, pues, ánima mía, por tan dificultoso de guardar este mandamiento del amor de tu Dios sobre todas las cosas, como parece sonar la letra de fuera, porque como sea precepto afirmativo, el cual no obliga en todo tiempo, sino solamente cuando se ofrece la ocasión y necesidad, así aunque sería santísimo y muy loable estar siempre actualmente amando a Dios, pero no quiere el clementísimo Señor mandarte esto, sino sólo que le ames cuando la razón te obliga. Entonces, pues, seremos, Señor, obligados a amar a tu divina majestad sobre todas las cosas, cuando ofreciéndose la ocasión de ofenderte quisiéramos antes perder cualquier bien, por grande que sea, que cometer algún pecado. Cuando siendo tentado y convidado a pecar por los enemigos del alma, tuviere por mejor descontentarlos y perder cualquier bien temporal antes que ofenderte, Señor y Dios mío; verdaderamente entonces te amo más que a todas las cosas. En tanto que esta ocasión no se ofrece, no soy obligado a estar actualmente

amando a Dios, aunque en todo tiempo tenga obligación a tener la preparación del ánimo que es determinado propósito de nunca ofenderle, y en cuanto a esta parte, por ser el precepto negativo, obliga en todo tiempo, y así en todo tiempo somos obligados a nunca ofender a Dios.

Conforme a esto se sigue magníficamente que este precepto en parte es afirmativo y en parte negativo. Afirmativo, porque nos pide que amemos a Dios, y que verdaderamente, y no con fingimiento, en su tiempo y lugar, le sirvamos con todas nuestras fuerzas interiores y exteriores. Es negativo, porque como pide toda el alma y todo el corazón para que le amemos, por el mismo caso también nos manda que con estas fuerzas no sirvamos a otro Dios. Y así, aunque los bienaventurados guardan y cumplen este mandamiento mucho mejor que nosotros, porque así como en parte conocemos en parte también amamos, no por esto nosotros no guardamos este divino mandamiento como nos obliga y nos es mandado, amando al Señor, Dios nuestro, de tal manera, que no amemos con su ofensa a otra cosa más que a él, aunque con tibieza y sin grande fervor nos empleemos en su servicio, aunque amemos otras cosas y aunque pensemos en otras cosas y aunque sea nuestro servicio con contradicción de la sensualidad. Por lo cual es también de notar que tampoco nos obliga nuestro Dios y Señor a que le amemos con mayor intención y afecto que a las otras cosas del mundo, sino solamente que le amemos con mayor precio y estimación, teniendo en más su amistad que el amor de las criaturas. Puedes lícitamente amar tus cosas y sentir muy mucho la pérdida de ellas y no ir contra este mandamiento. Ama el vasallo a su príncipe y rey y tiene en mucho su amor, y juntamente con esto ama también a su vecino, con quien trata y conversa con mucha familiaridad y amor. El que de esta manera ama al príncipe y a su vecino y hermano, ama con mayor intención al vecino que al rey, y así siente más la muerte del vecino que la del rey; pero con todo esto ama al rey con más estimación y precio,

porque estima en más el amor del rey, y en caso de necesidad, antes escogerá ofender al vecino y caer en su desgracia que perder la gracia y amistad del rey. No nos obliga Dios ni nos manda amar a él con mayor intención, calor y sentimiento que a las criaturas, pero quiere solamente que le amemos con mayor estimación, estimando y apreciando más su amor que el amor de las criaturas.

El que tiene en tanto el amor de Dios que antes quiere perder cualquier amor terrenal que ofender a Dios y ser privado de su santo amor, este tal ama a Dios sobre todas las cosas, aunque quiera y ame a las otras cosas con más intención y calor y aunque las ame con mayor conato y fuerza de voluntad. Sólo esto nos pide Dios, que estimemos en más su divino amor que todo otro amor; de suerte que el amor de Dios sea preferido a cualquier otro amor.

Como esto se guarde, puedes amar las otras cosas y sentir y llorar su pérdida muy afectuosamente, sin ir contra el mandamiento del amor. Verdaderamente muy poco nos pide el que tanto nos dió. Verdaderamente, inexcusable eres ¡oh, hombre! que no amas a quien es bondad y hermosura infinita y tanto te quiso que cuando te da el mandamiento de su amor no estrecha el camino de tu salvación, antes lo ensancha y dilata. Propio es del amor querer y procurar al amado todo el bien que ha menester.

Tal es el amor que nos tienes, nuestro Dios y Señor, pues nos das tan larga licencia para amar otras cosas, porque aquél ama a Dios de todo su corazón y sobre todas las cosas, que guarda todos sus mandamientos y no hace cosas que contradicen al divino amor. Por lo cual del rey Josías dicen las divinas letras: «No hubo otro como él, que así se volviese a Dios de todo su corazón y de toda su alma y con todas sus fuerzas, según la ley de Moisés.» Porque cumplió y guardó toda la ley de Moisés, dice que se volvió a Dios de todo su corazón y voluntad. Aquél te ama, Señor y Dios nuestro, de todo su corazón, que no ama ninguna cosa de las que tienes vedadas y antepone tu santo amor a todo

otro amor. Así lo hizo aquella casta Susana cuando estimando en más tu santo amor que el sensual y mundano, tuvo por mejor caer en aborrecimiento y odio de los hombres que ir contra el mandamiento de tu amor. Lo mismo fué dado a escoger al virtuoso José en Egipto y él eligió antes la persecución que padeció que ofenderte. Por mejor tuvo el santo Moisés (como dice el Apóstol) la ignominia y oprobio del pueblo de Israel cautivo que los regalos y deleites del palacio de Faraón. Por lo cual el Salmista dice: «Antes escogí ser despreciado en la casa de Dios que morar con los pecadores.»

Tu santo amor, como el aceite, ha de nadar sobre todos los otros licores y éste ha de ser estimado más que todas las otras cosas. Como en caso de necesidad, cuando la ley nos obliga guardando tus santos mandamientos, no te ofendemos pecando; cumplimos con esto tu precepto de amor, aunque fuera de este caso amemos mucho a las criaturas. Amarte, Dios mío, sobre todas las cosas, es tener el corazón tan rendido a tu divina majestad, que antes quisiera yo padecer mil muertes que apartarle de tu amor. Así te amaba aquel santo Apóstol que decía: «¿Quién nos apartará de la caridad de Jesucristo? ¿Las angustias, tribulaciones y trabajos de esta vida? Sé que ni la muerte ni la vida me podrán apartar del amor de Jesucristo.» Muy poco es por cierto, alma mía, lo que te demanda este benigno Señor, pues te da larga licencia para amar tus cosas y no te pide sino que por ninguna de ellas le ofendas, amando todo lo demás cuanto quisieres. No admitas en tu voluntad ni en tu entendimiento cosa que sea contraria a la voluntad de Dios.

Cuando vió Sara que se burlaba Ismael con Isaac, echóle de casa. Así cuando las riquezas y honras del mundo se burlaren con la honra de Dios, vayan fuera. Y por quitar este escrúpulo y porque nadie pensase que el cumplimiento de este mandamiento era imposible, después que Moisés hubo dado este mandamiento, dijo luego: «Este mandamiento que yo te mando hoy no está sobre ti ni lejos de

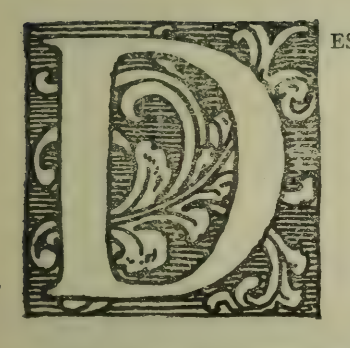
ti ni en el cielo, para que puedas decir: «¿Quién de nosotros podrá subir al cielo para que lo traiga a nosotros y lo oigamos y lo pongamos por obra?» Ni está puesto de esa otra parte del mar, porque no digas: «¿Quién podrá pasar el mar y traerlo a nosotros, para que lo podamos oir y hacer lo que nos manda?» Pero está muy cerca de tí, y en tu boca y en tu corazón para que lo cumplas. Mira que ames a tu Dios y Señor y que guardes sus mandamientos.





MEDITACIÓN LI

Cómo el mandamiento del amor de Dios es el grande y primero mandamiento.



ESPUÉS que respondiste, Señor, al que preguntaba por el mayor mandamiento de la ley, diciéndole que amase a Dios sobre todas las cosas, añadiste más: «Este es el grande y primero mandamiento.» Es este el muy grande y principal mandamiento y el mayor en dignidad, porque todos los demás se pueden sin tu amistad guardar sino éste. Es grande en merecimiento y es grande este mandamiento, porque el acto y obra de este precepto, que es amar, es más excelente que las obras de los otros mandamientos. El cumplimiento de este precepto es de suyo meritorio, lo cual no es de los otros mandamientos sino en virtud de este mandamiento. El que cumple este precepto merece por sí, pero el que cumple el precepto de la limosna o del ayuno u otro cualquier precepto y buena obra, no merece por sí, sino en virtud de este mandamiento del amor, porque la caridad da el mérito celestial a todas nuestras buenas obras. En

virtud de este mandamiento, todas nuestras obras tienen ser y valor y sin él pierden su valor todas ellas.

Es grande, porque grandemente nos lo pides, y da gran paz y quietud en el alma y alcanza grande corona en el cielo si se guarda y grande tormento en el infierno si no se cumple. Este, finalmente, es el mandamiento grande, y tan grande mandamiento, que sin él todos los otros mandamientos son pequeños, y aun como dice el Apóstol, son nada. Si repartiere toda mi hacienda entre los pobres y entregare mi cuerpo de manera que arda en llamas de fuego, si no tuviere caridad, ninguna cosa me aprovecha. Si tuviese espíritu de profecía y supiere todos los misterios y todas las ciencias, y si tuviere tanta fe que traspasase los montes de una parte a otra, si no tuviere caridad no soy cosa alguna. Y por el contrario, las cosas muy pequeñas con el amor son hechas muy grandes; porque dar un jarro de agua fría con amor, dices, Señor, en tu Evangelio que es cosa tan grande, que darás por esto el cielo.

¡Oh, alquimia maravillosa, que todo lo que toca convierte en oro! ¡Oh, verdadera vida de virtudes, sin la cual ninguna virtud tiene vida! ¡Oh verdadera reina de todas las virtudes y de toda buena obra y esmalte de toda la vida cristiana! Apartando tu cara todas las cosas se convierten en nada, pero mostrando tu rostro y soplando y enviando tu espíritu, todas las cosas son recreadas y renuévase la redondez de la tierra. Tú nos envías al infierno si nos dejas y nos sacas de él si estás presente; matas todas las cosas con tu ausencia y les das vida viniendo a ellas. Si vuelves, vivificas al hombre, lo enriqueces con tu presencia y cuasi lo haces celestial y divino. ¡Cosa es sobre todo cuanto hay, maravillosa!

No hay cosa más dichosa que tu presencia ni más miserable ni desventurada que tu ausencia, porque tu presencia nos trae a Dios y tu ausencia nos le quita. La más excelente obra que mi alma pueda hacer es amar a su Creador, y por amor de esto, Redentor del mundo, encomendaste este

mandamiento del amor con tan grande encarecimiento que muy específicamente dijiste todas las particularidades cómo querías ser amado, y después concluiste diciendo ser este mandamiento el mayor y más principal de todos y el primer mandamiento. El primero en dignidad, porque tu santo amor es el crisol donde se purifican las obras virtuosas.

Este es el grande y nuevo mandamiento del cual dices: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros.» ¿Cómo, Señor, es nuevo lo que tantos años antes habías mandado? Nuevo es, por cierto, porque no hemos recibido espíritu de servidumbre ni temor, mas espíritu de devoción de hijos, en el cual te llamamos padre. No es mandamiento de temor, sino de amor y dado por nueva manera; no en tablas de piedra esculpido, sino en las tablas de nuestros corazones. Y por nueva manera se cumple y pone por obra, porque viendo los hombres lo mucho que nos amaste y hasta la muerte de Cruz, y viendo tan grande y tan excesivo amor, aprendan a amarte con nuevo amor, habiendo experimentado tan nuevo y tan nunca oído amor. Y así este santo mandamiento del amor es viejo y nuevo. Viejo, cuanto al dar fe, y nuevo, cuanto a la virtud, fuerza y valor del amor, porque desde entonces comenzaron los hombres y las mujeres a darse a sí y a todas sus cosas por tu divino amor, oyendo predicar a los Apóstoles cómo tú, siendo Dios, vencido del amor te habías puesto en la Cruz con grandes tormentos por librarlos a ellos. ¡Oh, nuevo mandamiento de amor y nuevo género de amor, pues por darnos este amor y encender en nuestros corazones este divino fuego, tan nuevas y nunca oídas ni vistas muestras de infinito amor nos diste!

Este es el fin de todo mandamiento conforme aquello que dice tu santo Apóstol: «El fin del precepto es la caridad de corazón puro y de buena conciencia y fe no fingida.» Fin quiere decir perfección, paradero y remate de toda ley. Así es este mandamiento norte a quien miran y por quien se rigen todos los otros mandamientos. Por amor de lo cual

el Apóstol San Pablo, habiendo tratado de muchas virtudes, cuando quiso hablar de la caridad, dijo escribiendo a los Corintios: «Ahora os quiero mostrar otro camino más excelente.» Es tan excelente el amor que sin trabajo obra con manos ajenas y hace suyos los bienes de los otros sin perjuicio de nadie. Participante soy yo, dijo David, de todos los que temen a Dios. Gozándome yo del bien que los otros hacen, soy participante de sus méritos.

Mira, pues, ahora, ánima mía, cuán grande es la excelencia de este singular y primero mandamiento del amor. Tan grande es la destreza del amor, que como recio eslabón a cada golpe que hiere saca centellas de fuego de amor. Si te vieres próspera de salud, honras o riquezas, saca fuego de amor alabando a Dios. Si te vieras triste, perseguida y desconsolada, saca fuego de amor dando gracias a Dios. Si te vieres afligida y cargada con pecados, saca fuego de amor implorando el favor divino y clamando por su misericordia. ¡Oh, precepto jocundísimo el del amor y cuán gran merced me hiciste, Dios mío y todo mi bien, en mandarme que te ame! El amor es cosa muy apacible, muy deleitable y muy suave y no hay en él cosa áspera, dura ni trabajosa. Si para poseer tu reino nos mandaras navegar por todo el mar o caminar largas jornadas por tierra o andar desterrados muchos años peregrinando ú otra cosa semejante muy trabajosa o dificultosa, pudiera yo tener alguna excusa, aunque no legítima ni bastante. Mas, pues no me mandas sino que te ame, siendo cosa tan fácil y deleitable, grande locura es perder la ocasión de reinar contigo y con tus ángeles por no amar.

Si mandase pregonar el rey que a quien le amase le daría parte de su reino y cuanto más le amase le daría mayor parte de él, ¿cuántos hallaría que le amasen por gozar de sus bienes? Pues tú, Señor, que eres rey de los reyes, das tu gloria a quien te ama y apenas hallas quien te ame. Tú eres, Señor, el que dices que te estás a la puerta y llamas y ruegas que te abran. ¿Para qué pides esa licencia? Entra, Señor,

en tu casa, que tú la fabricaste. ¿Quién pidió jamás licencia para entrar en su casa? Grande es, por cierto, tu mansedumbre, Señor; pues creando nuestra alma para morar en ella, no quieres entrar por violencia, ni haciendo fuerza, sino por su voluntad y viniendo a enriquecerla estás rogando. Abreme, amiga mía, y hermana mía; mira que tengo mi cabeza llena de suave rocío celestial y de aguas de gracias. Mira que no vengo a ti por tener necesidad de posada, porque mi posada es la eternidad, sino por tu provecho. ¿Qué viste en mí para que no me ames? Amarte ha, Señor, mi corazón todo cuanto fuere a mí posible, pues pides ser amado de mí y me das tan noble y dulce mandamiento.





MEDITACION LII

Cómo Dios ha de ser amado por ser Señor.



RESPONDIENDO, Señor, al que te preguntaba cuál era el mayor mandamiento de la ley, dijiste de esta manera: «Amarás al Señor, Dios tuyo, de todo tu corazón y con toda tu ánima y con todas tus fuerzas.» En estas pocas palabras, sumariamente, con mucha brevedad, dices cómo quieres ser amado de nosotros y las causas o razones por que quieres que te amemos. Hemos de amarte con todo nuestro corazón, ánima y fuerzas y hemos de amarte porque eres Señor y porque eres Dios y porque eres nuestro. Cada cosa de éstas en particular es menester que desmenuce y contemple mi entendimiento, para que mi voluntad se encienda en tu divino amor y suba mi alma a gozar de los dulces brazos del Esposo. Tocas en estas palabras las razones porque te debo amar, diciendo: amarás al Señor, Dios tuyo, de todo tu corazón; como si más claro nos dijeras: Amarle has porque es Señor, amarle has porque es Dios, amarle has porque es tuyo y amarle has de todo corazón por estas tres causas, conviene

a saber: porque es Señor, porque es Dios y porque es tuyo. De manera que le amarás por sí, porque es Dios y amarle has por sus cosas, pues es Señor, y amarle has por ti, pues es tuyo. De todas partes te muestras, Señor, muy amable. Amable, porque eres bueno; amable, porque eres deleitable, y amable, porque eres provechoso. No puedo, pues, Señor, huir ni me puedo excusar de tu amor. Amarte he, fortaleza mía y bien mío, pues eres mi Señor.

Con gran justicia el fruto del árbol y de la viña es del señor que la plantó, y el que quitase a su señor el fruto de su viña, con mucha razón sería acusado de hurto. Por lo cual, el Apóstol dice: «¿Quién planta la viña y no come de su fruto?» Todos los hombres que vivimos en este mundo somos como árboles plantados por tus divinas manos, y en cada uno de nosotros plantaste tus potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad, con que te sirviésemos. Luego si el árbol acude con sus frutos al señor, obligación tengo yo de acudir con mis potencias a ti, mi Dios, pues eres Señor de ellas. ¿A quién, pues, has de amar, alma mía, sino a quien te dió poder para amar? ¿En quién has de ejercitar tu conocimiento, sino en el que te dió entendimiento para conocer? ¿A quién has de tener en tu memoria, sino al que te dió potencia para acordarte?

Los que reciben en vano su alma, dice el salmista que no subirán al alto monte de Dios. Aquéllos, sin duda, recibieron de balde su alma y potencias, que no las emplean ni ocupan en las cosas para que se hicieron. Hicísteme, Señor, para que entendiese el sumo bien, y entendiéndolo lo amase, y amándolo lo poseyese, y poseyéndolo lo gozase. No recibiré yo en vano mi alma, ni estará en algún tiempo mi voluntad ociosa; pero gastaré los días y las noches dando el fruto de mi voluntad, que es el amor, a quien plantó el árbol y a quien me dió poder para amar. Con razón fueron castigados y lanzados de la viña aquellos rebeldes labradores que no acudieron a su señor con la venta y fruto de ella. Merecedor es, por cierto, de que le sea quitada la vo-

luntad al que no la emplea en tu amor. Indigno es de poseer los dones el que no usa bien de ellos. Pues si tú eres mi Señor y es tuyo todo cuanto yo tengo, ¿por qué no te serviré con lo que me diste?

Con mucha razón vendrá sobre mí aquella sentencia que pronunciaste en el Evangelio contra los ingratos, cuando dices: «Darán al que tiene y será quitado al que no tiene aquello que parecía tener.» Cuando un siervo recibe de su señor una gran merced, si es agradecido convida al señor a que le haga otra merced mayor; pero cuando es ingrato, no sólo no le hace más merced, pero aun aquella le quita. Así, el que usare bien de los beneficios que recibió de tus magníficas manos, recibirá otros nuevos dones; pero si es ingrato, le será quitado lo que parecía tener.

Por amor de esto fueron castigados aquellos de quien dice tu santo Apóstol que como conociesen a Dios no le glorificaron ni le dieron gracias, pero desvaneciéronse en sus pensamientos y obscurecióse su insipiente corazón, y diciendo ser sabios fueron hechos locos. Conociéndote, Señor, con el entendimiento que les diste, tuvieron la voluntad ociosa, no amándote ni dándote gracias a ti, Señor, de cuyas manos recibieron estas potencias, y los que te habían de amar y adorar vinieron a adorar las imágenes de piedra y de palo. Del toque del eslabón en el pedernal, aunque salga fuego, no prende si no se aplica la yesca. Así, aunque dé mi alma con el eslabón del entendimiento en el pedernal, que eres tú, mi Dios, bien podrá sacar lumbre de entendimiento y muchas centellas de perfecciones que alcanzará a conocer en ti; pero nunca prenderá en mi alma el fuego de tu divino amor si la yesca de mi voluntad no estuviese de por medio. ¿Qué aprovecha que te conozca sino te amo? ¿Para qué quiero tener el entendimiento ocupado en la contemplación de tu bondad y excelencias de tu divina persona teniendo la voluntad ociosa? Por amor de esto conviene, Señor, que así te ame como te conozco, y que como empleo mi entendimiento en conocerte, gaste

toda mi vida en amarte, acudiendo con los frutos de las potencias de mi alma al Señor de ellas.

¡Oh, amor infinito y soberano bien! Pues mi voluntad, aunque potencia libre, no sé si es libre, y digo que no es libre, sino cautiva de tu amor, porque aunque quiera no amarte no puede dejarte de amar, no quiero gozar de tan mala libertad como es no poder amarte, porque descubriste a mi entendimiento tanta parte de tus perfecciones divinas, que no puedo, aunque quiera, detener a mi voluntad sin que se lance, tendidas las alas de sus afectos, en este horno de infinito fuego de amor. Mándame lo que quisieres y no me mandes que no te ame, pues será a ti imposible dejarte de amar. Tú eres, Señor, el que dices a mi alma: «Ponme por señal en tu corazón y en tu brazo, porque fuerte es el amor como la muerte y dura la emulación como el infierno.»

Mata la muerte a amigos y enemigos, porque lleva a los que la aman y a los que la aborrecen, y así tu amor se extiende a amar a tus enemigos, la cual caridad no pudieron matar las muchas aguas ni grandes avenidas de tribulaciones y adversidades.

Dícesme, pues, Señor, que te ponga por blanco en mi corazón y en mi brazo, porque no ame otra cosa con mi corazón ni con mis obras sino a ti, pues con tan fuerte amor me amas que a todos comprende tu amor, así como la muerte a los mortales. Y dices aún más, Señor: que como el infierno atormenta a los que recibe, así te abrasa en caridad este celo y amor. Oye, pues, alma mía, una cosa increíble, pero verdadera. Si Dios pudiese ser afligido y atormentado, de ninguna otra cosa puede ser atormentado sino del amor. Y si no me quieres creer, pon delante de tus ojos a tu esposo Jesucristo, que es imagen y sustancia de Dios y verdadero Dios, en quien están al vivo todos los afectos del Padre Eterno. El es el que dice: «Fuego vine a traer a la tierra y ¿qué quiero sino que arda? De un bautismo tengo de ser bautizado y ¡cómo me aflijo y angustio

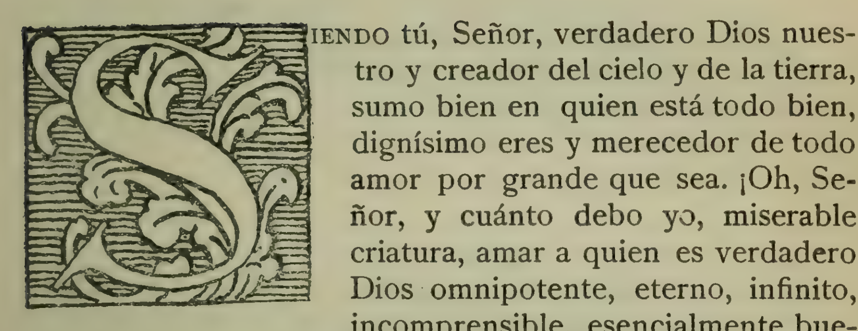
hasta que sea!» Angustiábase y atormentábase el Señor sintiendo en sí llamas del amor y celo que nos tenía. Confiesa este Señor y Dios tuyo ser del amor atormentado. Y pues eres, Señor mío, tan grande, tan amoroso y tan bueno, y conoce el buey a su poseedor y la bestia el pesebre de su señor, así conoceré yo a ti, mi Dios, por Señor mío, y a mí por hechura de tus manos, y no sufriré que las criaturas que carecen de razón me hagan ventaja, antes te conoceré por Señor, adoraré como a Dios y amaré como a sumo bien y bondad infinita, dando todo lo que soy a quien me dió todo lo que soy y puedo y tengo.





MEDITACIÓN LIII

Cómo Dios ha de ser amado por ser Dios.



SIENDO tú, Señor, verdadero Dios nuestro y creador del cielo y de la tierra, sumo bien en quien está todo bien, dignísimo eres y merecedor de todo amor por grande que sea. ¡Oh, Señor, y cuánto debo yo, miserable criatura, amar a quien es verdadero Dios omnipotente, eterno, infinito, incomprensible, esencialmente bueno y un acto puro de bondad! ¡Cuánta es, Dios mío, tu bondad, cuánta tu gloria, cuánta tu potencia, cuánta tu sabiduría, cuánta tu plenitud, cuánta tu suavidad, cuántos tus deleites, cuánta tu luz, cuánta tu perfección y cuánto, finalmente, tu cumplimiento de todos los bienes y de todas las cosas que se pueden desear! Ensancha tus senos, alma mía, dilata tus afectos y extiende como piel tus deseos, y como el profeta dice, ensancha tu lugar de tu tienda y las pieles de tus moradas extiende, haz lejos tus cuerdas y confirma tus clavos, porque sobrepuja a tu capacidad y a todo tu deseo aquella majestad, aquella bondad y aquella bienaventuranza que él tiene aparejada para los que le aman.

Es todo nuestro afecto comparado con aquel sumo bien como una gota de agua cotejada con el gran mar océano, porque sobrepuja a todo su sentido y a todo su deseo aquel océano infinito de gloria y hermosura, aquel abismo profundísimo de lumbre y caridad, la cual no es comprendida con nuestro deseo.

Esto fué dibujado en aquella corona, que en el *sancta sanctorum*, cercaba de toda parte el propiciatorio, por ser tu bondad y majestad divina como figura esférica perfectísima y sin principio ni fin y digno de ser amado por ti, por el cual y al cual es hecho todo amor y hacia el cual todo amor arroja al que lo tiene, porque es Dios centro de amor al cual endereza a toda criatura a peso del amor. Pues luego a sólo Dios por sí conviene el amor, así como la honra. Y de aquí es que si alguna cosa se ama, la cual por él no se ama, vanamente se ama, y por eso ni el ángel dignamente por sí ultimadamente ha de ser amado.

Tan amable eres, Dios mío, que de todas las cosas, aun de las insensibles, en su manera eres amado; porque, ¿qué son las inclinaciones de las cosas naturales, sino unos amores con los cuales son llevadas a ti, aunque por su imperfección no puedan llegar hasta donde van, conviene a saber hasta el bien increado, mas quédanse en el bien creado, participando de él? Porque, ¿qué es el peso en la piedra, sino un amor que tiene al centro, y qué es la ligereza en el fuego, sino un amor que tiene a su esfera? Bien es aquello que todas las cosas desean y ninguna cosa hay sino amor, y este natural apetito de bien en las cosas en alguna manera se puede decir amor de Dios. Mas porque la naturaleza insensible no puede llegar hasta el bien inconmutable, por eso se queda y descansa en el bien participado. Mas la criatura intelectual y racional, que son el ángel y el hombre, tienen esta dignidad, que pueden llegar hasta el sumo bien que desean y ser de él capaces.

¿Por qué andas, pues, alma mía, rastreando por las criaturas y buscando el sumo bien en las cosas corruptibles del

siglo? Vuélvete a tu Dios, porque en él hallarás bondad infinita, delectación sin medida y hermosura inefable y todo tu bien junto, según aquello que este mismo Señor dijo a Moisés: «Yo te mostraré todo el bien.» No imagines a tu Dios, sabio, poderoso ni hermoso, como el hombre o el ángel, porque el hombre o el ángel por accidente son buenos, mas Dios esencialmente y sustancialmente es bueno, no por alguna cosa ayuntada, porque no se junta a su bondad alguna bondad o hermosura, por la cual sea Dios bueno y hermoso, ni a la naturaleza de Dios se mezcla bondad, mas el mismo Dios es la infinita e ilimitada bondad y hermosura y sabiduría y poderío. Y así en todas las otras cosas que de Dios se dicen, no denominativamente y por participación como en las otras criaturas, mas esencialmente.

Lo que hemos dicho de la bondad, sabiduría y hermosura de Dios, mira que no lo extiendas de esta manera a las otras naturalezas, de suerte que por semejante manera quieras llamar a Dios color y blancura y otras cosas semejantes, como se dice grandeza, fortaleza, poderío y sabiduría, porque estas cosas nombran perfecciones simplemente en Dios, y por consiguiente, en las criaturas, pero esas otras cosas no así, porque no es Dios blanco ni colorado como es sabio y poderoso. Este nombre, Dios, y esto que es ser Dios, incluye en sí todo el deleite, contentamiento, descanso y alegría que se puede imaginar. Incluye todo el provecho e interés que puede ser pensado y encierra en sí todo lo honesto, santo y bueno. Esto es ser Dios y tener en sí todos los bienes honestos, útiles y deleitables. Pues si toda la causa por que yo pongo mi amor y afición en alguna persona es porque en ella espero alguno de estos tres bienes, honesto, provechoso o deleitable, ¿por qué no amarte a ti, mi Dios, que eres riquísimo de todos ellos? Gran culpa mía es, Señor, si no te amo, pues de todas partes te muestras amable y digno de ser amado. Amable, porque eres bueno; amable, porque eres deleitable; amable, pues eres provechoso.

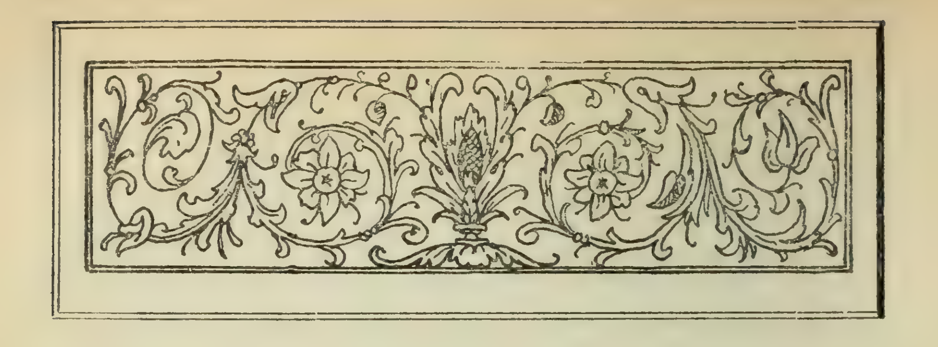
No puedes, ¡oh, hombre!, excusarte de amar a Dios. Si eres virtuoso, ama a Dios por sus virtudes; si codicioso, ámale por ser suma riqueza; si quieres deleites, ámale, pues están en él cuantos puedes imaginar.

¡Oh, cuánto debe ser poderoso el que como dice el Profeta, sustenta con tres dedos la inmensidad de la tierra y con tanta ligereza revuelve el cielo y el que amansa la braveza de la mar con la flaca arena! ¡Oh, cuán benigno es el que viendo tantos males, disimula y con soberana paciencia espera; y cuán amoroso con sus amigos el que a sus enemigos ruega con la paz! Sólo tú, Señor, hinches el vacío de mi alma como el sello el vacío de la cera. Y como todas las cosas están más perfectamente en tu divina majestad que en sí mismas, de aquí es que todas las cosas naturalmente han de amarte. ¿Cómo, pues, podrá nuestro amor desviarse ni apartarse de ti, pues sólo en ti se afina, conserva y perfecciona? ¿Cómo puede nuestro amor apartarse de su objeto? Si yo quiero vender mi amor, ¿quién me lo podrá comprar mejor que tú, que eres riquísimo y me puedes dar por él la vida eterna? Si quisiera darlo graciosamente, ¿quién lo merece mejor que tú? Si por fuerza, ¿quién más violentamente me lo puede quitar? Y si lo quiero dar por vía de agradecimiento, ¿a quién sino a ti lo daré, debiéndote tanto como te debo? Tengo yo, pues, de amarte, aunque no quiera, porque eres mi Dios, donde están todos los bienes eternos, hermosura, riquezas y deleites, y en fin, todo bien. Y así como la piedra, por natural inclinación se va abajo, así libre y suelto el amor, naturalmente se irá a ti, mi Dios.

Si pongo mis ojos en tu divina majestad, veo un abismo de bondad, luz inmensa y sabiduría infinita. Y si me convierto a las criaturas, veo innumerables ángeles hermosos, nobilísimos, resplandecientes y purísimos, a los cuales todo este mundo visible está sujeto; porque la criatura corporal sujétase a la espiritual. Veo los hermosos cielos, las resplandecientes estrellas, los fulgentísimos planetas, y todo esto

tan bueno y perfecto, que muchos de los gentiles lo adoraron por dioses. Y si desciendo más abajo, veré una infinidad de diversas criaturas. Si pregunto a todo esto qué es lo que hace, responderán que ninguna otra cosa sino obedecer y servir al sumo bien y criador de todas las cosas. Por tu orden persevera el día, porque todas las cosas te sirven. No hay mosquito que con todas sus fuerzas no haga esto. ¿Pues qué haré yo ahora? ¿Por ventura lidiando todas las criaturas sobre quién te servirá mejor, sólo el hombre estará ocioso? Justo es, Señor, que yo te ame con todo mi grande amor todo cuanto me sea posible.





MEDITACIÓN LIV

Cómo Dios ha de ser amado por ser nuestro.



NATURAL es al hombre el amor de sí mismo, y, por consiguiente, el amar sus propias cosas, por amor de lo cual, clementísimo y amantísimo Señor, ninguna cosa dejaste de intentar por ser de nosotros amado. ¿Qué lengua angélica ni humana dirá jamás las intenciones tuyas, ni las trazas de que te has valido para ser amado de una criatura tan miserable como el hombre? Sabías, buen Dios, y muy bien sabías cuán amigos somos nosotros de nuestras propias cosas y que apenas sabemos sacar al amor de nosotros mismos y de lo que a nosotros toca, y así para granjear por esta vía nuestro amor, tuviste por bien de hacerte nuestro hermano y hombre verdadero como nosotros y entregarte a nosotros y darte por nuestro, para que como a cosa nuestra te amásemos. Esto sintió tu profeta Zacarías cuando hablando de tu venida al mundo, dijo: «Alégrate, hija de Sión. Mira que viene tu rey a ti.» Dijo que era nuestro, y no contento con esto, añadió diciendo que venía para nosotros, porque pues tan amigos somos

de nuestras cosas y de nuestro provecho, amásemos al que era nuestro y venía para nuestra utilidad.

Por amor de esto dijo Josué al pueblo de Israel: «Tened diligente cuidado de amar al Señor, Dios vuestro.» Eres, Señor, tan nuestro, que más eres mío que lo soy yo de mí mismo. Tanto me amaste, que me reputaste y estimaste por más tuyo que a ti mismo. Pues razón es que yo te ame más que a mí teniéndote por más mío que lo eres de ti mismo. Más me amaste que a ti, pues quisiste morir por mí, porque si no quisieras más la vida de mi alma y mi salvación que tu vida temporal, no te ofrecieras a la muerte por mi salud. «Yo soy el Señor Dios tuyo», dijiste a tu pueblo.

Muchos señores y reyes hay que son suyos, otros hay que son de sus parientes y no suyos, y otros que son de sus amigos, porque se dan todos a ellos. Pero tú, Dios nuestro y rey celestial, no quisiste ser tuyo, sino nuestro. ¿Qué tienes, Señor, que no sea nuestro? Si tienes el cielo, nuestro es, de cuya virtud e influencias vivimos, así como es la tierra, la cual diste a los hijos de los hombres. Criaste las estrellas y planetas para el servicio de todas las gentes, y a ti mismo, reinante, te das a nosotros en premio y galardón. Tú, Señor, eres el que dices: «Yo soy tu parte y heredad.» Más mío eres por el señorío que tienes en mí que todo lo restante del mundo y más íntima y perfectamente estás en mí que la misma sustancia mía, y así te debo amar más que a mí y que a todo lo creado. Naturalmente, más ama el hombre la ciudad donde nació y se crió que otra alguna, y más su casa que la ajena y más a su padre propio que al padre ajeno. Pues si esto es así, razón es que yo ame a quien es todo el bien de todas las criaturas y propio mío, y cuanto a algunos efectos te puedes decir más nuestro que de ningunas otras criaturas.

Cuanto a las criaturas que carecen de conocimiento, está claro, pues ellas no te conocen y nosotros te conocemos. Y si los ángeles te conocen. no recibiste en ti la naturaleza angélica así como la humana y a ninguno de ellos diste

tanta gracia ni gloria como al alma de tu unigénito hijo y de la Santísima Virgen madre suya. «No recibió a los ángeles, sino a la generación de Abraham», dice tu santo Apóstol. No se puede decir que el ángel es Dios y Dios es ángel, como se dice por esta unión el hombre es Dios y Dios es hombre. Por esta razón se puede decir que eres Dios nuestro y Señor nuestro y propio nuestro, pues eres Redentor nuestro y nos compraste con tu preciosa sangre y sufriste grandes trabajos por nuestro amor, y al fin muerte con que satisficiste al Padre por nosotros. Míos son esos clavos, míos esos azotes y corona de espinas y mía esa Cruz y gracias y tesoros celestiales que mereciste para mí y para sólo mi provecho. Pues si ser una cosa nuestra propia es causa de ser muy querida y amada de nosotros, siendo tú, Dios mío y Señor mío y todo mío, muy justo es, por cierto, que yo te quiera y te ame más que a todas las cosas.

Es el hombre amigo de su interés y provecho. Pues si yo soy amigo de honras, riquezas y placeres, amándote tendré contigo todas estas cosas. En decirme que eres Dios mío me das a entender que si te tengo por tal, poseo toda la felicidad del mundo si quiero bien considerarlo. No tiene el mundo esta opinión, porque piensa como dice el Profeta, que consiste la bienaventuranza en prosperidad y abundancia de honras y riquezas, y a los que poseen estas cosas llaman los hombres bienaventurados, pero bienaventurado dice David que es aquel pueblo cuyo Dios es su Señor. Siendo tú nuestro, contigo gozamos de todos los bienes. Y si eres mio, yo que amo todas mis cosas, ¿por qué excluirte a ti, mi Dios, siendo mío? ¿Por qué, alma mía, exceptúas y sacas a tu Dios del amor de tus cosas siendo tuyo sobre todas las cosas y más que todas ellas?

Por ventura él solo entre todas las cosas es juzgado entre todas ellas por indigno de ser amado, y pues amas a todas tus cosas, a él que es más tuyo que todas tus cosas más has de amar, ¿No se indignará Dios, y con mucha razón, sobre tan execrable menosprecio? ¿Qué te diré, ¡oh

alma!, qué te diré, mezquina? ¿No te confundes sobre tan gran maldad tuya? Amas tus cosas y no amas, ni deseas, ni trabajas por alcanzar aquella perpetua y clarísima heredad tuya que para siempre ha de durar. Perdiste una joya y estás triste; perdiste tus dineros y te pesa, y perdiste a tu Dios y no lo sientes, como si no fuese Dios más tuyo que todas esas otras cosas. Si amases, te habrías de doler, y tanto mayor sería el dolor cuanto más grande fuere el amor. Porque amas los bienes temporales te pesa el perderlos, y porque no amas a Dios no tienes pena por haberle perdido. ¡Oh, cuán nuestro eres, Señor, y cuánto te entregaste y diste a nosotros, pues nos diste tu vida propia y cuanto habia en ti pusiste al tormento por mí, y sola la lengua, de la cual te podías aprovechar, empleaste en nuestro servicio rogando por nosotros al Padre, y después intercediendo ante él, con lágrimas por nuestros pecados, y fuiste oído, como dice tu Apóstol, por la reverencia que te tenía! Hicístenos señores de todas tus cosas y vestiste a los de tu casa de doblada vestidura, de gracia y gloria y de cuanto hemos menester. ¿Qué señor provee así a las necesidades de sus siervos y cuál otro podremos hallar tan bueno, tan blando, tan afable y tan benéfico para con los suyos? A ninguno despides sin que él se despida de ti primero; nos das de comer, riegas nuestras heredades, envías el sol solbre los buenos y los malos, y la lluvia sobre los justos e injustos, y eres tan nuestro y así te empleas en nuestro servicio y te nos das de manera que nos diste tu propia carne en manjar y tu sangre en bebida.

¡Oh, preciosa perla y sobrepujante margarita, que deshecha en el vinagre de tu acerbísima pasión, tuviste por bien de ser no ya sólo nuestro, pero todo nuestro mantenimiento y vida! Y pues eres Redentor del mundo, tan mío, amarte he como a cosa mía y no me contentaré hasta que yo sea tuyo, así como tú eres mío, dándote vida y alma y todo cuanto hay en mí, para que de ello te sirvas como de cosa propia tuya.



MEDITACIÓN LV

Cómo Dios ha de ser amado de todo nuestro corazón.



UANDO en tu ley nos mostraste, Señor, que te amásemos, añadiste, diciendo que eres Dios nuestro, uno y solo. Si por caso imposible no fueras un solo Dios, sino muchos dioses, pudiera yo tener alguna excusa para no amarte de todo corazón, porque entonces tuviera mi corazón dividido y repartido por diversas partes; pero siendo uno solo, fácil cosa es amarte de todo corazón poniendo mi amor todo en tu divina majestad. El que te ama de todo corazón siempre trae puesto su pensamiento en ti, aunque ande ocupado en otras cosas. Y si a alguno le parece que es imposible traer lo más del tiempo el pensamiento en ti, mire al hombre que edifica una casa, o hace alguna obra que mucho ama y desea ver acabada, que siempre piensa en aquello que ama y está haciendo y de manera que cuasi nunca se aparta de la obra con la memoria y el pensamiento, mirando si los oficiales trabajan y si la verá concluída y los goces que le traerá, y sueña

muchas noches en esto y despierta con los mismos pensamientos.

Si yo te amase, Señor, de todo mi corazón, siempre pensaría en ti y nunca caería de mi memoria el amado, aunque me ocupase en otras cosas.

Donde está mi tesoro está mi corazón, y donde tuviere el amor tendré mis deseos y aficiones. El que te ama de todo corazón, siempre piensa cómo te servirá, desea estar siempre contigo y conservarte y todas sus cosas y aun las ajenas desea gastar contigo y emplear en tu servicio. Cuando mandas en tu ley que el falso profeta no sea oído, dices así: «No oirás las palabras del tal profeta soñador, porque os tienta el Señor, Dios vuestro, para que sepa si le amáis o no con todo vuestro corazón y vuestra alma.»

Cuando doy parte de mi corazón al mundo, como a un falso profeta que miente y engaña en sus prometimientos, divido mi corazón entre ti y el mundo. Por amor de esto haces decir a tu profeta Joel: «Convertíos a mí con todo vuestro corazón. No pongáis una parte del amor en vosotros ni en vuestras cosas, pero todo vuestro amor sea en mí y en las cosas que yo os mando.» En decir que te amemos de todo nuestro corazón nos das a entender que tu santo amor quiere toda el alma por aposento y demandas todo el corazón y toda la casa, porque todo lo quieres henchir del licor de tu suavidad. No quieres, Señor, el corazón partido, sino entero. En aquel juicio y sentencia de Salomón, cuando mandó partir el niño vivo y dar cada una parte de él a aquellas dos mujeres, la que no era verdadera madre ni tenía justicia decía que se dividiese y llevase cada una la mitad; mas la verdadera madre no aceptó esta división, antes decía se le diese a la otra todo entero y vivo.

Quiere el mundo falso y engañador que pide contra justicia que parta yo mi corazón por medio y llevarse él la mitad y que te dé, Señor, medio corazón, y de suerte que amándote ame a él juntamente contigo, lo cual no consien-

ten la justicia ni la razón, sino que se dé todo entero a cuyo es y lo reciba su verdadera madre. ¿Por qué andas, corazón mío, cojeando por dos partes? ¿Por qué andas por dos caminos? Por amor de esto, Señor y Redentor mío, despidiéndote de tus discípulos en la última cena les decías que les convenía que tú te fueras de su presencia, porque si no te ibas no vendría el Espíritu Santo a ellos. ¿Por ventura, Señor, eres tú algún pecado mortal que impides la venida del Espíritu Santo en las almas de tus discípulos? ¿Tenías tú, Redentor mío, bandos con el Espíritu Santo, o sois en alguna cosa contrarios, pues no podíais morar juntos? Virtuosos eran aquellos bienaventurados Apóstoles y habían renunciado al mundo y llegado a la fuente de la vida, y con amarte perfectamente, porque en el amor que te tenían había alguna mezcla de amor de la presencia corporal y hermosura de tu sacratísima humanidad, querías purificar y espiritualizar aquel amor que los discípulos te tenían, privándolos de tu presencia corporal para que no amasen sino cosas espirituales y pusiesen todos sus deseos en las cosas invisibles, privándoles de las visibles, para que así, encendidos sus deseos en lo divino y celestial y despegados de lo corporal y presente, tuviesen sus almas dispuestas para recibir en ellas al Espíritu Santo.

Eres, Señor, en cuanto hombre, como un aposentador del Espíritu Santo, el cual, aparejando la posada para un gran príncipe que ha de venir a ella, no consiente al señor del aposento que tenga cosa alguna en su casa, pero manda que todo vaya fuera y que quede del todo desembarazado el aposento, para que reciba a la grandeza del príncipe que todo lo hinche. Así querías, Salvador nuestro, que los corazones de los discípulos estuviesen tan desocupados, no sólo del amor del mundo, mas aun también de todo lo que tiene resabio en el mundo o alguna sombra de él, que aun del gusto que recibían sus almas con tu presencia corporal, con ser honesto y bueno, querías fuesen privados, porque así quisiste espiritualizar y afinar sus aficiones, pues no con-

sentiste que hubiese en ellos cosa que tuviese color ni apariencia de bien corporal y presente. Pues si esto es así, ¿cómo te amaré, Dios mío y todo mi bien, de todo mi corazón, teniéndole tan entregado al mundo? ¿Cómo te lo daré todo entero estando tan lleno de mi propio amor? Quieres toda la posada desembarazada; pides todo el corazón entero y desocupado de todo amor peregrino y contrario a tu santo amor, y yo no sé cómo lo podré ofrecer todo entero a tu divina majestad teniéndole empeñado al mundo y a sus pasiones.

Si tus santos Apóstoles, a quienes tú llamaste amigos, no tenían perfecta disposición para recibir en sus almas a tu Santo Espíritu, ¿qué aparejo es el mío o qué disposición, estando tan lleno de carne y sangre, para recibir este mismo espíritu en mi alma? Porque querías que de todo su corazón te sirviese el Patriarca Abraham, quebrando del todo con el mundo y haciendo divorcio perfecto con su tierra y naturaleza, le mandaste saliese de ella para que de esta manera te pudieses con él comunicar y se hiciese digno de recibir las mercedes que le tenías aparejadas.

¡Oh, cuán solo y cuán desenredado del mundo quieres, Señor, a nuestro corazón, pues dijiste, por boca del Profeta Oseas, a un alma: «Llevarla he a la soledad y le hablaré al corazón.» Hablas, Señor, en silencio a nuestra alma cuando no hay en ella vocería de apetitos y propias pasiones.

¿Qué nos pides, Señor, en tu ley, sino que te sirvamos con todo nuestro corazón? Eres aficionado a nuestro corazón y nos pides en la Escritura que te lo demos, y ninguna cosa te agrada que no sea hecha con amor. Conténtase el demonio con cualquier cosa, por pequeña que sea, como otro Faraón, rey de Egipto, que ya que no podía tener cautivos a los hijos de Israel, rogábales que dejasen sus ganados en Egipto o siquiera lo bendijesen primero, diciendo a lo menos bien de él. El demonio, que no ha hecho nada por nosotros, ninguna cosa pierde en contentarse con cualquier cosa que le diéramos; pero tú, Señor, que nos diste todo

cuanto tenemos y recibimos de tu mano todo lo que somos, quieres todo el corazón para ti y no estarás contento si no te lo doy todo, sin dividirle con otro.

¡Oh, Señor, que ya he caído en la cuenta y conozco lo mucho que os debo y entiendo que cuanto tengo es nada delante de vos y vale poco para serviros algo de lo mucho que de vos he recibido, y sé que con el corazón os contentáis y que sólo esto queréis!

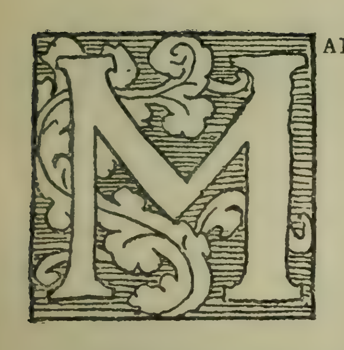
Aquí os le ofrezco: recibidle, Señor, que todo os le doy y ninguna parte reservo para mí, y con todo esto no pago la obligación que os tengo ni hago nada para lo mucho que os debo. Vaste, Señor, tras el corazón del hombre, porque en él dejaste el tesoro de tu sangre, pues la derramaste por él. Llamaré, pues, en todo mi corazón; óyeme, Señor.





MEDITACIÓN LVI

Cómo pide Dios lo interior de nuestra alma.



ANDANDO, Señor, que te amásemos con todo nuestro corazón, no sólo quisiste enseñarnos el camino de verdad, pero aún deseas tanto nuestra salvación, que no sólo nos quisiste dejar el arancel de tu ley, mas aún tuviste por bien hacer un epílogo de tu voluntad por que la brevedad fuese causa de que mejor aprendiésemos lo que tanto nos importaba y sabiéndolo lo tuviésemos en la memoria, y acordándonos de ello lo obrásemos, y obrándolo alcanzásemos el fin deseado, que es la gloria y bienaventuranza eterna. En decir que te amemos de todo corazón y voluntad, quieres, Señor, que te demos lo interior de nuestras almas.

Del animal que te sacrificaban, querías, Señor, que lo interior del que eran las entrañas, riñones y redaños, te fuese sacrificado con fuego Todo aquello, como dice tu santo Apóstol, acaecía en figura y era significación de misterio. No quieres las cosas de fuera, no pides lo exterior y momentáneo, como el mundo, que con bienes aparentes y va-

nos se contenta; pero mandas que lo interior de nuestra alma te sea ofrecido y dedicado, y esto no como quiera, sino sacrificado con el fuego de tu santo amor.

¿Y qué mucho, Señor que yo ofrezca a tu Divina Majestad mi corazón abrasado en tu santo amor, pues tú, mi Dios, con fuego de infinito amor, así ardías en la Cruz, donde te pusiste por amor a mí, que tantas llamas de fuego salían de ese tu pecho sagrado cuantas heridas había en tu santísimo cuerpo?

Después que el ave generosa, así como un neblí, gerifalte u otro halcón ha volado con altanería y roto el aire con su vuelo y subido a las nubes y trabajado y traído la caza a tierra, con que lo ceben con lo interior del ave que cazó se contenta y queda muy pagado.

¡Oh, ave generosa que descendiste del cielo a las entrañas de la Virgen y de su vientre a la tierra y de la tierra al desierto y del desierto a la Cruz y de la Cruz al limbo, y del limbo al cielo y diste todas estas vueltas por cazar nuestras almas, que sueltas y fuera de tu mano, andaban perdidas, ¿qué mucho que pidas nuestro corazón en galardón del trabajo que por nosotros pasaste y en satisfacción de lo mucho que por nuestra redención hiciste?

¿Qué ave tan lindas quiebras hizo en su vuelo ni le costó tanta sangre la caza como a ti, Señor y Dios nuestro, la salvación de nuestras almas? ¡Ay de mí, que después de tantos beneficios recibidos y al cabo de tantos años, no respondo con el agradecimiento que debo, dándote mi corazón, pues lo quieres para aposentarte en él y enriquerle!

¡Oh, cuántos hay, mi Dios (y plegue a tu divina majestad no sea yo del número de ellos), que dan el corazón y a sí mismos al mundo, dando a ti, Señor, solamente las cosas exteriores, que son las ceremonias de fuera y señales y muestras de cristianos! Otros, teniendo mala la conciencia, hacen limosnas y edifican hospitales y monasterios. Aunque estas obras son buenas, falta lo principal, que es el corazón, que tú demandas, porque en lo interior quieres ser aposentado.

Dices en tu ley que lo interior del sacrificio sea tuyo. Bendice, pues, alma mía, al Señor y todas mis cosas interiores a su santo nombre. Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Si en mi corazón te aposentares, Señor, andará todo lo demás de mi vida bien gobernado. Con pequeña vuelta del corazón se da vuelta a toda la vida, como con pequeño gobernalle, con menearle mansamente se guía una nave poderosa. No es otra cosa amor sino una vehemente y bien ordenada voluntad. Ninguna voluntad hay que ame a ti, mi Dios, como mereces ser amado sino sola tu divina voluntad, ni puede haber otra. Esta tu divina voluntad ama tu bondad con amor infinito tanto cuanto esa misma bondad merece. En este conocimiento en que te amas a ti mismo con infinito amor hallan los santos alivio de sus deseos, viendo los cumplimientos tan perfectamente, y así les es parte de su gloria conociendo y viendo que te amas con tan perfecto amor. Pues ¿qué mucho que me mandes que te ame y pidas mi corazón y mis entrañas, pues con respecto del que es amado, que eres tú, mi Señor, bien soberano y majestad infinita, todo lo que los hombres y los ángeles pueden producir amando no pasa de amor finito ni puede pasar? Luego tu infinita bondad siempre queda por pagar y pides mayor tributo queriendo, y con justicia, si es a nosotros posible, ser amado infinitamente.

Sea alabado tu santo nombre, porque él mismo se paga a sí mismo, amándose en eternidad cuanto es digno de ser amado. Pero aquí, así como puedo, aunque no cuanto deseo y soy obligado, amarte he, Dios mío, fortaleza mía, refugio y librador mío. Daréte, Señor, mi corazón y mis entrañas despegados del amor de este siglo, según aquello del Salmo: «Si abundaren las riquezas no pongáis vuestro corazón en ellas.» Quitado el corazón de las riquezas y de toda afición temporal lo tengo de ofrecer a ti sólo, Dios vivo y verdadero.

Veo, Señor, que todas las cosas te aman y aunque sea perdiendo el ser natural que tienen. Con que los ángeles te

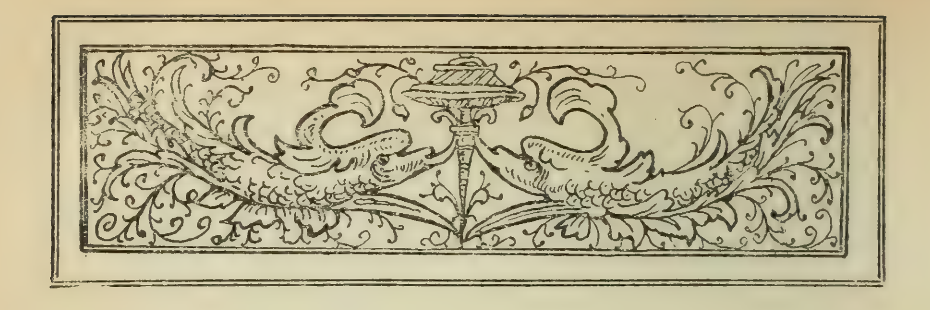
sirvan, no hacen mucho, pues servirte es reinar. Pero que sirvan al hombre, mandándoselo tú, esto no es con algún menoscabo de la naturaleza angélica, pues aquellos bienaventurados espíritus son nuestros siervos y ministros de la criatura, que dice David que hiciste menor que ellos. Que los cielos giren porque tú se lo mandas, que los sujetaste en esperanza, no es de maravillar, porque es honra de ellos; pero que den vueltas perpetuamente por amor del hombre, no es de tener en mucho.

Toda criatura gime y tiene dolor de parto y está sujeta a vanidad. Corrómpense todas las criaturas inferiores y digno por cierto acabamiento, pues es en servicio del Creador. Pero que sea por amor del hombre es cosa de considerar. Pues luego si de todo su corazón, y aun con falta y detrimento suyo te aman, Señor, todas las cosas, deshaciéndose en tu servicio, ¿no será cosa lamentable e indignísima que sólo el hombre esté tibio en tu amor y sea flojo en amarte, pues todas las cosas se consumen en tu servicio por incitar al hombre al amor de su Creador?

Amándote, Señor, las criaturas, cada una en su manera y según mejor puede, ¿sólo yo, para cuyo servicio fueron todas hechas, tengo de vivir sin amarte? Y cuando ninguna de ellas te amara, amándote yo te amaban todas las cosas que criaste, pues el hombre es toda criatura, y así, amando él, ama toda criatura, y cuando él no ama, todas son burladas de su fin. Si el rey sirve a uno, aquel a quien el rey sirve sirve todo el reino. Y pues de este mundo visible es rey el hombre, a quien el hombre sirve todo el mundo sirve, y ama a quien el hombre ama. ¿Y qué mayor injuria se puede hacer al hombre que no ame a quien todo el mundo ama? ¿Para qué quieres, alma mía, andar perdida y vagar por estas cosas de fuera, queriendo tu esposo Jesucristo recogerse en tus entrañas y hacer en ti lugar de paz y reposo? Ama a tu Dios y Señor, ofrécele lo íntimo de tu corazón, y pues él, por el amor infinito que te tuvo, te dió su corazón, vida y entrañas, y porque mejor te supiese, no te

lo dió crudo, sino asado con el fuego de amor sin medida que te tuvo, ofrece tú a este magnífico bienhechor todo lo interior de tí misma, amándole de entrañas sobre todo lo amado.





MEDITACIÓN LVII

Cómo Dios ha de ser amado con todas nuestras fuerzas.



ÁNDASNOS, Señor, que te amemos con todo nuestro corazón y con toda nuestra voluntad y con todas nuestras fuerzas. Bien sé que aquí tejen algunos grandes cuestiones, porque les parece que tanta perfección sea imposible a los caminantes, a los que están en esta vida, que amen a Dios de todo su corazón y de toda su alma y de toda su mente, lo cual es exclusivo de los bienaventurados, cuya fuerza está toda absorta y se emplea en el amor de Dios. Mas nunca, Señor, tú permitas que digamos que mandas a tus criaturas cosas imposibles. Pues ¿qué diremos a esto? Ligeramente se desata esta cuestión, si se toma la intención del precepto, porque podemos amar de todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas; porque te ofrecemos todo nuestro corazón y no lo dividimos mal, como lo hizo Caín, el cual aunque ofreció bien, porque repartió mal fué reprobado, como dice la Escritura. Así hay algunos que dividen su corazón, dando parte de él a Dios y parte al mundo y a los deleites; los cuales de tal

manera quieren agradar a Dios y ser siervos suyos y estar bien con él, y en su gracia, que no desagraden al mundo ni le contradigan.

De tal manera desean las cosas celestiales, que también quieren las terrenales. Quieren los deleites del cielo, pero también los del suelo, contra los cuales dice el Apóstol Santiago: «¡Adúlteros! ¿No sabéis, por ventura, que la amistad de este mundo es enemiga de Dios?» Estos tales, porque no ofrecen el todo, no ofrecen nada, porque no acepta Dios la parte del corazón ni tiene por bien el espíritu morar juntamente con la vanidad. Y de aquí les viene que por que no aman de todo corazón, son traspasadores de este precepto. De éstos dice un profeta: «Partido es el corazón de ellos.» No pueden éstos escaparse de la muerte espiritual, porque la división del corazón es una muerte del alma, porque así como el cuerpo partido no vive, así tampoco puede vivir el alma dividida. No ames, pues, alma mía, sino a sólo Dios y por Dios, y de tal manera, que a sólo tu esposo, Jesucristo, des el peso del amor, y de suerte que, aun con lícitos amores, no te has de derramar por las criaturas.

Todo tu estudio sea darte a Dios y aparejar a él solo morada limpia y desembarazada en tu alma. Transfórmense, Señor, y consúmanse, Señor, en ti todos nuestros pensamientos, toda nuestra afición, todo nuestro apetito y toda la virtud de nuestras almas, de manera que seas de nosotros amado con todas las fuerzas del alma. ¿Para qué, pues, Dios nuestro, edificaré yo en mi alma heno y pajas podridas y tierra y ladrillos y adobes de Egipto, pudiendo edificar en ella piedras preciosas y esmeraldas de tu divino y puro amor, como estaban edificados los muros de la celestial Jerusalén que vió San Juan?

¡Oh, dulzura de mi vida y esposo de mi alma! ¿Por qué tengo yo de mezclar tu santo amor con el amor terrenal y mundano? Amarte hé, mi Dios, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas y poderío, y de tal manera te amo y quiero, que a mí mismo no me quiero bien por ser mío, sino

por ser tuyo. El amor natural que cada cosa tiene a sí misma y a su propio ser y conservación, así está trocado en tu amor santo, que no quiere mi naturaleza, favorecida y ayudada de tu gracia, amar otra cosa en el cielo ni en la tierra sino a ti solo, único bien mío, redentor mío y centro de mi alma.

¡Oh, inmenso Dios y Señor nuestro! Si para recibir aquel aceite que milagrosamente manaba en casa de la viuda que tenía tantas deudas, dió por aviso el profeta Eliseo «que buscase vasos vacíos», y ella lo hizo así y pagó lo que debía y quedó rica, ¿cuánto más tú, Señor, que eres Profeta de los profetas, querrás que para recibir el aceite precioso de tu gracia estén nuestro corazón y potencias del alma vacías y limpias de todo amor propio y mundano?

Querer ser amado de todo corazón y con todas nuestras fuerzas es mandarnos que no se ocupe nuestro corazón en amor contrario al divino amor y que te demos los vasos vacíos y limpios, sin heces de vil amor. Con tal y tan admirable aceite se pagan las deudas de nuestros pecados y aun echamos en deuda a ti, Señor y Dios nuestro, a la cual deuda te quisiste obligar por ley que ordenaste. Si perdonaste a la Magdalena fué porque amó mucho, como lo dijiste a Simón fariseo: «Muchos pecados le son perdonados porque amó mucho.» Ungió con precioso ungüento tus santos pies, y tantas lágrimas derramó, que con ellas regaba tus pies, los cuales enjugaba con sus cabellos.

Con haber hecho estos y otros santos ejercicios, llenos de humildad y devoción, solamente al amor atribuiste el perdón de sus pecados, y así no dijiste que le fueron perdonados porque lloró mucho, sino porque mucho amó. El arrepentimiento y dolor de sus pecados y todas las lágrimas que derramó y buenas obras que hizo, no perdonaran sus pecados si no amara. La contrición que perdona los pecados, del amor de Dios procede. Con este santo amor tuvo aquella devota y generosa penitente con qué pagar las deudas de sus pecados y aun tener a Dios por

deudor, porque es tan grande tu bondad, Dios y Señor nuestro, que te quisiste hacer deudor de los que te aman.

Volvió aquella santa mujer del todo en todo las espaldas al mundo, vació su corazón del amor de la tierra y entrególe todo a ti, y porque te amó con todo su corazón y todas sus fuerzas, le fueron perdonados todos sus pecados. Lo mismo acaeció a David, a quien perdonaste por el amor que tuvo reprobando a Saúl y lanzándole del reino.

Cuando mi corazón estuviere, Señor, de tu parte, podré dar parte a lo demás, amándolo accesoriamente y sólo por ti y por amor de ti. Cuando el rey ha tomado un castillo y pone guardas y alcaide en él, no deja entrar sino a quien está por el rey, teniendo la puerta cerrada y guardada a los enemigos. Así, Señor, pusiste los sentidos por guardas de nuestro corazón y no quieres que la razón, como alcaide de la fortaleza del corazón, a quien conviene discernir quién es de tu parte y quién del mundo, abra a nadie sin saber qué bando defiende. El amor de las criaturas, cuando es por ti, puede entrar en el corazón y avenirse con tu amor. Si llamare el amor de los bienes temporales teniendo ellos respeto a Dios, podrá entrar, y, en fin, a todo lo que está por Dios, admite consigo el amor de Dios.

Eres, Señor, celoso, y como el marido no consiente que ame su mujer a otro más que a él, así no consientes, siendo esposo de mi alma, que ame ella a otro más que a ti, y por eso quieres que te ame de todo su corazón y con todas sus fuerzas. Tú eres el que dijiste a Moisés: «Yo soy el Señor, Dios tuyo, fuerte y celoso»; y por el amor que nos tienes, cuando ves que amamos alguna cosa más que a ti, nos la quitas porque amemos a ti solo, y si porfiamos nos dejas amar lo que queremos, en pena de nuestra porfía.

Así dices a tu pueblo por un profeta: «Yo quitaré mi celo de ti». Ama lo que quisieres y cuan desordenadamente quisieres; no se me da nada, porque ya no tengo celos de ti. Por amor de esto, el Profeta Isaías, viendo cuán desordenados andaban los hombres en el amor, maravillándose

cómo lo sufrías, Señor, siendo tan celoso, y conociéndote por tal, pregunta a ti mismo diciendo: «¿Adónde están tu celo y tu fortaleza?» ¿Qué es de aquellos celos que pones tú en tus almas, de los cuales dices, por Ezequiel, que pondrás tu celo en mí? Así también ahora dices que te amemos de todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas, y de manera que no reine otro amor en nuestras almas sino el que a tu Divina Majestad debemos. Sólo este amor ha de tener el alma que no quiera ser adúltera, amándote sobre todas las cosas y con aquellas fuerzas y poder grande que tiene el amor y efectos maravillosos que hace en el pecho, donde se aposenta.





MEDITACION LVIII

De las grandes fuerzas del amor de Dios.



EL amor, dice la Escritura, es fuerte como la muerte. Más fuerte es que la muerte, pues vemos que entrando en el campo, en desafío, el amor y la muerte, quedó por el amor el campo y alcanzó la victoria, como parece y se verifica en los santos mártires. Tanto pudo el amor encastillado en los pechos de aquellos invencibles caballeros de Jesucristo, que despreciaron los tormentos y no temieron la muerte, de la cual alcanzaron gloriosos trofeos, pues antes quisieron morir que perder el amor que a su Dios tenían.

Triunfó el amor de la muerte y alcanzó de él la victoria. ¿A quién se da la corona sino al vencedor? La Escritura dice que no será coronado sino el que legítimamente peleare. ¿Por qué se da al mártir la corona sino por la victoria? ¿Por qué la Santa Iglesia celebra sus vencimientos y coronas, sino por las victorias que alcanzaron de los tiranos y de sí mismos y de los tormentos y espantos de la muerte y de esta misma muerte? Más pudo el amor que la muerte,

pues a todos los males del mundo y a la misma muerte venció el amor por sus grandes fuerzas y poder, y al fin quedó por él la victoria. Armado de este divino amor, escarnece el Apóstol San Pablo de la muerte y de todos los males del mundo, diciendo: «¿Quién nos apartará de la caridad de Jesucristo? ¿Por ventura nos apartarán la tribulación, la angustia, la hambre, la desnudez y el peligro, la persecución o el cuchillo? Cierto soy que ni la muerte ni la vida nos podrán apartar de la caridad de Jesucristo.» No teme San Pablo a la muerte, porque más poderoso es el amor que la muerte. ¿Qué vence la muerte? Vence a reyes, príncipes, emperadores y papas.

Todo eso es nada, pues el amor venció al rey de los reyes y al criador de esos príncipes, papas y emperadores. Entrase por el cielo y halla al Hijo de Dios con toda su gloria y majestad, tan eterno y omnipotente como el Padre, tan bueno como él y de una misma naturaleza, y arremetiendo contra él, el amor dió con él en el suelo y de inmortal lo hizo mortal y pasible y hácele hacer cosas que, mirando de la una parte que es Dios y de la otra lo que hacía como hombre, parecieron al mundo disparates las obras que le hizo hacer el amor.

Y así dijo el Apóstol a los Corintios: «Nosotros predicamos a Jesucristo crucificado, escándalo a los judíos y locura y desatino a los gentiles.» ¿Quién hizo esto? La fuerza y poderío del amor.

Si se hizo Dios hombre y se puso en la Cruz por el hombre, todo esto fué por amor, según aquello que está escrito: «Dios, que es rico en misericordia, por la grande caridad con que nos amó, estando muertos por los pecados, nos dió vida en Cristo, por cuya gracia somos salvos». Venció el amor al invencible y tuvo por bien de darse por vencido, no de otro sino de sí mismo, que por esencia es amor, a quien se rindió libremente, dándose por prisionero del gran capitán, que es el santo amor; cuya victoria es tan gloriosa, tan dulce y tan alegre, que quien es vencido queda con el

campo y el que se da a partido al amor santo sale con el triunfo. Y quien es herido y muere a manos del divino amor, este tal escapa con la vida.

Pues si el amor vence al invencible y lo sujeta a la muerte y vence a la misma muerte, y si la vence es más fuerte que la muerte, ¿cómo no dice la Escritura que es más fuerte que la muerte, sino fuerte como la muerte? Más fuerte es que la muerte, pero comparó el amor a lo que le pudo comparar y a todo lo más fuerte que pudo hallar. Aunque en la trasfiguración del Señor fué su rostro más claro que el sol y sus vestiduras más blancas que la nieve, dijo el Evangelista que era su rostro resplandeciente y claro como el sol y sus vestidos como la nieve, porque no halló en las cosas que acá vemos cosa más clara que el sol ni cosa alguna más blanca que la nieve. Dió la similitud según pudo, aunque no según el amor lo merecía.

No es más fuerte una cosa que sí misma, y pues el amor es muerte, dijo ser el amor fuerte como la muerte. Porque así como la muerte mata los sentidos exteriores del cuerpo, privándolos de todo apetito propio y natural, así el amor compele al amante a despreciar todos los deseos de la tierra. Mata el divino amor la codicia de la carne, el apetito sensitivo, la vida sensual y el hombre exterior, porque viva el interior en Jesucristo. Es el amor vida del alma y muerte de ella, según sus dos porciones, superior e inferior, y parte intelectiva racional y animal sensitiva que da forma a nuestro cuerpo. Por lo cual el Apóstol San Pablo, estando tratando de las grandes fuerzas del amor, dijo a Dios, hablando de los efectos que hacía en nuestras almas: «Porque por amor de ti somos mortificados todo el día». Mata el amor de Dios todo lo que es mundo, y así llamó el Apóstol muertos a los Colosenses, diciendo: «Vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida con la de Cristo en Dios.»

¡Oh, poderosa muerte, con la cual siendo el hombre muerto para el mundo, vive verdadera vida en Dios! ¡Oh,

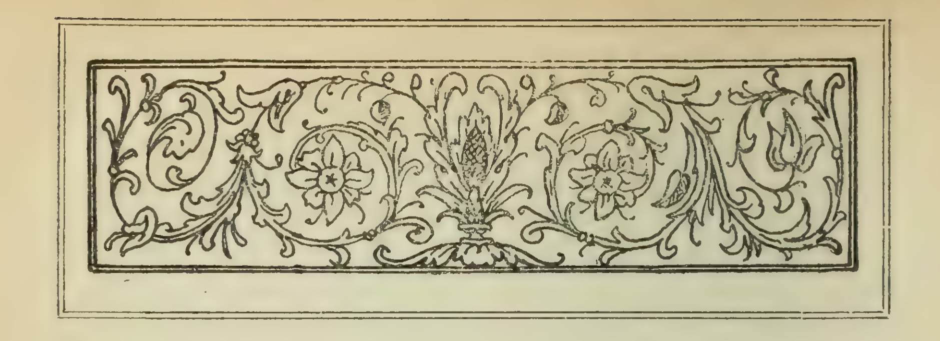
valerosas y poderosísimas las fuerzas del amor, muy más fuertes que las de la muerte! No osara la muerte acometer al Hijo de Dios, ni se atreviera a llegar a él, si del amor no fuera primero vencido. Si uno saliese a campo con otro, no sería grande su fortaleza, si venciese al contrario, teniendo las manos atadas y sin armas y estando ya vencido. Sería de loar el ánimo de aquel que vence al contrario con sus propias armas y siendo libre y así alcanzase de él victoria. Así vence la muerte a los hombres, vencidos, atados de pies y manos y condenados a morir, porque como dice el Apóstol: «Establecido está a los hombres morir una vez». Mas el amor santo deja libre al contrario, a nadie compele, y, queriendo el alma libremente, es vencida del amor. Con sus armas deja al hombre, pues no le priva de los sentidos, y al fin el santo amor sale con la victoria. Es tanto más fuerte que la muerte, que sólo bastó a vencer y matar la muerte. El amor quitó las fuerzas a la muerte en la Cruz, y por verla tan desarmada y tan vencida del amor, se atrevieron muchos hombres y delicadas doncellas contra ella, y con las armas del amor la vencieron.

Encruelézcase el tirano, enciéndase el fuego, aparéjense los tormentos, agúcense los cuchillos, bramen las bestias para despedazar y tragar, tráiganse los peines de hierro para desentrañar, derrítase pez y resina y todo lo más terrible y espantoso que se pueda inventar, que todo lo sobrepuja y vence la gran fuerza del amor. A ningún tormento se sujeta el amor, a ningún daño obedece, a ningún detrimento se inclina, mas antes ardiendo en aquellos pechos bienaventurados de los santos mártires el fuego del amor, cuanto más agua le echaban pensando de matarle, tanto más le encendían.

¡Oh, poderoso fuego, y si le enviases, Señor, a mi alma, en cuán poco tendría las cosas que ahora me dan pena! ¿Quién dió ánimo a Moisés para que con tan valeroso pecho se opusiese contra el soberbio y poderoso rey Faraón? ¿Quién hizo que tan duramente Elías reprendiese al rey

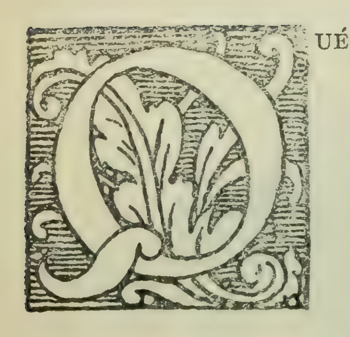
Acab, y Eliseo a los tres reyes que iban a la guerra, sino tu santo amor? ¿Quién hizo al Príncipe de la Iglesia San Pedro y a los santos apóstoles, siendo primero flacos, que con tan generoso y magnánimo corazón respondiesen en el Concilio que convenía obedecer a Dios y no a ellos, sino el amor? Este es aquel amor santo que ninguna cosa teme, que todo lo pone debajo de sus pies y lo allana y desprecia. Todo lo puede y todo le es posible y ninguna cosa se le hace dificultosa. Y finalmente, tanto poder tiene el amor y tan grandes son sus fuerzas, que trae a Dios a la tierra y sube el hombre al cielo.





MEDITACION LIX

Cómo todos pueden amar a Dios.



QUÉ excusa podré yo tener en el día del Juicio ante tu divino acatamiento, Dios mío y Señor mío, si no amare tanta bondad y clemencia? ¿Qué quieres de mí sino amor? Después de tantos y tan innumerables beneficios que me has hecho y haces cada hora, no pides otra cosa sino amor. Por lo cual, tu siervo Moisés dijo al pueblo israelítico: «Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor, Dios tuyo, sino que temas a tu Dios y Señor y andes en sus caminos y le ames con todo tu corazón y con toda tu alma?» Porque sabes, Señor, cuán prestos y aparejados están los hombres para amarte, si quieren, mandas que te amen. ¿Quién podrá decir ni declarar con palabras cuán piadosa y misericordiosamente hayas hecho esto? Porque si en otra cualquier obra consistiera nuestra salud, muchos se podrían excusar, muchos quedaran excluídos de la gloria, porque la obra con que la habían de alcanzar no les sería fácil o les sería imposible.

Si quisieras que nos salváramos por las limosnas, no se

salvarían los pobres, porque no tienen de qué hacer limosna. Si en los ayunos estuviera nuestra salud, no se salvaran los enfermos y flacos. Si en la doctrina y sabiduría, ¿qué hicieran los simples y que poco saben? Si en la virginidad, ¿en qué esperaran los casados? Y si en la pobreza, ¿qué hicieran los ricos? Y así de todas las otras cosas. Muchos se podrían excusar y así quedaran excluídos de la bienaventuranza. Mas del amor, ¿quién se excusará? ¿Quién legítimamente será excluído? Todos te pueden amar, Señor, y a sabios y no sabios, a ricos y pobres, a chicos y a grandes, a mozos y a viejos, a hombres y a mujeres y a todo estado y a toda edad es común el amor. Ninguno es flaco, ninguno es pobre y ninguno es viejo para amar. Como quieres, clementísimo Señor, la gloria para todos, así la pusiste en precio que todos la puedan comprar. Si dijere alguno que no puede ayunar o que no puede dar limosna o que no puede ir a misa, creerle hemos. Pero ¿podrá decir alguno que no puede amar? Esto es imposible. Muchos están en el cielo que no ayunaron, ni dieron limosna, ni anduvieron romerías, porque no tuvieron facultad para hacer estas cosas; pero ninguno está allá que a Dios no amase. Justamente se podrá uno escusar de hacer estas cosas, pero poner escusa el que no ama, no es posible.

Para todos está presto el amor y en todo lugar y en toda hora y en todo tiempo puedes amar. Ahora comas, ahora bebas, ahora andes o estés sentado, ahora trabajes y ahora descanses, como quiera que te halles y donde quiera que vuelvas, si quisieres, puedes amar. Ninguna cosa nos puede impedir el amor, porque el amor es nuestro y ninguno nos lo puede robar ni tomar. Testigos son de esto los santos mártires, a los cuales bien pudieron los tiranos quitar la vida, mas no el amor, y de muy buen grado dieron la vida por no dar el amor, porque el amor más es que la vida.

Pues así tú, Dios nuestro, como piísimo Señor y rectísimo y sapientísimo regidor de este mundo, criaste a todos para la vida y así deseas la salud de todos, que a ninguno

cierras el camino para alcanzarla, y por eso, aunque en estos bienes temporales y transitorios nos hiciste desiguales, haciendo a unos ricos y a otros pobres, ni estas cosas nos das como las pedimos ni como las deseamos; pero en los legítimos y verdaderos bienes que convienen a la salud eterna, a ninguno hiciste pobre, mas a todos diste poderío igual, para que de ellos se enriqueciesen cuanto quisiesen y quien quisiese y por su albedrío se hiciese cada uno tan rico y tan grande cuanto se dispusiere a la gracia.

Estos bienes que los hombres de este mundo tanto engrandecen y aman, en poco los tienes tú, mi Dios, y en tu casa son reputados como salvados y cosa de poca estimación. Mas los que son verdaderos y estables bienes resérvaslos para el albedrío de cada uno y de manera que quienquiera que los quisiere no sea privado de ellos. En lo uno y en lo otro te muestras, Dios mío, ser piadoso; en lo uno y en lo otro, justo y santo, para que se cierre toda boca y toda maldad no tenga qué hablar y no tenga razonable ni justa queja contra tí, por muy grande que sea la malicia. De todos estos tus bienes, el amor tiene la cumbre, ni hay cosa en tu casa más preciosa que tu santo amor, ni más prestante.

Cuando en el Desierto enviaste maná del cielo a tu pueblo israelítico, unos cogían más y otros menos, pero a ninguno sobraba ni faltaba y cada uno tenía la parte que había menester para su necesidad. Así, Señor y Dios nuestro, das tu santo amor a cada uno de nosotros, según la disposición y mérito de cada uno, sin aceptación de personas. Aparejado está el padre de compañas para enviar a todos a su viña y no negará el dinero de la bienaventuranza a los que en ella trabajaren, pues el Príncipe de la Iglesia afirma que no es aceptador de personas, a todos llama a las bodas y a ninguno niega su santo amor, si él por su malicia y rebeldía no cierra las manos y no quiere recibirle y se hace indigno de él. ¿A quién no convidas con tu santo amor? ¿A quién desechaste y quién lo pidió que se lo negases? Tú

eres el que dices: «Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os recrearé.» Venid y comprad, ¡oh, almas cristianas!, sin plata y sin ningún trueco, vino y leche. ¿Por qué colgáis plata y no en panes, y vuestro trabajo y no en hartura? Oídme y comed el bien y deleitarse ha vuestra alma en grosura. Venid a mí y vivirá vuestra vida. ¿Por qué anda mi alma sedienta por la sequedad y esterilidad del mundo y te deja a ti, Dios mío y todo mi bien, donde están acumulados todos los bienes que yo puedo desear?

A todos te manifiestas, Señor, a todos te muestras y extiendes las alas de tu clemencia, sobre buenos y malos y convidas con tu santo amor a los justos y a los pecadores. Ninguno tiene excusa ante tu divino acatamiento si no te ama, y en el Juicio universal callará toda criatura delante de la rectitud de tu justicia. Todos podemos amarte, y cuando no te amamos es por nuestra culpa, pues ninguna escusa suficiente ni bastante podemos dar cuando no fueres amado de nosotros. Aunque ahora, por mucho que nos esforcemos, parte amamos y parte deseamos, ni se puede cumplir por entero el mandamiento del santo amor.

Cuando nos es mandado que te amemos de todo nuestro corazón y con toda nuestra mente y ánimo, porque el cuerpo que se corrompe carga y apesga el alma, y los sentidos del hombre con su peso se encorvan y bajan a estas cosas inferiores, no puede todo ocuparse en lo que querría y trabaja de derramar al alma por muchas cosas. Y por unos resquicios secretos que apenas podemos entender, salida de sí, anda vanamente vagueando, cercando y pensando en circuito muchas cosas de este mundo. Y así, mal dividida, no se puede asir ni encadenar de aquel sumo bien del todo, como sería razón y a ella sería expediente.

Mas vendrá tiempo, ¡oh, alma mía!, en el cual todos estos movimientos de tu corazón cesarán y toda mutación de tus vanos pensamientos se amansará y callarán todas las cosas y te alegrarás, porque alcanzarás la estabilidad del alma

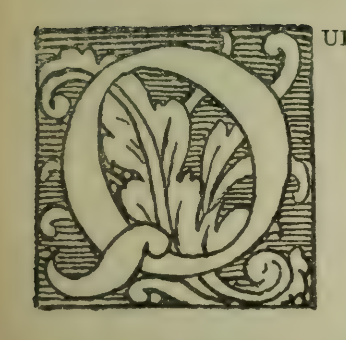
y abundarás y maravillarte has y ensancharse ha tu corazón, donde estará fijo y estable sin jamás mudarse. Entonces serás abrasada como un carbón muy encendido, y así encendida y toda abrasada del amor, serás toda transformada en tu Dios, y allegándote toda a él, como está escrito, serás hecha un espíritu con él, cuyo fuego, dice Isaías, que «es en Sión y horno en Jerusalén». Aquí, en Sión, hay fuego que humea, y allí, en Jerusalén, horno encendido. Horno, verdaderamente, en el cual los vasos de los celestiales espíritus son alumbrados con aquel ardentísimo y potentísimo fuego divino que son unidos y transformados en ti, mi Dios, para gustar de aquel perpetuo e inaccesible ímpetu de gloria que nunca falta.





MEDITACIÓN LX

Que no podemos pagar a Dios sino con amor.



UÉ recompensa puedo hacer a ti, mi criador, mi redentor, mi gobernador, mi juez y mi galardonador? Estos cinco acreedores muy grandes y muy estrechos tengo, y no sé a cuál de ellos primero pague. Al Criador debo la vida porque de él la recibí de gracia; al Redentor debo la misma vida porque él puso la suya por la mía en la Cruz; a mi gobernador, que me apacienta desde mi juventud de balde y con tantos regalos y tan diversos y en tan diversas maneras, también confieso que le debo mi vida, la cual poseo por su beneficio, mas ni aun a mi juez puedo yo satisfacer en todo el tiempo de mi vida. ¿Pues qué daré a tan magnífico premiador? Por ventura, aunque en tanto que viviere le sea obedientísimo y sufriere por él todas las cosas terribles y ásperas, ¿se igualara mi òbra con el jornal que me tiene aparejado?

No son condignas las pasiones de este tiempo para merecer por ellas la gloria advenidera, que se manifestará a nosotros. A todas estas cosas me debo y no sé a quién

me dé primero. De diez mil talentos, según la parábola evangélica, soy deudor y yo necesitado y pobre, y cada día suena en mis oídos aquella terrible y espantosa voz del Evangelio, que dice: «Dame cuenta de tu mayordomía.» ¿Qué haré? ¿A dónde iré? Pues aunque me venda no podré satisfacer uno por mil.

Sale también al encuentro a la solícita congoja mía el profeta Miqueas, diciendo: «¿Qué cosa digna ofreceré al Señor? ¿Por ventura le ofreceré hé sacrificio y becerro de un un año? ¿Por ventura podráse aplacar el Señor con millares de carneros, con muchos millares de cabrones gruesos? ¿Por ventura daré mi primogénito por mi maldad, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma?» No por cierto; no más que mostrarte ¡oh, hombre! lo que sea bueno y lo que el Señor busca y demanda de ti. Quiere, por cierto, que hagas juicio y ames misericordia y que andes solícito con tu Dios. Solícito en que no le ofendas y solícito en buscar su voluntad. Solícito para que en todas las cosas y por todas las cosas le agrades.

Esta solicitud y cuidado es, Señor, del que te ama y no del que te teme, del que ama a tu Divina Majestad y no del que teme el tormento.

Da, pues, alma mía, al Señor esta solicitud y cuidado, y suelto eres de la deuda. Ama, y todo lo has pagado. Solamente este tributo del amor por todas tus deudas te demanda el Altísimo. Aunque te mandara entrar en hornos de fuego encendidos y morir cruel muerte, no pagabas lo que debías, cuanto más que este Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que viva, no manda que te mates, sino que ames y con el tributo y estipendio del amor se da por pagado.

¿Por qué no pagas a tu Hacedor y Redentor este tan suave y jocundo tributo de amor? ¿Por qué, pues, no amas, alma mía, a quien tanto debes? Las bestias reconocen a su bienhechor, y sola la criatura racional tira coces contra el aguijón y sólo el hombre es el que alza la obediencia a su

Dios y le niega el amor que le debe a quien tanto le amó, que no dudó de ponerse en el tormento de la Cruz por mostrar el gran amor que le tenía.

¡Oh, vergüenza grande! ¡Oh, lamentable desventura, no conocer a quien tanto debe y no amar a quien tanto merece ser amado! Sólo el hombre, entre todos los brutos, se embravece con los beneficios que de tu largueza recibe. ¡Oh, cuán justamente te quejas de esto, Señor Dios nuestro, diciendo por un Profeta: «Conoció el buey a su poseedor y la bestia el pesebre de su señor, e Israel no me conoció y mi pueblo no entendió.» ¡Oh, hombre! pregunta a los brutos irracionales, que ellos te enseñarán, sé discípulo de las bestias, tú que fuiste criado señor de ellas.

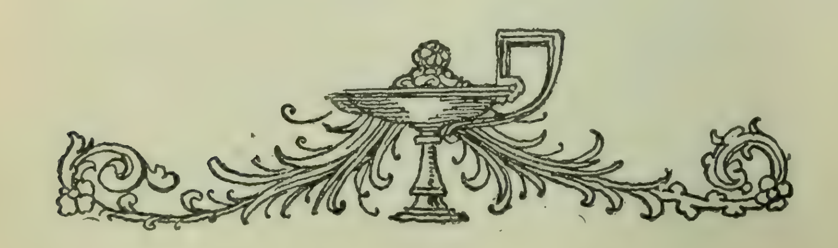
Ellas te enseñarán qué gratitud, qué benevolencia y qué amor eres obligado a dar a aquel de quien tantos bienes recibes. Ten vergüenza, miserable, de aprender a ser grato en la escuela de las bestias y de que ellas te venzan en virtud, venciéndolas tú en razón y entendimiento.

Mandaste, Señor, a los leones hambrientos que no tocasen al profeta Daniel, y te obedecieron, y que la ballena guardase a Jonás, y cumplió tu mandamiento. Mandaste a los cuervos que administrasen carnes al profeta Elías, y sirvieron al santo con mucha diligencia. Y no sólo las criaturas que tienen sentimiento te obedecen, mas aún también las insensibles, sirviendo todo lo que pueden y dando a su Dios y criador todo lo que les pide, aunque no la tengan de su naturaleza. Hirió tu siervo Moisés con la vara en la piedra, y de su dureza dió luego, contra su natural, abundancia de aguas blandas y corrientes. Sólo el hombre niega a ti, mi Dios, lo que le pides y demandándole no lo que no tiene, sino lo que tiene, que es su amor y voluntad, y pudiendo dar lo que quieres con mucha facilidad y con honra suya, no quiere condescender con tu petición. Más duro eres que piedra, ¡oh, corazón mío!, pues no das tu amor a Dios, dando aguas abundantes la piedra dura. Sólo el amor te hace andar con Dios a las parejas y en sólo esto le pue-

des pagar en la misma moneda. Sólo con amor quieres, Dios nuestro, que te paguemos. Si me riges, no quieres que yo te gobierne ni rija; si me reprendes, no quieres que yo te reprenda; si me castigas, no quieres que yo te castigue, sino que sufra, y si me juzgas, no tengo yo de juzgarte, sino obedecerte; pero si me amas, quieres que yo te ame. Amasme, Señor, porque quieres ser amado de mí, y no amas por otra cosa sino por ser amado de nosotros.

Porque sabes que amándote seremos bienaventurados, quieres que te amemos. Lo que se da por amor no se puede mejor ni más conveniblemente recompensar sino con amor. Sólo el acto y obra de la voluntad, puedo yo dar a ti, mi Dios, y entre estas obras de la voluntad, el amor tiene lugar primero. Siendo tú, Señor, inmenso Dios y sumo bien, no te desdeñas de poner tu amor en un vil gusanillo de la tierra. Y sobre todo, después de tantas causas que hay para que yo te ame, pónesme precepto de amor, como si fuese tan duro que tenga necesidad de tal mandamiento.

Bendígante los ángeles, lóente para siempre jamás arcángeles y serafines y alábante sin fin todas las jerarquías celestiales, pues después de verme tan obligado con tan innumerables dones y soberanos beneficios, no me demandas otro tributo sino amor, ni quieres de mí sino solamente que te ame. Gracias te doy sin cuento, Dios mío, por la merced que me haces en querer ser pagado con tan suave y deleitable servicio, tan jocundo y fácil de cumplir, que antes sufriré todas las penas y tormentos del infierno que dejarte de amar.





MEDITACION LXI

Cómo solamente nos pide Dios que le amemos.



h cuán bueno es el Dios de Israel a los que son rectos de corazón! Mándasnos, Señor, que te amemos y no quieres de nosotros otro tributo ni pecho sino que amando paguemos tan grandes obligaciones. Venid, pues, ¡oh cristianos!, y mirad qué mandamientos nos da nuestro Dios. No, por cierto, ásperos y dificultosos, no graves ni insoportables, sino muy dulces y muy leves y muy suaves. No nos manda que degollemos ni que matemos a nuestros hijos, como en otro tiempo los cruelísimos demonios lo mandaban a sus honradores; no nos manda que despedacemos y afeemos nuestras carnes con cuchillos ni azotes, ni que entremos en hornos encendidos de fuego, ni que andemos sobre espinas y abrojos, los pies desnudos; pero mándanos diciendo: «Amarás al Señor Dios tuyo, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas y al prójimo como a ti mismo. Ninguna otra cosa quiero, ninguna otra cosa os mando ni pido, ni otra cosa busco en vosotros, ni otra cosa os impongo. Amor quiero y demando, y con sólo esto me contento y me satis-

fago por tantos beneficios y mercedes como de mí recibís tan abundantemente y de continuo.

¡Oh, hombre! Ama y reina. Ama, dice el Señor, y todas mis cosas son tuyas. ¿Oiste, pues, en algún tiempo, alguna cosa más clemente ni más benigna que nuestro Dios? ¿Viste, por ventura, algún señor tan clementísimo y tan benignísimo que solamente demande a sus siervos que le amen? Si algún rey no pidiese otra cosa a sus caballeros y vasallos, por todas las mercedes que les hace, sino que le amasen, y no les pusiese otra carga ni les demandase otro servicio, ¿por cuán piadoso, por cuán clemente, por cuán bueno y digno de ser amado sería tenido y predicado de todos los de su casa y cómo le querrían, y con mucha razón, todos los de su reino? Tal es nuestro Rey, tal es nuestro Señor y tal es nuestro Dios.

¡Oh, qué tal y que tan buen señor tenemos en ti, clementísimo y piadosísimo Señor nuestro! Por lo cual, en el *Deuteronomio*, está escrito que dijo tu siervo Moisés al pueblo: «¿Qué te pide ahora Israel, tu Dios y Señor, sino que le temas y andes en sus caminos y le ames? No te pide otra cosa sino amor.» Bien conocía esto el que decía: «La ley del Señor es sin mancilla, que convierte las almas, y el testimonio del Señor es fiel y da sabiduría a los pequeños. Los mandamientos del Señor, deseables son sobre el oro y las piedras preciosas y más dulces que la miel y el panal». ¿Qué cosa puede ser, Señor, más dulce a nosotros que el amarte y qué cosa más jocunda, ni suave, ni más ligera? ¿Qué es nuestra vida sin amor sino una muerte atrocísima? «El que no ama—dice tu Apóstol San Juan—está en la muerte.» El que no ama, aun viviendo, está muerto de corazón, porque la vida del corazón es el amor y somos trasladados de la muerte a la vida porque amamos. El que aborrece, homicida es de sí mismo. ¡Oh cuán justamente es condenado a eterno tormento el que más quiso arder que amar, porque si por caridad amara, nunca en el infierno ardiera.

Bien se convence, Señor, haberte aborrecido el que an-

tes escogió para siempre arder que para siempre amarte. ¿Qué viste en tu Dios, ¡oh dañado!, qué viste o qué sentiste para que no le amases? ¿Qué excusa podrás tener en el día del juicio, pues aun siendo mandado no quisiste amar a la infinita bondad de tu Dios? ¡Oh, cuánto más deleitable oficio y más según la noble inclinación y naturaleza de nuestra alma es amar que aborrecer, y cuánto mejor es, Señor, amarte que arder en fuego perdurable!

Bien que es imposible aborrecer la criatura a su criador, y así siendo el bien objeto de nuestra voluntad, no cabe en razón, ni es posible, que aborrezca nuestra alma al sumo bien y bondad infinita de nuestro Dios, en cuanto Dios y debajo de título y nombre de deidad y por razón de ser Dios, en quien están eminentemente e infinitamente todas las perfecciones y bienes. Pero la voluntad desenfrenada y ciega de su propia pasión, llevada para su daño y perdición del amor propio, aborrece a tu Divina Majestad en cuanto eres sabio y conoces su malicia y porque eres justiciero y castigarás como justo juez sus maldades. ¿Pero cómo será posible que un alma, por desventurada que sea, si tuviere una sola centella de conocimiento de tu infinita bondad, siéndole representado ese abismo de divinas riquezas y ese piélago sin suelo, de bien inefable e incomprensible, que esté ociosa y suspensa y que pueda acabar consigo de no lanzarse en medio del fuego de tu divino amor?

¡Oh, cuán ciegos son, mi Dios, los que no reconocen, y cuán insensibles son y cuán heladas tienen las almas los que conociéndote no se arrojan en este horno ardiente de tu santo amor! ¿En qué se detienen? ¿Por qué esperan? ¿A cuándo aguardan? Siendo tú, Señor, sumamente atractivo, porque eres sumamente bueno, atrae esta mi alma, lleva tras ti este mi corazón, tráeme en pos de ti y correremos tras el olor de tus ungüentos. ¿Cómo tan grande bien, como el que con la fé se me descubre, no me lleva el corazón al sumo bien? ¿Qué cuerdas hay, por fuertes que sean, ni cadenas de hierro, dobladas del amor de estas cosas tem-

porales, que no se quiebren y se hagan pedazos por llegar con amor al único bien mío? ¿Y qué me mandas, tú, Señor, y qué otra cosa quieres de mí sino que te ame? Los juicios del Señor son verdaderos y justificados en sí mismos. Deseables más que el oro ni piedra preciosa y más dulces que el panal ni la miel. ¿Qué mandamiento más justo ni qué ley más justificada ni qué precepto más dulce que el del amor? No me mandas, Señor, que navegue por los peligros del mar, ni que penetre las nubes, ni que ande en los trabajos de las guerras ni que vaya a las Indias con los pies descalzos, ni que haga milagros, sino solamente que te ame del secreto de mi corazón.

Muchos, pudiendo cumplir este tan suave y dulce precepto de amor que tú les mandas, no quieren, detenidos del amor de este infelice y miserable mundo. ¿Pues qué dirás tú, desventurado, que no amas a tu Dios en aquel extremo examen cuando el mundo será juzgado? ¿Qué responderás a tan inmensa clemencia? ¿Cómo no enmudecerás entonces? Esto es lo que dices, Señor, a tu pueblo por boca del profeta Isaías: «No me invocaste, Jacob, ni trabajaste en mí, Israel; no me ofreciste carneros de tu holocausto y no me glorificaste con tus sacrificios. No te hice servir en oblación, ni me compraste con plata ni con la grosura de tus sacrificios me embriagaste, mas hicísteme servir en tus pecados y dísteme trabajo en tus maldades.» Como si más claro le dijeras: «No te dí ásperos mandamientos, no te dí grandes cargas ni incomportables, no te mandé que gastases tu hacienda en sacrificios y oblaciones, mas mandete cosas fáciles y ligeras y tú en nada tuviste mis mandamientos. En tus pecados me hiciste servir más de treinta años y, al fin, por ti hube de recibir acerbísima muerte. Pues aunque te mandara cosas muy graves, las debieras hacer, cuanto más que no te dije sino: Ama y reina. Amor quiero, amor pido y amor solamente demando, y no quiero sino que ames y que amando lleves buena vida y después, para siempre, vivas, descanses y reines.»



MEDITACIÓN LXII

Cómo el amor no se paga sino con otro amor.

L amor, Dios nuestro y Señor nuestro, no recibe otra satisfacción sino la del amor, ni se paga sino con amor. Por lo cual, aunque yo dé todas las cosas al que me ama, si no le diere mi amor y si no le respondiere a su buena voluntad con la mía, no soy suelto de la deuda y siempre debo pensar que quedo en obligación y por muy grande deudor. Es el amor de tan alto precio, que no se paga con oro ni plata ni piedras preciosas, y de aquí es que aunque nuestros enemigos y los que están en desgracia con nosotros nos den oro y plata y todo lo precioso que quisieren y tuvieren, no lo tenemos en nada y lo reputamos como lodo y aun muchas veces no lo queremos recibir. Por el contrario, de los que sabemos que nos aman y quieren, estimamos en mucho cualquier cosa que nos den, por pequeña que sea, porque no miramos al don, sino a quien lo da y con qué entrañas lo da y a qué lo da con amor.

Por esta razón, Señor, amándonos tú tan grandemente,

no te contentas con que te demos todas nuestras cosas sin que te amemos, y estimas en poco nuestros dones cuando no proceden de amor. La Escritura divina dice que cuando aquellos dos hermanos, Caín y Abel, ofrecieron a tu divina majestad sus dones, que miraste a Abel y a su ofrenda y que no miraste a Caín ni a sus dones. Dice que primero miraste a Abel y después a sus dones, porque más cuenta tienes, Señor, con la persona que con lo que da y más miras al amor que a lo que se ofrece, y por amor de esto recibiste los dones de Abel, que te amaba, y desechaste la ofrenda de Caín, porque estaba su pecho sin tu santo amor.

Por esta causa, tuviste en más la pobre limosna que ofreció la vieja en el templo que las grandes dádivas que presentaron los ricos, y dijiste haber dado más la viejecita pobre que los poderosos ricos, aunque ofrecieron grandes y gruesos dones. Más miras al amor que al don; ámasnos, Señor, y con amor quieres ser pagado. En pago del amor que nos tienes quieres que te amemos, y entonces aceptaras de nuestras manos cualquier don, por pequeño que sea, cuando vieras que te amemos. Muchas y muy ricas ofrendas te ofrecían los hebreos, y porque no procedían de corazones llenos de amor, les dijiste, por boca de tu profeta Isaías: «¿Qué se me da a mí de la muchedumbre de vuestras ofrendas? No quiero los sacrificios de vuestros carneros ni la grosura de los gruesos animales ni la sangre de los becerros ni corderos ni cabrones. Cuando viniéredes a mi presencia y os llegáredes a mí, ¿quién os demanda estas cosas? No me ofrezcáis más sacrificio de balde, porque incienso abominación es para mí, y aborrezco vuestras fiestas y solemnidades.» Todo cuanto podemos ofrecer a tu Divina Majestad vale muy poco delante de tu divino acatamiento, si no va acompañado de amor. Esto es lo que dice el sabio: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo hombre.» Pues si esto es todo hombre, sin esto nada es el hombre. Y porque todo cuanto tenemos y todo lo que

te podemos dar es nada, si no te damos nuestro corazón lleno de tu santo amor, nos le pides, diciendo: «Hijo, dame tu corazón.» Como si más claro me dijeses: «No quiero tu hacienda ni tus dones, sino que solamente pagues con amor el grande amor que te tengo. Amor quiero y amor demando, en satisfacción del amor con que te amo, porque el amor no se paga sino con amor.»

Cosa muy justa es, pues, alma mía, que el amor sea pagado con otro amor y que tu amor sea semejante al amor que Dios te tiene. Debe ser tu amor muy limpio, entero, santo y sin mezcla de algún otro amor, para que sea conforme al amor de Dios, al cual responde, porque de otra manera aborrecerlo ha Dios, como a amor muy contrario del suyo.

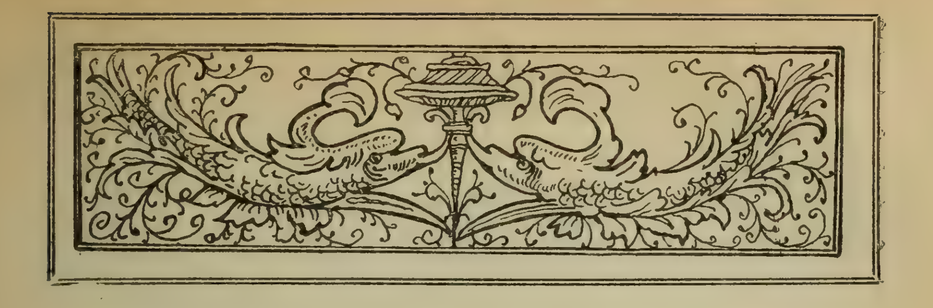
Tu Hacedor te ama a ti más que a otras criaturas, y así tu amor más a él solo que a todo lo criado. Tu Hacedor, a todas las criaturas de este mundo ama por amor de ti; así tú ámalas a todas ellas por amor de él. Tu Hacedor, todas las cosas ordenó para tu servicio y provecho; así tú ordena todas las cosas para su servicio. Tu Hacedor te ama con infinito y perpetuo amor; así tú ámale a él de todo corazón, de toda tu alma, y de todas tus entrañas y fuerzas, y todo cuanto es a ti posible. Paga, pues, alma mía, el amor que debes a tu Dios, pues no te pide otra cosa ni quiere de ti otra cosa sino que le ames. Si a otra cosa amas, piérdeste, ensúciaste con muchos pecados, atorméntaste con mil cuidados y con millares de miserias eres afligida.

Y la causa de esto es porque no pusiste tu amor en su lugar y donde fuera justo lo pusieras. Entonces gozaras de suma paz, si tu sumo amor pusieras en suma cosa. Pondré mi sumo amor en el sumo bien, que eres tú, Dios mío, y aunque tu divino amor no me fuera necesario para alcanzar la vida eterna, había yo de hacer todo lo posible por amarte para alcanzar tu amistad. Dichosos aquellos a quien tú dijiste: «A vosotros os dije amigos.» Muy honrados son, Señor, vuestros amigos y muy confortado y establecido es

su principado. ¿Quién no se tendrá por muy dichoso en ser amigo del rey? ¿Quién no trabajará por alcanzar su amistad?

¡Oh, cuánto más honrosa y prestante es la amistad del Rey del cielo que la amistad y privanza que se puede aquí tener con los reyes de la tierra! El remedio y medio que tengo para alcanzar la amistad de Dios es amarle. Tú, Señor, eres el que me provocas al campo del amor y quieres que, pues me amas, que yo también te ame. ¿Qué debías tú, Señor, hacer por negociar mi amor que no lo hayas hecho? Como si te fueran la vida y la honra en ser amado de mí, así has hecho todo lo posible por granjear mi amor, no importándote a ti cosa alguna y yéndome a mí tanto en ello que no me importa menos que la vida.

Si tú fueras como uno de nosotros, y cada uno de nosotros fuera como eres tú, ¿qué pudieras hacer entonces que no lo hayas hecho? Todas las invenciones y modos y maneras que se podrían inventar, hiciste, Señor, y has hecho por ser amado de nosotros. ¿Qué modos tan exquisitos y extraños halló tu amor para sacar mi amor? ¿Qué diré a esto, Señor y Dios mío? Ardes tú en mi amor y arde todo el mundo en tu amor, y yo en medio de este horno de fuego estoy frío. Cielo y tierra, elementos y todas las criaturas, están encendidas en llamas de fuego de divino amor y sólo yo estoy helado. ¿Qué mayor maldad que ésta? ¡Oh, Salvador nuestro y Redentor de mi alma! ¿Cómo aquel fuego de infinita caridad que ardía en tu sagrado pecho no quema y hace carbón a mi corazón helado? ¿Cómo, Señor mío, aquella ferventísima y encendida sangre que saliendo de tus venas en tanta abundancia, con la cual lavaste y bañaste mi alma de las mancillas de sus pecados, no la dejo hirviente en tu amor y caliente para servirte con espíritu y amarte con sumo amor? Porque quieres que te pague el gran amor que me tienes con amor, hiciste tantas cosas porque te amase, no queriendo que tu amor sea pagado sino con amor.



MEDITACIÓN LXIII

Cómo no tiene el hombre otra cosa propia sino amor.



UÉ daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? Cosa es, Señor, muy decente que tenga yo alguna cosa mía propia que pueda dar y ofrecer a tu Divina Majestad en recompensa de lo mucho que de tus manos he recibido. Justo es que yo posea algo con lo que pueda hacer digna satisfacción en pago de los beneficios y mercedes que me hiciste. Porque como sea justo y no quieras que se pierda el hombre por ingratitud ni por otra manera alguna, tú, Señor, que quieres que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad, demanda tu justicia que hayas dado alguna cosa al hombre que sea propia suya del mismo hombre y que la tenga en su propio poder y libertad con que pueda pagar siquiera en algo a las grandes obligaciones que te tiene. Porque de otra manera pareciera que todos los beneficios dados al hombre, se los hubieres hecho para su mal y para su condenación. Porque recibiendo tanto y no teniendo algo que propio suyo fuera, con que pudiera satisfacer mostrá-

rase ingrato, por la cual ingratitud mostraba ser justa su condenación, lo cual no se ha de pensar de ti, Señor, según es inmensa tu bondad y grande tu misericordia. Presupuesto que el hombre tiene algo con qué pagar a Dios y que de solo aquello es señor que está debajo de su plenario señorío y libertad, ahora sepamos de qué es señor el hombre; no es señor de la hacienda, heredades y posesiones que tiene, porque todo esto le puede ser quitado forzosamente y contra su voluntad y querer. Tampoco es señor de su cuerpo, ni de parte del cuerpo, pues no están debajo de su perfecto dominio y poder, pues puede ser privado del cuerpo y de cualquier parte de él aunque no quiera. No es señor de su vida, porque se la pueden quitar forzosa y violentamente. Ni diremos que es señor de su alma, en cuanto da vida y es forma del cuerpo, porque como no es señor de su vida, así tampoco es señor del alma en cuanto a aquella parte que da vida al cuerpo.

Aunque el alma es una y por ser espíritu no tiene partes; pero hemos de considerar en ella dos oficios que hace estando en este cuerpo, que son dos porciones: la inferior, con que informa y da vida al cuerpo, mediante cuya presencia sentimos y vivimos, y la parte y porción superior de ella, que es la racional e intelectiva, por la cual, si lo miramos, discurrimos, entendemos y conocemos a Dios. Según la parte sensitiva y vida animal, somos semejantes a las bestias, y así según esta parte no somos libres, pero según la parte racional e intelectiva, somos criaturas excelentísimas, criadas a la imagen y semejanza de Dios, capaces de la bienaventuranza, racionales y libres y adornadas con tres potencias muy nobles, que son: entendimiento, memoria y voluntad.

También es de saber que de esta parte superior que decimos, tampoco es el hombre señor de toda ella, porque el entendimiento y la memoria no son potencias libres. Goza el hombre del libre albedrío, y por eso se llama libre, por la libertad que tiene, siendo de él absoluto señor y porque

éste está en las dos principales potencias del alma, que son entendimiento y voluntad, y el entendimiento no es potencia libre, sino sola la voluntad; de aquí se sigue que solamente es el hombre señor de aquella parte del albedrío libre, que es de la voluntad. De esto se colige que de ninguna cosa es el hombre señor, sino de su propia voluntad, la cual es reina y princesa en el reino del alma, y de tal manera es libre y señora, que no se puede entender cómo la voluntad sea voluntad y no sea libre. Si la voluntad no fuese libre, la voluntad no sería voluntad, porque es contradicción manifiesta ser voluntad y no ser libre.

Es tan grande señor el hombre, de esta su propia voluntad, que es imposible ser compelida, forzada, ni serle violentada, ni quitada forzosamente. Todo el poder de los ángeles y de los hombres y los demonios, no pueden quitar al hombre su voluntad si él libremente no quiere darla. Hízole Dios tan gran señor de ella, que el mismo Dios no compele ni hace fuerza a nuestra voluntad, y cuando algo quiere de ella, ruega y amonesta, inspira y persuade, pero no fuerza ni la lleva a su pesar donde ella no quiere, porque es tan libre y tan grande reina y señora, que ama lo que quiere y aborrece lo que quiere, y hace de sí libremente todo lo que se le antoja, sin ser de Dios ni de otro alguno llevada ni compelida contra su querer.

Y pues ninguno puede dar ni ajenar de mismo las cosas de que es señor y de ninguna cosa es señor sino de su propia voluntad, y ésta se da por amor, por esta razón nos mandas, Señor, que te amemos, porque amando te damos nuestra voluntad por amor, que es todo nuestro bien y riqueza que poseemos. No pides, Señor, que te demos lo que no tenemos, porque locura es querer que haga uno lo que no puede, ni mandarle que dé lo que no tiene. Y pues el hombre no tiene que dar sino su voluntad, sabia y discretamente le pides su voluntad, mandándole que te ame. Ansias mortales padecía, Dios mío y mi Señor, allí dentro de mi alma, no hallando qué darte en pago de lo mucho que de

tus magníficas manos he recibido. ¡Bendito seas tú, mi Dios, y mil cuentos de gracias te doy por la merced que me hiciste en darme qué te pudiese dar.

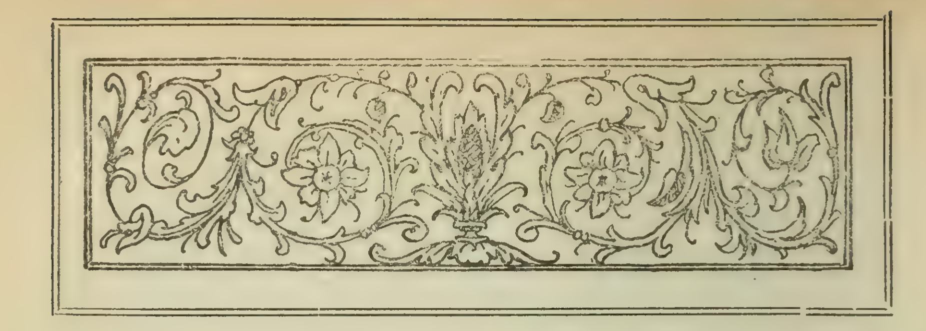
Si el hombre, viéndose tan obligado, no tuviera qué dar ni con qué pagarte, fuera una criatura ininfelicísima y desventurada. ¿Qué hiciera yo, Señor, cuando conociendo lo que te debo, no tuviera amor y voluntad que darte? Dísteme voluntad, que es potencia libre, la cual tiene en sí un propio don, que de continuo nace de ella, y es que jamás puede estar sin darse a alguno, y tan liberal y tan noble, que no se da sin que la misma voluntad se dé con el mismo don, que es el amor, libre don de la voluntad y propio suyo, precioso e inmortal tesoro del hombre. Este puede, Señor, darte mi voluntad, con el cual don te satisface como debe plenariamente en cuanto en sí es.

Donde quiera que va el amor lleva consigo la voluntad del amor, y porque la voluntad es todo el hombre, por consiguiente, decimos que se lleva consigo a todo el hombre Por lo cual, cuando alguno da a otro su amor, a sí mismo todo entero se da y se traspasa en aquel a quien se dió. Porque como el amor de su propia naturaleza es don libre, que de su misma gana se da y que no puede ser forzado, hase de dar o quitar queriendo él, y porque las cosas que damos no pasan en verdadera posesión de aquellos a quien las damos, si no son propias nuestras y están en nuestro libre poder; de aquí se sigue que como el amor sea propio bien del amante, que dándolo él luego pasa a posesión verdadera del amado a quien lo da. Por amor de esto tiene el amado libre poder y entero señorío en el que le ama. Y también porque la recompensa debe responder al amor del dador de los bienes, y aquel amor en Dios es espiritual, inmortal e invisible, también lo que el hombre da a Dios, dándole este su amor y voluntad, es inmortal, espiritual e invisible. Y porque sabes tú, Señor y Dios nuestro, que con sólo esto te podemos pagar, sólo esto nos pides y este sólo tributo nos demandas, pidiendo que te amemos.

Porque aunque eres riquísimo poseedor de todos los bienes y no tengas necesidad de nuestras cosas, quieres de nosotros este amor, pues con sólo él podemos satisfacer a tu Divina Majestad.

¡Oh, cuán gran merced me hiciste, Señor, en querer ser amado de mí y en darme poder para amarte y caudal con que pueda en algo satisfacer lo mucho que te debo. Es el amor una fuerza y poderío impetuoso de la voluntad, el cual lleva tras sí a la voluntad y la da al que ama y con la voluntad se da a sí mismo y todo lo que es el hombre y de manera que el que ama no es suyo, sino del amado. Ama, pues, alma mía, a tu Dios cuanto es a ti posible, y pues él te ama, justísimamente le debes tú amar, aunque no puedes igualmente, porque el amor con que Dios te ama es infinito, mas el tuyo con que a él amas, finito es y medida tiene. Pero ámale cuanto puedas, y esto te basta para que absorta y transformada en Dios, vivas vida celestial con el amado en tanto que aquí vives y después le goces para siempre en el cielo.





MEDITACIÓN LXIV

Cómo hemos de amar a Dios así como él nos ama.



IERTO, Señor mío Jesucristo, que aunque me aborrecieres, te debería yo amar, pues eres mi Dios, mi Redentor, mi protector, mi refugio y todo mi bien, cuanto más amándome tan notablemente, que me sigues con beneficios, huyendo yo de ti. ¿Por ventura no quisiste tú, mi Dios, ser juzgado y condenado a vil muerte y sufrir grandes tormentos por mí?

¡Oh, Dios mío, ¿y qué más pudiste hacer por mí? Maravilloso es, Señor, tu santo amor, pues así nos amaste y ensalzaste tan a costa de tu honra y de tu propia vida. Si a nosotros, que somos nada, tanto nos amas siendo tú el todo, ¿cómo nosotros, siendo lo que somos, no amaremos al sumo bien? ¡Oh, corazón mío, y cómo no te partes por medio en la consideración de tan excesivo y sobrepujante amor! Más duro eres que piedra, pues amor tan infinito no te ablanda. La piedra, dice Job, que es el minero del metal: suelta con el calor, conviértese en metal, y tú, con tan gran

fuego de caridad y con el calor de infinito amor que Dios te tiene, ¿perseveras sin mudarte?

Pluguiera a Dios fueras de piedra y no de carne. ¿Qué cosa más maravillosa que sea la carne del corazón más dura y más insensible que la piedra? ¿Pcr ventura no dices, tú, Señor, que quitarás el corazón de piedra y nos darás corazón de carne? Mas antes, Señor, y para que la piedra se ablande más fácilmente que la carne, quítanos el corazón de carne y danos corazón de piedra. Las piedras, Señor, se hicieron pedazos, sintiendo tu muerte, y las peñas se abrieron con el calor del amor con que moriste, y tú, corazón mío, estás duro, frío y entero, sin quebrantarte ni deshacerte en el amor de tu Dios y Redentor.

Ya que mi frialdad me ha traído a tales términos y mi ingratitud y dureza me han puesto en estado que tengo de venir a ser discípulo de las piedras, amarte he, Señor, pues que tanto me amaste y así como amaste, conviene a saber, dulcemente, prudentemente y fuertemente. Dulcemente, esto es, afectuosa y ardientemente, de tal manera que nuestra alma, atraída y halagada del deleite de las cosas sensibles, no sea arrebatada y se vaya a las cosas ilícitas. Prudentemente, porque corriendo ligeramente y con aviso, no tropiece en alguna cosa. Fuertemente, esto es, con perseverancia, porque vencido de la dificultad no torne atrás y se deje de lo que había comenzado. Pues porque nuestra alma no se vaya tras las cosas de la carne y del mundo, ámete, Señor, dulcemente, y porque no sea engañada del demonio del medio día, ámete sabiamente, y porque no seamos vencidos de la tentación y persecución que nos pueden venir, amémoste fuertemente.

Tal fué el amor de tus santos mártires, los cuales, siendo fuertemente ayuntados contigo, bien pudieron ser contados y quemados, asaeteados y muertos, mas nunca pudieron ser apartados de tu amor. Este es el engrudo del cual el profeta había dicho antes: «Confortará el herrero, hiriendo con el martillo al que batía entonces, diciendo al engrudo:

¡bueno es!, y confortóle con clavos, para que no se moviese.»

¡Oh, buen herrero, el espíritu de verdad, aquel Apóstol predicador del Evangelio que batía y fabricaba entonces a Cristo en los corazones de los pueblos! Fatigaba lo de afuera con el martillo de la persecución y de dentro lo ahincaba y trababa con los clavos del temor. De fuera era molestado y acosado y de dentro era confortado para que no se moviese en la fe y porque la muerte no le trastornase ni derrocase. A los clavos del temor, añadió el engrudo fortísimo del amor, diciendo al engrudo: ¡bueno es! Bueno dijo que es, porque por ventura sin él, no desfallezca el clavo y perezca el caballero probado en el examen. Es, pues, bueno que con el engrudo del amor sea ayuntado y confortado el clavo del temor, porque por el atamiento doblado difícilmente se rompe. Y si por ventura el clavo con el martillo del perseguidor saltare afuera, el ánimo ayuntado y ligado con el engrudo del amor se llegara a Cristo indisolublemente. Pues así como loamos y honramos a estos caballeros de Cristo y con mucha razón, así también los imitemos y sigamos.

A ningún tormento se sujeta el amor. Antes, con devoto servicio te pagaban, Señor, el tributo del amor que te debían y de agradecimiento, dando sangre por sangre, muerte por muerte, dolor por dolor, amor por amor, aunque no con igual medida, porque no se iguala la muerte del hombre mortal, aunque sea atrocísima y penosísima con cualquier tormento, por pequeño que sea, del inmortal e impasible Dios, porque más es el impasible padecer cualquier cosa, que morir todos los mortales. Así, pues, debes, alma mía, amar a tu Dios como él te amó, y pues te amó dulcemente, prudentemente y fuertemente, ama a tu Señor con esa perseverancia y fuerza con que eres de él amada. Por lo cual dice el profeta Jeremías: «De lejos me apareció el Señor. En caridad perpetua te amé, y por eso te atraje, habiendo de ti misericordia.» De lejos, dice, porque mucho

antes que nosotros le amásemos, nos amó. En caridad perpetua nos amó, e infinitamente, por hacer a nuestra alma infinita y enriquecerla con infinitos bienes. De esta manera, pues, Señor, nos amaste. No amas a los ricos por comerles su hacienda, sino por enriquecerlos, ni amas a los poderosos por favorecerte de ellos, sino por honrarlos, y no amas conforme al mundo, que ama por su interés, pero ámasme de balde y de gracia, porque de esta manera seas de mí amado y sin interés.

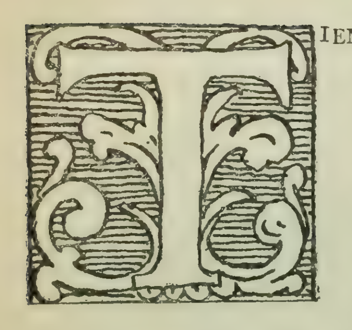
En todo tiempo ama el que es amigo, y el hermano en las angustias es probado. En todo tiempo me amaste, y así en la adversidad como en el tiempo próspero, te hallé fiel amigo. Amásteme en la adversidad de la Cruz y trataste mi salvación con gran amor y en la resurrección hiciste lo mismo. Muchos de los hombres, cuando están en necesidad, prometen grandes cosas a sus amigos, porque así sean de ellos favorecidos; mas después que se ven en prosperidad, no se acuerdan de cosa alguna.

Así lo hizo el copero del rey Faraón, que se aprovechó del consejo de José estando con él en la cárcel, mas después que se vió en su libertad y honra, no tuvo de él memoria. Pero tú, mi Dios, no sólo en tu Pasión te acordaste de nosotros, rogando a Dios por nuestras culpas, mas también estando en lugar tan alto como es el cielo, no te olvidaste de tu Iglesia, pues como dice el Salmista, subiendo a lo alto, diste dones a los hombres, enviando al Espíritu Santo. Así, pues, conviene, Señor mío y Redentor mío, que yo te ame, perseverando en tu amor hasta la muerte, pues me amaste a mí con amor tan perseverante y fuerte, que antes moriste que me dejaste de amar.



MEDITACIÓN LXV

Cómo nos ama Dios.



IEMPO es ya, Señor, que diga algo de tu amor, para que el nuestro sea provocado, porque así como un hierro se afina con otro, así un amor con otro se aviva y provoca. Gran admiración cae en mi entendimiento cuando considero, Señor, que tú me amas. Teniendo tu divina voluntad bondad infinita que amar y hermosura infinita en qué emplear su querer, y que de hecho te amas infinitamente, no puedo dejar de maravillarme que tengas tiempo y lugar para amarme a mí. ¿Qué diré, Señor, pues con la voluntad que a ti mismo te amas sea yo amado de ti? En compañía de tanta bondad como la tuya es amada tanta maldad como la mía, porque así venzas y destruyas mi culpa y engrandezcas tu gloria.

¡Oh, bondad y hermosura infinita de mi Dios! ¿Y qué participación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué compañía entre la luz y las tinieblas? ¿Qué conveniencia hay entre Cristo y Belial? ¿Qué parte tiene el fiel con el infiel y qué tiene que ver el templo de Dios con los ídolos? Pues ¿qué parentesco hay, Señor, entre esa luz inaccesible y

mis tinieblas? Tú eres luz infinita, ajena de toda obscuridad, donde no hay tiniebla alguna ni la puede haber, y yo soy tinieblas y privado de toda luz, sino de aquella que tú, Señor, por tu gran misericordia y clemencia me dieres. Pues ¿cómo en compañía de tanta bondad y luz son amadas mi maldad y tinieblas? En gran obligación me pusiste, pues hubo lugar donde cupiese la criatura en el corazón del Criador, hinchiéndole tan enteramente su voluntad, y que hubiese tiempo para amarme, siendo menester la eternidad para amarte a ti mismo, ¿Y qué digo tiempo?; en tu eternidad me amabas, Señor, y me querías bien. Pues ¿cómo mi voluntad no sale de sí misma mostrándole tanto bien y pasando por todo cuanto hay en la tierra y en los cielos y menospreciándolo todo no se arroja en ti, mi Dios, y te ama con estrecha caridad y amor? ¿Cómo, con tanto fuego como éste, no se calienta mi corazón, como le acaeció a David cuando decía: «Mi corazón se calentó delante de mí, y en mi pensamiento se enciende vivo fuego?»

Este es el lugar, alma mía, donde se encienden las brasas y fuego del amor de tu Dios. Allégate cerca y recibirás, por lo menos, algún calor o una centella, y lo que llevares no dejes morir, aplícale la yesca del corazón para que sea hecho un gran fuego. Conozco mi ser y cuán enfermo es y cuán flaco; conozco mi fealdad en la culpa del primer padre y en mis propios males, por los cuales somos todos hijos de ira, indignos del aire con que respiramos, y conocido de ti por tal, y con todo esto, me amas y buscas por tantos caminos y medios. Y no sólo me buscas y me amas, pero ámasme tan fuertemente, que no bastan mi ingratitud y desamor para que dejes de amarme y acordarte de mí. «For ventura—dices, Señor, por boca de Isaías—puede olvidarse la madre de su hijo y no tener compasión del que salió de sus entrañas?» Mas si ella se olvidara, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te escribí y tus muros están siempre delante de mí.

¡Oh, amor tierno, amor regalado, amor de madre y más

que de madre, pues de ninguna se lee que haya escrito algún libro para acordarse de su hijo, usando de sus manos por papel y de su sangre por tinta y que la pluma sean duros clavos! Nadie ha usado de semejante libro de memoria sino tú, Señor, amador tierno.

Todo el tiempo de tu vida nos tragiste en tus entrañas gimiendo nuestros pecados con gemidos de parto, y al cabo viniste, como otra Raquel, a morir de parto en la Cruz, porque naciese vivo Benjamín. Perdonas las culpas al miserable pecador, y tanto es el amor que nos tienes, que todo término, por breve que sea, se te hace largo por remediar al hombre, y así dabas priesa a Judas el traidor, en la noche de tu última cena, porque despachase pronto el negocio de nuestra redención, tratando de tu muerte y de ponerte en manos de tus enemigos. Ninguno tanto deseó ser perdonado como tú perdonarle, y más descansas tú con haber perdonado al que quieres que viva que el pecador, con haber escapado de la muerte. No aguardas dilaciones; mas tu ley es que quien hubiere quebrantado tus leyes quebrante su corazón con dolor, y luego le perdonarás, mediante el firme propósito de la enmienda y los Sacramentos que de presente recibe o tiene intención de recibir.

Antes que nosotros hablásemos nos alcanzaste ser oídos, y antes que naciésemos moriste por nosotros y nos das lo que sabes que hemos menester. Pluguiese a ti, Señor, que se nos pegase de ti este tu calor en no ofenderte, y tu hablar e interceder por nosotros en la Cruz, en siempre loarte y magnificar el excesiso amor que nos tuviste. Y no sólo te contentas con oirnos; pero así como el que mucho ama se huelga y recrea de oir al amado, así tú, Señor, convidas al alma que redimiste, diciendo: «Suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu cara muy hermosa.» Muy hermosa te parece, ¡oh, buen Jesús!, la cara, que por haberla afeado con pecados no la osamos levantar ante ti. Mas la verdad es que tú hablas con el alma que está en gracia, la

cual no tiene de qué ensoberbecerse, pues la hermosura con que te agrada no es de su cosecha, sino don y gracia tuya, y así a ti es debido por ella loor, y a nosotros confusión. Mas en tí, Señor, lícito no es loarnos, porque cierto es gran dignidad ser amados de Señor tan grande y tan amador nuestro, que por nosotros se entregó a tormentos y muerte afrentosa, de donde nos vino todo el bien. Pues todas tus obras son nuestra instrucción y doctrina, y tanto nos amaste y tan sin interés tuyo y con tanto provecho y honra nuestra, ¿no será justo que aprenda yo a amar a quien tanto me amó, amándole como él me amó y de la manera y modo que tuvo en amarme?

La piedra ama su centro; los peces, el mar; las aves, el aire, y cada cosa, naturalmente, apetece su fin último. Pues ¿por qué no iré yo a tí, Dios mío, por amor, pues eres mi centro donde descanse, y mar donde yo viva y aire donde respire, pues en ti vivimos, nos movemos y somos? Todas las cosas buscan su quietud, paz y felicidad. ¿Pues por qué no haré yo lo mismo? Conviértete, pues, alma mía, a tu holganza, pues sólo en tu Dios y Señor hallarás descanso y verdadero reposo, como en único refugio y holganza tuya. ¿No ves los ríos cómo con grande ímpetu corren al mar? La causa de esto y por qué entrando los ríos no crece el mar, la da la Escritura diciendo que porque salen de él. Todos los ríos salen de él y vuelven al mismo mar, para tornar otra vez a correr. Todas las cosas corruptibles, infatigablemente van a corrupción, porque de corrupción tuvieron principio; porque la generación de las cosas procede de corrupción y la generación de una cosa es corrupción de otra.

Pues si los brutos animales y las cosas que carecen de sentido, con impetuoso y arrebatado aceleramiento se dan prisa a ir al lugar de donde vinieron, y corren al principio de donde salieron y tienen su origen, mirad, ¡oh, hombres mortales, y considerad a la cueva del lago de donde procedisteis! De sólo Dios procedió vuestra alma; de sólo aque-

piélago inmenso salió el arroyo de vuestro espíritu, a la cual amó tanto después que la crió, que no dudó de dar el precio y tesoro infinito de su sangre en su redención, perdiendo la vida por darle vida. Pues, ¿por qué no va corriendo a él!

¡Oh, Criador de nuestras almas! ¡Oh, Redentor y reparador de ellas! ¿Y qué podrá el hombre, miserable y pecador, hacer por ti, habiéndole prevenido con tantas mercedes y amándole tan grandiosamente? Amásteme, Señor, eternalmente; con amor infinito me seguiste y buscaste estando perdido, y con obras esclarecidas me cautivaste, y véome ahora tan cautivo de tu amor, que más quiero este cautiverio que la libertad de los pecadores, porque mejor es estar un día en los portales de tu casa, gozando de una pequeña parte de tus espirituales y suaves consolaciones, que millares de deleites mundanos.





MEDITACIÓN LXVI

Cómo nos ama Dios en particular.



E tal manera nace el sol general y universalmente para todos, que alumbra en particular a cada uno que quisiere aprovecharse de su luz. ¡Oh, claro sol de justicia, que naces como dijo un Profeta, para todos los que temen tu nombre, resplandor de la gloria y figura de la sustancia del Padre, blancura de luz eterna y espejo sin mancilla que así quisiste venir del cielo a la tierra, y naciendo de la Virgen, morir por todos nosotros en común, que redimiste a cada uno en particular y moriste por mí, como si no hubiera otro hombre en el mundo sino solo yo.

Amando a todos, me amaste a mí muy en especial, porque el amor espiritual entonces es más particular de uno cuando es común a todos, ni por participar muchos es disminuído, cuyo fruto es uno y todo él se halla en cada uno. Así, particularmente, Señor, me amas a mí, pues ninguna cosa amas sin mí, y de tal suerte estás en cada uno, como si estuvieras en todos, ni darías a otro mayor afecto de amor, ni a cada uno en particular, si amases a cada uno

sin participar de aquel amor todos los otros. Pues amar a muchos y hacerles bien, no deroga al particular y singular amor que me tienes, porque en todos me amas a mí, ni amas cosa alguna sin mí. No temas tampoco, alma mía, que el ánimo del Señor se distraiga amando a muchos y que por eso ama menos en particular a cada uno, aunque te parezca que está partido y dividido en todos. Amando a todos, únicamente ama a cada uno en singular, como si sólo él fuese el amado.

Nadie debe amar únicamente sino a ti solo, único Señor y Dios nuestro, ni otro alguno puede amar a todos únicamente sino sólo tú. Todos nos debemos amar en uno, pues amamos a uno, para que con el amor del que es uno a todos, seamos una cosa. Este amor es uno a cada uno, y no es particular: es sólo y no es solitario, participase y no es dividido, común y singular; a todos es singular y lo es también a cada uno. Participándose no se disminuye, ni con el uso se gasta, ni con el tiempo se envejece. Es antiguo y nuevo; al afecto, deseable y a la experiencia, dulce. Eterno en el fruto y lleno de jocundidad, recrea y harta y nunca engendra hastío. A todos ama el Señor en común y a cada uno en particular. Proveiste, Señor, que no hubiere alguna cosa en que me pudiese gloriar en particular, porque lo que me diste en singular fué común por amor. Bienes comunes son la luz del sol, el aire y los elementos. Bienes especiales que son dados no a todos, sino a algunos, son fe, sabiduría, ciencia y otras cosas semejantes. Bienes singulares son los que se dan a cada uno en particular, como a San Pedro el principado de la Iglesia; a San Pablo, la predicación de las gentes, y a San Juan, el singular privilegio de amor.

Considero, pues, Dios mío, lo que recibí común con todos y lo que recibí en especial con algunos y las cosas singulares que a mí solo diste. Amote con todos, pues me hiciste participante de los bienes de todos, y ámote más que muchos, pues me diste muchos dones singulares que no diste a muchos. Muchos hay que no fueron tan amados

como yo ni recibieron tantos bienes. No presumo de los bienes que no tengo, ni dejo de dar gracias por los que tengo. Porque por eso me diste, Señor, estos bienes, porque los tenga siempre en la memoria y no me olvide de amarte, pues la ley del agradecimiento me obliga a darte todo el amor que puedo, pues singularmente me amaste. Cuando miro, Señor, el particular cuidado que tienes de mí y las misericordias sin cuento que en cada hora y momento haces conmigo, no parece sino que, olvidado de todos, solamente te ocupas conmigo y que no entiendes en otra cosa sino en inspirarme, llamarme, regalarme, ampararme y hacerme innumerables mercedes de continuo, sin nunca cesar ni cansarte.

Siempre te hallo presente para ayudarme, aparejado y a punto para defenderme; donde quiera que me vuelvo no me dejas; donde quiera que voy de mí no te apartas, y en todo lo que hago te hallo presente y eres mi ayudador en todos los bienes que hago. Y sin estos bienes, singularmente a mí concedidos, que asombran el entendimiento cuando los quiero considerar, hicísteme participante de todos los dones comunes que diste a los otros, dándolos también a mí, pues lo que a los otros diste fué también para mi servicio y provecho. Porque si criaras a mí solo en el mundo, ¿dónde estuviera la conversación dulce de los hombres?

¿Qué hiciera yo solo en el mundo? Todo lo que criaste, Señor, lo hiciste para mi servicio y regalo y para que tuviese una jocunda conversación y urbanidad como de criatura racional y conversable. No sólo las cosas que a mí me sirven, pero también aquellas cosas que son necesarias a los que me sirven, todas son dadas a mí y sirven a mí.

Y si te parece, alma mía, que no muestra en esto el particular amor, pues es común a todos y aun a muchos hizo más particulares mercedes que a ti, no te debes turbar aunque en el uso de las cosas temporales sean los buenos y los malos de una misma condición. Los malos no viven

por amor de sí, sino por amor de los buenos. Porque como las bestias no fueron criadas por amor de ellas, sino por amor de los hombres, así los malos no viven por amor de sí mismos, sino por amor de los buenos. Y como la vida de los malos sirve para el provecho de los buenos, así todas las cosas que sirven a los malos son para el mismo efecto.

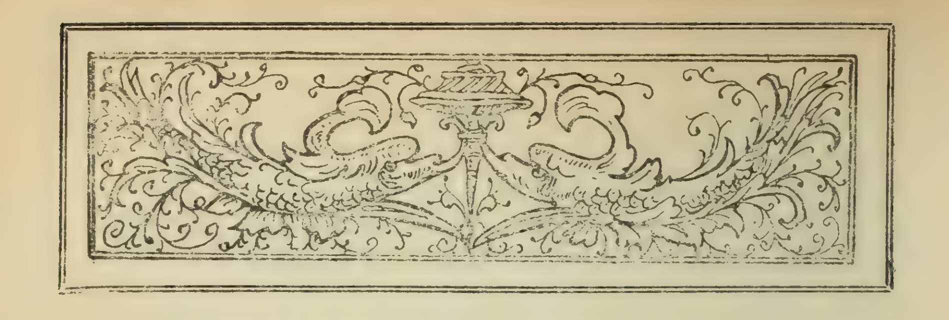
Quisiste, Señor, dar estos bienes temporales a buenos y a malos; porque entiendan los buenos que tienes para ellos otros bienes mayores y mejores, porque si a sólo los buenos los dieras, pudieran pensar que con sólo esto les hicieras pago. No creyeran los buenos que tenían otros bienes mejores, si no vieran que a buenos y a malos se daban los de la tierra. De manera, Señor, que no sólo las cosas que criaste en especial para mí, son buenas para mí, mas aun también todos los hombres son buenos para mí, y si los hombres son buenos para mí también todas las cosas que sirven a ellos van enderezadas para mi servicio.

Los buenos son útiles para mi conversación y compañía y los malos me son provechosos porque me ejercitan en la virtud. Ninguna cosa criaste que no sea para mi provecho y todo redunda en mi utilidad y servicio. No permitirías, Señor, males en el mundo si no pensases sacar de ellos algunos bienes, y aunque los malos sean para sí dañosos y malos, para los buenos son útiles y provechosos. Es con su persecución conocida la bondad, la virtud afinada, ejercitada la paciencia, las costumbres se amoldan y fabrícase la corona en el cielo.

Por lo cual, Señor, así los hombres malos como los buenos y todo lo demás que tus divinas manos fabricaron, criaste para mi provecho, así generalmente amas a todos, que a mí en particular amaste en los bienes que a los otros diste, por lo cual, por todas vías y maneras véome cercado de innumerables beneficios. ¿Pues qué te daré yo, Dios mío, por tantos dones? ¿Qué podré yo hacer en satisfacción de tan grandes y soberanas mercedes, como he recibido de tu mano? Mándasme que te ame y con sólo esto te contentas.

Pues tan singularmente me amaste, amarte he, Dios mío, únicamente y a ti solo singularmente, y a las otras cosas en ti, y por ti, y solamente por amor de ti, porque todos mis deseos, afectos y voluntad, vayan enderezados en solo tu santo amor, como en único bien y refugio mío.





MEDITACIÓN LXVII

Del vínculo indisoluble del amor de Dios.



TANTO nos amaste, Señor y Dios nuestro, que para que no pudiésemos huir de ti, como al principio lo hizo nuestro primer padre Adán, tuviste por bien de ayuntar a ti mismo nuestra humanidad sin que se pudiese apartar de ti. Todo esto está lleno de divino amor, y están aquí encerradas grandes riquezas de santas consideraciones. Para entender bien esto, alma mía, has de saber que la humana naturaleza estaba muy cerca de Dios y muy allegada a él por amistad, mas por la culpa fué puesta muy lejos. ¿Pues qué hizo este gran amador nuestro? Ayuntó a sí mismo en unidad de persona una naturaleza humana individual, un alma y un cuerpo del linaje humano y atóle consigo con indisoluble vínculo, que nunca jamás se aparte ya de Dios.

Ya no puede más huir de Dios la humana naturaleza; ya su amor tiene segura nuestra compañía. En esta bienaventurada unión recibió el hombre todo lo que Dios le pudo dar, así de gracia como de honra y majestad. Todos

los demás justificados fueron puestos en tal dignidad y honra por la gloria del Redentor, que de la sobreabundancia de su gracia descienden a todo su cuerpo, que es la Iglesia, todos los dones que tenemos y esperamos. ¡Bendito seas tú, Señor, para siempre, pues así quieres para nosotros el bien de tu gracia y el altísimo bien de la gloria, que nos los quieres dar por medio y mérito del que es de nuestro linaje! Bien pudieras por ti mismo de tus tesoros enriquecernos y de manera que a ti solo debiéramos todos nuestros tesoros de gracia y de gloria, y no quieres, por honrarnos y engrandecernos, sino que haya de nuestro linaje quien sea tan rico que pueda con sus riquezas darnos a todos heredad y frutos de salud perdurable.

Esto ordenó queriéndose hacer hombre, y era cosa conveniente que así se hiciese, que pues hubo uno que a todos nos destruyó, hubiese otro que a todos nos redimiese y reparase, y comunicase con nosotros sus riquezas celestiales. Y no quisiste, Señor, hacernos esta merced por medio de alguno de tus ángeles, porque a ninguno estuviésemos obligados, por título de redentor, sino a quien era Dios y hombre. Esto sintió aquel tu santo Apóstol cuando dijo: «No sujetó Dios al mundo por venir a los ángeles.» Soberano amor es éste, Dios nuestro y Señor de mi alma y fuego de excelentísima caridad. ¡Ay de quien no considera esta obra del Señor, como lo reprende Isaías, y ¡ay! de aquel que no la considera en medio del fuego de tu divina caridad! ¡Ay de quien no se llega de cerca, como Moisés, a contemplar aquellas llamas de fuego que salen del pecho divino con que se quema el monte! Entra, pues, ahora, alma mía, en este horno; entra y serás abrasada en fuego de santo amor y considera dónde pone el Señor sus intentos, pues para venirte a visitar y darte bienes celestiales no se detiene entre sus ángeles, mas desciende a la tierra como peregrino. Ya no me maravillaré, Señor, de ningunos otros medios que busque tu grande amor para mi salud, pues que el medio y medianero entre nosotros y tu Divina

Majestad es tu unigénito hijo en su naturaleza divina y nuestra naturaleza humana. Ya no me maravillaré que de esta piedra (porque así llama tu Apóstol a nuestro Señor Jesucristo) nazcan ríos caudalosos para el desierto y que beban todos los pueblos, ¡Oh, Dios mío, que de todas partes me rodea y tiene cercado tu amor, aunque sé qué cosa es amarte! ¿Cómo estoy así, hecho insensible, conociendo cuán ardientemente me amaste y viendo lo mucho que por mí hiciste?

¿Por qué me lleva la vanidad del mundo tras sí, preso en cadenas de engañoso y falso amor, más que la verdad y sobrepujante amor con que tú, mi Dios y Señor, me amaste? ¿Por qué me halaga más la maldad de la criatura que la bondad infinita del criador? Y ¿por qué amo yo más mis vilezas y miserias que el amor de mi Redentor y su benevolencia?

¡Oh, cuánto amaste al hombre, Señor mío, pues no sólo quisiste morir por él, más aún visitarlo desde el cielo y estar con él en todo lugar y tratarle con tanta dulcedumbre, porque tus deleites son estar con los hijos de los hombres! ¿Qué tiene, Dios mío, este hombre, que tan amado es de ti? ¿Qué cosa es el hombre, pues tanto lo engrandeces y pones cerca de tu corazón? Ensálzaslo y hónraslo con tu gracia, y tan puestos tienes los ojos en él y tan dentro de su corazón pusiste tu corazón, que diste a su naturaleza humana trono de gloria sobre todos los coros angélicos. Por cierto, no hay en el hombre cosa digna de la menor de estas mercedes, mas de balde somos de ti tan perfectamente amados.

¡Oh, Dios mio, cómo no nos mandas que muramos cada día por tí y por tu honra, pues tú, Señor y Redentor mio, siendo quien eres, con tan excelente amor, moriste por nosotros en una cruz! ¿Qué podré yo hacer en tu servicio y con qué fuerzas de caridad me podré emplear en amarte que no me halle vencido de ti en amar? Tenga empacho mi corazón e hínchese de vergüenza mi alma; no ose le-

vantar los ojos al cielo, morada muy digna de mi Dios; átese mi lengua y péguese a mi paladar, pues que soy desagradecido a tan buen Dios que así me amó y quiso bien. La paga con que he satisfecho tan gran deuda de amor es ofendiendo de día y de noche a tan buen Dios y Señor, viendo, clementísimo rey del cielo, que con amor tan estupendo y maravilloso me amabas. Salgan fuentes de lágrimas de mis ojos y nunca cese de gemir mi corazón, pues aun después del conocimiento de mi salud, así la menosprecié y locamente troqué la suma verdad por la mentira y vanidad de las cosas presentes y transitorias. Amándonos, Señor, nos diste todos los bienes que tenemos, sin los cuales fuéramos pobres y miserables, y nosotros, amando a tu divina bondad, ningún bien te añadimos, porque tú eres mi Dios y no tienes necesidad de nuestros bienes. Porque si es verdad, como lo es, que de todos los bienes del alma de tu unigénito hijo y Señor nuestro Jesucristo, que son más y más excelentes que todos los del cielo juntos, no tienes tú necesidad, como ese mismo Redentor lo confiesa, ¿cuánto menos lo tendrás de todos los bienes y servicios de los ángeles y de los hombres, que son mucho menores? No te detengas, pues, ahora, alma mía, en amar a quien tanto te amó, y si es tanta tu dureza que tienes por trabajo amar a tu Dios de todo corazón y sobre todas las cosas, después que comenzares a amar tendrás por cosa más trabajosa y dura dejar de amar, siendo gustado de la dulzura de la conversación del Señor, de lo que tuviste al principio por penoso: dejar tu propio amor por el amor de tu Dios. La Escritura dice que es suave, Señor, tu espíritu y más dulce que la miel.

Mira que dice el Apóstol: «Que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni llegó a corazón humano lo que tiene Dios aparejado para los que le aman.» Aparejaste, Señor, estos inestimables bienes de tu gloria para que se embriaguen con la grosura y abundancia de tu casa, según lo cantó el Salmista. Como arroyo de deleites entrara por su boca, apa-

rejaste en el monte de la eternidad un convite grueso de manjares delicados. Aparejaste para que entren en el gozo de su Señor. ¿Qué cosa hay más alta que ésta? ¿Qué cosa mayor ni más subida se puede pensar ni imaginar? Y pues tú, Señor, con vínculo indisoluble, fuertemente y sin quebrar las ataduras del amor tan esclarecidamente y verdaderamente me amaste y con tan fiel y firme amor, muy justo es que yo también te ame con esta perseverancia y constancia, pues tan fuerte amor como ese con firme amor merece ser pagado.





MEDITACION LXVIII

Cómo el amor de Dios es vínculo de perfección.



TIENE el amor virtud de ayuntar y transformar. Es semejante al fuego que se ayunta con el hierro y se entra por sus poros y venas, hasta que lo transforma en sí, de manera que aunque hay verdadera sustancia de hierro, está transformado en el fuego y sus obras más son de fuego que de hierro. Así es el amor que de tal manera ayunta a los que ama, que los transforma. Hallamos esto más altamente verificado en ti, Dios nuestro y Señor nuestro, pues tu amor te ayuntó a lo que mucho amabas, sin detrimento alguno de tu divinidad y sin que se consumiese nuestra humanidad, allegada tan de cerca a ese divinísimo fuego, de quien dice la Escritura: «Dios es fuego que consume.»

Es tan grande este amor que nos tuviste, que pudo ser hecho un ayuntamiento tan admirable y celestial como es el que hay entre ti y el hombre. Mas de tal manera fué ayuntada aquella santísima humanidad contigo, que todos los otros individuos humanos, no fuímos ayuntados a ti en unidad de

persona, aunque recibimos honra y dignidad, y tanta, que por eso te llamas segundo Adán, porque por la comunicación que tienes de nuestra naturaleza, así enriqueciste a todos suficientemente de honra y gloria, como en Adán fuimos todos condenados. De manera, Señor y Dios nuestro, que moraste en todos por la asunción de uno solo, y por ti, hecho hombre de nuestro linaje y de la misma carne y huesos y alma racional que nosotros somos, nos vino aquel mismo bien que está escrito. «Yo dije: dioses sois e hijos del Muy Alto.»

Mereció aquella humanidad nuestra, ensalzada en ti, que todos subiésemos a semejante espiritual ayuntamiento contigo, para que se hallase esta razón de amor también en nosotros aunque no dentro de aquel grado que hay en ti, en quien hay gran unión de la humanidad con la persona y supuesto del verbo divino. Para ayuntarnos contigo, Señor, que es el fin de tu amor, ordenaste muy eficaces y excelentes medios, conviene a saber: siete sacramentos llenos del fruto y gracia tuya.

Mira, pues, ahora, alma mía, en qué jardín tan lleno de flores y rosas coloradas, llenas del rocío del cielo entras, plantado dentro de aquel huerto cerrado que es la Iglesia el cual tanto alaba el esposo en los Cantares. Recoge un manojo y guárdalo en tu seno. Mira si tienes sed a qué fuente de todas las gracias y misericordias has venido, para que bebas en grande abundancia, y oye a un profeta santo que dice: «Todos los que tenéis sed venid a las aguas, y los que no tenéis dinero comprad y comed.»

Mira si tienes hambre a qué mesa eres convidada, donde el manjar es tu Dios y la bebida su preciosa sangre, y oye a la Sabiduría que dice: «Venid y comed mi pan y bebed el vino que mezclé para vosotros». Mira cómo, aunque parece desierto, está lleno del maná del cielo, lleno de todo deleite y sabor de gracia y gusto de gloria. Como conviene, Señor, a tu divina providencia proveer a cada uno conforme a la condición de su naturaleza, y nosotros no reci-

bamos algún conocimiento en el alma, sino por medio de nuestros sentidos exteriores, fué cosa conveniente que fuésemos enseñados de los misterios divinos, mediante estas señales exteriores, y así nos comunicas tu gracia mediante los sacramentos que instituiste que son señales sensibles y eficaces de tu gracia. Y porque dejando a tu divina majestad nos sujetamos a los elementos del mundo, convenía que aquella medicina fuese remedio de nuestra enfermedad, conviene a saber: que por el mandamiento de Dios estuviésemos sujetos a estos elementos y domásemos de esta manera nuestra soberbia debajo del yugo de la fe.

Era también cosa decente que la religión cristiana no estuviese ociosa, y así era razón que cada día nos ejercitásemos en tan nobles ceremonias de sacramentos. Estos son los medios excelentísimos que tu eterna sabiduría ordenó y estableció, para que por medio de tan altos sacramentos, como con siete cuerdas de amor, en caridad perpétua juntases a ti nuestras almas con fuerte vínculo de perfección. Como juntaste a nuestra humana naturaleza contigo con indisoluble vínculo de unión, movido por sola tu caridad y amor infinito que nos tuviste, así quieres juntar nuestras almas contigo por caridad, la cual, como dice tu santo Apóstol, es vínculo de perfección. Es virtud el amor que junta a los amados, y así en el misterio de tu Encarnación santísima, en la cual nuestra humanidad fué ayuntada contigo en unidad de persona, por tan excelente manera que mora en ti, hecho hombre, la plenitud de la divinidad, esencialmente no dividida ni con mezcla alguna.

Este efecto, a su manera, se halla también en el amor santo que los justos te tienen; porque los ayunta a ti espiritualmente, no trayéndote otra vez del cielo a la tierra como entonces viniste, mas llevándolos allá y ayuntándolos contigo. El que se allega y ayunta por amor con Dios, dice la Escritura que se hace un espíritu con él. Así como el fuego va lanzando fuera la humedad del madero con su calor y no cesa hasta que los transforma en sí, de esta ma-

nera el divino amor con su calor y virtud va lanzando la humedad de nuestra concupiscencia y culpa y no cesa, no embarazándolo ni estorbándolo nosotros hasta que nos transforma en ti y deifica, ayuntándonos contigo, de manera que sin confusión ni composición ni crecimiento tuyo, nos hace un espíritu contigo. La diferencia, pues, que hay en aquellas disposiciones primeras que el fuego va introduciendo en el madero, lanzando de él las contrarias y haciendo lugar donde quepa su perfecta forma, y entre esa misma forma de fuego, esa misma diferencia hay entre estas dos maneras de unión que hace el amor.

Ciertamente, Señor, que todo el amor que la criatura te tiene desde acá, es como un calor que la va disponiendo para que entre aquella llama vivísima de la caridad en que tiene de arder, ayuntada en aquel fuego sobresustancial, que eres tú, mi Dios, porque así te llama la Escritura. ¿Qué otra cosa es amor sino una vida que ayunta dos cosas o pretende ayuntarlas, conviene a saber: al que ama y al amado? No está mi alma más perfectamente en el cuerpo donde anima que donde ama, si por ventura no quisiere alguno decir que está más y más perfectamente donde está atada como en cárcel, que donde con alegría y voluntad grande volaría a reposar. Ciertamente, donde está nuestro tesoro allí está nuestro corazón, y como tú, Señor, seas el tesoro de los que aman, en ti tienen su corazón los buenos y a ti están allegados y ayuntados.

Ayúntanse contigo desde la tierra, y aun muchas veces se ve en tus grandes amigos que ayuntándose a ti con afecto y deseo quedan tan insensibles a toda obra humana, que hechos varones extáticos, abiertos los ojos no ven y heridos no sienten, y sin manjar no tienen hambre, y caminando largo espacio de tierra no lo conocen, y volviendo después a las cosas humanas traen sus pechos llenos de riquezas y gracias tuyas. Es de tantas fuerzas este santo amor, que no sólo da esta unión que more el hombre contigo desde la tierra y hable y trate con tu majestad divina, mas

aún le ayunta con el amado, sin que el uno y el otro dejen de ser, y sube al hombre, que tenía ser humano, al ser divino y súbelo a tu gloria e inmortalidad y transfórmalo contigo.

De tal manera se hace esta unión contigo desde la tierra, que ya comienza el alma y aun el cuerpo por su comunicación a sentir la dulcedumbre y suavidad de tu gloria a quien está llegada. Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi alma a ti, mi Dios.

Sube con afectos y deseos a ti, mi Dios, y en esta unión de amor y vivos deseos, mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Sintió mi alma el toque espiritual que le diste y fué llena de alegría, como se alegran los que mucho se aman cuando se encuentran con la vista. ¿Quién podrá decir sin declarar cuán grande es tu dulzura y contento que das a mi alma, pues aún hasta al cuerpo se comunica su alegría y regalo? Bienaventurado el pueblo que sabe la jubilación y alegría que hay en esta unión espiritual contigo. En esta unión de afecto y amor oye el alma la voz de su Esposo y amado y se hace blanda como cera:

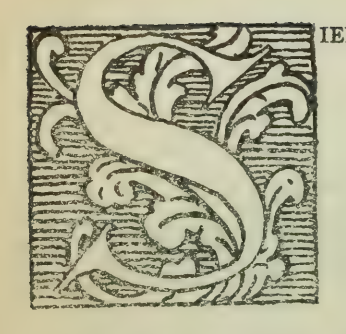
«Luego que me habló mi amado se ablandó y derritió con muy casto amor mi alma.»





MEDITACIÓN LXIX

De los bienes que proceden de este vínculo de amor.



IENDO tan poderoso el amor que ayunta a los amados uno con otro, necesariamente ha de haber comunicación y participación de bienes de una parte a otra. ¿Quién dirá, Señor, las riquezas que das a mi alma cuando se llega a ti por vínculo y atadura de santo amor? Podré en alguna manera decir algo de los gustos espirituales que siente mi corazón cuando se llega a ti, haciendo semejanza y comparación de los bienes de que goza mi cuerpo con la unión y presencia del alma, aunque algo semejante, pero en mucho muy aventajada y diferente.

Muy enriquecido veo mi cuerpo cuando está a él ayuntada el alma. Gozan los ojos de ver la claridad y luz del cielo, sol y luna, estrellas, prados verdes y campos floridos. Recréase el gusto con la diversidad de sabores; el oído, con los sonidos y acordada música y así los otros sentidos. Vive el cuerpo, crece y goza de la vida con la presencia del alma, según la cual se menea, anda y vive. Pues si tantos bienes da el alma al cuerpo por estar ayuntada

con él, cuántas mayores riquezas celestiales y espirituales tesoros recibirá mi alma ayuntándose a tí, Señor, por vínculo de amor. Ciertamente, en esta dichosa conjunción que hace el amor entre mi alma y entre tú, mi Dios, recibe bienes sin cuento y muy gran parte de tus bienes, con la seguridad, si perseverase en tu divino amor, de que será después levantada a gozar de tu gloriosa vista en el cielo.

Darás a mi alma fuerza de ojos con que pueda ver tu divinidad y gozar de ella conforme a como fuere el amor. En esta unión espiritual que hace el amor, se llega el alma a gustar la dulcedumbre en su fuente y después beberá de los caudalosísimos ríos de tus deleites divinos. Y si más adelante quisiera pasar con esta consideración estando en el ejemplo puesto, hallaré que aquí hay causa y materia de muy excelente amor tuyo. Veo, Señor, que no sólo comunica el alma al cuerpo a quien está ayuntada sus riquezas, mas aun después de junta con él recibe de él sus deleites y alegría, gozando el alma de los placeres de su cuerpo.

¡Oh, Dios mío, bondad soberana, salud infinita y fuente eterna de gloria que nunca se ha de acabar!, ¿por ventura erraré mucho si dijera que en esta santa unión que hay entre vos y nuestras almas, hay participación y comunicación de los bienes del uno al otro? Bien veo, Dios mío, que no tiene el hombre qué darte, alguna alegría o recreación, como el cuerpo humano no tiene qué dar al alma antes que a ella se ayunte, mas también sé que dice de tu divina clemencia la Escritura que son tus deleites morar con los hijos de los hombres. Como los deleites de nuestra alma son haber ennoblecido y vivificado su cuerpo y gozarse en los bienes que le da, así se entiende que son tus deleites morar con los hijos de los hombres; esto es, darles vida y gracia y hermosura de virtudes; y deleitarte en ellos es holgarte de haberlo hecho.

No hay de mi parte cosa en qué darte alegría, mas tú, Señor, plantas en mi alma los jardines espirituales y los riegas con el agua de tu gracia para recrearte y deleitarte

en ellos. Todo esto se sigue de ayuntarse nuestra alma contigo por verdadero amor, y así participa llegándose al fuego del calor de tu infinita caridad y bondad, y estando cerca de tan inestimables riquezas, es remediada su pobreza y vestida su desnudez y toda deificada y transformada en esa gloria de infinita majestad y perdurable hermosura.

Bendito seais, Señor, para siempre, pues en la tierra me diste tanto bien, que verdaderamente por el amor somos ayuntados a vos y vivimos en vos y vos en nosotros. «El que me ame—dice Cristo—yo le amaré y mi Padre le amará y vendremos a él y moraremos en él». Cuando oigo morada, considérola como la que hace mi alma estando en el cuerpo cuando está con él ayuntada. No porque seas tú, Señor y Dios nuestro, forma del cuerpo y le animes, como lo hace nuestra ánima cuando está en él, mas porque verdaderamente moras en los que te aman, ayuntado espiritualmente con ellos. Como el cuerpo con la presencia del alma es hermoso y la hermosura que tiene recibe de la asistencia de ella, así, Señor, toda la hermosura de mi ánima depende de tu presencia, con la cual es hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible y espantosa a los enemigos como escuadrón bien ordenado ¿Qué hermosura y perfección tendrá aquella que tiene en sí misma al que es fuente de hermosura y suma de todas las perfecciones? ¿Qué puede ganar estando tú en ella, sino bienes sin cuento? Y ¿qué tal queda el cuerpo sin alma y cuando de ella se aparta, sino cubierto de fealdad horrible, amarillo y sin conversación y vida?

¡Oh, vida de mi alma y Dios de mi corazón, que con tu ausencia no es mi ánima sino abismo de fealdad, infernal confusión, tiniebla de Egipto, piélago de miserias y retrato de todos los males del mundo!

Como tu presencia es vida, alegría, hermosura y todo deleite y honra, así tu ausencia es muerte, tristeza, fealdad, tormento y vituperio para ella. Viniéronme todos los bienes juntamente con tu venida y honestidad innumerable por

tus manos. Con tu presencia tiene mi alma fuerza y virtud para resistir a todos los males, y sin ella de cualquier mal es vencida y con pequeña ocasión caída y derribada.

¿De dónde viene que es tan flaco tu santo amor en nuestros corazones? De dónde viene la flaqueza de nuestro cuerpo? De falta de mantenimiento o de no retener el estómago el manjar que recibe. De aquí procede que tan enferma y flacamente te amamos, Señor, y tan fácilmente caemos de tu caridad porque no comemos, y si comemos luego lo vomitamos. No levantamos nuestra consideración a la contemplación de tu bondad infinita; no miramos a tu santo amor y esclarecidas obras, y si algunas veces las entendemos, ahogan luego los cuidados de este mundo, los deseos de la carne y soberbia de la vida, aquella centella de fuego que se había prendido en nuestros corazones.

¡Oh!, qué celestial alegría se halla en tí, Señor, cuando miro cuán excelentemente me amaste y cuánto me quisiste. Será esta alegría tan dulce, que aunque su gusto se pase, pasándose a aquel dichoso tiempo en que el alma es admitida a aquel tan glorioso conocimiento, queda después tan viva la memoria que despierta el corazón, para que vuelva a buscar esta puerta y anímase y esfuérzase a que persevere llamando.





MEDITACIÓN LXX

Cómo el amor de Dios es deleitable.



OH, cuán grande es, Señor, la multitud de tu dulzura, la cual escondiste para los que te temen! Injuria se haría a la suavidad de los gustos espirituales que das a mi alma en quererlos explicar con palabras, pues todas faltan para decir el menor de tus deleites. ¡Oh, cuán suave es, Señor, tu espíritu en nosotros! Destilarán los montes dulzura y los collados derramarán leche. Conforta, Señor, este tu santo amor el espíritu, deleita el gusto, recrea el alma y su dulzura y deleite así trasciende y sobrepuja a todo lo criado, que hace olvidar a cuanto puede dar contento encima de la tierra. ¡Oh, cuán grande es la vanidad y locura de los que aman las abominaciones y torpezas de los deleites sensuales, por los cuales dejaron los gustos celestiales y tus divinas consolaciones. ¡Oh, miserables y desventuradas criaturas, que desamparáis el maná del cielo por los ajos y cebollas del Egipto! No sé cómo es posible, Señor, que estos carnales hombres dejasen a ti, fuente de aguas vivas, conociendo la dulzura de

tu santo amor, deleitándose en las hediondeces de sus feos y torpes deleites. Huelgan en sus vanidades del mundo porque no tienen experiencia de cuán dulce es y deleitable tu conversación.

Una de las cosas que a mí me hace espantar mucho del pecado del rey David es detenerse tanto tiempo en la inmundicia de su pecado, habiendo antes de su culpa experimentado cuán dulce y suave es tu divina consolación. Que un rústico criado, con viles y groseros manjares guste de ellos y le sepan bien y alabe el tal mantenimiento, no es de maravillar, porque se crió con aquellas viandas y no comió los manjares que se sirven en las mesas de los príncipes. Pero si un príncipe, hijo de un gran rey, criado con excelentísimos mantenimientos, gustase de los manjares toscos y viles de los rústicos y pobres pastores y despreciase por éstos la mesa de su padre, sería cosa de gran admiración.

¡Oh, dulzura de mi vida, manjar deleitable y mesa opulentísima de mi Dios!, que yo no me maravillo que los hombres carnales y mundanos que gastaron toda su vida en servir a sus apetitos se deleiten en los viles y groseros manjares en que han vivido; pero mucho me espanta que un hombre tan espiritual como David, con quien tanto te comunicaste y que tanto había gustado de tus deleites divinos, hallase gusto en tan abominables y pestilenciales torpezas. Alcancé, como otro Jonatás, con la punta de la vara, un poco de miel, gusté de ella y fueron alumbrados mis ojos. Con una centella de la lumbre y conocimiento que en mí pusiste alcancé un poco a conocer cuán dulce eres, Señor, y después que gusté de tu conversación abrí mis ojos para conocer cuán grande es tu dulzura y cuán amarga toda mundana consolación. En viendo Rebeca las vistas de la casa de Abraham, luego despreció y aborreció a su tierra y parientes.

¿Por qué, Señor, dejan los hombres tu santo amor por los amores del mundo? ¿Por qué, Dios mío, gustan de los

manjares de este siglo y tienen por dulces el acíbar y hieles de los deleites sensuales? Porque no llegaron a conocer cuán suave es, Señor, tu espíritu y cuán grande la dulzura de tu excelentísima conversación. Antes, Señor, quiero y te suplico que des conmigo en perpetuas llamas infernales que permitas que dejando a ti, mi Dios, que eres limpieza y hermosura infinita, ponga yo mi amor en la fealdad y torpeza de las bestias. ¿Qué es esto, Señor, pues con tanta injuria tuya, habiéndonos amado tan grandemente, ponemos nuestra afición en los deleites y alegrías presentes?

¡Oh, quién tuviese todas las lenguas de los ángeles y de los hombres para poder hablar contra esta gran maldad nuestra! Cuántos hay que, dejando tu extremada hermosura y tu sobrepujante y eminente amor que nos tienes, se han convertido a la miserable servidumbre de los deseos y pasiones de ignominia, hechos esclavos de su sensualidad. Aman estos malaventurados la fealdad de la sensualidad, desprenciando tu hermosura infinita, y aman los deleites presentes que se deslizan entre las manos y no pueden ser detenidos, teniendo en poco aquellas purísimas alegrías que hay en tu santo amor, las cuales no se pueden acabar. Aman con ojos ciegos lo que es amargo y lo que es luego castigado con nueva pena, teniendo por dulce lo amargo y juzgando que las tinieblas son luz.

¡Oh, Señor y quién pudiera abrir los ojos a estos ciegos y quién les diera conocimiento de su gran mal! Esta es aquella grande queja que tiene tu santo profeta Jeremías, diciendo: «Pásmense los cielos y entristézcanse sus puertas con gran congoja, porque ha hecho mi pueblo dos males muy grandes. Dejaron a mí y despreciáronme, fuente de agua viva, y cavaron para sí y para sus contentos unas cisternas destruídas, que no pueden detener el agua que entra en ellas». Mucho sientes, Señor, este desacato, pues convidas a que se vistan de luto los cielos que tú criaste con tanta hermosura y resplandor, y quieres que sientan y lloren un mal tan grande como es desechar la fuente perennal de suma

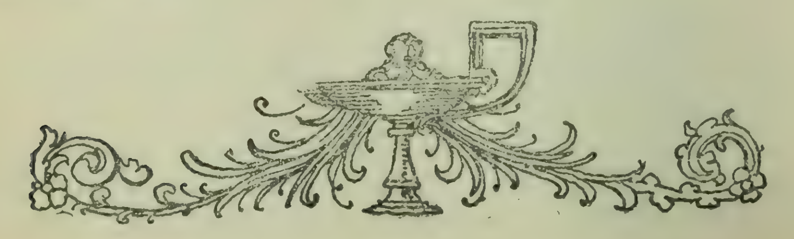
dulzura y suavidad por los deleites de la sensualidad y amargos tormentos, que son unas cisternas hediondas cuyas aguas no pueden ser detenidas, sino que luego se van corriendo y corren sus amadores tras esta vanidad y no la pueden alcanzar ni ver su rostro. Confiésalo, pues, alma mía; no lo niegues; razón es que seas convencida de la verdad ¿Cuándo pudiste tener una de tus alegrías que no se fuese huyendo? ¿Cuándo no fué más el penar por su deseo y la tristeza de la huída que lo que te alegraste cuando vino? ¿No ves triste, abominable y feo el rostro de sus deleites? Oye a la esposa en los cantares y serás desengañada de tanto mal como te tiene ciega. «Mi esposo es como el camueso entre los árboles de los montes». Los árboles de los montes son zarzas, robles, hayas y encinas, sin fruto, sin suavidad y sin mantenimiento para el hambriento que quiere comer fruta, y cuando mucho hay unas bellotas, que es manjar de puercos. Todos estos deleites temporales son semejantes a los cardos, zarzas y espinas. Aunque tengas un monte de los deseos que deseas dar a tus apetitos, no hallarás dulzor ni alegría, porque menosprecias el camueso suave, oloroso y sabroso y cargado de fruta, dejando el divino amor de tu esposo Jesucristo más suave y puro que los cielos.

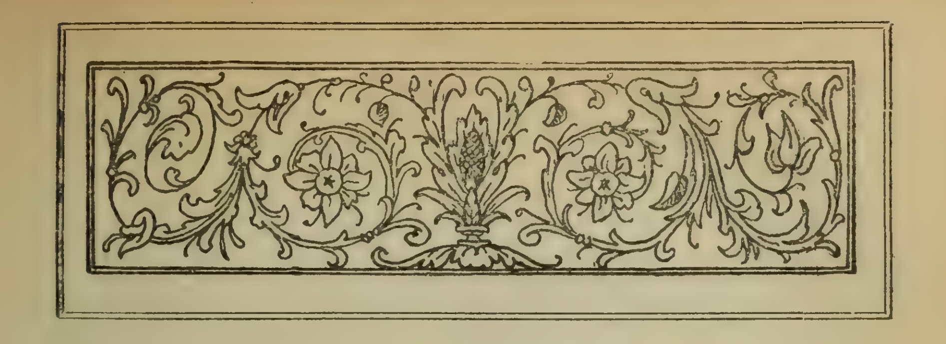
¡Oh, locura extremada, Señor mío, la de aquellos que en su hambre y necesidad dejan de extender la mano al camueso y van a buscar fruto y regalo entre las espinas. Nunca tú permitas, Redentor mío, que en la hambre que yo tuviere de deleites deje el fruto dulcísimo de tu santo amor y lo vaya a buscar en mi sensualidad, de donde no cogeré otro fruto sino corrupción. Lo que sembrare el hombre aquello cogerá; el que sembrase en el campo de la carne, cogerá corrupción, y el que sembrase en el espíritu cogerá fruto de vida eterna.

Grande es, por cierto, Señor, tu amor; pues en tanto nos estimas, que dices ser tus deleites morar con los hijos de los hombres. ¿Pues qué maldad es ésta mía y tan grande que no

tenga yo por mis deleites a ti, mi Dios y Señor, teniéndome tú a mí por deleites tuyos? Tú, que eres inmortal y glorioso Dios, dices que tienes al hombre corruptible y mortal por tus deleites y, morando en trono de majestad y gloria con deleites y complacencia, desciendes al corazón del hombre en el valle de lágrimas y tinieblas; y todo lo desprecia el hombre y no pone sus deleites en ti ni en tu santo amor. ¡Ay de mí, que contra mi hablo y contra mi grande desvarío, pues dejando a ti, hermosura y gloria infinita, busqué con injuria tuya a las falsas alegrías del mundo y aún con su acíbar no me desengañaba!

Convierte, Señor, a ti a mi errada voluntad, para que no sólo te ame como debo, mas aún también para que con gran fervor repare los yerros pasados y redima el tiempo perdido. ¡Ay del mundo y de todos sus amadores, que dejan de amar a tal Dios, que tanto nos amó y que tanto hizo por nosotros. A ti sólo, Dios y Señor nuestro, debemos dar nuestro verdadero amor, porque no somos deudores de la carne y sangre para que la paguemos con darle sus deleites, antes nos debe muchas culpas. Acábense ya las vanidades, alma mía; vuelve a buen sentido y conocimiento, y mira cuánto amor debes a Dios y cuán segura y derechamente caminas a la vida eterna por el camino del amor de tu Dios. Oye a la sabiduria que a grandes voces reprende, llamando locos y niños sin juicio a los que aman las cosas que tanto nos dañan. Oye a Dios vivo, que te manda que le ames con todo tu corazón y con todas tus fuerzas y virtud, y mira cuántas cosas te obligan a ello y cuán glorioso será tu premio.





MEDITACION LXXI

Cómo el amor de Dios es don del cielo.



TU santo amor, don soberano es que desciende del cielo, como don muy bueno y perfecto del Padre de las lumbres, en quien no hay mudanza ni sombra de mudanza y lo infunde en nuestras almas y lo da a quien quiere. Este es el mayor de todos los dones: don sobre don, el cual no se da sino a los amigos, y él mismo es el don del amor y a los que me aman, dice el que yo amo.

¡Oh, preciosa margarita, la cual el que la halla vende todas las cosas por comprarla! ¡Oh, prestantísimo tesoro, el cual el que lo posee, aunque carezca de todas las otras cosas, es rico, como el que de él carece, aunque abunde en las otras cosas, es pobre! Verdaderamente, aunque dé el hombre toda su sustancia por el amor, en nada lo debe tener todo, porque bienaventurado es, Señor, el que vos enriqueciéreis con vuestro amor. Esta es la fuente propia con la cual no comunica el ajeno; ésta es la vestidura de bodas, la cual el que no estuviere atado de pies y manos, será lan-

zado en las tinieblas exteriores; esta es la cobertura que dijo el Apóstol San Pedro, con que se cubren la multitud de los pecados; ésta es la sacra unción que nos enseña todas las cosas y este es el fuego que trajo Dios a la tierra y que no quiere otra cosa sino que arda.

«De lo alto—dice un Profeta—envió fuego sobre mis huesos y enseñóme». Desde el cielo envía este fuego que no sale de la tierra y es don soberano de mi Dios, y por eso, ¡oh, buen Jesús! pues me mandas que te ame, dame, Señor, que te ame. Dame lo que me mandas y mándame lo que quisieres. Porque aunque es a mí cosa muy alegre y deleitable amarte, Señor mío, este tu santo amor es sobre mis fuerzas, es sobre mi poderío y sobre mi naturaleza, y esta dilección y amor que buscas en mí, sobrenaturales, y que se han de poseer por tu don y nuestro albedrío. Y ni por eso tengo excusa alguna sino te amare, porque el que quiere y desea tu amor, nunca se lo niegas, y a los que le piden lo das liberalmente. No puedo ver sin luz, mas si no viere al medio día por tener los ojos cerrados, mi culpa es que no veo, y no por falta del sol, cuya luz todas las cosas alumbra.

Así es, Señor, tu santo amor, que es don soberano; que a todos alumbras y a todos convidas con él y no lo niegas sino al que cerrando los ojos de su libre albedrío no quiere recibirle. ¿Quién me dará que, menospreciadas y dejadas todas las cosas, busque sólo esta margarita y ésta sola procure con todas mis fuerzas y con todo mi poder? ¡Oh, mortales, oh, encorvadas e inclinadas ánimas a estas cosas perecederas, vanas y vacías de las cosas celestiales! ¿Por qué tanto trabajáis y afanáis por alcanzar esto caduco, transitorio y vano, menospreciando esta margarita preciosa y de valor inestimable? ¡Cuánto trabajan los hombres, cuánto sudan y qué hacen por alcanzar un poco de ciencia que se destruye!

¡Oh, si así trabajasen y buscasen, Señor, este tu don de amor, el cual cuanto mejor sea que el saber, el día último lo demostrará! En aquel juicio final, cuando con antorchas

encendidas, como dice un Profeta, vinieres a escudriñar a Jerusalén, mucho mejor nos será haberte amado que haber disputado muy sutiles y altas cuestiones, y más valdrá tener tu santo amor que saber todas las ciencias del mundo, careciendo de tu amor.

Y pues tanto me importa amarte, que no me va en ello menos que la vida del alma y propia salvación mía, ¿por qué dejando las ocupaciones, que al dar de la cuenta ninguna cosa me han de aprovechar, no pondré todo mi estudio y cuidado en sólo amarte, pidiendo con lágrimas y suspiros de noche y de día este don soberano de tu divino amor? Gasta, pues, alma mía, los días de esta breve vida en continuas peticiones y clamores; derrama como agua tu corazón ante el trono de la Divina Majestad y suplícale te dé este don celestial del santo amor, porque aunque no lo da sino a quien él quiere, no lo niega a quien lo quiere; ¿cómo no lo dará a quien lo pide, pues convida con él a quien no lo busca ni demanda?

Fué Nicodemo, Redentor nuestro, a verte, y sin responder a los loores que te decía, luego le diijste lo que había de hacer para salvarse antes que él lo preguntase, convidándole con tu santo amor y bienes de la gloria. Veo, Señor, que tienes esas entrañas de amor abiertas para mi remedio y que tienes tendidas esas liberales manos para darme tu santo amor y que ninguna cosa más deseas que ver en mí, vacío mi corazón del mundo, para que dando lugar el amor falso al amor verdadero, infundas en él tu gracia, pues ambos estos dos amores contrarios no pueden estar juntos. Pues ¿por qué, Señor, no lanzaré yo de mi alma el amor terreno, para que reine en ella tu amor divino? Todas las cosas fueron criadas para amarte y servirte, y como el hombre es todas las criaturas, por participar de todas ellas, cuando no te ama pervierte la orden de la naturaleza y hace que las cosas criadas no alcancen su fin, pues él te ha de pagar, Señor, la deuda del amor por sí y por ellas. Yo sólo soy el deudor y te dejo de pagar, Señor, por mí y por ellas, pues

me hiciste señor de ellas y las criaste todas para mi servicio y provecho. Así te amaré, Señor, cuanto fuere a mí posible, aunque no como mereces ni con la perfección que te aman los santos después de esta vida en el cielo.

Isaías dice que es tu amor fuego en Sión y horno encendido en Jerusalén. Aquí vemos, como con anteojo y en figura, lo que después veremos patentemente y cara a cara. Aquí es el amor fuego con humo, allá será pura llama de fuego. Entonces habrá perfecto conocimiento y perfecto amor. Es fuego aquí en Sión, que es en esta Iglesia militante; pero en Jerusalén, que es la gloria celestial, será horno encendido, don deninguna cosa bastará a matarle.

Había en el templo un altar de fuera, donde no se quemaban todos los sacrificios, porque parte de ellos eran para el sacerdote y parte se quemaba. Pero en el altar de dentro, que era el Sancta Sanctorum, todo el incienso se quemaba. Acá, en esta vida, estando aún en este mundo, en la carne flaca no es todo puro amor tuyo, porque parte damos a las criaturas y parte a tu Majestad Divina. Mas allá, en la celestial Jerusalén, que está más arriba, que es libre y madre nuestra, será nuestro amor horno de fuego encendido donde arderán nuestras almas en fuego de amor contigo, reinando perpetuamente en tu reino. Ahora, Señor, amaré como pudiere, y será dándome tú fuerzas y poder para amarte, enviando desde el cielo este don soberano de tu santo amor. Quiebra, pues, muy de veras, ánima mía, con el mundo, rompe las cadenas del propio amor con que estás atada y mira la liberalidad de este Señor y ruégale con humildad envíe este don desde el cielo, como en otro tiempo lo envió sobre sus santos apóstoles, cuando vino en llamas de fuego. Don es de Dios y merced que te hace desde lo alto; pide este santo amor como debes pedirlo y no te será negado.



MEDITACIÓN LXXII

Cómo se alcanza y conserva el don celestial del amor.



No pienses, ánima mía, que por algún humano estudio, industria o cuidado, se puede alcanzar el amor divino. Don es de Dios y gracia sobre toda gracia y él lo da graciosamente. Con lágrimas y ruegos se alcanza y no con nuestras fuerzas. No es enseñado, sino infundido; no se aprende, sino que de gracia de lo alto se recibe, y en la verdad, los que le buscan le hallan, mas no tanto porque se busca cuanto porque es dado, y no tanto por la solicitud del que lo busca sino por la gracia del que lo da. Porque ninguno puede entrar en la despensa del vino de Dios si no fuese metido por la mano del rey, según aquello de los Cantares: «Metióme el rey en la despensa del vino y ordenó en mí caridad». Ninguno temerariamente y con atrevimiento se entre en esta despensa, mas humildemente llame primero a la puerta porque no sufre fuerza, mas por gracia se abre a quien el rey quiere.

Aunque muchas cosas hay, Señor, que nos pueden ayudar y disponer para alcanzar este tu santo amor, y lo pri-

mero es la puridad de nuestro corazón, que principalmente nos hace idóneos y capaces de este don sobrenatural y celestial dádiva, porque cierto es que tan puro y precioso licor no se infundirá en vasos impuros y sucios. Por amor de lo cual, según parecer y sentencia del Profeta, hemos de barrer nuestros espíritus de todo polvo terrenal porque puedan recibir en sí tan grande y tan precioso licor.

«Limpiémonos—como dice tu santo Apóstol—de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando limpieza en temor de Dios, porque el que ama la limpieza del corazón tendrá al rey por amigo.» Cuando quisiste dar la Ley a tu pueblo israelítico y casa de Jacob, mandaste por mano de tu siervo Moisés que se lavasen un día y otro día y que estuviesen aparejados y limpios para el tercero día y no llegasen a sus propias mujeres.

¡Oh, cuánto más es tu divino amor que aquella ley mosaica! De aquella ley dice el Apóstol que no trajo a los hombres a perfección; pero este santo amor es don perfectísimo y en él está la perfección cristiana y hace perfectos a los hombres que gozan y poseen este soberano don. ¿Pues cómo lo podré recibir? Lavando mi conciencia con muchos lavatorios de lágrimas, purificando el corazón de toda inmundicia y malicia y poniendo mis pensamientos y deseos en los bienes celestiales. Cría, Señor, en mí un corazón limpio y confírmame con tu espíritu principal. Cuando los santos Apóstoles recibieron este don del cielo y vino el Espíritu Santo sobre ellos en lenguas de fuego, estaban todos juntos en amor y caridad y perseverando en ayunos y oraciones.

No prende el fuego estando los maderos apartados, porque es menester que esté la leña junta. Este divino fuego de tu santo amor no se halla donde hay división y bandos ni viene sino al corazón pacífico y quieto. Con ayunos, lágrimas y oraciones se dispondrá mi alma para que more en ella el don celestial de tu amor santo. Limpien, Señor, los corazones los que son de ánimos doblados si desean enri-

quecerse de este amor. Límpienlos no solamente de toda culpa que los pueda ensuciar, mas aún de todo ruido de congojosos cuidados y de toda afición que los pueda distraer, y de toda doblez y engaño, y de toda vagueación de espíritu desasosegado, y dejen libre y vacío el vaso del corazón al espíritu, rogándole con toda devoción que quiera morar en él, porque el espíritu no tiene por bien ni le agrada morar con las serpientes y con las víboras y con los escorpiones, ni le place entrar en el corazón inmundo y regalado. Y por demás es llamado con gemidos y ruegos, si por otra parte lo despiden con malos olores de adentro. Pues has de limpiar, ánima mía, la morada del corazón y ataviarle con deseo de virtudes y hermosearle con lindas flores de buenas afecciones y santos pensamientos para que podamos decir con la Esposa: «¡Mira qué hermoso eres, amado mío, y qué gentil; florido está nuestro lecho»! Y entonces él vendrá de buena voluntad, aun no llamado ni convidado. Vendrá porque basta para él que solamente le muestren la cama florida para que venga atraído con el olor de las flores, porque más le atrae el olor que las palabras, la limpieza que los sacrificios y la humildad del que devotamente pide que la importuna locuacidad del que continuamente solicita.

«Según la pureza de mis manos, me dará el galardón, y según la limpieza de mi alma se me dará el espíritu». Por lo cual el Apóstol Santiago dice: «Limpiad, pecadores, vuestras manos, y los doblados de ánimo purificad vuestros corazones.»

Vale también para alcanzar el amor un congojoso deseo de él y rogar a Dios continuamente por él, como está escrito: «Abrí mi boca y atraje el espíritu». La boca del corazón es el deseo, el cual entonces se abre al amor cuando sobremanera es dado al hombre y a los menosprecidores y negligentes nos das tú, Señor y Dios nuestro, el espíritu de tu amor, porque no das lo santo a los perros para que lo despedacen, ni echas a los puercos tus margaritas porque no

sean de ellos acoceadas. Y si a los que mucho desean este don celestial y lo demandan con gran afecto, aun apenas después de largo tiempo se les concede el espíritu deseado, ¿cómo se dará tan gran bien a los tibios y que no se curan de él?

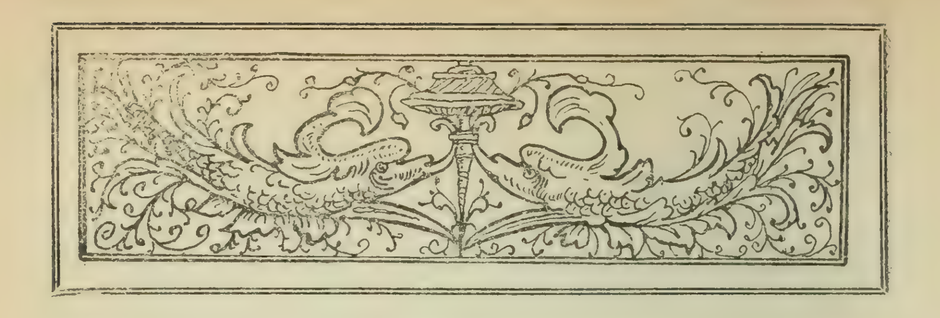
Hay otro no menor aparejo para alcanzar tu santo amor, que es la mortificación de las pasiones sensuales. Muerto el rey de Egipto, lloraron y llamaron los hijos de Israel a tu Divina Majestad, y oiste su gemido y los socorriste y ayudaste, librándolos de la servidumbre y cautiverio de Egipto. También te llamaron antes de la muerte del rey, pues muchos años atrás eran perseguidos y maltratados, pero entonces oiste sus clamores cuando era muerto el rey de Egipto.

Si quieres, pues, ánima mía, que oiga Dios tus deseos y condescienda con tus peticiones, socorriéndote y dándote su santo amor, mata al rey de las tinieblas, porque conviene que muera en ti el amor de este siglo, que reina en tu corazón y que venzas y mates a todas tus pasiones. Difunto Herodes, vino tu Esposo Jesucristo a Israel y no antes. Mata tus malos deseos y ningún pecado reine en este cuerpo mortal, porque viviendo esos apetitos en ti, ahógase el espíritu de Dios y como unas nieblas muy oscuras y nubes y torbellinos se oscurece, porque no resplandezca en su luz serena.

Y resplandeciendo menos es también necesario que menos arda, como la luz del sol oscurecida y nublada menos calienta. Mas quitadas las nieblas de las personas que ciegan, luego la noche oscura se vuelve en claro y alegre día, y calentando la lumbre el corazón, hierve luego con los afectos, como la olla con el agua caliente. El amor caritativo del prójimo, la lección de los libros santos, la conversación de las personas espirituales que con santas y encendidas palabras abrasan el corazón; con estas y otras semejantes cosas, alcánzase aquel fuego sagrado del divino amor, manteniéndole y criándole con esto como con leña del monte para que no desfallezca.

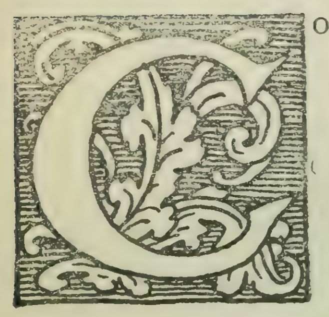
Y porque quiere tu Dios y Señor que arda este divino fuego en tu corazón, mandaba en la ley vieja que en su altar hubiese siempre fuego, el cual se sustentase cebándolo con leña el sacerdote. Así, ánima mía, has de sustentar este santo fuego en tu pecho, conservándolo y cebándolo con buenas obras, lágrimas y oraciones. Es muy delicado este espíritu de verdad y se va siendo ofendido, por lo cual, después que una vez es dado, se ha de guardar solícitamente y con gran cuidado porque no se mate con cuidados temporales, como se suele matar la pequeña centella, echando sobre ella maderos mojados, según aquello que está escrito: «No querais matar el espíritu del Señor.» Porque como no hay cosa más preciosa que él, así no se halla cosa más delicada ni más tierna que él, por amor de lo cual se ha de buscar con mucho fervor y diligencia y conservarle después de habido con muy grande cuidado y vigilancia.





MEDITACION LXXIII

Cómo no podemos amar a Dios y al mundo juntamente.



Como el amor del mundo, Dios nuestro y Señor nuestro, inflama el corazón y lo lleva a las cosas terrenales y perecederas y lo lanza en el profundo abismo de perdición, así el amor santo y este divino fuego lo eleva y levanta a las cosas superiores y supremas y lo enciende en las eternas y convida al alma a las cosas que no pasan y de lo profundo del infierno la levanta al cielo. Cada cual amor tiene su fuerza y ningún amor está ocioso en el alma del amante. Siempre lleva al alma a una u otra parte. ¿Quieres, pues, saber, alma mía, qué amor hay en ti? Mira adónde te lleva, porque del amor eres llevada a dondequiera que vas. Cuando el amor del mundo te inclina a cosas terrenales, tienes liga en las alas y no puedes volar arriba; pero si eres limpiada de las afecciones impurísimas de este siglo, tendidas las alas del divino amor, vuelas al cielo. El amor nunca está ocioso y todo amor o sube o baja. Levanta el amor, bueno a nuestra alma a tí, Señor, y el malo súmelo en los abismos. El que es vencido del amor de las

cosas terrenales no se deleita en las cosas celestiales. No puede estar el alma sin deleite, y así se deleita en las cosas ínfimas o en las supremas, y cuanto con más estudio se ejercita en las mundanas, tanto menos gusta de las divinas, y cuanto más se levanta a las cosas altas, tanto más se despide del amor terreno. No se pueden amar ambas cosas juntas e igualmente.

Por lo cual, el Apóstol San Juan, sabiendo que no se puede sembrar entre las espinas del amor del siglo la miés de tu amor soberano, antes que siembre en los corazones de los hombres la semilla de tu divino amor, arranca las espinas del amor del mundo diciendo: «No queráis amar al mundo ni a las cosas que están en él.» Y añadió diciendo: «Porque si alguno ama al mundo, no está la caridad de Dios en él.» No pueden estar estos dos amores en un corazón, ni se levantan las mieses del amor de Dios donde están las espinas de la delectación eterna.

Así, es menester, Señor, que quite yo primero el amor del mundo, si quiere gozar mi alma de tu divino amor. Así dices por tu profeta Jeremías: «Mira que te he constituído sobre las gentes y sobre los reinos para que arranques, destruyas, disipes, edifiques y plantes.» Primero le mandas destruir y después edificar, y primero quieres que arranque y después que plante, porque no se puede poner el fundamento del amor de Dios sin destruir primero la fábrica del amor mundano. Los que aman, Señor, las cosas visibles, no aman las invisibles, y cuando siguen las cosas de fuera desamparan las de dentro. Con la codicia de la tierra no eres, Señor, amado, porque el amor terrenal ensucia los ojos del alma para que no vea la excelencia de tu santo amor. Yo no puedo, Dios mío y todo mi bien, ocuparme contigo y conmigo juntamente, y por eso, Señor, ocúpate tú con mi bajeza para que la ensalces, y yo me ocuparé en tu bondad para que con ella me deleite.

Y aunque yo contigo gane mucho y tú conmigo no adquieras nada, sé que de mejor voluntad estás tú conmigo

para hacerme merced de lo que yo estoy contigo para gozar de tu bondad. ¿Por qué, criador mío, pierdo yo tanto bien como el que das a las almas que se llegan a ti por amor y gozan de tus celestiales y divinas consolaciones, pues puedo ganar tantos bienes a costa de romper con el mundo, vano, falso, engañador y atormentador de quien le sirve?

Abre, pues, tus ojos, ánima mía; despierta, que ya tiempo es que despiertes y conozcas los años pasados de tu vida tan mal empleados y mires lo que pierdes y por qué lo pierdes. Tiempo es que caigas en esta cuenta y veas que pierdes la dulcedumbre inmensa de la muy suave y delicada conversación de tu Esposo Jesucristo, por las hediondeces y abominables deleites del mundo. Oye a la Esposa que en los Cantares dice al Esposo: «Mi amado a mí y yo a él. Estamos tan unidos mi amado y yo, que ninguno puede caber donde nosotros estamos.» Pues no puede caber otro peregrino ni extraño amor con el de Cristo, ¿a quién será justo que ames? ¿A tu Señor y Criador, de quien tantos bienes has recibido, o al mundo, que te ha traído engañada, atormentada y perdida? ¿Quién es el Dios, a quien dejas, sino abismo infinito de bondad, piélago sin suelo de soberana dulzura, suma de todos los bienes y descanso perdurable de las almas santas? ¿Quién es el mundo a quien amas sino cárcel de vivos, sepulcro de muertos, oficina de vicios, desprecio de virtudes, atormentador de la razón que nos lleva a Dios, enemigo de los presentes, olvido de los pasados, afeador y oscurecedor de los hechos claros? «¡Ay de los hijos fementidos—dice Dios por un profeta—que esperan favor y ayuda en la fortaleza de Faraón y ponen su esperanza en la sombra de Egipto!» ¿En cosa de tan poco ser y tan insconstante y vana como la sombra pones tu amor y cuidado? No dejes, alma mía, a tu Dios por el mundo, que no es sino una triste sombra.

Así fueron engañados los hebreos, pues no creyeron a Jeremías, y confiando en las fuerzas de Faraón descendie-

ron a Egipto, donde murieron todos desastradamente. No pongas tu pensamiento en estas vanidades terrenales, porque el manjar que tiene Dios guardado para los justos no se puede comer con el del mundo, por ser contrarios, según aquello de Isaías: «¿A quién enseñará Dios su ciencia y hará entender lo que oyere?» A los destetados y apartadosde los pechos. ¿Quién será digno, Señor, de gustar devuestro santo amor y de entender vuestra dulzura? El que dejare la leche y dulzura del mundo. Menester es despreciar de todo corazón los regalos, blanduras y deleites del mundo si queremos, Señor, gozar de tu suave y delicada consolación, por amor de lo cual, para hablar a nuestra alma en secreto del corazón, dices que la llevarás a la soledad, porque no quieres que amando los bienes de la tierra goce de la suavidad de tu santo amor.

Quería Faraón que te sacrificase Israel en Egipto, lo cual no consintió Moisés, porque en ninguna manera se sufría ser tú, Señor, adorado donde era el demonio servido. ¿Pues cómo Señor, tengo de amarte entre las tinieblas de Egipto, teniendo preso mi corazón del amor de este siglo? El Apóstol dice: «No podéis beber del cáliz del Señor y del cáliz del demonio, ni ser participantes de la mesa de Cristo y de la mesa de los demonios »

Por amor de esto mandabas, Señor, en la ley vieja que no comiesen los hijos de Israel pan con levadura, ni arasen con asno y buey, ni sembrasen las tierras con diversas semillas mezcladas, ni trajesen vestidura tejida de hilo y lana, porque no quieres dos amores contrarios en un corazón ni que amemos al mundo y a tu Divina Majestad juntamente.

Siendo los israelitas afligidos y perseguidos de los filisteos y sirviendo a unos ídolos de los gentiles, llamados Baalim y Astarot, dijo el profeta Samuel a todo el pueblo: «Volveos al Señor de todo vuestro corazón y quitad de entre vosotros los dioses ajenos Baalim y Astarot y aparejad vuestro corazón al Señor y servid a él solo y libraros ha de mano de los filisteos.» Y como ellos hiciesen esto, así como el

santo profeta lo había mandado, alcanzaron una gran victoria de sus enemigos.

No quieres, Señor, que te amemos teniendo ídolos de vicios, que adoramos en nuestras almas, por lo cual a ti sólo es justo que ame mi corazón, aborreciendo el pecado, según aquello que dice el Profeta: «Los que amáis al Señor aborreced el mal.» Si yo te amo, tengo de amar lo que tú amas y aborrecer lo que tú aborreces. ¿Pues cómo quiero yo amar a dos contrarios y amarte, Dios mío, amando estas cosas mundanas, vanas y corruptibles? Muy poco hago, Señor, en desamar cosas que son tan dignas de aborrecimiento por ganar tu santo amor, pues desecho estiércol y pajas podridas por una sobrepujante y preciosa margarita. Tan noble es tu divino amor y cosa tan prestante, que otro mundo mejor que éste era digno de ser despreciado por gozar de un don tan inestimable como el que das a tus amigos.

Pues es contradicción manifiesta amar juntamente a ti y al mundo, amarte hé, Dios mío, a ti solo, aborreciendo y despreciando tanto al mundo cuanto deseo ser, en ese horno de tu santo y soberano amor, abrasado y encendido.





MEDITACIÓN LXXIV

De los grados del divino amor.



No tenemos, Señor, tan en las manos este tu divino amor, que luego podamos subir a él, sino poco a poco, aunque en la verdad, si nuestra naturaleza no estuviera estragada, tomara nuestro amor principio de arriba. Mas porque está por el pecado corrupta y dañada, perdió la lumbre espiritual y tomó otro principio de amor; así como una fuente de su principio mana abundantísima y claramente, y si la cierran con piedras y leños y lodo busca otra parte por donde salga, y la que al principio salía clara sale después turbia y sucia, corrompido su primer origen. Así es en la fuente del amor, porque se hizo otro origen turbio, hediondo, corrupto y lodoso, porque comenzamos a amar de nosotros, como hubiésemos de comenzar de Dios, porque esto, según verdad, era lo más natural Mas depravada la naturaleza del amor, mudó el amor su origen, de manera que como hubiésemos de amar a ti, Señor y Dios nuestro, primeramente por amor de ti y todas las cosas por ti y en ti, ahora comenzando de nosotros, amamos a nosotros más que a nadie y todo lo que ama-

mos es por nosotros. De aquí comenzamos a aprovechar en tu santo amor, poniendo el fundamento y principio en nosotros, amándote no tanto por ti como por nosotros, porque sabemos que sin ti no podemos ser, pues la continua necesidad que sabemos que tenemos de tu Divina Majestad, nos fuerza y compele que te busquemos por ayudador y que te llamemos para que nos favorezcas y nos des las cosas necesarias para esta vida. Y de aquí es que porque esto que amamos no lo podemos poseer sin ti, consiguientemente amamos a ti por nosotros como necesitados y que no nos cumple hacer otra cosa.

Y porque continuándote, Señor, a amar por la necesidad que de ti tenemos, experimentamos y conocemos tu benignidad en nosotros y tu largueza, benevolencia, suavidad y bondad, con otras muchas divinas perfecciones, de aquí viene que comenzando a olvidarnos de nosotros, en tí mismo nos comience a agradar tu bondad, siendo antes buscado al principio de nosotros como bien útil y provechoso. Este es el tercer grado del amor, porque el primero es con el que nos amamos a nosotros mismos; el segundo, con el que te amamos a ti por nosotros. Mas el tercer grado del amor es con el cual a ti y a nosotros y a todas las cosas amamos por ti solo. Cuando Jacob iba de casa de sus padres a Mesopotamia y se durmió sobre una piedra, vió en visión una escalera que tenía una punta en la tierra y otra en el cielo, y tú, Señor y Dios nuestro, estabas recostado en ella. No somos aves, ni hemos de volar de la tierra al cielo, y por eso es menester subir poco a poco por escalera, por los escalones y gradas del amor, el cual comienza en la tierra por originarse y tener su fudamento terrenal comenzando del amor propio y subiendo por sus grados y escalones hasta lo fino y más perfecto de tu santo amor, que es lo celestial, acendrado y más esmerado y puro.

Entonces, subiendo por estos grados del amor, llegamos al cielo cuando la imperfección de nuestro amor se va limando, purificando y adelgazando hasta venir a la cum-

bre y alteza del verdadero amor, cuando ya sin respecto alguno de nosotros mismos te amamos solamente por quien tú eres como dignísimo de ser amado, pues eres sumo bien y bondad infinita. Y porque la naturaleza flaca, imperfecta y corrupta es menester que sea ayudada y favorecida, estabas, Señor, arrimado en aquella escalera, porque con tu divino favor y auxilio de tu mano, hemos de subir al excelente y soberano amor tuyo. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto y desciende del Padre de las lumbres. ¿Pues cuánto más el amor, que es el más perfecto don de todos? Fuego es el amor, y como el fuego en su principio, cuando introduce su forma en la materia del leño, está impuro y lleno de humo, y después que comienza a subir a su esfera se va apurando y haciéndose más puro, sutil y claro, así el amor, aunque en su comienzo empiece al principio imperfecto, impuro y terreno, va subiendo a su propia esfera, que es Dios, y perfeccionándose hasta llegar a él y mejorándose hasta llegar al punto de su perfección.

Entonces ha subido lo que ha de subir y está como conviene y donde ha de estar cuando, olvidado el hombre totalmente de sí mismo y de todas las cosas, es transportado y transformado en su Dios, no queriendo en el cielo ni en la tierra otro bien sino el Criador y Señor de todas las cosas. Aquel es verdadero amante, que ninguna cosa quiere para sí ni pretende intereses propios ni bien alguno particular que toque a él ni en el cielo ni en la tierra y no busca en todo cuanto piensa y dice y hace sino solamente la honra y gloria de Dios y hacer su voluntad en todas las cosas. ¿Quién alcanzará este grado de amor? Bienaventurado es aquel que a tan alto grado de amor ha venido, que olvidado de sí y de todas sus cosas y enajenado totalmente de sí, se da del todo a ti, mi Dios, y se traspasa en ti.

Tanta felicidad y bienaventuranza como ésta, no es de la presente vida, porque más es de la que está por venir que de ésta, llena de cuidados y necesidades que tiran por nuestro corazón y lo encorvan e inclinan al amor de este siglo,

en el cual vive el alma cautiva aunque no quiera. Si algunas veces llegamos a este grado de excelente y puro amor, perseveramos en él. Porque en el cuerpo corruptible apesga y agrava el alma y la hace bajar con su peso cuando ya comenzaba a volar en altanería, y entremétese la importuna carne, aun a la que no se quería acordar de ella, desasosegándola y enojándola con mil clamores y desasosiegos y otras tantas vanidades, a la que había concedido, que siquiera un poco de tiempo, sosegase y deleitase con su Esposo Jesucristo.

Nunca faltan moscas importunas de vanos pensamientos y cuidados del mundo que desasosieguen al santo patriarca Abraham cuando ofrece sacrificio y ama y ora a Dios, así como el mismo Señor se lo había mandado. A este grado perfecto de amor había venido el que decía al Amado: «Encendióse mi corazón en vuestro amor, Señor mío, y esta llama tan grande mata en mí todo el fuego de la concupiscencia mala». Porque ningún fuego consiente arder con este santo fuego, de aquí es que de concupiscencia grande se han mudado mis rehenes en blancura y pureza de castidad, tragando y deshaciendo en mí el fuego del cielo, el ardor ajeno, y mudóme del todo, y me ha deshecho y tornado en nada la potentísima fuerza del amor. Cumplido has en mí, Señor mío, lo que en otro tiempo por un Profeta en forma de saludable amenaza nos habías dicho: «Convertiré mi mano a ti y coceré tu escoria y fundiré tu estaño.»

Esto veo en mí verificado, porque todo lo que en mí era mío, se ha consumido y gastado. Todo soy tornado en nada, porque vivo yo; y ya no yo, pero vive en mí Cristo y no lo supe. No supe tan gran sacramento; no sabía verdaderamente el misterio de tan gran mudanza; que convino aniquilarme y tornarme en nada para que tuviese verdadero ser y que todo yo desfalleciese en mi Dios como estaba escrito: «Desfalleció mi corazón y mi carne en Dios vivo». Y otra vez dice: «Desfallecido ha mi alma en vuestro Salvador.» !Oh, cuán bueno es este desfallecimiento cuando el alma

desfallece en su Dios y de sí misma pasa en Dios, y llegándose a su Dios es hecha un espíritu con él! Harto era, conforme a nuestra naturaleza, y harto a ella se inclinaba, que todas las cosas se amasen por aquel por quien fueron hechas.

Y este amor se ha de tener por bueno y derecho, que así es conforme a la naturaleza, y si nuestras almas no fuesen tan livianas y de tan poco peso, este grado último de amor había de ser el primero. Así había de ser y así fuera, si el pecado no se pusiera de por medio. Puedo también, Señor, amarte en tres maneras; conviene, a saber: con otras cosas y más que a otras cosas y sin otras cosas. El que con otras cosas te ama, igualándote en el amor con ellas, divide este tal el corazón y no cumple el mandamiento del amor. El que te ama más que las otras cosas, aunque ama las otras cosas lícitamente contigo, no divide su corazón, aunque de alguna manera le aparte y divierta a otras cosas. Este tal, el mandamiento cumple del amor, aunque no ha alcanzado la perfección. Mas el que ama solamente a ti, Señor, y sin otra cosa, este tal ya ha alcanzado la cumbre de la perfección y puede decir con la Esposa:

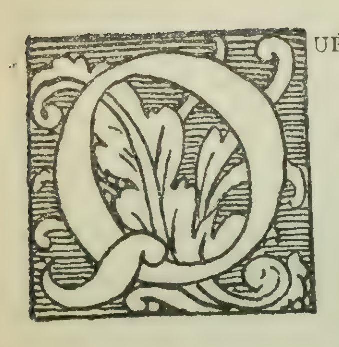
«Mi amado a mí y yo a él, el cual se apacienta entre los lirios.» El primer amor edifica para el infierno. El segundo edifica sobre el fundamente de la fe, estopos, maderos y pajas. El tercero oro y plata y piedras preciosas, según la palabra del Apóstol.





MEDITACIÓN LXXV

De las propiedades del amor de Dios.



QUÉ lengua, Señor, bastara para decir la virtud grande, efectos maravillosos y propiedades excelentísimas de tu santo amor? San Lucas dice que fueron perdonados a María Magdalena muchos pecados porque amó mucho. Muchas lágrimas derramó aquella santa penitente; con gran cuidado te buscó en casa del fariseo; diligente fué en negociar la salud de su alma; no dilató la conversión ni dejó para adelante la penitencia; no estuvo ociosa en tu presencia la que con preciosos ungüentos ungía tus sagrados pies y los regaba con sus lágrimas y los enjugaba con sus cabellos; pero todas estas buenas obras, ni otras mayores, no fueran bastantes para alcanzar el perdón de los pecados sin el amor divino. Aunque hiciera todos estos bienes, si no te amara no le fueran perdonados sus pecados. El amor de Dios perdona los pecados, y la contrición donde se halla remisión de pecados va acompañada del amor de Dios; pues ha de ser, por la ofensa que el pecador hizo a Dios, más amado que todas las cosas, la cual contrición perdona la culpa y de hijos de perdición

nos hace hijos de Dios y herederos de la gloria, y todo esto por virtud del santo amor.

Todas cuantas buenas obras hay, se pueden hacer estando en pecado mortal, excepto amar a Dios sobre todas las cosas, porque amar a Dios y vivir en mal estado es imposible. El amor de Dios lanza fuera el pecado, expele la culpa, perdona la ofensa, reconcilia nuestra alma con Dios, hácela su esposa y amiga, ábrele las puertas del cielo, enriquécela con tesoros inestimables y abrázala con Jesucristo, el cual dice: «Yo amo a los que me aman.» El que ama a Dios es de él amado, y si es de Dios amado, ¿cómo no es su amigo?

Hablar por lenguas de hombres y ángeles, saber todas las ciencias, dar toda la hacienda a los pobres y entregar su cuerpo a fuegos, bestias bravas, espadas, cuchillos y cruel muerte, todo es nada sin el amor de Dios. No hace al mártir el martirio, sino la causa de él. El amor le hace mártir santo y éste es el que le da corona y premia sus trabajos, porque donde no hay amor de Dios no hay mérito de gracia, ni gloria, ni premio de bienes eternos. Con él vive nuestra alma vida de gracia, es amada de Dios, temida de los demonios, acatada de los ángeles, heredera del cielo y participante de los bienes de todos los que temen a Dios, según aquello del Salmo: «Participante soy, Señor, de todos los que te temen y guardan tus mandamientos.» El es de quien dice San Pedro que cubre la multitud de los pecados y con él es el alma rica, hermosa, fuerte, graciosa y llena de todos los bienes, así como sin él es muerta, fea, triste, aborrecida de Dios, abominable a todo el mundo, cautiva de los demonios y despreciada de todas las criaturas. Con este santo amor es llena de bienes y sin él llena de todos los males y hecha v l y miserable.

Hace el santo amor fervientes nuestras buenas obras, porque así como el calor levanta la sustancia donde está, como se ve en el fuego que sube a lo alto, las centellas inflamadas y levanta el agua hirviente, así el verdadero y

divino amor hace subir los deseos de nuestra alma al amor de las cosas celestiales y levantarse de estas cosas inferiores. Es comparado al fuego, el cual es más activo y de mayor fuerza y vigor que los otros elementos y por eso de mayor perfección, y así el verdadero amor es de tanta virtud, que no sólo hace a los hombres y a los angeles subir a Dios, excediendo a sus naturalezas humana y angélica, pero al mismo Dios hace bajar de su naturaleza, condescendiendo con las criaturas por el amor que las tiene. El fuego de su naturaleza junta las cosas que son del mismo género y aparta las que son de diverso género, como vemos en el oro, que cuando lo queremos purificar, lo echamos en el fuego donde se aparta la escoria y se apura el oro, juntándose todo. Así el amor procura semejanza apartando lo que no es semejante, porque jamás amó uno a otro que no fuese por semejanza antecedente o consecuentemente procurada, y esto hace el amor divino: que habiendo los hombres pecado, quita lo desemejante, que es la culpa, y apártala del alma, quitando de ella la escoria y convirtiendo en humo el mal azogue del pecado y volviendo al alma hecha a la imagen de Dios a su primera hermosura y ser y semejanza que tiene con Dios.

Es el amor orgulloso como fuego, porque donde quiera que está se echa de ver y nunca se ha visto que uno disimule con el fuego que tiene en el pecho, y cuando su paciencia fuese tal que lo pudiera disimular, el humo lo manifestaría. Lo mismo hace el amor donde está, el cual no se puede encubrir por mucho que quiera disimular el amante. Por los resquicios de las puertas se manifiesta la luz del fuego que está dentro. Propiedad es del fuego volverse a su esfera y subir a lo alto, lo cual hace el santo y buen amor levantando nuestros corazones y subiendo nuestras almas a su esfera celestial, para donde fueron criadas. Llévanos a Dios y vamos a él no andando, sino amando, al cual tanto tendremos más preferente cuanto fuere más puro el amor con que a él vamos.

Amar a Dios es llegarse a él y entrar y gustar cuán suave es el Señor. El verdadero amor de Dios no consiente medio entre él y entre Dios, y va a su amado con gran vehemencia, inmediatamente, y no descansa hasta que pasando por todo llega al amado. El que es herido de la saeta del amor, piensa que todos hablan de su amado y que todos entienden su lenguaje y piensan y tratan de lo que él trata y piensa. Cuando la gloriosa María Magdalena buscaba al Señor en el sepulcro, dijo al mismo Redentor no conociéndole: «Dime si tú le tomaste.» No dice lo que busca, ni se declara, porque el que ama cree que todos tratan de lo que él trata y buscan lo que él busca. De esto es también testigo la Esposa en los cantares cuando dice: «Conjuráos, hijas de Jerusalén, que me digáis dónde está mi Amado.» No le nombra ni da señas, porque el amor quiere que todos adivinen y entiendan sus cifras. Parecíale que todos sabían lo que buscaba y que todos entendían lo que decía y que no hablaban de otra cosa, por lo cual no se ha de mirar en esto que la Esposa dice a las palabras, sino a los afectos, porque no ama con lengua y boca, sino con la obra y verdad.

El amor habla, y el que quiere entenderle es menester que ame, porque el pecho frío no puede recibir las palabras encendidas del amante. Como el que no sabe latín no entiende al que habla la lengua latina, así es bárbaro el lenguaje del amor al que no ama. Tiene el amor su propio lenguaje y estilo de hablar, y ni Demóstenes ni Tulio son tan elocuentes oradores en hablar del amor, como el verdadero amante. Explica sus conceptos con razones imperfectas y cortadas, quiere con medias palabras ser entendido y que estén todos donde él está y que sientan lo que siente, porque cree que están en su pensamiento y que no tratan otra cosa sino de lo que él trata. También dan testimonio de esto aquellos reyes orientales, los cuales, como amaban a Dios y ardía en sus santos pechos el divino amor, cuando llegaron a Jerusalén preguntaron dónde estaba el que nació rey de los judíos, porque les pareció que en

aquella ciudad no se trataba de otra cosa sino de lo que ellos trataban y que todos podían responder a su pregunta.

Propiedad es también del amor ser desconfiado, congojoso y muy solícito y por eso santa María Magdalena, con las otras devotas mujeres, vinieron la mañana de la Resurrección del Señor a ungir su santo cuerpo. Casi cien libras de mirra y áloes trajo Nicodemo para este efecto, y perfecta y muy cumplidamente estaba ungido el cuerpo del Señor, y con todo esto viene la Magdalena con unciones, porque el verdadero amante no se fía de nadie y parécele que no se hace nada si él no pone la mano y lo que sobra le contenta y aún no queda contento. Aquella mujer sunamita no se fió de ninguno de su casa, pero ella misma en persona vino a Eliseo porque resucitase al hijo muerto que mucho amaba. Toda diligencia ajena, por grande que fuese, le parecía a ella muy perezosa, porque de veras amaba.

Es muy desconfiado el amor y muy atrevido, por amor de lo cual se ofrece la Magdalena que llevará el cuerpo del Señor difunto, no temiendo la ira de los fariseos, ni el peligro en que se pone, ni considerando el peso del cuerpo muerto y sus flacas fuerzas, porque el amor no teme, no considera y ninguna cosa tiene por imposible, y todo le parece fácil y ligero. Por lo cual el Apóstol dice:

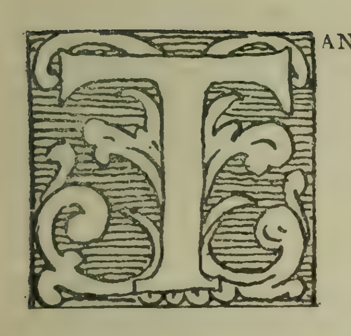
«La caridad todo lo sufre, todo lo sustenta, todo lo cree y en todo espera.»





MEDITACIÓN LXXVI

Cómo el amor transforma al amante en el amado.



AN grande y tan extraña es la fuerza del amor, que tal me conviene que sea cual es lo que amo y según aquello a que por amor me llego. No hay engrudo ni cola que así pegue como el amor, el cual así nos une y junta con el amado que transforma al amante en el que ama El amor no es otra cosa sino una virtud mutua y unitiva. Como el hierro después de muy encendido en la fragua es hecho fuego, así mi corazón, ardiendo Dios mío, en tu divino y santo amor, es todo en ti transformado por amor, deificado y endiosado. El hierro duro, frío, negro y oscuro, es convertido en fuego, y hecho blando, caliente, resplandeciente y claro, y tiene todas las operaciones de fuego, haciendo todos sus efectos y todo lo que hace el fuego, porque quema, alumbra y enciende.

La Escritura, Dios y Señor nuestro, te llama fuego, y tales somos nosotros llegándonos a ti por amor, porque de pecadores que éramos antes, duros como hierro, obstinados, fríos, oscuros y torpes, llegados a ti por amor y metiéndo-

nos el amor en esa fragua de vivas llamas como te vió Moises en la zarza, somos convertidos en ti y hechos fuego, y así obramos obras divinas y somos varones espirituales, de carnales y terrenos que antes éramos. Así estaba transformado y convertido en ti, el apóstol San Pablo, que vino a decir a los Gálatas: «Vivo yo, y ya no yo, porque vive en mí Cristo.»

De tal manera vivía en ti el santo Apóstol y así estaba en ti transformado, que su vida ya no era suya, y él no estaba en sí sino en el amado. Pluguiese a mí, Dios y Señor, que así fuese mi alma absorta en ese piélago de infinito amor y bondad, que yo no fuese yo, sino por divina participación fuese un traslado y retrato de tu soberana bondad y clemencia.

¡Oh, quién me diese que todos mis pensamientos se volviesen en uno, y toda la fuerza de todos se emplease en arder ante tu divino acatamiento y de suerte que pudiese decir como el Profeta: «El pensamianto de mi corazón siempre está en tu presencia.» ¡Oh!, pluguiese a ti, mi Dios, que no hubiese sino una lámpara que ardiese en el altar de mi alma, encendida con fuego de verdadero amor y se cebase de todo cuanto siento y oigo de tus admirables perfecciones, para que éste fuese el aceite purísimo que antiguamente mandabas quemar en el santuario. ¡Oh!, pluguiese a ti, Señor, hicieses con mi alma aquel amoroso castigo con que amenazas por el profeta Oseas, diciendo: «Cercaré tu camino con espinas y con paredes que no las puedas romper»: Pondré en todo dificultades, para que si buscares otros amores, nunca los halles y así te vuelvas para mí. Dichosa necesidad que obliga a no querer sino al que sólo merece ser amado.

Pues hagamos ya fin, ánima mía, a los vanos discursos, y recogiendo tus pensamientos, pon toda tu caída y amor en sólo tu Esposo Jesucristo. Si verdaderamente amases a Dios, olvidarte habías de todas las cosas del mundo. El Apóstol tiene todas estas cosas por estiércol, por amor de

Jesucristo. Así, cuando nuestro padre estaba en el estado de inocencia, mandóle Dios que comiese de los árboles del Paraíso. Fué menester que le recordase Dios que comiese, porque el amor grande que le tenía pudiera ser que le hiciera olvidar de tomar el mantenimiento necesario para conservar la vida. Si con grande y verdadero amor amases a tu Dios y Señor, no tendrías tan solícito cuidado de estas cosas exteriores que tanto te distraen y derraman.

Cuanto más se llega nuestra voluntad a Dios, tanto más se aparta de nosotros mismos, y así deberíamos tenerle pegada y asida con Dios, que anduviésemos olvidados de todo lo de acá, andando todos transformados, convertidos y elevados en Dios. Si de veras, Señor, te amase, la fuerza del amor me haría que fuese como lo que amo, porque transformándome en ti, sería semejante a lo que amo. Y si la semejanza es causa de amor, subiría y así se aumentaría este amor, que se alzase con el homenaje y con todo cuanto hay en mí, no quedando cosa que no estuviese presa de tu amor. Mira, pues, alma, a tu hermosura y entenderás qué hermosura debes amar. Tienes esposo y no le conoces, y siendo el más hermoso de todos, no le amas porque no viste su rostro. Si le vieses no dudarías de su hermosura ni te podría nadie detener para que no le amases.

Tan grade es la fuerza del amor, que allí verdaderamente moras donde por la contemplación amas. Este es el reino de Dios que está dentro de ti, el cual desechas cuando amas las cosas de fuera. Amando este reino de Dios, eres reina en él, y teniéndole dentro de ti gozas de infinitas riquezas que tiene consigo el amor de Dios. Y si tanto eres mejor cuanto son mejores cosas las que amas, síguese claramente que si amas al cielo eres celestial y si pones tu amor en las cosas de la tierra eres tierra. Pues hace el amor tan maravillosos efectos en mi alma, que transformada por amor, soy lo que amo, amarte ha, Señor, mi corazón hasta lo último de su potencia y fuerzas y virtud, y cuanto le es posibie, pues por esta vía soy llevado a tan alto y noble

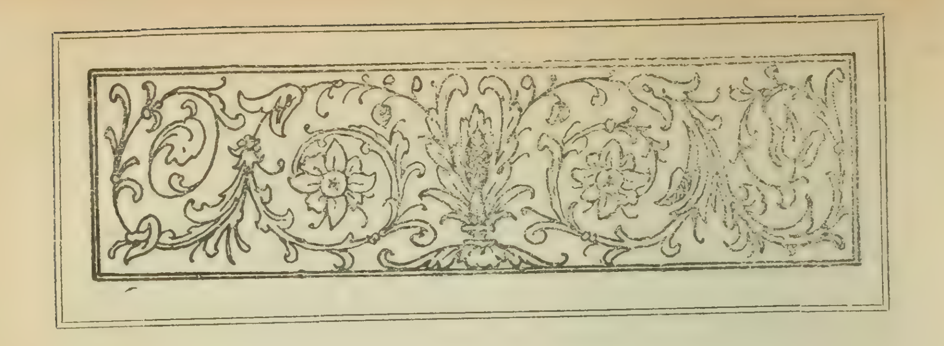
estado y subido a dignidad tan suprema y aventajada, que todo lo criado es menos cuando no te ama, que el corazón que arde en tu divino amor.

Y este traspasamiento del amante en la cosa amada no es violento ni forzoso ni penoso ni trabajoso, mas voluntario libre, dulce y muy deleitable. Y de aquí es que la voluntad que así por amor se junta con la cosa amada, no puede ser por alguna violencia apartada de ella sino por su libre querer. Y pluguiese a ti, mi Dios, que fuese mi voluntad privada de tal libertad y tal querer, para que después que una vez te amare, no pueda volver atrás ni mudar el amor ni el querer, amando para siempre jamás esa suma bondad y bien infinito donde arda mi corazón perpetuamente en vivas llamas de amor. Pero queda el mismo amor libre, aunque traspase la voluntad en la cosa amada; y así mismo la voluntad siempre queda voluntad y en su libre poder y querer, aunque por el amor sea transformada en el que ama. Cosa es maravillosa que en esta transformación que hace el amor del amante en el amado, que cual es la cosa amada, tal es el amor, y cual es el amor, tal es la voluntad de donde nace.

De donde se sigue que la cosa primero y principalmente amada, dá nombre, naturaleza y forma a la voluntad que ama, y de aquí se concluye, que porque es propiedad del amor trabar, convertir y transformar al amante en el amado o en la cosa amada, si la voluntad primero ama tierra, tierra se hace, y terreno se hace y terreno se llama su amor, y si cosas mortales ama, llámase mortal y humana voluntad, y si ángeles ama, angélica es, y si ama a ti, Dios y Señor nuestro, es divina En esto se descubre y manifiesta una gran dignidad del hombre, y es que por el amor se puede transformar y mudar en cualquier cosa que él quisiera, más alta o más baja que él. De Nabucodonosor, que como bestia seguía sus apetitos bestiales, rigiéndose por los sentidos, por los cuales solamente obran y se gobiernan los irracionales, la Escritura dice que como bestia anduvo paciendo

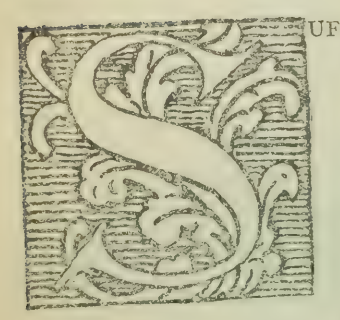
las yerbas del campo. Y de los hombres espirituales que aman a Dios, habla David en el Salmo diciendo: «Yo dije: vosotros sois dioses e hijos del Muy Alto.» Pues puedo yo alcanzar tan alta dignidad amando, justo es, Dios mío y mi Señor, que te ame mi corazón de noche y de día en todos los días que viviere. Y si dijeres, ánima mía, que entre tantas angustias y dolores de esta vida, no puedes con tristeza levantarte al amor de tu Dios, como dijo Aarón, que con ánimo triste no podía hacer fiesta a Dios, mira que estos trabajos son golpes de eslabón que te da Dios para sacar del pedernal duro de tu corazón centellas de fuego de amor, y que te aflige para que le ames. Porque ve el clementísimo Señor que no se ablanda tu corazón con beneficios, te fatiga con trabajos, porque de esta manera vayas a él por amor, y amando cobres nuevo sér y honra transformada por amor en Dios.





MEDITACIÓN LXXVII

Cómo el amor de Dios enciende a nuestra alma en deseos celestiales.



UFRE, Señor, bienaventuranza mía, que te manifieste yo el deseo que de tu vista enciende tu divino amor en mi alma, no para que de nuevo conozcas algo de lo que no sabías, pues miras claramente lo secreto del corazón, sino porque no hallo en el cielo ni en la tierra a quien ir con mis quejas si no a tí, que, como Dios, todo lo ves, y como Padre te apiadas y como Todopoderoso me puedes remediar. Y también porque las penas que nacen de tu santo y casto amor contigo traen consuelo cuando se refieren a ti y cuando piensa el que las sufre cuán dichoso fin suele alcanzar de tus manos.

Mas ¿qué haré, Señor, que decir lo que de ti siento? No sé cómo el entendimiento, guiado de tu lumbre, me guió a ti y dejó la voluntad así prendada, que cuando quiere manifestar lo que en ti halla o, por mejor decir, lo que en ti hallar espera, falta consideración, cuanto más la lengua y la mano.

Poco te ama y desea quien todo lo que siente puede

explicar, porque como la medida de tu amor ha de ser no tener medida, así el deseo de tu presencia se ha de manifestar con lágrimas y no con palabras. De donde viene que si quiero por alguna semejanza declararme, hallo a todas tan diferentes de lo que para llegar a su medida es menester, que mejor podré decir que no es mi deseo sino sacarle al vivo como él es. No te deseo solamente como la Esposa la vista de su querido Esposo, por más que cuente los días y las horas, porque nunca pudo llegar amor de hermosura o deleite corporal a lo que se desea la hermosura de aquel que pintó las estrellas y en cuya comparación, como dice Job, los cielos no son limpios y los ángeles en su presencia no tienen parecer. No es mi deseo como el del hijo que no puede sufrir la ausencia de su amoroso padre, con cuya venida espera mucha honra y acrecentamiento de estado, porque tú eres más que padre y contigo están todos los bienes, según aquello que dijiste a tu siervo Moisés: «Yo te mostraré todo el bien.» Y quererlos en particular referir es más dificultoso que contar las gotas de la lluvia.

Poco es lo que desea el preso y cautivo, que está en continuo peligro de vida, que llegue el verdadero amigo por cuya diligencia salga de tanto mal y vuelva a su tierra y naturaleza, porque el que te amare y llegare a ti tendrá cierta la redención del cuerpo y estará seguro de la tiranía de este mundo, y su alma alcanzará presto libertad para sujetarse del todo a ti y cesará la libre servidumbre de poderte perder, porque no estará ya más en sus manos, sino en las tuyas, y tú darás libertad para que siempre goce de ti, mas no para que se pueda apartar luego. Pone, pues, Señor, tu divino amor tan gran deseo en mí, que te desea mi alma, no como lo que acá se desea, sino como quien desea a Dios, que tal deseo a ti sólo se puede comparar, y si algo dijere que es semejante, quiero decir que le parece en algo y no que sea retrato uno de otro, por no hacer agravio en cosa que en ti toca, si la midiere con cosa baja.

Con esta salva me atreveré a decir con el Salmista:

«Como el ciervo desea las aguas de las fuentes, así mi alma desea a ti, mi Dios». Como este animal, aquejado de la sed interior y perseguido de los monteros y perros, y llegando, con apresurado camino va a las fuentes donde piensa aliviar su trabajo, sanar de las heridas y asegurar su peligro y refrescarse del excesivo calor que tiene, así mi alma, a quien enciende el interior fuego de tu santo amor y es de fuera combatida de muchos enemigos, viéndose por algunas partes derramar sangre, desea a ti, para que tu piadosa mano la cure y tu fuerte brazo la defienda y la guíes a la fuente de las aguas, adonde con las aguas frescas y que salen de golpe, se acaba la sed.

No tendrá sed quien viniere a ti, fuente de aguas vivas; no tendrá más que desear que llegase a tu presencia, según aquello de Isaías: «No tendrán hambre ni sed ni serán heridos del estío ni del sol, porque el Señor misericordioso los regirá y llevarlos ha a las fuentes de las aguas.» No tendrá entonces mi alma más que desear ni mi voluntad más que querer, porque me hartaré cuando tu gloria apareciere. Este deseo hizo a aquel hijo pródigo que, desamparando y dejando el vil oficio en que servía a los torpes deleites, buscase con diligencia, volviendo al amor primero que te tenía, y así, llegando a tu presencia, se acabó en él la hambre que padecía y todos los otros trabajos que pasaba en el servicio del mundo. Falta el agua de tu divina consolación, como faltó a Agar fuera de la casa de Abraham; conviene, pues, a mi alma que vuelva a ti, mi Dios, ardiendo en llamas de vivo fuego de amor, porque con estos deseos encendidos en amor te busque con cuidado y vaya con diligencia a ti, Señor, donde viva y descanse. Aborrece todo lo presente quien de veras te ama y desea, y todo lo que el mundo me representa es estrechura que aprieta y congoja mi corazón, acordándome de tus celestiales palacios y de las riquezas inestimables de tu gloria. ¡Oh, Señor, quien con el favor de tu espíritu se ha levantado hasta ver las grandes anchuras de tu omnipotencia y aquellas espa-

ciosas moradas de tu santa ciudad, cuán estrecha le parecerá toda criatura! ¡Oh, cómo halla luego la vista con que topar, mirando otra cualquier cosa!

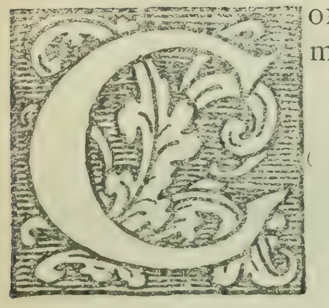
No me espanto de lo que dijo tu profeta Isaías, cuando después de la contemplación de tus grandezas se volvió a mirar lo de acá abajo. «Mirad que todas las gentes son como una gotilla de agua que se rezuma de una redoma». Estimólas como un grano, el menor que se pesa, y todas las islas como un polvo menudo. Y aún parecióle que comparándolo a algo había dicho poco y así da otra sentencia más al propio diciendo que todo es nada, y como cosa vacía y por tal se ha de estimar. La cual sentencia es de más valor que el juicio de los vanos hijos de este siglo, vecinos de acá, que se deshacen por extender los términos, como si por ser un poco más ancha la cárcel, creciese más la libertad del espíritu, para el cual es tan poco todo lo temporal. Viendo, pues, mi ánima, y habiendo por experiencia conocido cómo no hinchen sus deseos todo esto de acá, movida con el estímulo de tu santo amor, desea a ti, Señor, y arde en deseos celestiales y atormentada con la dilación, susténtase en esta vida confiando en aquello que está escrito: «Darse ha a los justos su deseo».

Oiste, Señor, el deseo de los pobres, y la preparación de su corazón oyó tu oído. Delante de ti está todo mi deseo, el cual no es otro sino de amarte y verte, donde hay cumplimiento de deseos, donde el deseo no tenga más que desear, y el corazón, estando lleno de tu santo amor, esté seguro y cierto que nunca te dejará de amar, confirmado en tu gracia y amor. No dilates, Señor, misericordia mía y mi bienaventuranza, el cumplimiento de mi desèo, pues el amor me da empellones y me incita para que vaya a ti y te ame para siempre.



MEDITACION LXXVII

Cómo al que ama a Dios le es penosa esta vida.



Conociendo por fe ser la presencia de ti, mi Dios y Señor, el remate de todos mis deseos, y que tanto bien no se puede alcanzar en esta vida, según aquello que dijiste a Moisés: «no me puede ver el hombre mientras vive», necesario es que la dilación de esto sea molesta a quien entiende la diferencia que hay de lo que tiene a lo que espera. Y aunque el deseo de la vida natural es tan grande que hace sufrir muchos trabajos alegremente por conservarla, suele tanto sobrepujar el deseo que de verte, añade la gracia, que si no temiese por acortar el camino perderle, me quitaría este embarazo con mis propias manos. Mas ya que a esto no da lugar tu divina ley, a lo menos llega mi corazón al estado en que, con el Apóstol, pueda decir: «Mas tenemos confianza y queremos más ausentarnos del cuerpo y estar presentes en el Señor.» Por una parte, por la esperanza que mi alma tiene, llena de fe, no puede quitar sus ojos del cielo, donde le tienen labrado el asiento, y pasa por todo sin quedar en nada de lo que hay

enmedio, diciendo con el profeta: «¿Qué tengo yo en el cielo que me baste y qué quiero yo en la tierra?»

Aunque sea dado, Señor, por tu mano, es todo tan poco, que queda el alma desmayada con hambre, porque a la gloria que es espejo de lo uno y de lo otro, nada de esto se iguala. Y no es mucho, porque la naturaleza inclina de tal manera, aun a las cosas que no tienen conocimiento, que no les deja tener reposo, fuera del lugar adonde las guía su natural instinto. No hay redoma de oro, por rica que sea, en que el agua esté contenta, y así, en hallando por donde salir, luego deja el lugar ajeno y se va al suyo. ¡Oh, qué debe sentir el alma, a quien la fe descubre lo que le está guardado, y a quien tú, Señor, dices en secreto lenguaje lo que con voz clara dijistes al patriarca Abraham!: «Yo soy tu premio extrañamente grande.» ¡Qué deseos debe tener de verse contigo, a quien la esperanza, con inclinación impaciente, le lleva tras los olores de aquel infinito bien, en cuya presencia desaparece todo lo que acá se tiene por bueno! Sintió este gozo el justo viejo Simeón, y conociéndote por fe y viéndote tras la pared de este cuerpo mortal y pasible, luego comenzó a aletear el deseo que tenía de verse libre de las ataduras de la carne que lo tenían preso, y alegrándose en el espíritu comenzó a cantar tus alabanzas. Porque aunque sabía que hasta después de tu muerte no podía gozarte en el cielo, alegrábase, porque apartada su alma de la pesadumbre de este cuerpo, podía mejor contemplarte.

Ardía el pecho del Santo en amor y deseaba verse con el Amado, porque es natural a nuestra alma caminar al sumo bien, del cual, cuando acá se comienza a gustar, es penosa la vida presente al alma que siente la suavidad y fragancia de tus olores. El ave detenida en la jaula, aunque sea la cárcel en que está de oro y plata, no le satisface ni se aquieta, y naturalmente, desea su libertad y volar por el aire para lo cual fué creada, y saca la cabeza fuera y busca lugar de salida.

¡Oh, bondad infinita de mi Dios! ¿Y qué cárcel de cuerpo,

por hermoso que sea, ni vestido de brocados, ni ricas joyas, ni qué regalos de la vida podrán dejar de ser clausura y detenimiento enojoso y molesto al alma criada para verte y gozar de tu divina esencia en el cielo? ¡Oh, qué penosa tardanza y qué prolija dilación la de esta vida, breve para los que la aman, y muy larga para los que te aman! A los mundanos, breve y jocunda, y a los que desean verse contigo muy amarga y larga vida. Todas las cosas van a ti y con impetuoso aceleramiento corren a su fin. Y si para entretener un ser tan grosero, tanta priesa se dan las cosas de ti, mi Dios, y no han tenido nueva, ¿qué sentirá mi alma que cuando llegase mudará su ser espiritual en el divino, y quedará transformada en tu claridad?

No me maravilla de que los santos lloren tanta soledad, sino espántame cómo vivimos contentos sin tal compañía. No es mucho que el justo desee salir de esta vida; pues su vida es Cristo y el morir es ganancia, pero es mucho de maravillar que seamos tan amigos de nuestro bien, que la principal diligencia sea tratar de lo presente, olvidados de lo porvenir. La caridad, no tan deseosa de hallar su propio bien como de gozarse en lo divino, impaciente por la ausencia, enciende con suspiros continuos y lágrimas del fuego que siempre arde, y en todo lo que ríe busca el rastro de lo que ama. A todos, con la Esposa pregunta si han visto a su Amado, y aun se atreve a pedir a los que viven con él que le envíen de allá algunas flores y frutos con que la vida se pueda sufrir. Hace impaciente el dolor de esta llaga al que la siente, porque con el remedio crece, y cuanto más se añade la medicina, es la llaga mayor; hácese un maravilloso círculo conforme al movimiento de los cielos, porque el alma no puede sino considerar el bien que ama, y todo otro pensamiento tiene por adulterino, como dicen que hace el águila a sus pollicos si no sufren la luz del sol.

De esta consideración nace siempre el deseo, y de allí el amor, porque siempre se descubren más razones de amor, y así con sus propias centellas se torna a abrasar el alma, de

donde nace aquella hambre que no se puede hartar sino contigo, Pan Vivo que descendiste del cielo; y esto sólo basta para que la vida sea aborrecible a quien sabe conocer más de lo que pasa por los sentidos. ¡Oh, celestial hermosura! ¿Cuándo quitarás el velo de mis ojos y me mostrarás tu rostro para que yo vea aquella luz inaccesible y nunca de tu presencia me aparte? Lo primero que yo ganaré con tu presencia, es que yo me hallaré, porque ahora verdaderamente ando perdido, no solamente cuando te ofendo, sino aun también cuando te deseo, buscar en el secreto de mi corazón y derramarle he como agua ante ti a deshora.

Presentándome ante ti, desaparezco sin saber cómo, y no me hallo adonde te querría buscar, sino perdido en unas fantasías que contra mi voluntad me llevan tras sí. Cuando viniere a tu presencia pareceré, y quedará la lumbre de tu gloria, para que puedas ser visto. Entonces quedará llena mi voluntad y mi deseo cumplido, y entonces cantaré himno al Señor Dios nuestro, de las fuentes de Israel, cuando viendo a ti, mi Dios, bebiere la abundancia de las aguas de la gloria y bienaventuranza eterna en su propia fuente. Ahora, en este destierro, cercado en Betulia, del ejército de los asirios que me combaten alma y cuerpo, con tentaciones y dolores, contentarme he con una muy poca agua, entreteniéndome con estas limitadas consolaciones tuyas, hasta que venga el tiempo que beba la abundancia copiosísima de aguas en los cuatro caudalosos ríos que corren en ese paraíso de deleites.

En tanto que llega ese dichoso día, tan deseado de mi alma, extiende, Señor, tu misericordia, comunica conmigo algo de esos infinitos tesoros y no mires de tal manera mis males, que te olvides de tus bienes, y si yo merecí por donde me condenes, tú no perdiste por donde me salves. Hazme, Señor, gustar por afecto lo que alcanzo por entendimiento, y hazme sentir por amor lo que siento por conocimiento.

La carga es pesada y áspero el yugo de mi trabajosa vida; menester es que tú, clementísimo Señor, encogiendo en ti tu

justicia y extendiendo sobre mí tu infinita misericordia, alivies la carga, esfuerces mi deseo y visites mi alma con tu gracia, para que el entretenimiento de esta vida penosa sea tolerable, hasta que del todo goce de ti, perpetuamente en el cielo.





MEDITACIÓN LXXIX

Cómo el amor se manifiesta en las obras.



L amor es con mucha razón comparado al fuego, el cual nunca está ocioso, antes siempre obra en la materia dispuesta. ¡Oh, fuego del santo amor, que siempre obras donde quiera que estás y acudes siempre que la necesidad se ofrece. Como no es posible tener fuego en el seno y no quemarse las vestiduras, así no cabe en razón, ni se compadece, tener amor y ser frío en las obras. Por lo cual, en los Proverbios está escrito: «¿Por ventura puede el hombre esconder el fuego en su seno y que no ardan sus vestiduras, o andar sobre las brasas y que no se quemen las plantas de sus pies?» De aquellos cuatro santos animales, dice el profeta Ezequiel que eran como fuego y su vista como unas lámparas encendidas; porque ardían en el divino amor, pero no estaban quedos, mas antes andaban delante de sus caras.

De esta manera, Señor, los que hierven en el espíritu de tu santo amor no viven ociosos ni están quedos, antes andan por el camino de tus santos mandamientos, haciendo

buenas obras y ocupándose en santos ejercicios. Mandabas, Señor, en el Levítico, que ardiese siempre fuego en el altar, el cual sustentase el sacerdote, cebándole con leña, y puesto el sacrificio que se hace por la paz sobre él, quemase la grosura e interior del animal. Este es el fuego perpetuo, el cual nunca ha de faltar en el altar de mi corazón, y tengo de sustentarle de noche y de día, y de continuo con santas obras, con buenos pensamientos, con lección y oración y santos y loables ejercicios, porque por ventura no venga el Esposo a la hora que no pensamos, y faltando el aceite y muerta la lámpara, seamos lanzados de su compañía para siempre y oigamos aquella espantosa voz que dirá: «No os conozco.» Susténtase este fuego con aceite, como el amor de Dios con buenas obras. Por amor de esto, el profeta Zacarías, en aquella maravillosa visión que vió con siete lámparas vió también siete aceiteras, con las cuales el fuego de las lámparas era sustentado para que no faltase.

Y de aquí es que Salomón, con saludable consejo, amonesta a cada uno de nosotros diciendo: «En todo tiempo tus vestiduras sean blancas y nunca falte aceite de tu cabeza». Conviene a saber: que nunca falte en ti el amor y ejercicio de las buenas obras, porque con este aceite, como con un sustentamiento, se aumenta y se cría la llama de tu divino amor. ¿Por ventura tú, Señor y Dios mío, siendo tan gran amador nuestro, fuiste alguna vez tibio en las obras? ¡Oh, con cuánto fervor nos serviste, con cuánto calor negociabas nuestra salud y con cuánta diligencia y cuidado trataste nuestra redención! Nunca parabas ni descansabas, andando de una parte a otra, cercando ciudades, villas y aldeas, predicando y enseñando y confirmando tu doctrina con grandes y manifiestos milagros. Estabas predicando y curando a los enfermos; y dando salud a los que tenían calenturas, la vista a los ciegos, el andar a los cojos, limpiando a los leprosos y sanando a todos los enfermos que a ti venían de diversas partes, y después de ser muy importunado y apretándote la multitud de los pueblos, hasta puesto

el sol, cansado y molido, estabas en el monte toda la noche velando en oración, y aún no había amanecido cuando ya estabas en el templo para predicar y conventir a los pecadores y recibirlos a penitencia.

Así madrugaste para usar de tus acostumbradas misericordias con la mujer adúltera; y contémplote, Señor, sentado en medio de los publicanos y pecadores con aquella mansedumbre y benignidad, al fin más divina que humana, cómo las hablas dulcemente del reino de Dios y les perdonas sus pecados. ¡Oh, infatigable predicador! ¡Oh, gran trabajador, solícito redentor mío! Y ¿qué hombros de gigante pudieran llevar la carga de trabajos y sudores que por nosotros llevaste? ¿Qué hombre, aunque no fuera de hueso y carne, sino de acero o de otro más recio y fuerte metal, no se acabara y deshiciera con tan gran peso? No trato ahora de tu acerbísima muerte y muy dolorosa Pasión, sino de tu trabajosa y penitente vida, de los trabajos de la predicación y largos sermones, de aquella suma diligencia con que buscabas la salud de nuestras almas y del trabajo incomportable que por nosotros sufrías.

Pues si obras son amor, digan el amor que nos tuviste los endemoniados que curaste, los cojos que sanaste, los enfermos a que diste salud y los muertos a quien diste vida. ¿Qué mayores testimonios quieres, alma mía, del amor inefable que te tiene tu Esposo Jesucristo? ¿Qué más claro argumento del extraño y estupendo amor con que eres amado de tu buen Señor y Redentor?: obras grandes, trabajosas y penosas y que no se pudieran tolerar, si el amor tan sin medida de quien las hacía no las sustentara. Y como por todo el decurso de tu vida, clementísimo Señor, amases a los tuyos que tenías en el mundo, y con tan esclarecidas obras mostrases el amor que les tenías, en el fin, cuando te despedías de ellos, claramente, con manifiestas obras, les declaraste cuán de veras los amabas, dándoles tu propio cuerpo en manjar y haciendo a ti mismo como amoroso y gran pastor, mantenimiento de tus ovejas. ¿Duermes, pues,

ahora, alma mía, con estas cosas? ¿Qué dices a esto? ¿Parécete que será justo, que estés ociosa y durmiendo, viendo a tu Esposo Jesucristo sudando, cansado y fatigado y hecho pedazos por tu servicio?

¡Oh, verdadero amador de nuestras almas, redentor mío y dulzura de mi vida! ¿Cómo no amaré a ti, mi Dios, bondad infinita y todo mi bien, y cómo no trabajaré y sudaré, sin estar un punto ocioso, y por qué no me ocuparé en obras buenas, hasta acabar la vida en tu servicio y perderla, si fuere menester, por el que la perdió por dármela, y trabajar hasta morir por aquel que a sí mismo se deshacía por darme descanso? Aquel que con tantos trabajos nos amó, que dice de él un profeta que trabajó sufriendo mucho, no es razón que sea amado con vida ociosa, sino que den las obras testimonio del amor que le tenemos. Por lo cual, tú, bienaventuranza mía y salvador mío, siempre que nos encomendastes el amor, trataste luego de las obras.

Hablando de este tu amor santo, dijiste en el Evangelio: «Si me amáis, guardad mis mandamientos.» Y también dices otra vez: «Si alguno me ama, guardará mi palabra.» Y del amor de los prójimos dijiste: «Esto os mando: que os améis.» Y añadiste luego, tratando de las obras: «Ninguno tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos.» Y cuando dabas doctrina del amor que hemos de tener a los enemigos, en mandándonos que les amásemos, dijiste: «Haced bien a los que os aborrecen.» Trajiste el fuego de amor del cielo a la tierra. Y como no querías que estuviese ocioso, sino que obrase, ardiese y quemase, dijiste de esta manera: «Fuego vine yo a traer a la tierra, ¿y qué quiero yo, sino que arda?» No quieres, Señor, que el verdadero amante deje morir el fuego de tu divino amor en su pecho, sino que arda y se descubra, obrando y dando testimonio con santos ejercicios del amor que te tiene. ¿Por qué destruíste, Señor, la higuera que estaba plantada en la viña sino porque no daba fruto? Por amor de esto tu santo Apóstol San Juan nos aconseja diciendo: «Hijos: no ame-

mos con sola palabra y lengua, sino con obra y verdad.» Así tú mismo estás diciendo a un alma santa en los cantares, enseñándole cómo quieres ser amado: «Ponme por señal encima de tu corazón, y por señal sobre tu brazo, porque fuerte es el amor como la muerte».

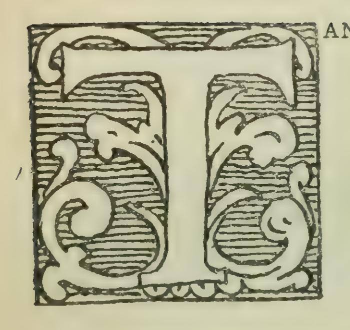
Hablando, Señor, del amor y de sus fuerzas, quieres que te traigamos en el corazón y en el brazo, porque el amor no sólo ha de estar en el corazón, sino también en el brazo, manifestándolo con las obras. Quieres, Señor y Dios nuestro, que de dentro y de fuera resplandezca en nosotros tu santo amor, amándote interiormente y mostrándolo en las obras exteriores, y por amor de esto dijiste a los Apóstoles: «En esto conocerán que sois mis discípulos, si hubiese amor entre vosotros.» Las obras de fuera dan testimonio del amor de dentro, y con este testimonio y señal de amor, quieres, Señor, que anden almagradas tus orejas. Está uno desmayado y piensan que está muerto, pero hallándole pulso, dice el médico que está vivo, y cuando no le halla pulso, tiénelo por muerto. El pulso no es vida, pero dá testimonio de vida, lo cual consiste en tener el cuerpo dentro de sí el alma. La vida del alma es el amor de Dios, y el que éste tiene, vive; pero las buenas obras, así como el pulso, dan testimonio que hay vida de amor en el alma. Así es justo, Dios mío, que yo te ame y que declare el amor que tengo con obras, pues las tuyas fueron tan gran testimonio del infinito amor con que nos amaste.





MEDITACIÓN LXXX

Cómo el amor de Dios da el mérito a nuestras obras.



TAN noble cosa es, Señor, este tu santo y divino amor, que aunque nos mandas hacer buenas obras, ninguna de ellas ni todas juntas, por muchas y muy grandes que sean, las aceptas para darnos por ellas gracias ni gloria, si no van acompañadas de tu santo amor. Tu santo amor es el crisol donde se purifican todas nuestras obras virtuosas, las cuales tienen tanto de mérito cuanto hubieren de amor. Este es aquel siclo o peso del Santuario, con lo cual se pesan todas las cosas, porque así está escrito en el Levítico, donde dice que toda estimación y todo valor se pesará con el siclo del Santuario. Y como se hacía en aquello figurativo, así se hace en esto verdadero. Lo mismo se hace en el santuario del cielo, donde todos los dones se pesan en el siclo del amor. Si ofrezco, Señor, a tu Divina Majestad lágrimas, oraciones, ayunos, limosnas u otra cualquier obra buena, es menester que se pesen en el peso del amor, porque según los granos que

cualquier moneda tuviera de amor, tendrá el peso y mérito ante tu divino acatamiento.

Tanto tendré en el cielo de gloria y honra, cuanto aquí llevare lo que hiciera de amor y gracia. Medida llena, buena y abundante me será dada en mi seno, pero ha de ser pesada con este siclo y peso del Santuario, donde se pesa todo lo que se ofrece. Miraré que puesto en la balanza no sea hallado falto y tan sin peso que perezca y por amor de esto es bien que procure ahora mucho y con todas mis fuerzas en esta vida mortal de no carecer de este tesoro y peso de amor. Mira, pues, ánima mía, que no carezcas de esta perla preciosa y sobrepujante margarita y que vendas todo cuanto tienes por comprarla y que ames cada día más y más y en esto siempre te confirmes, porque vano y ocioso es el tiempo que en esto no se gasta, y vana y sin fruto es toda la obra que a esto no se endereza.

Eres, Señor, tan liberal y tan bueno, que ninguna cosa recibes de nuestra mano sin que te ofrezcamos primero nuestro amor y voluntad. Buena obra hacían aquellos doscientos cincuenta varones que ofrecían incienso en el tabernáculo, pero salió y quemóles a todos porque no tenían tu santo amor, sin el cual no aceptas nuestras obras. Todas las virtudes y cuantos bienes hacemos, son de pequeño mérito sin la caridad y el amor tuyos. El carmesí ningún color recibe, si no se engrana primero, y así las virtudes no reciben color de mérito eterno si no se engranan con la caridad. Por amor de esto mandabas que los sacrificios que se habían de sacrificar pasasen por el fuego, ¿Qué quieres con todos estos mis pequeños servicios, sino que vayan mis obras y todo lo que hago acompañado de tu santo amor? ¿Qué hiciste tú por mí que no viniese echando de sí fuego y ardentísimas llamas de amor? Así quieres que todo sacrificio que te ofreciese y todas las buenas obras que hiciere, vayan llenas de tu santo amor, para que sean por tu Divina Majestad aceptadas.

Por amor de esto aceptaste el sacrificio de Abel y no el

de Caín, porque el uno ofreció con amor y no el otro. Llora Esaú y llora la Magdalena, y las lágrimas de la Magdalena fueron aceptadas y reprobadas las de Esaú, porque amaba la verdadera penitente y las lágrimas y arrepentimiento de Esaú estaban sin tu divino amor. ¿Qué aprovechan los mares de lágrimas, los encendidos deseos, los ardientes suspiros y el muy intenso dolor y gran arrepentimiento, sin este tu santo amor?

La vida es trabajosa; cercado ando de dolores, rodeado de enfermedades y de muchas cosas que me dan enojo y molestia, y el hombre nacido de mujer es lleno de muchas miserias. Pues el trabajo no se excusa y a la pena no puede nadie, por muy alto y próspero estado que tenga, ¿por qué, Dios mío, seré yo tan imprudente y mal avisado que estos males que así como así tengo de pasar, sin poder huir de ellos, no los aprovecharé amándote, pues podía, mezclándolos con tu santo amor, merecer con ellos el cielo y alcanzar la bienaventuranza?

¡Oh, cuán locos son, Señor, los que no te aman y cuán perdidos y desatinados andan los que dejando tu santo amor traen la salvación en balanza y la vida en continuo tormento y pena. Locura es no aprovechar el tiempo, no dar vida a los trabajos de esta vida esmaltándolos con tu divino amor, haciendo la vida sabrosa y meritorios sus trabajos de vida eterna, cuando viviendo en caridad son por amor de ti alegremente sufridos. Gracias te doy infinitas, Señor, pues por tan breves trabajos y pequeñas obras nuestras, tienes por bien de darnos tu gloria, y porque la compremos más barato quieres que te amemos porque más dulcemente vivamos.

Deseas para nosotros todo bien y no quieres premiar con bienes eternos sino las obras hechas con amor y caridad, porque por este camino nos traigas a tu divino amor, y así vivamos aquí vida jocunda y entremos después en la vida gloriosa. Así como la tierra es de sí estéril y no da fruto si no es ayudada de las influencias celestiales, de esta

manera la esterilidad de nuestra alma es causa que ninguna obra suya, por buena que sea, pueda dar fruto si no fuera hecha en gracia y amor tuyo. Hay unas peras de invierno que no se pueden comer si no se asan primero al fuego. No comes, Señor, nuestras obras ni las aceptas por buenas que sean para el hecho de premiarlas con gloria perdurable, si no estuvieren asadas con el fuego de tu divino amor.

El amor es el que da sabor a todo cuanto hacemos y el amor da el valor y precio a nuestras buenas obras; porque, no solamente, Señor, este tu santo amor es en sí precioso, mas es el precio de todas las otras cosas. ¿Qué es la ciencia, qué es la elocuencia, qué es el rezar sin la limosna ni ayuno, ni otra cualquier cosa por grande que parezca, sin el amor? El Apóstol por nada tiene la fe, aunque traspase los montes, ni las lenguas de los ángeles, ni hombres, ni el martirio, ni el dar los bienes a los pobres, sin la caridad. Más agradable y graciosa te fué la pobre ofrenda de la viuda que los ricos dones que te ofrecieron los poderosos en el templo, porque tú, Señor, no miras al cuánto, sino de cuánto; no miras a la hacienda, sino a la voluntad, y no miras cuánto damos, sino con cuánto amor lo damos. Por amor de lo cual tu santo Apóstol dice: «Haced todas vuestras obras en caridad».

Este es el artificio que tienes en tratar con los hombres: que más estimas y pesas la voluntad y principio de donde mana la obra que la misma obra. Aunque yo quiera comprar en las tiendas, no hallaré cosa que busque por un poco de cobre que diese; pero si pusiese en él las armas del rey y fuese moneda corriente, compraré lo que quisiere. Son nuestras obras de tan bajo metal, que no teniendo las armas reales de tu divina gracia, no hallaré sino poco, pues no mereceré con ellas sino bienes temporales; pero si en ellas estuvieran esculpidas las armas del rey celestial, que son la gracia y tu divino y santo amor, podré merecer vida eterna.

¡Oh, inestimable don del amor! ¡Oh, precioso tesoro y so-

berano bien, pues tanto vale y puede, que no sólo en sí mismo es bien sobre todo bien y vale lo que no tiene precio, sino da el valor y precio a todas las otras cosas! Por él somos hechos celestiales de terrenales y viles que somos, y por él nuestras obras bajas y pequeñas suben al cielo y entran en el acatamiento divino.





MEDITACIÓN LXXXI

Del fin del verdadero amador de Dios.



Como el fin, aunque sea el postrero en la ejecución, es el primero en la intención, así el amor, que como dice tu santo Apóstol, es fin de todos los preceptos, ha de ser el que ha de ir delante en todo lo que yo, Dios mío, hiciere por amor de ti. El fin da el ser a cualquier cosa, y tales serán mis obras cual fuere el fin último e intención que tuviere en obrarlas. Tú, Señor nuestro, eres el que dices: «Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será claro, y si tu ojo fuere malo, será el cuerpo lleno de tinieblas.» No quisiste con esto significar otra cosa sino enseñarnos que el fin y buena intención de la obra es la que la hace buena o mala, cuando la tal voluntad y buena intención va regulada por tu santa ley. El fin último y perfecto que ha de tener mi amor no ha de ser otro, ni será otro para siempre sino sola tu bondad infinita.

Voluntariamente te sacrificaré, Señor, y confesaré tu nombre, porque eres bueno. ¿Por ventura confesaré tu nombre y te alabaré porque das dineros o nos haces ricos?

No, sino porque eres bueno. Amamos a uno porque es bueno y virtuoso; que la misma justicia nos constriñe a hacer virtud, o, por mejor decir, la virtud nos constriñe a hacer justicia y tenerle amor, o porque nos ama o porque esperamos de él algún bien provechoso. Y si cualquiera de estas cosas basta para amar a uno, ¿cuánto más debo amar a ti, Dios mío, en quien concurren todas las causas de amor? Si tengo atención a virtudes y bondad, ¿quién más digno de ser amado que tú? ¿Quién tan perfecto como aquel de quien procede toda perfección? ¿Quién tan bueno como el que es suma bondad?

Verdaderamente, Señor, aunque no hubieras padecido por nosotros ni nos hubieras criado ni hecho algún bien, sólo por quien eres te debemos amar, porque el amor es una natural inclinación que tenemos al bien, y así, cuanto la cosa es más buena, tanto es más digna de ser amada. Pues ¿qué cosa más buena y más digna de ser amada que tú, mi Dios? ¿Qué cosa buena puedo yo amar que no la haya en ti en grado eminente? ¿Qué cosa más linda y de mayor perfección puedes amar, ánima mía, que a tu Dios? Ensancha, pues, los senos de tu corazón y extiende tu deseo cuanto quisieres y pudieres, que toda hartura está en él. A él sólo debes amar, por ser sumo bien y bondad infinita, por lo cual, si pecaste, más te debes arrepentir porque con tus pecados ofendiste a Dios, que por la gloria que perdiste pecando, ni que por las penas del infierno a que te obligaste. Si amas a Dios más que a ti, más debes sentir la ofensa que es contra Dios que el daño que es contra ti. Saúl y David pecaron y ambos fueron reprendidos por dos profetas y lloraron sus culpas, y David fué perdonado y no Saúl, porque el uno lloraba por haber ofendido a Dios y el otro por haber perdido el reino. Si haces buenas obras, todo tu estudio sea procurar de agradar y contentar sólo a tu Dios y trabajar por darle contento y porque él lo manda y se sirve de ello, sin pretender tu interés o propio provecho.

No busques a ti misma, mas busca a Dios en todas tus cosas, y a él sólo has de traer delante de tus ojos, según aquello que él mismo dice: «Ponme por blanco encima de tu corazón.» Siquem y su padre Emor recibieron la circuncisión, despreciando la idolatría, y aunque esto era bueno, tuvo mal suceso, porque no se movieron por Dios, sino por codicia de poseer los bienes de la casa de Jacob, como se declaró cuando dijeron a su pueblo: «Si circuncidamos a nuestros hijos, serán nuestras su hacienda y sus ganados y todo cuanto tienen.» ¿Qué aprovechó, Señor, el servicio que éstos te hicieron, pues no te dieron su amor? ¿Qué damos, aunque demos cuanto tenemos, si no damos nuestro amor?

Todos los dones nacen del amor, y cuando damos nuestro amor damos todo lo que somos; y a quien el amor no damos, ninguna cosa damos. El primer don es el amor, y ninguno nos dió jamás alguna cosa por amor sin darnos primero su amor. Y cuando tú, Señor y Dios nuestro, comenzaste, después de tu ascensión gloriosa, a alumbrar a tu Iglesia con tantas gracias y beneficios, lo primero que hiciste fué enviar al Espíritu Santo, el cual no es otra cosa sino amor. No quieres, Señor, que te devolvamos las gracias que nos diste, pero quieres que te devolvamos y tornemos el amor amándote, pues nos amaste, y dando amor por amor. Y si eres todo amor, y debemos ser a ti semejantes, hemos de ser hijos y no siervos. ¿Cómo podríamos ser semejantes a ti e hijos tuyos sin amor? En otro tiempo querías ser temido, porque aquellos corazones de siervos no se podían levantar a tanta generosidad de ánimo que te amasen, lo cual es propio de ánimos nobles y corazones generosos. No somos hijos de la sierva, sino de la libre, la cual libertad nos dió Cristo.

¡Levantemos, levantemos nuestros corazones como libres y ahidalgados, para que amemos a nuestro librador y Redentor, pues nos sacó de la servidumbre del pecado y cárcel tenebrosa y nos trajo a su admirable luz!

No puedo vivir sin amor, y así es necesario que yo ame a mi mismo u otra cosa que no sea yo. En mí no hay cosa buena si no está Dios en mí, y fuera de mí ninguna cosa es digna de mi amor, y encima de mí no hay sino Dios, cuya imagen soy y semejanza. Muy frío es el que no se calienta, muy duro el que no se enternece y muy ingrato el que no da lugar a tu santo amor. El espíritu del hombre nos hace ser hombres, y el espíritu de Cristo nos hace cristianos. Y ¿cuál es el espíritu de Cristo sino el Espíritu Santo? Y ¿qué es el Espíritu Santo sino amor? No tienes, Señor y Dios nuestro, necesidad de nuestros sacrificios, ayunos ni limosnas. Amor pides, amor demandas y quieres y aunque tampoco tienes necesidad de nuestro amor; pero quieres que te lo demos y con él te contentas, y no aceptas los servicios que te hacemos si no van esmaltados con amor.

¡Oh, dulce Jesús! ¡Oh, dulce amor; haz que yo guste con amor de lo que gusto por entendimiento! Conozco, Señor, con cuán ardiente e inflamada caridad te debo amar, pero soy tibio para amarte. Soy todo tuyo por deuda y obligación; haz que también sea tuyo de esta manera, por amor, para que no ame a otro sino a ti, ni piense en otra cosa sino en ti y no desee otra cosa sino a ti y no se enderece el ojo de mi intención sino en ti, ni sirva a otro con el cuerpo ni con el alma sino a ti.

Ante ti está, Señor, mi corazón y trabaja por ponerse en tus manos, y esto no puede hacer por sí solo; haz tú, que puedes, lo que él solo no puede y admíteme en el amado seno de tu amor. Yo te busco y llamo, y pues tú haces que yo te busque, haz también que te halle. Tú que me das la gracia para que te busque y ruegue, concédeme lo que te ruego. Tú que moviste mi mano para que yo llamase a las puertas de tu misericordia, no permitas que esté fuera de tu amor, del cual está colgada mi vida. El es vida de mi alma y el que da mérito y valor a todo lo que hago; sustenta a mi alma y es dulce manjar de ella, y la guía y encamina para que llegue a la bienaventuranza eterna. El me lleva

a ti y me muestra el fin último y verdadero bien que debo para siempre amar y la intención que he de tener en todas mis obras. ¡Cuántos hubo que hicieron muy grandes cosas y después de muchos trabajos y gastos no hallaron nada!

El Apóstol San Pedro dijo: «Por toda la noche trabajando ninguna cosa tomamos; pero en tu nombre, Señor, lanzaré las redes en el mar.» Y como esto hiciese, tomó gran multitud de peces. Todas mis obras, Señor, irán reguladas y registradas por la ley de tu santo amor y por ti solo, pues en ti vivimos y nos movemos y somos. Esto es lo que tu santo Apóstol dice: «Si coméis o si bebéis o hacéis otra cualquier cosa, haced todo esto a honra y gloria de Dios.» Y en otro lugar dice: «Todo lo que hiciéredes sea en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias a Dios.»





MEDITACIÓN LXXXII

Cómo el amor de Dios es muy provechoso.



Si no quieres, alma mía, amar a tu Dios porque es Dios, ámale siquiera por ti, porque, ¿qué cosa hay más provechosa que el amor de tu Dios, con el cual aquí y en el otro mundo vive bienaventurada vida todo amante? «A los que aman a Dios—dice la Escritura—todas las cosas les salen bien». Mira el buen suceso que tuvo José en Egipto, el cual, después de ser vendido de sus hermanos, y falsamente acusado, sacó de Dios con mucha honra, para ser señor de aquel reino. Hizo la casta Susana lo que debía como amiga de Dios, y aunque condenada del mundo a cruel muerte, cuando parecía que su inocencia quedaba del todo oprimida y perdidas su vida y honra sin esperanza de remedio, vino el socorro y favor divino, y sucedióle también que ganó vida honrosa y perpetua fama y gloria. Lo mismo leemos en las divinas letras, haber acaecido a los mozos que Nabucodonosor lanzó en el horno de fuego en Babilonia, y a Daniel puesto en el lago de los leones, a los cuales, con otros muchos que dejo, el amor que

tuvieron a su Dios libró de los peligros y les sucedió bien en todas sus cosas.

Los pastores que amaban a Dios y deseaban ver al verbo divino humanado, viniendo a Bethleem, en la noche del nacimiento del Señor, hallaron lo que deseaban, y así como les fuera dicho por el ángel y todo lo que querían muy a su gusto y sabor; porque entiendas y veas claramente cómo a los que aman a Dios todas las cosas suceden en bien. Y aun si lícito es decirse hasta los mismos pecados, suelen a los amigos de Dios servir de aviso para adelante, pues levantándose de ellos por verdadera penitencia, son después más humildes, fervientes, cautos, recatados y más prudentes.

Más humildes y santos fueron David, San Pedro y San Pablo, después que pecaron que antes que cayesen en pecado; el cual bien, tampoco se ha de atribuir a cosa tan mala como la culpa, sino a la bondad y gracia divinas, que sacan bienes de nuestros males. No permitiría Dios los males en el mundo si no pensase sacar de ellos muchos bienes, ni se hace cosa en el mundo que no traiga algún provecho al bien universal, y así todos los bienes y males, tanto propios como ajenos, se convierten en bien a los buenos. Mas a los que no aman a Dios, aunque parezcan tener algunas virtudes, todo, por el contrario, se les hace mal y se les convierte en mal y los despeña en el infierno. Ensoberbeciéndose en las virtudes, levántanse en alto, para que más ligeramente sean despeñados, según aquello que está escrito: «Abatiste a los que se levantaron.» Y otra vez dice: «Porque levantándome me heriste.» A los que aman a Dios, todo el mundo parece que se les ríe, toda criatura les obedece y son grandes señores de todo, porque sujetándose ellos al Señor de todos, de todo se hacen señores. Mas a los malos y menospreciadores de la divinidad, toda naturaleza parece que les persigue y toda criatura les aborrece. Nunca les falta un temor, nunca un trabajo; siempre están con recelo, siempre en mil sobresaltos, porque dondequiera la criatura se encrue-

lece contra los malos, en venganza de su criador, como está escrito: «Peleará por él la redondez de la tierra contra los insensatos»; y ¿quién más sin seso que aquel que puede, amando, poseer todas las cosas y las pierde todas no amando?

Si la amistad del rey es cosa tan noble que ninguno hay que no la estime en mucho y se honre de ella, ¿cuánto es cosa más prestante la amistad tuya, mi Dios y Señor? ¿Cuánto de mayor estimación y excelencia es ser el hombre, tu amigo? Pues en mi mano está alcanzar esta amistad, la cual conseguiré amándote. De esta amistad se sigue mucha honra para mí, conforme a aquello que está escrito en el Salmo: «Muy honrados son, Señor, tus amigos.» Pues si esto es así, ¿qué es la causa, ánima mía, que tan de asiento y de propósito andes apacentando tu corazón en el amor de las criaturas, mendigando en ellas unas gotillas de agua turbia y desabrida que más te provoca y enciende la sed, y desechas la limpia y abundante fuente de todos los bienes en la cual sola se puede matar tu sed? ¿Qué cosa puedes desear que no la halles muy enteramente en tu Dios? Si te deleita el saber, sapientísimo es, porque su sabiduría no tiene número. Si la hermosura, hermosísimo es, porque hermoso es más que los hijos de los hombres. Si el poder y fortaleza, fuerte es y poderoso, porque es Señor fuerte y poderoso: Señor fuerte en las batallas. Si deleites y placeres, sus deleites están a la mano derecha hasta el fin. Si hartura, serán embriagados con la abundancia de tu casa.

Pues, ¿cómo, sabiendo que esto y mucho más hay en ti, mi Dios, y que todos estos bienes alcanzamos amándote, ando perdido y desatinado tras la miseria de las criaturas?

Como la cera blanda recibe en sí la figura del sello que imprimen en ella, así mi alma, aplicándose a ti, mi Dios, por amor, recibe en sí la forma de tu hermosura. Y como ninguna hermosura sea mayor que la suma hermosura, ni le falte alguna condición de hermosura, por la cual el alma

levantada por amor a la suprema hermosura no carecerá de hermosura superior a ella, y toda otra hermosura resplandecerá muy poco delante de ella, ¿quién dirá, Señor, los provechos y bienes que alcanza mi alma, llegándose a ti por amor? Participa y goza de los infinitos tesoros que hay en tu Divina Majestad. Comunicando tu infinita bondad, das riquezas inestimables a quien te ama.

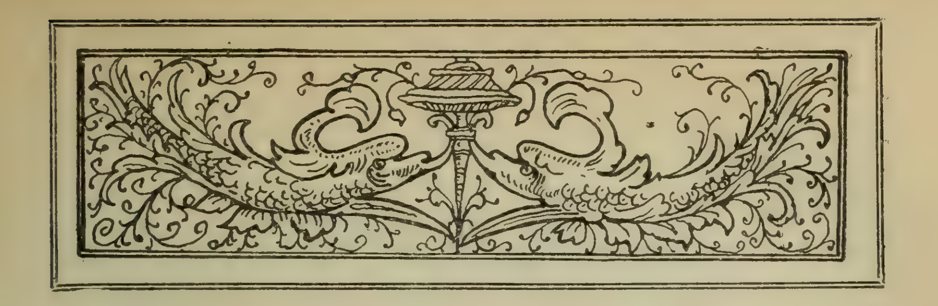
Hace el amor que participemos de tu infinita sabiduría, porque el amor es conocimiento de la misma sabiduría divina. No sé por qué trabajamos tanto y nos fatigamos cada día por cosas que son nada, cuando podemos poseer al Criador de todo y tener con él todas las cosas. ¿Pues qué buscamos ahora y queremos? Si yo puedo con tanta facilidad poseer todo el bien, ¿por qué busco con trabajos cosas llenas de calamidades y miserias? ¡Oh, Señor y Dios mío! ¿Qué hago yo sino injuriarte dándome tú a ti mismo tan liberalmente?

Ningún bien se te acrecienta por estar con nosotros; y así nos amas, que estar con nosotros dices que son tus deleites. ¿Por qué, Señor, me amas tanto que te das a ti mismo, de mejor gana a mí, que ninguna otra cosa que te pido? No sabes dar poco, y por darnos todos los bienes contigo, te das a nosotros y para hacernos tanta merced quieres que te amemos. Sólo el amor es nuestra posesión, y a quien damos nuestro amor damos todo lo que poseemos; y si éste perdemos, es cosa clara que perdemos cuanto tenemos; y entonces perdemos nuestro amor cuando le damos a quien no le habíamos de dar. Y pues todo nuestro bien o mal es nuestro amor, bueno o malo, síguese que la virtud no es otra cosa sino un buen amor, y el vicio o pecado no es otra sino mal amor.

Aquel es virtuoso cuyo amor fuere bueno, y vicioso o malo aquel cuyo amor fuere malo. Si una vez yo conociere cómo todo mi bien consiste en el verdadero y buen amor, habiendo de esto entera noticia, conoceré luego cuál es todo mi bien y cuál es todo mi mal. Este es mi único bien y mi

precioso tesoro, el cual no debo yo dar sino a quien es todo mi bien y gloria mía. ¡Oh, cuánto bien hago a mí mismo, y cuán provechoso es para mí amar a ti, mi Dios, pues por amor te poseo, y poseyéndote gozo contigo de infinitos bienes y riquezas sin cuento!





MEDITACIÓN LXXXIII

Cómo Dios nos llama para que le amemos.



IENDO tú, mi Dios y Señor, la suma bondad y perfección infinita, hacedor y conservador de todas las cosas y lleno de deleites y riquezas, ¿qué es esto, que andas entre las mismas criaturas que criaste, buscando alguno que te ame y apenas le hallas? Tú eres, Señor, el que dices en el Evangelio: «Si hay alguno que me ame, guarde mi palabra.» ¿Cómo es esto, Dios mío, y qué quiere decir que digas si hay alguno que te ame? ¿Es posible que siendo quien eres haya alguno que note ame?

¡Oh, que lástima tan grande! ¡Oh, que confusión y vergüenza la nuestra, que anda Dios buscando uno que le ame y aun cuasi no le halla! ¡Oh, gentes ciegas y perdidas!; y de cuantos hay entre vosotros que aman la carne y el mundo y a vosotros mismos, ¿no habrá alguno que volviendo las espaldas a tan grandes abominaciones y cosas dignas de sumo aborrecimiento, ame el sumo bien y la bondad infinita de nuestro Dios? El, que es infinitamente bueno y por el mismo caso infinitamente atractivo, y en el

mismo grado digno de ser amado, halla tan pocos que le amen que, en número singular, dice si por ventura hay alguno que le ame. Y viendo, Señor mío y todo mi bien, que mostrándote quién eres a todos los hombres en las obras de tus manos, no basta para atraer a tu amor su rebelde y obstinado corazón, hácesles muchos bienes y prométesles la bienaventuranza eterna porque te amen, y con todo esto ninguno quiere ni aun mirarte, porque los míseros mortales determinaron de bajar sus ojos a la tierra.

Veo que en los Cantares estás rogando a tu criatura y la provocas y la incitas a tu amor, diciendo: «Abreme, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía y por todas maneras mía, ábreme, y si no quieres abrirme por mí, a lo menos ábreme por ti, porque mi cabeza está llena de rocío.» «Mi divinidad está llena de toda suavidad y dulzura, pues luego ábreme y cenaré contigo, y no a costa tuya, porque yo de mi hacienda haré todo el gasto y te pondré delante manjares suavísimos y muy deleitables.» Y el alma ingrata con todo esto, respondió con indiguación desde la cama, diciendo: «¿Héme desnudado de mi vestidura y tengo ahora de tornarla a vestir? Lavé mis pies, ¿cómo los tornaré a ensuciar ahora?» ¡Oh, ingrata, mísera y ciega! ¿Y así respondes a tu Amado y a tu Dios? ¿Así menosprecias a tu criador y amador tuyo?

Abre, misérrima, que no te ensuciarás, antes te lavarás; no trabajarás, antes descansarás; no estarás inquieta, antes bien te alegrarás.

No la dejó el piísimo amador suyo en su dureza, mas antes metió su mano y así lo que primero había despreciado la voz, a su tocamiento se le movieron las entrañas, y vencida y sobrepujada de la fortaleza de aquel tocamiento, se levantó congojosa para abrir a su Amado. Mas ya él se había ido y desaparecido, y con mucha razón, pues que loca y protervamente y con tanta indignación lo había ella antes menospreciado. Y verla habeis, ir a la infelice discurriendo por las calles y por las plazas, voceando y llorando y

conjurando a las hijas de Sión, que si hallaren a su Amado, que le denuncien y digan su amor. Búscale y no le halla, llámale y ninguno le abre. Llámale y no hay quien le responda, por lo cual, toda llorosa se derrite y deshace de amor y enferma justamente, recibiendo en sí la venganza de su dureza, para que así como menospreció al que la buscaba, ahora, ella que busca, sea menospreciada, y la que no tuvo, en nada sea tenida.

Así lo acostumbras a hacer, Señor y Dios nuestro, porque tocas para que seas conocido y huyes para que seas buscado. Llamas y te escondes, provocas y te vas, convidas y te apartas: no menos piadoso cuando te vas que cuando vienes. ¿Por ventura no vemos por experiencia acontecer eso muchas veces, cuando sigues a uno mucho tiempo con inspiraciones, con mercedes, con tribulaciones y enfermedades, para despertarle a tu amor y que despreciando el mundo te siga, el cual, finalmente vencido por ti, deja el mundo y cuanto tiene y te sigue? Entonces cuando más eres buscado y con más ardiente deseo, te escondes de él y dejas al que mucho te ama y tienes por bien de no oir al que en pos de ti vocea. Mas no quieras cesar, alma mía, no quieras cesar ni desfallecer ni desmayar. Cerca la ciudad, conjura a las hijas de Jerusalén, solicita a los ciudadanos, interroga a las guardas, que ellas te saldrán al encuentro, ellas te ayudarán a que llegues presto, porque puedas correr y despojarán de tu vieja vestidura, y como los hubieres pasado un poco, sin duda alguna encontrarás al deseado de tu corazón.

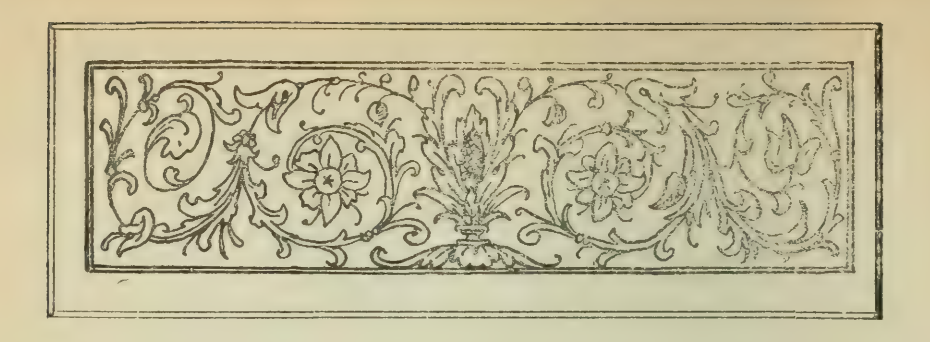
Pásalos y no te detengas en ellos, porque no te ayudarán, antes te estorbarán. Entonces te alegrarás y gozarás; entonces te gloriarás de todo el trabajo pasado; entonces quitarás de ti toda tristeza y gozarás de tu deseado bien y Esposo tuyo en la gloria celestial. Gozarás de la fuente perennal de la dulzura que mana del abismo de las consolaciones celestiales, que refresca y recrea el corazón abrasado y encendido en amor.

¡Oh. cuán grande es, Señor, Dios mío, la multitud de tu dulzura, la cual escondiste a los que te aman! Escondístela porque la guardaste, no porque la escondiste. La escondiste cuando más la multiplicaste. Suele lo que se esconde buscarse con más diligencia y, hallado, amarse más fuertemente. Los deseos que tú dilatas no se disminuyen, mas antes se acrecientan. Tu amor no es transitorio, sino eterno. Los que te aman no están tibios, sino hirvientes. No está tu amor ocioso; tu memoria es mas dulce que la miel, y pensar en ti, más suave es que todo manjar. Hablar de ti es refección cumplida; conocerte, consolación perfecta; llegarse a ti, vida eterna, y apartarse de ti, muerte perpetua. Fuente viva a los que tienen sed de ti y manjar que nunca falta a los que tienen hambre de ti, gloria a los que te buscan y gozo a los que te hallan. Tu olor resucita a los muertos, tu vista sana a los enfermos, tu luz disipa toda tiniebla y tu visitación lanza toda tristeza!

¡Dios mío, gloria mía!; escondes tu tesoro para incitar al codicioso, guardas la perla para acrecentar el amor del que la busca, dilatas el darla para enseñar a pedirla y haces que no oyes, al que la pide, para que persevere. Así te escondías de tu devota discípula María Magdalena cuando te buscaba entre los muertos, estando vivo, porque perseverase buscándote y porque perseveró esperando, y con esperanza perseveró, mereció hallarte y verte resucitado. ¡Bienaventurada vista, tan gozosa y alegre! ¡Oh, sumo gozo y alegría consumada, deseable rostro y vista jocunda! ¡Oh, esperanza y dichosa perseverancia! Si no esperara no perseverara y si no perseverara no alcanzara el fruto de la esperanza. Pues así, Dios mío y esperanza mía, te escondes a los que te temen, que puedes ser hallado de los que esperan en ti; y así te apartas de los que te buscan, que te llegas a los que perseveran. Escrito está: Perecerán los que se apartan de ti, pero los que esperan en ti no serán confundidos. Los que te temen esperen en ti, porque tú eres su protector y ayudador de ellos.

Por el temor se viene al amor. Has de ser temido como Señor y amado como Padre. «Tu temor santo permanece por todos los siglos, porque hace permanecer a los santos que le poseen.» Ninguna cosa falta a los que te temen, porque tus ojos están sobre ellos y tus oídos en sus ruegos. Misericordia mía, refugio mío, recibidor mío y librador mío, pónme así tu santo temor que no me niegues tu amor; escóndete así de mí, que acrecientes mi deseo y házme así participante de los que te temen y guardan tus mandamientos, que por la servidumbre del temor venga a la alteza de tu divino amor de manera que arda mi corazón perpetuamente en el fuego de perpetuo amor.





MEDITACION LXXXIV

Cómo el amor nos lleva a Dios.



L amor es fuego que enciende y abrasa mi alma, y así, en la sequedad y sed que tengo de ti, mi Dios, que eres —como dice el Salmista— fuente de aguas vivas, te buscará mi corazón con ardientes deseos. Tengo sed, porque la prolijidad del tiempo no falta aquí, ni la pasión, si tal nombre pudiera convenir a tan razonable pena. Otros trabajos el tiempo los ablanda y cura, pero éste cada día es mayor, porque, naturalmente, ardiendo mi alma en tu divino amor, no sosiega ni descansa hasta ver al amado fuera del velo de la carne, que impide esa noble y gloriosa vista. No daré descanso a mi corazón ni entrará alegría en él hasta que, libre de la cárcel de este cuerpo, llegue el amor a su centro por clara y beatífica visión.

El movimiento natural, más ligero es en el fin que en el principio, y así todas las cosas naturales cuanto con su movimiento más se llegan a su término, llevan mayor prisa, como vemos en la piedra que cae de lo alto, y así el alma que a ti camina con amoroso deseo, cuanto más a ti

se llega más querría caminar, y con la congoja del camino crecen el deseo y la sed que de ti tiene. De manera, que cuando la sed de ti es más antigua, es más crecida, por lo cual, para mejor muestra de mi pena digo que hube sed y deseo de ti, no para dar a entender que ya ha pasado; porque quien una vez te deseó si no perdiere el tino y el gusto, nunca perderá el deseo, porque es tan sabrosa el agua de esta fuente, que con dar hartura no mata la sed, según lo que dice tu Sabiduría: «Los que me beban tendrán sed otra vez.» Y siendo el deseo cumplido, hallo que siempre deseé no tener otra cosa nueva sino conservar lo que cada día es nuevo a quien lo posee.

No hiciera mucho el alma si solamente deseara a ti, porque todas las cosas convertiste a ti, y de tal manera, que muchas veces, sin saber lo que hacen, te saben buscar y todo su apetito emplean en parecerte en algo, porque no tienen más ser de aquello en que tú quisiste que te pareciesen. Mas el alma racional y enseñada por ti va a ti como a sumo bien y conoce que eres su principio y su término y fin. Las aguas que salen del mar nunca paran hasta que se tornan a juntar a su principio, según aquello que está escrito: «Todos los ríos entran en el mar, y el mar no crece. Vuelven los ríos al lugar de donde nacen para correr otra vez.» También la centella de fuego sube a lo alto y no para hasta buscar su esfera.

Mi alma, que de tu infinito poder tiene vida, no puede parar hasta que llegue a la fuente viva, y esto es lo que mi alma desea gozar de ti y de tu santo amor, como fuente de aguas vivas que de ti procede. Desea beber de aquel caucaudaloso y resplandeciente rio, como cristal, que procede del trono de Dios y del Cordero. Desea hartarse de aquel pan que da vida eterna al que lo come y gozar del Amado en la casa de su madre, pues no hay otra bienaventuranza sino conocerte a ti, Dios verdadero, y a tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, como él mismo lo dice, hablando contigo: «Esta es la vida eterna», que te conozcan a ti sólo, Dios

verdadero y a Jesucristo que tú enviaste. ¿Pues cuánto más es amarte que conocerte? Mejor es el fin que los medios y cosas ordenadas para el fin. El fin del precepto es la caridad, de corazón puro y de buena conciencia y fe no fingida. Pues si es bienaventuranza conocerte por la fe, ¿cuánto mayor bienaventuranza y gloria será, Señor mío, amarte?

¡Oh, si tras el conocimiento se arrojase mi voluntad, sin detenerse un punto, en este horno encendido de fuego de amor, para que siempre, sin nunca cesar, ardiese mi alma en llamas de amor!

¡Oh, Señor, y si como le es común al entendimiento creer que eres sólo el autor de los bienes, así también se le comunicase a la voluntad algún pequeño gusto de los regalos, cuán solos se quedarían los falsos placeres que el mundo ofrece!

¡Oh, cuán pocos serían engañados de las caricias y fingidos halagos y blanduras de Dalila, y cuán pocos dormirían sueño tan propincuo a la muerte eterna del infierno, durmiendo descuidados del peligro en que viven, no menos de lo que estaba el capitán Sifara por haber bebido de la leche dulce que le dió Jael, la cual hizo que, adormecidos sus sentidos, con arrebatada muerte acabase miserablemente su vida!

¡Oh, a cuán pocos engañaría aquella mujer del Apocalipsis, con su copa de oro, que con una engañosa dulzura les da a beber ponzoña y lleva tras sí a tantos con las bocas abiertas! Si una gota del agua de esta fuente viva de ti, mi Dios, tocase la lengua para que gustar pudiera de tu suavidad, no era menester más para tener por acíbar todo lo que a ti no sabe y por más amargo que hiel todo lo que tiene resabio del mundo y sabor y algún rastro de carne y sangre. Todos tienen deseo y sed de ti y buscan agua con que sosegarla, y así porque todos aman sus contentos, todos te buscan, y aun los mundanos que no te quieren, porque aquello tras que andan no tiene otra razón para no

ser dejado sino alguna sombra de la bondad que tú pusiste en ello, no para que por ella te dejasen, sino para que fueses por ella más conocido. La diferencia es grande, porque los tuyos buscan las aguas tuyas en la fuente viva, y los ajenos se ceban del agua turbia de las lagunas rotas que tan presto la pierden, como te quejas de esto por tu profeta Jeremías. ¿Qué es la causa de salir de un principio a fines tan diversos, sino que los tuyos han probado las aguas de Siloe, que corren por venas secretas del monte Sión y al pie de él destiladas, las cuales, aunque no bastan para hartar, bastan para gustar cuán suave es el Señor y aun para que, lavándonos en esta fuente y tocando estas aguas, se abran nuestros ojos en el conocimiento divino, conociendo tu bondad y gloria, como se abrieron los ojos del que nació ciego?

Allá, en la cumbre, beben los escogidos en abundancia y te conocen claramente y no te ven por sombras, sino rostro a rostro, y ponen la boca a la fuente, pero acá apenas se sufre bañarla; pero queda la lengua tan sabrosa de su dulzura, que la sed que de nuevo cobra de ti hace olvidar la sed que de algún tiempo había, y parece que por experiencia conoce lo que tu Hijo enseñaba a la Samaritana: «Quien bebiere del agua que yo le diere, no tendrá más sed.» Entiéndase que no tendrá más sed de la que antes había, porque el gusto del bien verdadero echa fuera los falsos sabores de las aguas mundanas, mas no perderá la sed sino mandará la causa del deseo, y por ser mejor empleado crecerá más y más.

¡Oh, fuente de agua viva! ¿Cuáles son aquellos bienes que se hallan en ti? Mas ¿qué pregunto yo, Señor? Que si yo acá los pudiese saber no serían tantos como yo pienso.

Eres fuente que de nadie recibes y a todos largamente das, como a tu magnificencia conviene; y viva, porque nunca tus tesoros se acaban por mucho que a otros enriquezcas. Tienes aguas de vida para hacer inmortal a quien a ti llegare; agua de sabiduría eterna para alumbrar el enten-

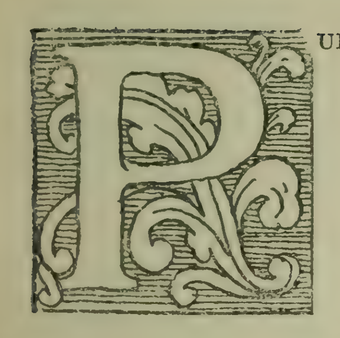
dimiento que te bebiere; aguas de inefables deleites, para hartar la voluntad que contigo se abrazare, y aguas de amor infinito para encender nuestros corazones con tu soberana caridad y glorificar las almas en el cielo. Este tu santo amor es el que me lleva a ti, fuente de aguas vivas, y es mi alma incitada y movida para que vaya a su centro, donde huelgue y para siempre descanse contigo, sin nunca poder ser apartada de su amado Esposo. En caridad perpetua me trajiste, habiendo de mí misericordia.





MEDITACIÓN LXXXV

Cómo el divino amor despierta nuestra memoria.



UES no puedo huir de mí, ni dejarme del todo, tendré por remedio, en tanto que esta peregrinación durase, el acordarme de ti. Si me olvidare de ti, olvídese de mí mi mano derecha y péguese mi lengua al paladar si de ti no me acordare. Todo el daño que recibo de la consideración de mis males, se repara con la memoria de tu gran bondad y nobleza. De tu memoria se dice, muy mejor que de la memoria del rey Josías, que será «dulce en la boca como miel y tan sabrosa como la música en el alegre convite», porque no hay sabor que a éste llegue. Causa tal dulzura tu memoria, que con ella puedo tragar la amargura de mis males, porque si me veo flaco, acuérdome de tu omnipotencia y veo que con la flaqueza venciste las fuerzas del mundo. Elegiste lo que tiene el mundo por locura, para confundir a sus sabios, y las cosas flacas para confusión de las fuentes y las cosas viles y despreciadas del mundo, y las que no son por su poco ser y precio, para destruír las cosas que son, porque no se gloríe nadie en tu pre-

sencia. Por mano de una mujer quisiste humillar la soberbia de Holofernes, príncipe del ejército de los asirios, según que, después de la victoria, dándote gracias, lo cantó la santa y valerosa Judith diciendo: «El Señor omnipotente lo destruyó y lo entregó en las manos de una mujer y lo confundió.» No murió el más poderoso de ellos, por mano de mozos valientes, ni los hijos de Titán lo hirieron, ni le resistieron los grandes gigantes, pero Judith, hija de Merarí, lo deshizo.

Tampoco quisiste, Señor, vencer al tirano Faraón con leones, osos ni tigres, sino con cínifes, ranas y moscas, que son viles y pequeños animales. Pusistes las grandes fuerzas de Sansón en los cabellos, que son cosa muy flaca y delicada, y la fuerza y virtud de la predicación evangélica en unos humildes y simples pescadores, con los cuales sujetaste a ti el mundo universal. No desconfiaré, pues, Señor, de tu misericordia y omnipotencia, aunque me veo flaco y para poco, porque poderoso eres para hacer de las piedras hijos de Abraham y para obrar con cosas flacas tus acostumbradas maravillas. Si me hallo incierto acerca de la disposición de mi vida, acuérdome de tu infalible providencia, que tan sabrosamente por una parte, y con tanta certidumbre por otra, sale con cuanto pretende. Así gobernaste maravillosamente a tu pueblo de Israel, por el desierto, cuarenta años, sustentándolo con pan del cielo, y proveiste a Elías y a Jonás en el vientre de la ballena, y al Profeta Daniel en el lago de los leones.

Si me ocurren mis pecados que cada día hacen mayor bulto, acordarme he de tu inmensa bondad y pararme he aquí mudo, pensando cómo al tiempo que nadie me podía valer, tú, Señor, me diste la mano cuando tenía yo empleadas mis manos contra tu ley. Así llamaste desde el cielo a Saulo perseguidor, cuando actualmente iba metido en fuego de ira y saña persiguiendo a los tuyos.

Muchas veces iba huyendo de ti y me saliste al camino para que no me perdiese, porque tu misericordia me pre-

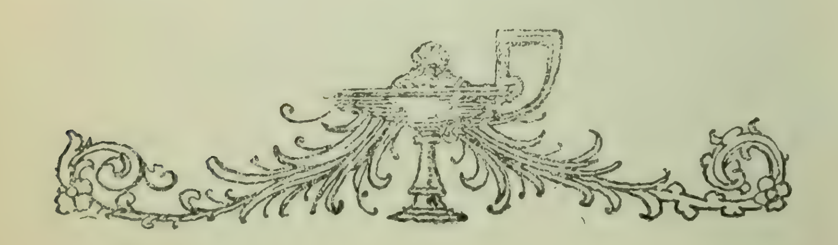
vino, y me convidaste con la paz, siendo indigno de ella, poniéndome las condiciones más a mi propósito de lo que yo las supiera pedir. Así recibiste, clementísimo Señor, al hijo pródigo con beso de paz y cordial amor, saliéndole a recibir al camino, y quisiste ser convidado de Zaqueo, príncipe de los publicanos, y lo justificaste y diste salud a su casa.

Si me veo falto de buenas obras, acordarme he de aquel tesoro de infinito merecimiento que dejaste para que se comunicase a tus miembros. En ti están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios. Si me turba mi vista y mi propia figura, acordáreme de ti con firme pensamiento y regalarse ha en ti el alma, que tanto se espantaba de sí misma. La memoria que tuvo el hijo pródigo de la abundancia de la casa de su padre y la bondad que concibió que había en él, le dieron alas y esfuerzos para levantarse de la culpa, implorando la paternal misericordia. Si no puedo gozar de tu vista, alegrarme he con tu memoria, y con ella me consolaré, porque si el amor temporal en la ausencia de lo que se ama tiene por gran prenda la memoria, ¿cuánto mayor será el que de veras te ama y conoce que sólo hay ausencia de su parte y que tú no faltas a ninguno y mucho menos al que siente tu ausencia?

Con tu dulce memoria se sustenta mi vida, acordándome, Señor, cuán sufrido eres en nuestros males, cuán paciente en esperarnos, cuán misericordioso en recibirnos, cuán piadoso en perdonarnos y cuán liberal y magnífico en tus largas promesas. La memoria de tus beneficios oblígame a servirte, cautiva mi corazón el amor que me tienes y la gloria de tu majestad enciende mi voluntad en deseos celestiales. Tanto, Señor, deseo verte, que con tener algo de ti, aunque no sea más de la memoria, me entretengo, según aquello del Salmo: «Acordéme de Dios y recibí deleite.» Y pluguiese a ti, Señor, que antes tenga yo olvido de todos mis cuidados que falte de ti mi memoria, porque cosa muy digna de lágrimas es que vaya mi pensamieuto a otra parte pudiéndose emplear en ti.

Sintiendo la apretura de esta habitación, no hallo cómo espaciarme sino en tu memoria y con ella se alivia el enfado que me causa lo presente. Tu memoria me es jardín donde cojo rosas de suave olor, cuando me acuerdo de los favores que he recibido de tu mano. Es mi arboleda donde hallo algunas frutas tempranas, que son algunos gustos que sienten acá tus escogidos, como muestras de lo de allá, aunque son frutas de sombra, y por ello no bien maduras, pero todavía sabrosas, según aquello que un alma devota dice: «A la sombra de mi Deseado me senté y la fruta es muy sabrosa a mi paladar.» No a los labios (quiero decir a los sentidos), sino a lo interior del espíritu, que significa el paladar. Allí topo verdes y grandes campos cuando, considerando de tu gran potencia y lo que me has prometido, espero que será fácil de seguir el camino comenzado, ayudado con tu gracia. Y aunque de muchas cosas buenas se cebe la consideración de los tuyos, entre todas halla la mía espiritual sabor en ti, y por eso acordarme he de ti, en tanto que la memoria hace su oficio y mis ojos no pueden verte, y en tanto que dura esta peregrinación, hasta que llegue a beber de aquel río de paz que alegra tu ciudad.

Este es aquel río de quien dice el Profeta: «El ímpetu del río alegra la Ciudad de Dios; santificó su morada el Altísimo.» Aquí llegarán las potencias de mi alma al punto de su perfección, a donde la memoria no servirá sino para referir el estado que pasó, para que el presente sea más sabroso y gocen el entendimiento y la voluntad, el uno sin cubierta y la otra sin temor alguno.





MEDITACION LXXXVI

Cómo el amor de Dios nos trae en conocimiento de él.



UANTO con más amor te amo, Dios mío y Señor mío, tanto más claramente te veo, por lo cual el amor muchas veces precede y se anticipa al conocimiento, porque aunque te ame, Señor, porque te conocí, pues no se puede la voluntad mover en lo que no alcanza ni conoce el entendimiento; pero después mucho más es lo que supe amándote, y lo que el amor descubrió de tus divinas perfecciones de lo que el entendimiento al principio me había enseñado. Sigue al amor la contemplación como a cosa más excelente y más perfecta y que perfecciona al entendimiento contemplativo. Manda la voluntad como reina en el reino del alma que busquè el entendimiento la noticia que es su perfección. El amor sobrepuja a la ciencia y es mayor que el conocimiento. Muchas veces es Dios más amado de lo que es conocido, y el amor entra y se llega a Dios quedándose la ciencia fuera. Y no es mucho esto, porque el amor presume más y confía más; todo lo penetra y sigue el ímpetu del deseo ardiente y no puede

disimular ni se sufre hasta llegar al amado. Todo lo interior penetra el amor y escudriña los secretos y las cosas profundas de Dios.

Ningún bien es perfectamente conocido si perfectamente no es amado. Los que teméis a Dios, amadle y alumbrará vuestros corazones. El amor sigue a la contemplación y la perfecciona, aunque una cosa es imposible ser amada sin ser primero conocida. Cuanto más cerca está el amante del amado, tanto más verdaderamente y sutilmente y profundamente es conocido. La operación amorosa sobrepuja a la intelectiva. El amor contiene los principales suspiros en Dios, los fervientes deseos y los resplandecientes fervores, a los cuales sublimados excesos no puede subir el conocimiento, sino sólo el amor que viene a nuestra alma con Dios. Entonces la contemplación será perfecta, cuando es elevado el que contempla al amor de la cosa contemplada.

Conviene, pues, ánima mía, que subas y seas elevada en la contemplación, levantando, no sólo el entendimiento, pero también el afecto y voluntad al amor de tu Esposo Jesucristo. Es menester que no sólo el entendimiento obre, mas también que la voluntad ame y no esté ociosa. En la contemplación de las cosas divinas es el amor ferviente y agudo, porque el verdadero amante no se contenta con lo exterior del amado, mas trabaja en cuanto es posible penetrar lo interior del corazón y lo secreto del alma. Muchas veces el amor penetra donde el conocimiento natural queda fuera, como leemos de algunos santos no doctrinados en las ciencias naturales, los cuales, alcanzando la mística teológica con la alteza y potencia de su espíritu, penetraron los cielos y sutilísimamente trascendían todo conocimiento natural hasta llegar a Dios. Por amor de esto el Salmista amonesta diciendo: «Llegaos a Dios y seréis alumbrados». Ninguno se puede llegar a ti, mi Dios y Señor, sino por amor: que el que no ama, muy lejos está de ti.

Muy bien, pues, dice tu santo profeta que nos lleguemos

a ti, amando tu Divina Majestad y que seremos alumbrados en tu conocimiento, porque tu santo amor es fuego sin humo que alumbra y enseña al entendimiento, para que te conozca más y más de lo que al principio te conocía, cuando por el conocimiento que tenía de ti te comenzó a amar. El amor del mundo ofusca el entendimiento, turba la razón y embota el juicio; pero tu santo amor adelgaza el ingenio, enseña a nuestra alma y descubre grandes tesoros de tus divinas perfecciones.

¿De dónde vino al santo mozo José que interpretase los sueños del copero y panadero de Faraón y declarase también los sueños de este mismo rey de Egipto, sino del amor que te tuvo? Fué de su señora convidado a ofenderte, y no consintió en la culpa porque te amaba, y así conoció las cosas secretas y declaró las que estaban por venir. Quien anda fuera de tu gracia y caridad, no es maravilla que caiga en ceguedades y errores. Aquél verdaderamente sabe mucho que sabe amarte. Sólo, Señor, el que te ama es sabio, porque los demás, muy ignorantes y ciegos son y andan en tinieblas. Tú eres el que dices que el que te sigue no anda en tinieblas, pero tendrá luz de vida. ¿Y quién te sigue sino quien te ama? En las jerarquías celestiales los ángeles inferiores son alumbrados por los superiores, así como en los cielos los más altos llevan a los más bajos con su movimiento.

Los serafines, que son los que están inmediatos a ti en la gloria, están todos ardiendo en tu amor y son unas llamas de fuego encendidas de tu amor santo. Estos alumbran a los querubines que están luego después de ellos en el segundo coro, los cuales están llenos de ciencia y sabiduría, según el nombre que tienen de querubines. El amor grande de los serafines se difunde en el conocimiento y ciencia de los querubines, porque amándote, venimos en gran conocimiento de quien tú eres.

¡Oh, Señor, y cuán grandes cosas manifiestas a los que te aman y qué multitud de secretos saben los que por amor

se llegan a tu Majestad Divina! En este ardiente fuego se metió Moisés cuando ardía y se quemaba el monte Sinaí, donde tú estabas y en medio de este fuego le diste la ley y lo enseñaste. Del fuego donde le hablabas bajó enseñado de lo que había de hacer y de lo que al Pueblo había de enseñar para acertar a servirte. ¿Qué lengua dirá lo que conoce de tu bondad y lo que entiende de sí mismo el que amándote y dándose a ti en la oración y contemplación se entrega todo en las manos de este tu santo amor? Allí conoce cuán suave es tu conversación y sabe lo que es el mundo y lo poco que vale esto de acá, y entiende quien tú eres y gusta de la dulcedumbre que das a los que llegan a ti.

Cuando enviaste a tu Santo Espíritu desde el cielo a tu Iglesia, vino sobre los Santos Apóstoles en lenguas de fuego para inflamar y encender en amor los pechos y corazones de aquellos santos discípulos tuyos, y como es propio del fuego no sólo calentar, mas aun también alumbrar y resplandecer, así también no solamente les diste tu santo amor, mas aun el don de sabiduría y entendimiento, porque encendiéndoles en amor, fueron llenos de ciencia y conocimiento de doctrina y hablaron diversos lenguajes. Por lo cual un profeta tuyo dice así: «De lo alto envió el Señor fuego en mis huesos y enseñóme». Desde el cielo, dice este santo, que enviaste, Señor, el fuego de tu amor divino y enseñaste a quien das tu amor, porque tu santo amor no sólo enciende, mas aun también enseña.

¡Oh, de cuánta luz de divinos resplandores goza el alma que a ti se acerca y qué lleno está el entendimiento del que te ama del conocimiento que el amor descubre de los infinitos bienes que hay en ti! ¡Oh, Redentor mío y dulzura de mi vida, aquí está delante de ti mi corazón; desea llegar a ti y no puede por sí solo: haz tú piadoso Padre, lo que él no puede. Recíbeme dentro del retrato de tu amor. Pido, llamo y busco, y pues me das gracia para que pida, haz que reciba. Dame que te busque, dame que te halle. Ense-

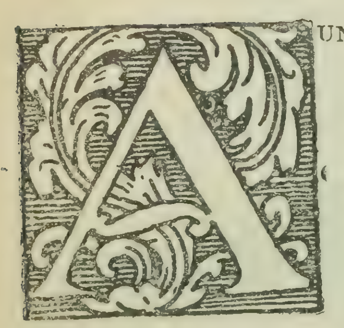
ñas a llamar: abre al que llama. Llégate a tu Dios, ánima mía, abrázate con tu esposo Jesucristo; sé importuna hasta que te dé este santo amor, para que amándole le conozcas y conociéndole siempre le ames!





MEDITACIÓN LXXXVII

Cómo el conocimiento de Dios nos lleva a su amor.



UNQUE muchas veces te amemos, Señor y Dios nuestro, y el amor descubra tus divinas perfecciones y te conozcamos porque te amamos, pero si somos tibios en amarte y no nos lanzamos con impetuoso aceleramiento en ese abismo de amor, para que amándote hieran en nuestros ojos los resplandores de tu bondad infinita, es porque andamos en tinieblas y fuera del conocimiento que debemos tener de tu Majestad Divina. La falta de no amarte y la causa de haber tanta tibieza en nuestros corazones, nace de no tener la consideración y conocimiento que debemos. Porque como la experiencia nos enseña, la causa del amor temporal es la corporal hermosura, así como la contemplación de la hermosura espiritual es la causa del espiritual amor. De aquí viene, Señor, que ame tan aficionadamente las cosas que veo con los ojos corporales y tan tibiamente a ti, mi Dios, porque no considero tu hermosura que es bondad infinita, teniendo tantas cosas que me llevan a su conocimiento por muy ciego que yo sea. Si

deseo vivamente amarte y darte de veras todo mi corazón y voluntad, cerraré mis ojos porque no vean las vanidades y abriré mi entendimiento y miraré y escudriñaré tu bondad infinita y excelentísimo amor que me tienes.

Maravilla será grande conociendo quién eres, no ir por montes y desiertos dando voces, abrasado en caridad y herido de tu amor y diciendo con la Esposa: «De amor estoy enferma.» Maravilla será si no tuviese ardiente deseo y gran sed de servir a ti, mi Dios, del que nacerá una llena determinación de guardar de toda voluntad tus mandamientos para siempre: «Incliné mi corazón para guardar todos tus mandamientos en todo tiempo, que son el camino de tus justificaciones».

Aunque mi vida hubiera de durar para siempre sobre la tierra, quiero determinadamente, perpetuamente, guardar tus mandamientos. ¡Oh, que bien siente el que así propone y ofrece su alma al servicio perpetuo y guarda de los mandamientos de ti, mi Dios. El que te ama, guarda tus mandamientos, así como no los guarda el que no te ama, y si alguno no te ama, su falta procede de no conocerte. Poniendo yo mis ojos como otra ave fénix en ese claro sol de justicia que dijo el Profeta Malaquias, nacería para nosotros, y considerando los resplandores de tu soberana bondad y los resplandecientes rayos de amor que con tantos beneficios nos mostraste procediendo del infinito amor que me tienes, batiré las alas de mis encendidos deseos hasta arder todo en amor y ser convertido en gusano y ceniza.

¡Oh, bondad inmensa de mi Dios! ¿Cómo podré yo contemplar en ese abismo de perfección y no arder en llamas de divino amor? ¿Cómo será posible que mi entendimiento, empleado en descubrir tanta bondad, hermosura y sabiduría, y representando estas perfecciones a la voluntad está ella floja, tibia y fría en tu servicio? ¿Cómo no te amará la voluntad y estará toda ella como una brasa encendida en tu amor y hecha una pura y viva llama de amor, mostrándole el conocimiento que de ti tengo tan grandes y sobera-

nos bienes? Si el mantenimiento que mi voluntad come y el manjar de que se mantiene y se ceba y gusta no es otro sino la bondad y según su naturaleza no se inclina ni aficiona sino al bien, ¿cómo podrá mi voluntad, por muy dura y fría que sea, dejar de amar al sumo bien, que eres tú, mi Dios, bondad infinita y amor eterno, dignísimo por todas vías de ser sumamente amado?

En estas consideraciones y contemplaciones de quien tú eres, gastaré el silencio de la noche, alumbrando mi entendimiento con el conocimiento de tu Divina Majestad, para que pueda decir con el Profeta: «La noche es mi lumbre en mis deleites». Lumbre para mi entendimiento y deleites sabrosos para mi voluntad y muy dulces a mi alma. Con estas contemplaciones y meditaciones de quien eres, es el pobre enriquecido con caridad, y sin este conocimiento y amor, todo rico es pobre. El que está de este tu santo amor enriquecido, es fuerte entre las pasiones duras y dificultosas; es muy alegre en las buenas obras y no hace con rostro ni semblante torcido los bienes que obra. No es penoso entre los buenos hermanos y es paciente y sufrido entre los falsos. Muéstrase alegre con Abel, ofreciendo sacrificio a Dios y declara con Noé la gran seguridad que tiene en las adversidades y tribulaciones, porque pereciendo en el diluvio universal todo el mundo, el justo Noé es guardado en el seno del divino amor.

¿Pues qué diré de cuán fiel compañero es tu santo amor en la peregrinación? Considero lo que aquel gran patriarca Abraham hizo, el cual sale de su tierra sin saber dónde lo llevabas acompañado de tu santo amor y va muy seguro entre las naciones peregrinas y reinos que no le conocieron. Considero, Señor, la alegría que da este tu santo amor para sufrir cualesquier injuria, por grave que sea; lo cual hallaré en Moisés, que injuriado y perseguido muchas veces de su rebelde pueblo, todo lo sufre con el amor y caridad que tiene. Acompañado de este amor divino hallaré a David en sus persecuciones e injurias, lleno de mansedum-

bre, y veo tan gran fortaleza y brazo de virtud en los tres mozos en el horno de Babilonia, y cómo entran sin temor en aquel gran fuego al cual hizo suave la caridad. Con sólo tu amor viviré vida dulcísima en este valle de lágrimas, porque de él está escrito que «el amor es fuerte como la muerte», porque así como la muerte mata al cuerpo, así el amor de la vida eterna mata los deseos de las cosas temporales. No puedo yo, Señor, declarar con palabras la vida tan dulce que se pasa sin deseo de la vida presente y de lo que en ello hay. Pues en la amargura de este mundo pone su dulzor el amor, haciendo insensible a las cosas de este mundo los que al amor tiene hechos vivos y muy dichosos a las alegrías del cielo.

Siendo esto así, ¿cuál es la causa, Señor, de que te abandonen los hombres y amen la vanidad y busquen la mentira? De esto te quejas por un Profeta, diciendo: «¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres para que me dejasen y anduviesen tras la vanidad?» Como se quejaría, y con mucha razón, un varón perfecto, muy sabio, rico y generoso, siendo dejado y despreciado de su esposa por otro hombre necio, torpe, pobre y muy vil; así te quejas, Señor, de que el alma, tu esposa, desampare esa bondad infinita y tesoro donde están acumuladas innumerables riquezas y perfecciones, por el estiércol y amor de la tierra. ¡Oh, mi Dios! ¡Oh, bondad infinita y hermosura que no tiene término, cuyas riquezas son infinita gloria! Dejándote, sigo la vanidad de mis pecados, quitando de ti el amor que te debo y poniéndolo en las mentiras de esta vida, en la codicia de la carne, en las falsas riquezas y vana honra del mundo. Ninguna falta hay en ti, mas toda la maldad es mía y en mí está la falta y perversidad cuando dejo de amarte, Dios mío, que eres todo el bien y ser y sabiduría, verdadero Esposo de mi alma y fuente de hermosura y gloria.

Tú eres el que dices: «Varones de Judá: Juzgad entre mí y entre mi viña.» ¿Qué más puedo yo hacer por mi viña o en qué le fuí enojoso y qué pude por ella hacer que no

la haya hecho? ¿Por ventura no me hice hombre y morí por darle vida? ¿Pues por qué me dejas, Esposa mía, habiéndote yo criado a mi imagen y semejanza y redimido con mi sangre y te vas tras la vanidad? Compara lo que el mundo te ha dado y prometido; compara los regalos y deleites de tu carne y riquezas con lo que yo te doy de presente y te tengo prometido y verás cuán vana eres andando en pos de la vanidad. Proverbio es y común habla del pueblo, que si la mujer se aparta de su marido y se llega a otro, ya no hay camino para que vuelva a él, porque se hizo inmunda y contaminada en el adulterio. No soy yo de esa condición, aunque tú eres de aquélla. Has cometido adulterio con tus amadores, buscaste tus codicias deshonestas y con todo esto no te despreciaré si vuelves a mí. Vuélvete a mí desde ahora y llámame padre.





MEDITACIÓN LXXXVIII

Que el amor se levanta a querer cosas mayores.



Es cosa muy natural y propia del amor levantarse a amar y querer cosas más altas y más excelentes que la voluntad de donde nace, lo cual se muestra, por ejemplo, en las otras criaturas inferiores del hombre, las cuales siempre se levantan a otras cosas mayores que ellas.

Vemos que los elementos se convierten en plantas y las plantas y yerbas en animales que las comen, y los animales en hombres, pues de las carnes de ellos se mantienen. Así vuestra voluntad, porque no parezca ser de peor condición que las cosas más bajas que ella, es obligada a amar cosas más nobles y más excelentes que ella, para que se pueda traspasar y convertir en ellas, pues en su mano está y no resta otra cosa sinò quererlo.

Y porque sobre la voluntad del hombre ninguna cosa hay más excelente sino solo Dios, razón es, si quiere hacer lo que debe y seguir su propia naturaleza, que primero y más principalmente ame a Dios, pues por este amor y unión, llegándose a él, se hace una misma cosa con él, con-

forme a aquello que el Apóstol dice: «El que por amor se llega a Dios, hácese un espíritu con él.» Porque como sea cosa muy útil a la voluntad que es reina en la ciudad del alma, abatirse debajo de sí misma a cosas viles, con mucha razón se debe levantar sobre sí misma a amar y querer a Dios y a transformarse en él por amor, pues es sumo, eterno y nobilísimo bien, fuera del cual el alma no se puede mejorar amando todo lo criado y poseyéndolo.

Entremos, pues, ahora en cuenta, ánima mía, tú y yo y veamos lo que ganaste de tanto tiempo perdido y malgastado como diste al mundo. ¿Qué se hicieron tantos años mal empleados? ¿Qué se hicieron todos los días pasados? ¿Qué fruto tienes de las cosas de que ahora tienes vergüenza? Amando las cosas de la tierra, amaste las cosas menores que tú y diste a ti misma, siendo Esposa de Jesucristo y muy noble criatura, por el vil estiércol del mundo. Debes haber vergüenza viendo que te vencen y confunden las otras criaturas menores que tú, pues todas ellas, naturalmente, apetecen su perfección y suben y se levantan a cosas mayores y transforman y convierten en cosas mejores que ellas y sola tú, miserable, eres tan mezquina, que contra toda tu natural inclinación y nobleza que Dios puso en ti, te mudas en lo que te fué dado para su servicio, poniendo sobre tu cabeza lo que quiso el criador de todas las cosas que estuviese debajo de tus pies.

Levanta tus ojos en derecho, abre los ojos de tu entendimiento y considera dónde estás caída y el estado miserable en que te puso tu perversa y desatinada voluntad. Conoce tu dignidad y la honra en que te puso el que de la nada te hizo; nazca en ti una santa soberbia, estimándote en lo que tu nobleza merece y ten por ignominia emplear tu amor en otro sino en solo Dios. A esto te inclina el generoso apetito que Dios puso en ti, y él quiere que en ninguna cosa de este suelo halles perfecto gozo ni contento, para que la necesidad te lleve a quien no puede faltar. Entonces gozarás de los honestos y dulces abrazos del Esposo

y serás transformada por amor en tu Dios, porque si el amor transforma al amante en el amado, siendo convertida en Dios por amor, quedarás endiosada y deificada en él, según aquello que de los que aman a Dios dice el real profeta: «Yo dije: dioses sois vosotros e hijos del Muy Alto». En esto se ve la gran caridad de Dios y lo mucho que puede el amor: que nos nombremos hijos de Dios y lo seamos. Y si somos hijos, luego herederos, herederos de Dios y compañeros en la herencia con Jesucristo. ¿Pues por qué, Señor y Dios nuestro, siendo nosotros, según el apetito sensitivo y naturaleza corrupta tan amigos de honras temporales, dignidades y estados del mundo, no seremos amigos de la verdadera honra y dignidad que alcanza nuestra alma cuando amándote se transforma en ti por amor?

Esta es la santa soberbia, verdadera ambición y justa pretensión que yo debo pretender, teniendo pensamientos tan altos, que me desprecie de poner mi amor en otro que no seas tú, ni cautive yo mi corazón sino de esa inefable y extremada hermosura, bondad infinita, soberana perfección y Divina Majestad. ¿Qué quise yo en el cielo ni en la tierra sino a ti? «En tus manos están mis tiempos y olvídeme de mí mismo, si no pusiere la alegría de Jerusalén en el principio de mi alegría y el amor que debo a ti, mi Dios y mi Rey y Señor, a toda otra alegría y gozo de Babilonia.»

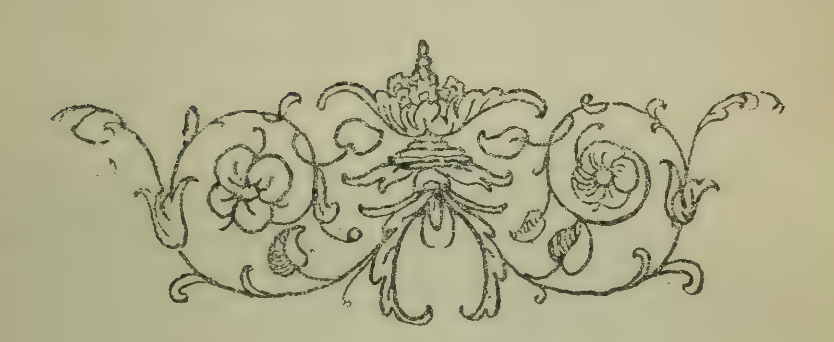
¿Qué tienes que ver, ánima mía, con la tierra, habiendo sido creada para el cielo? ¿Qué tienes que ver con el amor vano y falso de este siglo y con los deleites momentáneos y corruptibles, siendo escogida para gozar de alegrías celestiales y perpetuas en la gloria? Toda la gloria de la hija del rey está, no en lo exterior del gozo de las criaturas, sino de dentro, en lo interior de la buena conciencia, porque nuestro gozo es el testimonio de la nuestra conciencia, y dentro está rodeada de variedad de diversas y muchas espirituales consolaciones: «Oye, hija y ve, inclina tu oído y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre».

Si no te conoces, ¡oh, la más hermosa de las mujeres!,

sal fuera del amor del mundo en que ahora vives y de los pecados en que andas envuelta y vete tras las pisadas de tus ganados, siguiendo los ejemplos y memorias que dejaron de sí los santos, dando pasto a tus deseos, cebando tus pensamientos y manteniendo tus propósitos que, como mudables, saltan como cabritos cerca de las majadas de aquellos pastores que, como santos prelados y buenos pontífices, gobernaron la Iglesia y la edificaron con loables costumbres. Levanta tu amor a cosas mayores y pon tus pensamientos en lo que no tendrá fin y ama lo que para siempre podrás amar, pues esto es mejorarte y subir y valer, engrandeciendo y ensalzando lo mucho que eres. Así conviene a mí, Dios mío, Señor mío y Redentor de mi alma, que yo no ame ni siquiera otra cosa en el cielo ni en la tierra sino solamente a ti, pues eres mi honra, mi gloria, mi salud y todo mi bien, dando de mano a todo otro amor extranjero y peregrino, como contrario de mi honra y enemigo de mi salud y mi gozo. Porque siendo el amor cosa tan noble, tan libre y tan poderosa que muda la voluntad en la cosa amada, poniéndola debajo del imperio y mando de aquélla, es cosa indigna y fea que algo que sea más bajo y menor que la voluntad, tan excelente, tenga señorío sobre ella y la posea. Y porque mi amor es espiritual y tal cual es la voluntad de donde nace, por amor de esto todas las cosas corporales son indignas de él y no lo merecen, pues por ser espiritual es muy mejor que todas ellas. «No queráis—dices tú, Señor—dar el santo a los perros ni echéis las perlas a los puercos.» No es razón que esta preciosa perla e inestimable margarita de mi amor la dé yo sino a ti, mi Dios, pues eres solamente digno de mi amor. No tengo yo de amar cosa que se pueda ver u oir o con alguno de los sentidos corporales comprender.

Y porque no es cosa justa ni lo compadece la razón que un igual tenga señorío sobre otro igual, por tanto ninguna voluntad criada es digna de nuestro primero amor ni de tener señorío sobre nuestra voluntad. Y por esto, no tengo

yo de poner mi amor en las criaturas irracionales ni sensibles, por ser mi amor espiritual y ellas materiales, temporales y corporales, ni conviene que tampoco cautive yo mi voluntad de otra voluntad racional, siendo tan buena como aquélla; por amor de lo cual, siendo tú, mi Dios y Señor, criador de todas las cosas y no criatura, tú sólo eres dignísimo y merecedor de poseer mi voluntad y tener dominio sobre nosotros teniendo nuestro primer amor. Y no solamente si tenemos buen juicio y conocimiento de lo que somos, te debemos, Señor, todo nuestro amor ni conviene a quien somos amar sino a ti, mas aun también hay proporción y similitud, que yo ame del todo a quien me ama del todo y por todo, de manera que dando lo poco que puedo en amor, satisfago con lo mucho que debo, deseando amar a ti, mi Señor y criador mío, y todo mi bien.





MEDITACIÓN LXXXIX

Que el que no ama a Dios le hace injuria, y a sí mismo daño.



omo el amor pose la voluntad en la cosa más amada y la ponga debajo de su señorío y posesión, por amor de esto la voluntad no puede subir ni extenderse a más de aquello a que la cosa principalmente amada se extiende. De donde se sigue, que si aquella cosa más amada es universal o particular, que el amor así mismo lo será, y como no puede ser más de una la cosa más amada, así en la voluntad no puede ser más de uno el amor. De donde puedo yo claramente conocer, Señor mío, que aquel a quien con el principal amor yo amo, funda y edifica en mi voluntad un primer amor, que es cabeza y origen de todas las otras afecciones que de la voluntad pueden nacer; de manera que de la cosa más amada se engendra en la voluntad un primer amor, del cual, así como de una raíz se levanta en el alma un árbol que se multiplica en tantas ramas, cuantas cosas hubiere después de la más amada en ella, y por ella se puedan amar. De un grano nace un árbol con

muchas ramas, hojas y fruto, y cual es la semilla tal es el árbol y lo que de él procede.

Así, si mi principal amor fuere bueno, justo y rectamente ordenado, los otros amores que de él nacieran serán justos y buenos, y si fuese malo, los otros, por consiguiente, lo serán también. De donde también se sigue que de necesidad habemos de amar todas las cosas que son amigas, y conformes a esta cosa principal amada, y de aborrecer por fuerza todas las cosas contrarias que repugnan y contradicen a la cosa primero amada. De lo dicho se concluye que el amor entrañable y profundo junta la voluntad con la cosa primero amada, y tan fuertemente, que no pueda de ella ser apartada sino por otra cosa mayor y mejor que suceda y tome el lugar, de la que antes era primero amada.

Mas, cuando la cosa primero amada eres, tú Señor y Dios nuestro, como seas sumo bien, suma virtud y eterna verdad, el amor con que primero te amamos de necesidad, será muy fuerte, eterno y verdadero. Y como nacen, Señor, de ti todas las cosas y emanan como de su primer principio, y están con él todas juntas según el orden de su providencia, es necesario que el que primero te ame, ame por ti y en ti a todas tus criaturas y se haga tan ancho y tan crecido su amor, cuan crecido se mostró tu amor en hacer todas las criaturas que de la nada criaste: aunque todavía tu amor es infinito y el nuestro tiene fin.

En el matrimonio el varón es el que manda y la mujer obedece, la cual no puede casar con otro siendo vivo su marido. De esta manera la voluntad que es como la mujer sujeta y obediente a la cosa primero amada, no puede tener más de un amor y una cosa amada, como la mujer más de un varón, y en tanto que dura aquella cosa primero amada, no se puede apartar de ella, como la mujer no puede apartarse ni quitarse de su marido en tanto que vive. Y como la mujer que se casa con un hombre sabio, hermoso, ilustre y rico, está honrada, rica y vive contenta, y por el contrario, está descontenta y afrentada cuando se

ve casada con un necio, torpe vil e infame, así nuestra voluntad está próspera y honrada, según lo primero que ama, porque si pone su amor y se casa amando cosas nobles y buenas, está ella bien empleada y honrada, y al revés, si amaba cosas viles y terrenales, está abatida y deshonrada.

Mira, pues, ahora, ánima mía, dónde pones tu amor y qué es lo que amas, porque tal eres cual es aquello a quien diste y entregaste tu voluntad. Cuando amas a Dios estás muy honrada con tan rico y noble Esposo como es Jesucristo, y amando al mundo, tienes marido pobre, feo, infame y vil. El amor te convierte en lo que amas. Nabucodonosor, porque amaba sus apetitos sensuales como hacen las bestias, así anduvo como tal, paciendo yerbas en los montes. De unos que dejando el amor del criador lo pusieron en las bajezas y abominaciones de la tierra, dice el Apóstol que mudaron la gloria de Dios, incorruptible, en semejanza de imagen corruptible de hombres y de aves, cuadrúpedos y serpientes. En estas figuras monstruosas te conviertes cuando dejando el amor del Criador, amas desordenadamente a la criatura.

¡Oh, cuán vil eres hecha reiterando tus malos caminos! Deja, pues, este amor terreno y mira cuánto más honrada y rica estás casando tu voluntad por amor con las cosas que para siempre duran y son celestiales y supremas. Como la doncella que se casa concibe luego un amor a su esposo, por virtud del cual quiere bien a todos los amigos y parientes del esposo, y si este esposo se muere y ella casa con otro, luego se deshace en su corazón el primer amor y todos los amores que de él se causaron y nacían y se engendra otro nuevo amor que asimismo es raíz de otros muchos amores, así mismo acaece a nuestra voluntad, la cual, cuando ama a Dios, está rica y abundante de bienes y honrada y ama por amor de él al prójimo como deudo del Esposo y amigo suyo, y cuando deja a Dios y toma otro nuevo amor mundano contrario del divino, ama estas cosas viles con todas sus torpezas y abominaciones. Y como la mu-

jer por un mismo tiempo no puede tener dos maridos, así nuestra voluntad no puede tener dos amores, sino un solo primero amor, con el cual ha de amar a Dios o a alguna criatura, pues es imposible amar a entrambos e igualmente y con un primero y principal amor.

Entre todas las criaturas, aquella es primero amada de la voluntad, que es a ella más amiga y cercana, y porque la voluntad puede convertir y volver sobre sí su propio amor; de aquí es que ella se ama a sí misma más que a otra criatura, porque ninguna hay más cercana a ella ni más amiga que ella lo es de sí misma. Por tanto, cuando tu divino amor no es primero en la voluntad, de necesidad lo ha de ser el amor que la misma voluntad se tiene a sí misma, y de aquí es que cuando yo no amo principalmente a ti, mi Dios y Señor, luego me amo a mí mismo y a mi propia voluntad.

Pero la voluntad que principalmente se ama a sí, hácese ella a sí misma su propio fundamanto fuera de su Dios. Y como ella se ama a sí misma por sí, luego ama a todas las otras cosas secundariamente por sí misma, y en todas ellas no ama otra cosa sino a sí misma. Así como el que ama principalmente a tu Divina Majestad, ama todas las otras cosas secundariamente en ti y por ti, de manera que en ellas no ama otra cosa sino a ti, así la voluntad que principalmente ama a sí misma, tiene por accesorio tu santo y divino amor. Tal voluntad como está malvada, es traidora, robadora y luciferina, pues con sacrílega mano roba a ti, Señor, siendo hacedor suyo en cuanto en ella es tu gloria y honra y poderío eterno, porque amar su propia voluntad con primero y principal amor, solamente pertenece a ti, Señor y Dios nuestro, y ningún otro lo debe hacer. Por amor de esto cayeron los ángeles del cielo, y tú, Señor, dices que vistes a Satanás que caía del cielo como un rayo.

De aquí se sigue que cuando la voluntad humana ama primero a sí misma, roba a ti, Señor y Dios nuestro, y atribuye a sí misma lo que tú sólo debes poseer y es propio

tuyo y no de otro y hácese Dios en cuanto en sí es, dándose el hombre a sí mismo las alabanzas, honras, amor y gloria que a ti sólo, como a Dios y Criador suyo, pertenece. Y así, de esta manera, se hace capital enemiga tuya y muy semejante a ti, porque injustamente atribuye uno a sí mismo las cosas que justamente son tuyas. Y si tal es el que ama, cual es su amor, está claro que si su amor es malo o falso en odio o menosprecio tuyo, es necesario que el tal hombre sea malo y falso y menospreciado y aborrecido de ti, Señor, como enemigo tuyo y usurpador de tus divinas excelencias.

Pues por no venir a caer en abismo de tanta abominación y miseria, amarte he, Dios mío, esperanza mía y dulzura de mi vida, sobre todas las cosas, quitándolo de estas cosas inferiores y terrenas. Porque como sea propio del amor pedir y recibir amor, ninguna cosa debe nuestra voluntad amar de quien no pueda ella ser amada con mayor amor del que ama, porque nadie da una cosa buena sino por la que es mejor; y porque las criaturas inferiores del hombre no saben ni pueden tornar amor, no deben de nuestra voluntad ser amadas, más sólo a Aquél debemos amar cuanto podemos, que paga nuestro amor limitado y finito con el suyo infinito y eterno.





MEDITACIÓN XC

De la contrariedad que hay entre el amor de Dios y el amor propio.

u santo y divino amor, Dios nuestro y criador nuestro, es raíz y fundamento de todo bien y el amor propio fuente de todo mal. Tu amor nos hace tus amigos; hijos tuyos por adopción y herederos de tus bienes eternos. Tu santo amor alumbra el entendimiento, inflama la voluntad, alegra el corazón, enciende nuestros deseos, hace suaves nuestros trabajos y da el mérito a nuestras buenas obras. Guíanos en nuestra peregrinación, enseña el camino del cielo, confórtanos en tu servicio, asegura la conciencia, recrea lo interior del alma; es verdadera vida de ella, llévanos al puerto seguro del cielo, hácenos moradores de la bienaveturanza eterna, compañeros de los santos ángeles y perpetuos ciudadanos de la celestial Jerusalén, que es la gloria. Por el contrario, el amor propio es fundamento de todos los males, abismo de perdición, muerte del alma, verdugo de la mala conciencia, atormentador de la razón y causa de la perdición humana.

Hablando de los daños que resultan del amor propio, dice tu santo Apóstol en la epístola segunda que escribió a Timoteo: «En los días postreros vendrán tiempos peligrosos y serán los humanos amadores de sí mismos, codiciosos, levantados, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, malvados, sin amor, sin paz, criminosos, incontinentes, sin mansedumbre, sin benignidad, traidores, protervos, hinchados, amadores de sus deleites más que de Dios, teniendo especie y apariencias de piedad y negando su virtud.» De todos estos males que aquí pone el Apóstol, es el fundamento el amor propio, y así dijo al principio que habría hombres amadores de sí mismos, y después dijo los males que se siguieron del amor propio, escribiendo aquella caterva de vicios y pecados. Este es el cimiento de la ciudad de Babilonia, que es la confusión infernal y máquina de todos los vicios y males, así como el amor de Dios es el fundamento sobre el cual se edifica la celestial Jerusalén, que es la gloria con todos los bienes y virtudes y merecimientos. Dos amores edificaron dos ciudades: el amor de Dios hasta el menosprecio de sí mismo, y el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios.

Cuando nuestra alma ama de veras a Dios, viene a total desprecio y negamiento de sí misma, y esta es la ciudad celestial de Jerusalén, edificada sobre el amor de Dios. Y al revés, cuando el hombre malo y perverso ama mucho a sí mismo, funda la ciudad infernal de Babilonia en el amor propio y llegan sus manos hasta el menosprecio de Dios. Dos términos hemos de considerar, de los cuales el uno es Dios y el otro somos nosotros. La voluntad está en medio; y como una cosa, cuanto más se llega a un extremo más se aparta del otro, así cuanto nuestra voluntad más se llega a Dios, más se aparta de nosotros, y cuanto más se aparta de nosotros más se llega a Dios.

De aquí se sigue que cuanto uno más ama a Dios menos ama a sí mismo, pues la voluntad, llegándose a Dios, se aparta de él, y, por consiguiente, cuanto más ama uno a sí

mismo, menos ama a Dios, porque llegándose a él la voluntad, vase apartando de Dios. Y tanto puede llegarse la voluntad al ánima mezquina por amor propio, que del todo se olvide de Dios y esté por amor tan cerca del hombre y tan apartada y lejos de Dios, que venga a total menosprecio de Dios, según aquello que está escrito: «El malo, cuando viniere al profundo de los males, me desprecia». Por el contrario, en los buenos tanto puede llegarse la voluntad a Dios amándole y apartarse de sí mismo, que venga el hombre justo a total menosprecio de sí mismo. Esto vemos en muchos santos de muy grande perfección, que estaban tan transportados en Dios por amor y convertidos en él, que andaban olvidados de sí mismos, y como hombres ajenados de sí y fuera de sus sentidos, y olvidados de todo lo de acá, que más parecían hombres del otro mundo que de éste, y así el mundo los tuvo por locos, por ver que no advertían a las cosas sensibles de la tierra. Del número de éstos era aquel santo Apóstol que decía: «Vivo yo y ya no yo, pero vive en mí Cristo.»

Los pies del alma son el amor y el amor la lleva adondequiera que va y del amor es llevada a Dios o al mundo, y el amor la lleva al criador o a la criatura. El amor propio la aparta de Dios y la lleva al hombre para su daño y el amor de Dios la aparta del hombre y la lleva a Dios para su honra y provecho. El un amor llega a nuestra alma a su esposo Jesucristo y el otro amor la hace sierva y esclava del demonio. Y así como estos dos amores son entre sí muy contrarios y enemigos, así hay dos aborrecimientos contrarios de éstos. Al amor de Dios acompaña luego y sigue un odio con el cual odio somos obligados a aborrecer todo lo que es contrario a la honra de Dios, porque como el amor de Dios y el amor de sí mismo son contrarios, así el aborrecimiento de Dios y de sí, son contrarios y extremados. Mas el aborrecimiento propio y el amor de Dios no son contrarios, antes convienen muy bien entre sí y son en salud del hombre, así como el amor propio y el odio y aborrecimien-

to de Dios no se contradicen, mas convienen y son en la perdición del hombre.

Y de aquí es que el que se aparta del amor propio, pasa al amor de Dios, de contrario en contrario, y al revés, el que se aparta del amor de Dios, pasa luego al amor propio. Y también en apartándose del amor propio, va a dar luego consigo en el amor de Dios, y en apartándose de Dios va a dar en el amor de sí mismo. Y aunque es verdad, Señor y Dios nuestro, que puedo yo aborrecerme a mí, esto es mi vida sensual por ser llena de culpas y flaquezas; pero tú, Señor, no es posible ser de tus criaturas aborrecido, en cuanto Dios y por respecto y razón de tu deidad, pues eres sumo bien y objeto infinito de bondad, y esa misma bondad aunque decimos que eres aborrecido de la malicia de nuestra perversa voluntad, no en cuanto Dios y bien infinito, porque esto repugna a la Naturaleza de nuestra voluntad, sino en cuanto eres justiciero para castigar nuestros pecados o en cuanto eres poderoso para punir nuestros males. Porque, ¿cómo es posible que nuestra voluntad no arda en llamas de amor poniendo delante de sí tan grande bien?

Llevada es mi voluntad del impetuoso amor tuyo, porque tu santo amor la hace justa, santa, humilde y benigna, y el amor propio la hace injusta, hinchada y proterva. Tu santo amor la hace quieta, dulce y amigable, y el amor propio desasosegada, inquieta, desabrida y litigiosa.

Una de las cosas en que se alaba y ensalza este tu santo y divino amor y se condena el amor propio, es que como el amor de Dios puede ser universal, así puede ser uno y semejante en muchos hombres, aunque sean infinitos. El cual, durante entre ellos, es necesario que todos tengan paz y concordia y estén en contentamiento y gozo los unos del bien de los otros. Mas cuando alguno, primero y más principalmente se ama a sí mismo, entonces luego busca su particular y propia honra y gloria, su propio provecho e interés, sus deleites y placeres, deshaciendo cualquier otra hon-

ra ajena para defender y conservar la suya propia y luego murmura de los bienes que otro tiene, si piensa que contradicen a los suyos, y de aquí nacen las iras, envidias, odios y enemistades y todos los pecados.

Es tan noble el amor de Dios, que no sólo admite compañía en amar, pero aún querría que todos hiciesen lo mismo. El que ama a Dios querría que todos amasen a Dios y desea atraer a todo el mundo a este divino amor, y así vemos que el que es devoto de un santo, quiere que todos sean devotos de aquel santo a quien ama, porque el amor espiritual es caritativo y a todos comprende. El real profeta David, en cuyo pecho ardía este santo amor, convida a todos a amar y a alabar a Dios, no sólo a los hombres mozos y viejos y doncellas y ángeles y criaturas racionales e intelectuales, pero aun también a los cielos, sol, luna, estrellas, lumbre, aguas, tierra, dragones, fuego, granizo, helada, montes y collados, árboles y cedros, bestias, ganados y serpientes y a todas las otras criaturas insensibles e irracionales.

Si en nuestro corazón estuviese este tu perfecto y santo amor, Dios mío y Señor mío, no querríamos otra cosa sino que todas las venas del cuerpo y arterias y todas cuantas partes hay en él, estuviesen siempre alabándote y bendiciéndote y que todas las yerbas de los campos y cuanto criaste, estuviese de noche y de día alabando tu nombre. No es envidioso este tu divino amor, sino muy noble y generoso, y así por su perfección admite compañía en el amor y querría que todos te amasen.

Muy al revés de esto lo hace el amor propio, por ser contrario en todas las cosas a tu santo amor, el cual amor propio, como es apocado y cerril, quiere ser solo y no admite compañía en amar. El que sensualmente y con vanidad ama a una persona, no quiere que nadie la ame sino él, ni que la hable ni que la mire, y aun sobre esto suele haber cuestiones y muchos odios y enemistades entre estos locos y vanos amantes. ¡Oh, noble amor divino, ven a mi

alma y envíalo, Señor, desde el trono de tu gloria a mis entrañas, para que lanzando fuera el amor propio que me desasosiega y atormenta, con alegría te ame y sirva como mereces ser servido y amado!





MEDITACION XCI

De los frutos del amor de Dios, y daños del amor propio.



IRA, pues, ahora, ánima mía, que puedes en tu voluntad plantar uno de dos amores, que son: el amor de Dios o el amor propio. Porque como no pueda haber sino dos primeros amores y entre sí muy contrarios, así no puede haber sino dos frutos de ellos, y tan contrarios como las raíces de donde nacen. Y porque de toda obra que el hombre hace no queda con él, en el fin de ella, sino gozo o tristeza que es toda la ganancia y fruto de sus trabajos y obras, por amor de esto, sólo estos dos que son gozo y tristeza, son finales frutos y galardones de toda obra humana. Porque todo lo que el hombre hace es por alcanzar gozo y alegría, lo cual, perfectamente habido y alcanzado ninguna cosa busca adelante. El verdadero gozo es bueno y verdadero fruto del hombre, el cual nace del amor de Dios.

La verdadera tristeza es verdadero mal y podrido fruto del hombre, y éste nace del amor propio. Y como Dios sea inmortal, poderoso, hermoso, bueno y sabio, así el gozo que

de su amor sale en nuestra voluntad, tiene estas mismas propiedades. Y cuanto se extiende el amor, tanto se multiplica y dilata el gozo que nace de él. Y por esto, como el amor de Dios se extiende a las criaturas y principalmente al prójimo, que es imagen de Dios, así el que ama a Dios tiene infinitos gozos de infinitas criaturas, y principalmente de aquellas que conoce ser más cercanas a su criador. Y no sólo aquí en este destierro, amándote, Señor y Dios mío, gozaré de verdadero gozo y alegría entrañable, pero gozaré en la otra vida de inefable gozo, gozando y fruyendo del sumo bien y viendo a los que aquí ame en caridad gozar de tu divina esencia juntamente conmigo. Porque como tu santo amor, aquí en esta vida, se extiende a todos los prójimos, así en el cielo serán todos participantes del gozo, fruto de este divino amor.

En aquel beatífico reino donde todo es amor y perfección, tanto amará cada uno al otro cuanto a sí mismo, y por tanto, es necesario que tanto se goce del bien del otro cuanto del propio suyo. Y como allí habrá innumerables hombres y ángeles a los cuales amaremos como a nosotros mismos, y se sigue de esto que igualmente de su bienaventuranza y de la nuestra nos gozaremos, según esto, está luego muy claro que el gozo que del bien de los otros recibimos será millares de veces más y mayor que el que de nuestra propia bienaventuranza tendremos en aquel felicísimo y dichoso estado. Y como entonces no habrá alguno que del todo pueda acabar de sentir la grandeza del gozo de su propia bienaventuranza, por pequeña que sea, pienso, pues, ahora, Dios mío, cómo podré darme a manos a recibir, por respecto de cada uno de todos los otros bienaventurados, gozos tan infinitos y de tan inmensa gloria. Forzado luego es que hasta no caber más gozo cada uno esté allí lleno de gozo como vasija muy colmada. Y allende de esto, como en aquella bienaventuranza, cada uno de los bienaventurados ame más a ti, mi Dios, que a sí mismo y que a todos los otros juntamente, síguese que sin comparación se gozará

más de la gloria y bienaventuranza tuya sola que de la suya propia y de la de todos los bienaventurados juntamente.

Mira, pues, ahora, ánima mía, cuán inmenso es el gozo que te dará el amor de Dios después de esta vida. Pues tampoco estará el cuerpo ayuno de este gozo, porque el alma que en el cielo ama a Dios y al prójimo, ama también a su cuerpo, el cual desea ser reparado y a ella misma restituído, porque todo el hombre por entero tenga vida bienaventurada. Y pues el alma quiere y desea que su cuerpo se repare, ciertamente será reparado, pues como dice David, «la voluntad de los que le aman hará el Señor y oirá el ruego de ellos». Allí será, Señor, mi gozo perfecto, cumplido y lleno, el cual, como tú dices, nadie podrá quitar de mí.

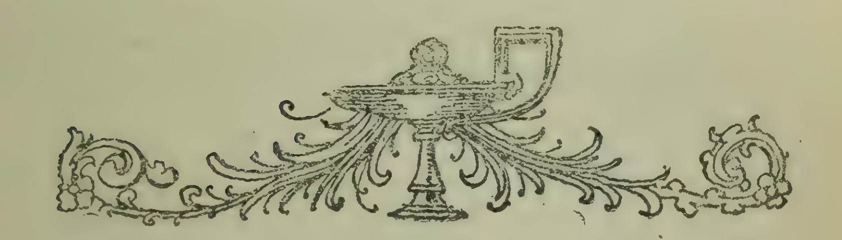
Estos, pues, son los frutos que de tu santo y divino amor proceden, y estos son los bienes que resultan de este soberano y esclarecido amor tuyo. Mira, pues, ahora, ánima mía, si es justo que ames a tu Dios y Señor, pues su amor es causa que en esta vida lleves alegre y buena vida y goces, después de esta vida, de tales y tan excelentes frutos como tendrás en el cielo, si amares con todo tu corazón a tu esposo Jesucristo en la tierra. Por el contrario, del perversísimo amor propio nace un gozo falso y vano, muy breve y momentáneo, el cual para en un punto y deja tristeza y tormento intolerable en el alma, llevándola después consigo al infierno. Como del amor de Dios nace vida eterna, así del amor propio procede muerte perdurable, infernal y abominable «donde la muerte—como dice el Salmista,—apacentará a los dañados, porque morirán y nunca acabarán de morir».

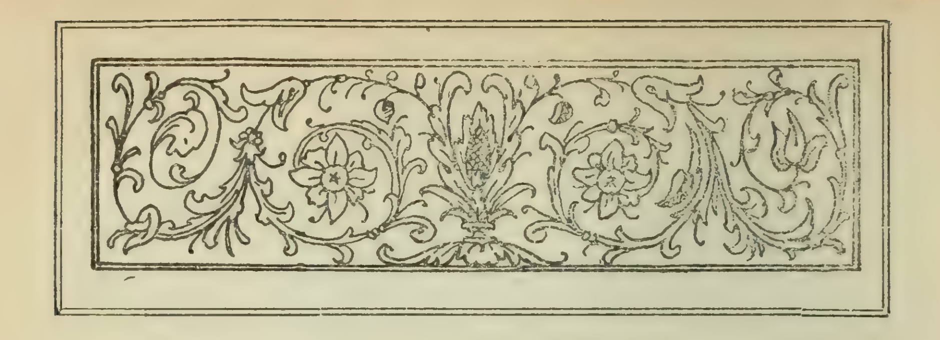
Como nos acontece quebrar con la boca una nuez que de fuera parece sana y buena e hinche la boca de polvo, por estar vana y podrida, así nos acaece, Señor, a nosotros con los frutos que nos da el amor propio, pues partiendo y gustando de los deleites y vanos placeres del mundo, que en lo superficial y exterior parécennos jocundos y verda-

deros, siendo en lo interior muy amargos y desabridos. Frutos vanos y huecos son los frutos del amor propio, de los cuales frutos hablaba el Apóstol a unos que los habían probado: «¿Qué fruto tuvísteis de las cosas de que ahora tenéis vergüenza?» El fruto que saca nuestra alma de tu divino y santo amor es hacerla estable y firme, indivisible y de perpetuo vigor, libre y a ninguna criatura sujeta; pero el amor propio hácela movible, inconstante, flaca, dividida, temerosa, cobarde y a toda vanidad sujeta. Hácela este santo amor rica, harta y abundante de todo bien, y el amor propio hácela pobre, vana, hambrienta y falta de todo lo bueno. Fruto sabroso y provechoso para nuestra alma, hace en ella este divino amor, pues hace que more en su tierra, en su casa y en su reino, mas el amor propio la destierra y hace peregrina, fugitiva y la pone debajo del yugo de Faraón. El amor divino alumbra y clarifica el entendimiento para que se conozca el hombre a sí mismo, todo de dentro y de fuera, y a su Dios en el grado que le es otorgado y a todas las otras criaturas. Mas el amor propio es tenebroso y oscuro, y así anubla el entendimiento y ofusca y oscurece la voluntad, y de tal manera, que no conozca el hombre perfectamente a sí mismo, ni a su Dios ni a otra criatura alguna.

Y para concluir con estos frutos malos y buenos que de estos dos amores proceden, mira, ánima mía, los efectos del uno y del otro y verás cuán contrarios son en todas las cosas. Quiere el amor de Dios que le ayuden a servir y amar a Dios y que haya muchos que le tengan compañía en amarle y servirle, como vemos en Moisés, que como amigo de Dios pedía a Dios quien le ayudase, y así le dió a su hermano Aarón, y otra vez pidió más ayudadores en el servicio divino y le dió setenta varones. Así a Beseleel, que era bueno le dió el Señor a Oliab para la obra del tabernáculo. La bienaventurada Marta, como mujer santa, que tenía en su corazón el amor de Dios, rogaba al Salvador mandase a su hermana María que le ayudase en servir a Je-

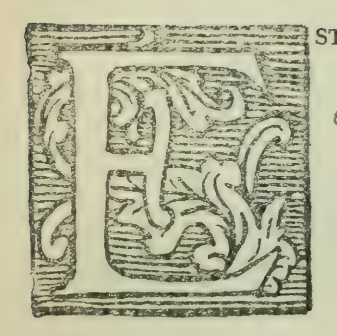
sucristo, y se quejó de ella porque no le ayudaba, porque quisiera la santa virgen que todo el mundo se ocupara en servir al Redentor del mundo. Así los que aman a Dios, no en cuanto pretenden su particular interés, sino sola la honra y gloria de Dios, desean que todos amen y sirvan a Dios. El amor propio hácelo al revés, porque como busca su propio provecho, quiérelo todo para sí, y así no quiere el amador de sí mismo que otro prive con el príncipe o rey; quiere ser solo y hacer él solo todos los oficios, porque pretende más su provecho y honra que el buen servicio del príncipe o poderoso. «La caridad—dice el Apóstol—no busca sus propias cosas». Y si tú, Señor, no buscaste viniendo del cielo a la tierra sino a mí, ni trataste de tu interés, sino de mi bien y provecho, ¿por qué, Dios y Salvador mío, no te amaré yo muy de veras, buscando sóla a tu gloria y honra, olvidado de mí y de todas mis cosas? Pues tan buenos y dulces frutos se sacan de tu santo amor y tan perversos y dañosos del amor propio, amarte he, Señor mío, con todas mis entrañas y con todas mis fuerzas y mi corazón porque goce de los bienes que de tan generoso amor proceden en la tierra y en el cielo.





MEDITACION XCII

Cómo la brevedad de esta vida nos convida a amar a Dios



STA vida tan breve y trabajosa que padezco, me está, Señor, diciendo que te ame con todas mis entrañas. Si considero la eternidad de la vida advenidera, donde tendré perpetuo descanso o perdurable tormento, y miro la brevedad y miseria de esta vida corruptible, ¿cómo podré cautivar mi corazón de las cosas, que no siendo aún venidas, son en un punto pasadas y apartarle del amor de lo que para siempre dura? Aunque toda la vida que aquí tengo fuese jocunda, próspera, alegre y acompañada de toda recreación y pasatiempo, sólo por la brevedad de ella, y viendo que ningún fruto se saca de sus vanos y falsos placeres, la había de desamar y poner mi amor solamente en ti y en aquella vida bienaventurada que nunca se acabará, cuanto más siendo esta vida humana tan llena de trabajos y miserias por todo el suceso de ella, que en cuanto a esto más trabajados y afligidos vivimos nosotros que los animales que carecen de razón.

La mala vida que tenía tu pueblo de Israel en Egipto le

hizo que te llamase y que desease la tierra de promisión. En naciendo el hombre comienza a llorar y en el suceso de la vida le destempla el frío, el calor le aflige, el fuego le abrasa, el agua le ahoga, la tierra le causa trabajos; enfermedades le enflaquecen y atormentan, dolores le fatigan, pobreza le angustia, riquezas le ponen cuidados, la vida le es breve y la muerte anda en asechanza. ¿Pues cómo viéndome cercado de tantas angustias y dolores, y más que los que pasaban los perseguidos en Egipto, ni aquellos que estaban cautivos llorando su destierro sobre los ricos de Babilonia, no llamaré a ti, mi Dios, deseando mi libertad y la tierra de promisión, acordándome de la celestial Jerusalén, viéndome cautivo y desterrado en este valle de lágrimas? ¿Cómo no despreciaré esta vida temporal y amaré la eterna? Considerando toda mi vida pasada, hallo por mi cuenta que todos sus placeres son menos que diezmos de sus trabajos. Los males que aquí nos atormentan nos compelen a buscar y desear tu divina presencia. Así lo hizo muchas veces aquel santo rey David llamándote, siendo atribulado y perseguido, y por amor de eso dijo en el Salmo: «Al Señor llamé en mi tribulación».

¿Qué tiene que ver mi corazón en estas cosas de la tierra, pues todas ellas me lanzan de sí y me envían a ti? Los trabajos de la vida me dicen que busque la verdadera vida celestial y el cuidado y fatiga que me da el amor de la tierra me amonesta que ame solamente a ti, mi Dios y Señor, único bien mío y refugio de mi alma. No tenía tantas miserias ni estaba tan cercado de angustia y necesidad y tribulación el corazón de aquel mezquino hijo pródigo cuanto está afligido y apretado mi inquieto y desasosegado corazón cuando anda envuelto en el amor del mundo. Volviéndome a ti, con una nueva luz es alumbrada mi alma.

Siempre que de veras, despreciando y aborreciendo este cencerraje del mundo, amé a tu Divina Majestad, hallé una desacostumbrada alegría y entrañable gozo que comunicas a los que te aman.

¡Oh, desventurados hombres y criaturas infelices!, ¿por qué buscais vuestros deleites y contentos en las abominaciones y torpezas sensuales? Venid y ved cuán suave es el Señor y cuán dulce y deleitable su conversación. ¡Oh, si gustáseis siquiera por un poco de la delicada conversación de Jesucristo, y cuán de buena voluntad aborreceríais todas las consolaciones del mundo!

Deja, pues, ánima mía, deja ya estas vanidades y engaños que amas y llégate a tu Dios por amor, porque más suave es una gota de la consolación del Señor que los altos y profundos pozos de las mundanas consolaciones. No puede durar mucho el amor de la criatura, que en un punto pasa y tan presto deja de ser, pero el amor del Señor es el que para siempre dura. ¿Pues por qué quieres poner tu amor en cosas que tan presto has de dejar? No digas, como dijo Aarón, que no puedes hacer fiesta a tu Dios con tristeza, ni amarle entre tantos trabajos, porque estas tristezas y tribulaciones que padeces no son sino golpes que te da Dios con el eslabón de la adversidad para sacar de la dureza de tu corazón, así como de un pedernal, centellas de fuego de divino amor. Viendo el piadoso Señor que con beneficios no quieres ablandarte, mas antes que así como pedernal te endureces, hiere tu corazón con dolores por sacar de él fuego de amor. Así lo hizo con Manasés, rey de Judea, el cual, no convirtiéndose a Dios con los muchos beneficios que le hacía, dióle golpes de adversidades y con ellas se convirtió a Dios estando preso en Babilonia y amó a su criador entre las tribulaciones. Y si la brevedad de la vida y miserias de ella no te mueven a amar a tu Dios, donde hay vida eterna y bienaventurada, muévate la pena que en el infierno padecerán los que no aman a Dios; «muévante aquellas frigidísimas nieves—dice Job—con las cuales lanzarás de ti las nieves de tu frío y helado corazón», y muévante aquellas llamas ardentísimas del divino furor, porque ardas ahora con el amoroso y dulce fuego de Jesucristo.

Si en estas cosas temporales y que se pueden ver, no hay verdadero ni permaneciente amor y no se puede amar lo que no se puede ver, seguirá perpetua miseria al que no haya amor que permanece. Ninguno puede ser bienaventurado sin amor y consta ser miserable el que no ama lo que es. No sólo bienaventurado, pero ni aun hombre se podría llamar al que olvidado de la humanidad y despreciando la pacífica compañía y conversación humana, amase a sí mismo, solamente con un solitario y miserable amor. La caridad es un amor gratuíto que pasa a otro, por lo cual ninguno es dicho tener caridad consigo mismo, porque es menester que se extienda a otro el amor.

Vil es aquel que quitando su amor a Dios y a su prójimo, lo pone en sí mismo. Dístenos, Señor, la vida trabajosa porque te amemos y tus amigos desean verse libres de la pesadumbre de la carne por amarte libremente. El Apóstol se llama miserable y desea topar con quien le libre del cuerpo de esta muerte. Y aunque los dolores corporales son causa de tristeza, los que saben algo del espíritu no sienten tanto lo que al cuerpo le va en esto, como lo que el alma pierde o deja de ganar. Aunque todos sienten las molestias del cuerpo, difieren, Señor, tus amigos de los que lo son del mundo, porque los mundanos las aborrecen porque las tienen por malas y a tus amigos les suelen ser acedas en cuanto les son impedimento para que no puedan vacar tan libremente a la contemplación y oficio del espíritu. Y no tienen en más estima su daño de lo que llega a esto; que por lo demás cuando por bien del alma se ordena, como cosa que vale menos, libremente lo pasan.

Lo que hace miserable esta vida es el continuo peligro en que está todo nuestro caudal por los muchos enemigos que procuran y desean nuestra muerte; por las muchas armas que en las cosas de fuera tienen contra nosotros y por las pocas fuerzas que hay de nuestra parte. Y lo que es peor, que es sola el alma a defenderse, y tan sola, que de la gente que tiene dentro de su casa es mayor el combate

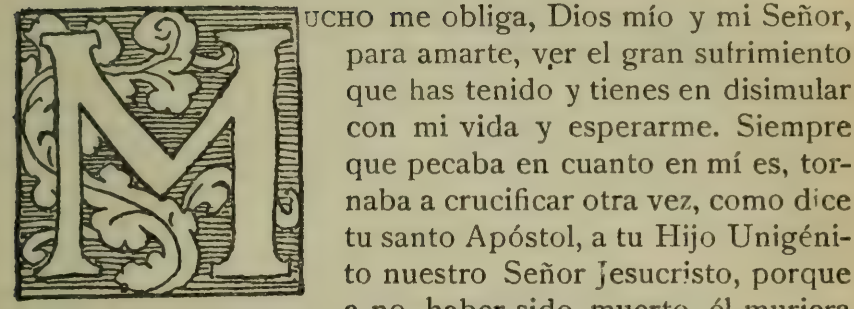
y hace traición siempre que con mucha diligencia no anduviere a visitar las guardas, las cuales son tantas y tan combatidas, que cuando por una parte se quiere valer entran los enemigos por la otra o porque se durmió la vela o porque el alma falsamente engañada les da la llave. De manera que tan largo es el peligro como la vida, porque no es otra cosa sino una sangrienta pelea o una montería en que dan al alma mil alcances, por lo cual, viéndome, Señor, tan perseguido, sólo este remedio tengo: poner mis ojos llorosos en el cielo y suspirar y desear a ti, mi Dios, amando aquella verdadera vida, donde se sentará tu Pueblo en hermosura de paz. El deseo de esa vida me arrebata el corazón, el amor de ella me lleva tras sí y los trabajos de ésta levantan mi alma, para amar a ti, mi Dios y Señor, como a verdadera vida de mi alma y todo mi descanso y único bien y refugio mío.





MEDITACIÓN XCIII

Cómo lo mucho que Dios nos sufre, nos obliga a amarle.



Mucho me obliga, Dios mío y mi Señor, para amarte, ver el gran sufrimiento que has tenido y tienes en disimular con mi vida y esperarme. Siempre que pecaba en cuanto en mí es, tornaba a crucificar otra vez, como dice tu santo Apóstol, a tu Hijo Unigénito nuestro Señor Jesucristo, porque a no haber sido muerto, él muriera por salvarme, y con todo esto, estando yo ofendiéndote mandabas al sol y a la luna que me alumbrasen, a la tierra que me sustentase, a los ángeles que me guarden, a los árboles y plantas que me den sus frutos y a todas las criaturas que me sirvan. Cuando los hijos de Israel te ofendían con sus murmuraciones y se quejaban como ingratos, porque sacándolos de Egipto no los mantenías en el desierto, entonces mandaste a Moisés que lanzase un madero en las aguas saladas, las cuales fueron luego dulces, y enviaste pan del cielo a los incrédulos y rebeldes.

¡Oh, Señor, y cuánto sufres a los ingratos y obstinados pecadores, y cuán digno eres de ser amado, pues pagas y

vengas tus injurias, haciendo tantas mercedes y regalos a los que te ofenden! De tu misericordia está llena la tierra y tu misericordia tiene poblado el cielo, y hasta en el infierno resplandece tu bondad y clemencia, pues castigas aún menos de lo que merecen las culpas de los dañados. ¿Quién es aquel tan protervo y duro de corazón que no ama tanta mansedumbre y bondad? ¿Qué entrañas no se enternecerán delante de tan grande benignidad y clemencia? Esperas a los que te ofenden, sufres con paciencia las injurias y recibes con suma benignidad a los que vienen a ti, perdonando los pecados y aún buscándolos primero y rogándolos con el perdón.

¡Oh, misericordiosísimo y clementísimo Señor! ¿Cómo no te amaré yo siendo tú tan sufrido y paciente conmigo? Suplicándote Moisés que le mostrases tu cara, le repondiste: «Yo te mostraré todo el bien.» Y declarando cuál era todo el bien, dijiste: «Tendré misericordia de quien yo quisiere y seré clemente con quien me pluguiere.» Mira, pues, ánima mía, cuáles son las riquezas, bienes y tesoros de tu Dios, que es ser misericordioso y clemente, y de tal suerte, que haber misericordia de nosotros es todo su bien para con nosotros. No dice ser justiciero, sabio ni poderoso, sino ser misericordioso y benigno. No sacas, Señor, a plaza lo que hace al caso a ti, sino lo que conviene a nosotros, y por eso mandaste a Moisés que hiciese un propiciatorio. No leemos en la Escritura que hayas señalado casa de justicia a donde sean los malos castigados, sino casa a donde se perdonen los pecados, como fué aquel propiciatorio en la ley vieja, y ahora en la ley de gracia las muchas iglesias que hay por toda la cristiandad, donde los pecadores son reconciliados contigo.

También mandaste a tu pueblo de Israel que señalase ciertas ciudades del refugio, en las cuales los homicidas y pecadores pudiesen acogerse y ser libres de la justicia. Y en aquella maravillosa visión, cuando te mostraste a Moisés en el monte y pasaste cerca de él, conociendo el santo tus mu-

chas perfecciones y virtudes de sola tu misericordia, te alabó diciendo: «Señor, Dios nuestro, misericordioso y clemente, paciente y de mucha misericordia y verdadero, que guardas tu misericordia en millares y quitas las maldades y delitos y pecados». En todo esto nos muestras, Señor, lo mucho que nos amas y cuánto más amigo eres de perdonar que de castigarnos. Y cuando nos castigas, acuérdaste de tu misericordia. A las diez tribus de Israel que castigaste permitiendo que fuesen cautivas, consolaste dándoles muchos profetas, y cuando tu pueblo de Israel, murmurando contra ti y despreciando la tierra de promisión se quiso volver a Egipto, amenazástelos en pena de su grande pecado, diciendo que no entraría en tierra de promisión, y después de esto, echando mano a las armas para pelear contra sus enemigos, le dijiste: «No subais a pelear contra ellos, porque yo no estoy con vosotros y no caigais delante de vuestros enemigos.» Cosa es esta, Señor, maravillosa. Si no estabas con ellos, ¿cómo les dices que no vayan a la guerra, porque morirán en ella? Y si estabas con ellos, ¿cómo les dices que no estabas con ellos? Estabas y no estabas con ellos. No estabas con ellos para que venciesen, y estabas con ellos para que no fuesen vencidos y muertos.

¡Oh, misericordia inefable y bondad infinita! Castigas las culpas y amparas a los pecadores; muéstraste enojado contra ellos, y por otra parte les estás defendiendo de sus enemigos. Así, clementísimo Señor, castigas nuestros vicios y pecados y conservas nuestra vida, y de tal manera te enojas contra nosotros, que nos amparas y defiendes de nuestros enemigos. Como la madre que azota al hijo, y si lo ve en peligro de muerte ella se pondrá en aquel peligro, por salvar la vida del hijo que mucho ama. Por una parte, Señor, me castigas como piadosísima madre, y es tanta tu bondad y misericordia, que viéndonos en peligro de muerte no sólo te pusiste por librarnos de la muerte, a peligro de muerte, mas aún, recibiste la muerte por librarnos de la muerte y perdiste la vida por darnos vida.

De ésta, tu muy grande e infinita misericordia, dijo en otro tiempo Isaías: «El Señor es el que mide las aguas con el puño, y los cielos pesa con el palmo». Habla el profeta de tu justicia y misericordia por metáforas, de las cuales suele usar muchas veces la Escritura y así entiende por las aguas, las tristezas, adversidades y tribulaciones, según aquello que dice David, hablando contigo en el Salmo: «Sálvame, Señor, porque entraron las aguas hasta mi alma.» No hablaba el santo rey de estas aguas materiales, pues no pueden entrar estas aguas, siendo corporales, en el alma que es espíritu, pero quiso decir que lo librase de los trabajos y tribulación en que estaba, los cuales males habían llegado hasta su corazón. Eres, pues, Señor, tal y tan bueno, dice Isaías, que nos das los trabajos y castigos a mano cerrada, por ser muy limitados y pocos, y el cielo a mano abierta, como la abre el que mide a palmos, porque eres corto en castigar y liberalísimo y magnificentísimo en premiarnos con bienes celestiales usando con nosotros pecadores de grandes misericordias.

Mira, pues, ahora, ánima mía, abre tus ojos y considera cuánto debes amar a quien tanto te ama y cuán ingrata eres en ofender a quien tanto bien te hace, y que ofendiendo a tan buen Señor, das ocasión en cuanto es de tu parte para que reciba mayor dolor y pena de la que tienen cuantos están en el infierno. Porque como tu Dios y Señor es infinito en su poder y bondad, así es digno de ser infinitamente amado, lo cual ninguna criatura puede hacer, por ser sus fuerzas finitas y limitadas; pero como la virtud de Dios es infinita, así Dios ama a su bondad infinitamente. Y porque sería tan grande el dolor que recibiría el injuriado cuanto es grande el amor con que se ama, síguese que Dios recibirá infinito dolor, si recibirlo pudiese, cuando es su bondad ofendida, y así el dolor, infinito y muy mayor al que tienen los del infierno. Abre, pues, alma, los ojos de tu entendimiento, y mira cuántos momentos y horas, días, meses y años ha que el Señor, por sola su grande bondad y miseri-

cordia, te ha esperado para que te vuelvas a él. Contempla a muchos hombres que al tiempo de la muerte daban cuanto tienen y todo cuanto pudieron tener, porque Dios le alargase siquiera un día de vida para poder hacer penitencia de sus pecados, y no les fué concedido.

¡Oh, qué desconocida vives de todos los bienes que recibes de tu Señor, y particularmente en el tiempo, en el cual tanto bien podrías hacer! ¡Oh, eterna y admirable bondad de mi Dios! Bien parece que no tienes término ni medida ni fin, en sufrir tan innumerables maneras de pecar en los hombres, esperando, los brazos abiertos, para haber misericordia de ellos, si ellos de sí mismos la quisieren tener, no cerrando los ojos ni oídos para ver los beneficios y mercedes que de ti recibieron y oir los aldabonazos que das a las puertas de sus conciencias.

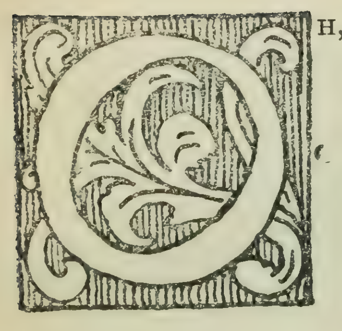
¡Oh, almas ciegas y sordas, cómo os basta sufrimiento para poder tener esos sentidos interiores tan cerrados que no oigáis ni veáis lo que tanto cumple a vuestro remedio y salvación. Trabaja, pues, alma mía en tanto que puedes, por abrir los ojos y no esperar a que te recuerde la muerte, pudiendo despertarte su memoria, amando luego a tu Dios y Señor y no dejando este noble ejercicio para el tiempo, cuando por ventura, por graves pecados pasados, querrás ver tus culpas y no verás el camino por donde de ellas te escapas.





MEDITACIÓN XCIV

Que Dios ha de ser amado por ser fiel amigo nuestro.



OH, Señor, y cuán cercado estoy de causas para poner solamente en ti mi amor, y con todo esto apenas pueden ser llevados mi duro corazón y rebelde voluntad al amor de tu bondad infinita. Si no te amo por lo que tú eres en ti, ¿por qué no te amaré siquiera por lo que eres a mí? Quiero a mis amigos y vánseme los ojos y tras ellos el corazón porque me hacen bien y conozco que me quieren bien y olvídome de ti y no te amo, siendo tan grande amador, tan fidelísimo y leal amigo y tan benéfico para mí.

Nunca, Señor mío, permitas que yo me olvide de aquel agradecimiento y extraña fidelidad que tuviste con tu siervo David, pues muchos años después de su muerte, amenazando a Salomón por los pecados que cometió, templaste tu ira diciendo que no le quitarías en sus días la mitad del reino por amor de David, tu siervo. Esta ley y amistad guardas con tus amigos, no sólo cuando son vivos pero aun también después de muertos, cuando ya los tiene el mundo ol-

vidados, pues perdonaste a Salomón la pena que por sus culpas merecía para que no la viese en sus días teniendo respeto a los méritos de su padre ya difunto.

Los hombres dicen que a muertos y a idos no hay amigos, y pocos se hallaron como Booz, de quien dice la Escritura que la amistad que tuvo con los vivos les guardó después de la muerte. Pero tú, Señor y Dios nuestro, eres tan fiel y verdadero amigo de los tuyos que excedes sobre manera a todo lo que los hombres pueden imaginar en género de amistad y amor teniendo perpetua ley y amistad fidelísima con los vivos y muertos. Tanto cuidado tienes de las cosas de los amigos en ausencia de ellos, que cuando Agar, criada de Abraham, andaba descaminada en el desierto de Bersabé con su hijo Ismael, estando en peligro de muerte, socorrístelos, Señor, en su tribulación por los méritos de tu grande amigo el patriarca Abraham, por lo cual dice la Escritura Divina que oyó Dios la voz del niño. No dice que oyó la voz y lágrimas de la madre, sino la voz de su hijo Ismael, porque aquel grande favor y excelente milagro del agua, no lo hiciste, Señor, por los merecimientos y lágrimas de la madre, sino por los méritos de Abraham, como ya está dicho, cuyo hijo era aquel niño. «Solícito es Dios en curar de las cosas de sus amigos», y así dice la Escritura Sagrada que hizo Dios gran príncipe a Ismael por ser hijo de Abraham. No menos cuidado tienes, Señor, de volver por la honra de tus amigos en ausencia de ellos. Murmuraron Aaron y María de su hermano Moisés, a los cuales reprendiste y castigaste muy duramente, ensalzando con desacostumbrados y grandes loores a Moisés, tu fiel amigo. En el mundo hay muchos que se dan por nuestros amigos, que suelen en ausencia de nosotros, no sólo no volver por nuestra honra, pero aun ayudar a los que nos la quitan.

¡Oh, cuán fiel amigo eres tú, Señor, pues así vuelves por la honra de tus amigos. Muy honrados son, Señor, tus amigos y muy bien establecido está tu principado. Con todo esto amamos la falsa amistad del mundo, dejando a ti, fide-

lísimo y grande amigo nuestro. Maravillábase el pueblo y aun escandalizábase de tu santo precursor y glorioso Bautista, y teníale por ignorante y por mudable, pues habiendo dado a las gentes claro testimonio de ti, envió estando preso a preguntarte quién eras. Pero San Juan, que puso su honra en peligro por tu servicio y bien espiritual de sus discípulos, no la perdió, antes ganó más honra, porque tomaste tú la mano en volver por ella, alabando su constancia y sabiduría, diciendo de él que no era mudable como caña, ni ignorante el que era profeta y más que profeta, y así mereció tenerte por predicador de sus virtudes. Así volviste por la honra de la Magdalena en casa de Simón Fariseo y después en Betania, cuando Judas murmuraba de ella por el ungüento que derramó, y volviste por la honra de José en Egipto y por la de Susana y por la de tu Santísima Madre, cuando José, su esposo, quiso dejarla. Aparecióle el ángel y quitóle las imaginaciones y pensamiento que tenía.

¿Quién se fió de ti que tú le faltases? ¿Quién fué amigo tuyo y se vió en la necesidad desamparado? Halláronte presente los mozos en el horno de Babilonia, Daniel entre los leones y Jonás en el vientre de la ballena. Todos quieren al amigo fiel; todos desean que no los dejen en sus trabajos, y siendo tú tal como lo buscan ellos y no hallando en los hombres lo que pretenden, ¡oh, cuán pocos son, Señor, los que te aman! Pues aunque no fueras quien eres, bondad infinita y único bien nuestro, sólo por ser tan verdadero amigo era justo que te amásemos sobre todas las cosas. No hay cosa que se compare con el fiel amigo, y en la necesidad se conoce. De más altos quilates es la amistad que el oro ni la plata y más preciosa que las piedras preciosas, y así, Dios y Señor mío, habiéndote yo hallado tan buen amigo en todos mis trabajos, ¿por qué no te amaré sobre todo lo amado y estimaré y apreciaré tu amistad, más que todo preciosa? Mucho amamos a nuestros amigos y estimámoslos en mucho cuando tenemos experiencia de que son ver-

daderos amigos nuestros y ellos son nuestro regalo y contento y con ellos comunicamos nuestros secretos.

¡Oh, Señor y Dios nuestro, cuánto te debe mi corazón amar y cuán dulce es a mí tu conversación y cuán deleitable tu amistad. ¿Qué más podías honrarnos y estimarnos que llamándonos amigos tuyos? «A vosotros dije yo mis amigos», dices, Señor, en tu Evangelio hablando con tus Apóstoles. Este nombre amistad, denota igualdad entre los amigos, porque cuando son dos muy diferentes y desiguales en poderío, riquezas, dignidad y estado, no se llaman amigos aunque se amen, y es impropio lenguaje decir que el rey y el pastor son amigos. ¿Pues qué bondad es ésta, Señor, que siendo tú Dios infinito, eterno, todo poderoso y Señor del cielo y de la tierra, y siendo yo un vil gusanillo y criatura miserable y de todas partes sujeta a tantas necesidades, me llamas amigo y querías tener conmigo amistad? ¿Qué cosa es el hombre que tanto lo engrandeces que pones cerca de él tu corazón?

Viendo la desproporción grande que había entre ti y el hombre y que no podía haber amistad entre dos cosas tan desiguales, deseando nuestra amistad, quisiste abajarte tú humillándote hasta ser hombre y subir a nuestra naturaleza humana viéndola con tu divina persona en un supuesto y haciéndola tan igual contigo, que todo lo que se dice de ti, en cuanto Dios, se dice de ti hecho hombre por la comunicación de los vocablos y títulos. Si el rey se enamora de una esclavilla vil y desechada y se casa con ella por el amor que le tiene, ya goza ésta, que era mujer vil, de título y honra y dignidad de reina y señora y es servida y adorada como reina y llamada majestad y tratada según la dignidad en que el rey la puso.

¡Oh, amador nuestro y rey de gloria que tan terribles y desaforados fueron los amores que tuviste a nuestra naturaleza humana, esclava y cautiva del pecado, que determinaste de casarte con ella en el tálamo virginal de tu Sacratísima Madre y así la ensalzaste que es adorada nuestra hu-

manidad en ti con adoración e idolatría, debido a sola tu ausencia y Divina Majestad, pues supositada en el verbo divino, es un supuesto y una persona con él, siendo Dios y hombre y hombre y Dios. ¿Parécete, pues, ahora, ánima mía, que podrá Dios llamarnos amigos habiendo igualado consigo a nuestra naturaleza humana? ¿No te parece que nos podrá llamar amigos y que nos da su divina clemencia y bondad infinita, licencia para que le llamemos amigo? Verdaderamente, nuestro amigo y verdadero amigo es Dios, y él dió traza maravillosa como pudiese ser llamado amigo y llamarnos a nosotros amigos suyos, porque el nombre de amigo, que trae consigo amor y fidelidad, te regalase el corazón y enterneciese las entrañas para que ames perpetuamente al que tanto hizo por ser amado de ti, sin tener necesidad de tu amor.





MEDITACIÓN XCV

Cómo Dios ha de ser amaao por ser guarida y casa nuestra.



IENDO el ciervo perseguido de los perros, viendo que no se puede escapar, conociendo por instinto natural ser el hombre animal manso, llevado de su propia naturaleza se va a él por salvarse. ¿Pues cómo, Señor, sabiendo yo que tú eres mi Señor clementísimo y benigno, viéndome perseguido de los enemigos de mi alma y que muchos perros me han cercado y el consejo de los malignos me combate entre tantas tribulaciones y trabajos de mi vida, a quién iré sino a ti, clementísimo Padre, único refugio mío y verdadero amparo? ¿Pues cómo te buscaré sino amando, y cómo tengo de ir sino con amor, pues el amor me lleva adonde quiera que voy? Como el sol es depósito de la luz, así tú, Redentor mío y buen Jesús, eres el depósito de nuestras consolaciones y remedios. ¿Pues por qué, Dios mío, no te amaré yo e iré a ti amándote, viviendo entre tantos peligros y siendo tú mi refugio y consuelo? Servirte es amarte, porque el que no te ama no te

sirve, y el que te ama te sirve, y el que poco te ama poco te sirve, y el que mucho te ama mucho te sirve, y el que perfectamente te ama te sirve perfectamente.

De esta manera, Señor, como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma ir a ti. Gozando mi alma de la libertad que de tu don posee, tiene muchos enemigos que, codiciosos de la presa, la persiguen Unas veces al descubierto con calumnias y maltratamiento de los mundanos, a quienes ofende la diferencia de la vida; otras veces se conden con arco y flechas, es una enramada para tirarme de secreto al corazón, teniéndome armada traición con alguna conversación o negocio que yo tengo por seguro; otras veces arma lazos encubiertos con color de la misma yerba, encubriendo algunas veces el pecado con color de algún espiritual ejercicio y prende con adulterina color a quien no anda muy avisado. Suele el ángel de Satanás transfigurarse en ángel de luz, y por eso pedía David que lo librases del demonio de medio día, porque siendo tiniebla, quiere hacer creer que es luz y cosa buena lo que persuade.

No faltan perros que sigan la caza, que son muchas veces los falsos hermanos y sentidos exteriores y la inclinación del apetito a los bienes de fuera. Y aunque no fuese más el daño que su importuno ladrar, es gran trabajo, cuanto más que siempre sale con algo, y así, del dolor de lo presente como del temor de más grande daño, resulta esta agonía y este no poderme hartar de resollar, ni tengo otro respiradero sino poner los ojos en ti y mirarte como a casa y guarida de mis males y peligros. Oigo el ruido y murmullo de las misericordias tuyas, que salen de ti como fuentes, y por eso te deseo como el ciervo a las fuentes de las aguas. Eres fuentes, no porque haya en ti diversos princípios, pues eres uno e indivisible, mas porque todas las diferencias de bienes tienen su origen de ti. Del paraíso terrenal salía un copioso río qne después se repartía en cuatro ríos caudalosos y de cada uno de ellos se derivan

muchos. Así tú, Señor, eres un mar de todos los bienes, y siendo tú uno, te repartes y comunicas de diferentes maneras, no siendo tú partido ni menos en una parte que en otra, según la medida de tu voluntad y sabiduría, dando a cada uno según su disposición. Esta es aquella agua viva que prometías a aquella mujer samaritana. Pues quien tanto mal tiene de cerca y quien tanto bien tiene de lejos, estando en este valle de lágrimas desterrado de tu gloria, no es mucho que te desee mi alma, pues eres tú su amparo y todo su remedio. Tú eres mi refugio y vida y podrás si quieres remediarme porque eres Dios vivo cuya providencia se extiende a todas las cosas sin que falte alguna.

Siendo nuestra vida y todo nuestro socorro, seguramente se te puede pedir remedio. Estoy ahora debajo de las alas de tu amparo, pero tiempo vendrá, Señor, que estaré en el mismo refugio y socorro de mi alma, teniendo todo mi bien delante de mis ojos, cuando como en morada propia serás hallado y cesará aquel congojoso buscar de los que van diciendo: «¡Oh, amado de mi alma!, ¿dónde te apacientas y a dónde tienes la siesta del medio día?» Allí, Señor, nadie me preguntará dónde está tu Dios ni yo andaré buscando lo que siempre tendré presente. Entraré en tu morada, que tiene tantos aposentos cuantos serán los que se salvaren, porque en la casa de tu padre hay muchas moradas; y aunque unos sean mejores que otros, porque una es la claridad de la luna y otra la del sol y otra la de las estrellas, y como una estrella difiere de otra en claridad, así será la resurrección de los muertos; pero con todo esto, todos serán tales que con razón antes escogeré allí el menor lugar que vivir en las moradas de los pecadores. El desecho de tu casa, Señor, es de más precio que lo más alto de la tierra, si desecho puede llamarse algo donde todo lo que hay es escogido.

No hace mucho el que dice, Señor, que ama la hermosura de tu casa y el lugar donde mora tu gloria, porque aunque en toda parte, si quieres, podrías ser gozado, quieres te-

ner particular aposento para eso, porque convenía para el oficio que tal edificio respondiese. Los príncipes de la tierra siempre escogen en sus grandes palacios alguna pieza para su retrete, la cual con más primor está labrada que todas las demás, y así, aunque todo el palacio de este mundo y de este cielo sea tan hermoso que sólo al mirarle pareció a algunos ser bastante bienaventuranza, creemos que en este cielo empíreo tienes labrado un retrete adonde están las mejores piezas de tu casa. Por amor de esto me da pena esta pobre choza en que vive mi alma, sabiendo con el Apóstol que si esta morada corruptible se cayere, tenemos un soberano edificio labrado en el cielo, no por amor de hombre, sino por el tuyo, que puede cuanto quiere. No será menos que locura querer explicar la grandeza de tu casa, la orden de los que te sirven, los aderezos y concierto de ella, la gloria de los moradores y magnificencia del dueño, pues siendo en todo cuanto haces tan grande y tan admirable que dejas muy atrás a todo entendimiento, en sólo esto dice un profeta que eres magnífico. Si aquella reina de Saba quedó tan maravillada que salió como fuera de sí y estuvo muda y espantada cuando vió la sabiduría de Salomón, sus riquezas y orden de su casa y concierto en su servicio, ¿qué será ver esa gloria y palacio tuyo y la orden y concierto maravilloso que hay en él?

Aunque todo lo que haces en la tierra es cosa grande, pero si se compara con la glorificación de los justos veremos que allí solamente te muestras magnífico, pues aunque lo seas en las otras mercedes que les haces, en ésta más en particular te señalas magnífico y generoso en las mercedes que les haces. ¿Qué mayor magnificencia que abrir todos tus tesoros y dar libremente todo lo que quiere tomar a cualquiera que allí entrare y dejar al apetito tan contento que no puede más desear? ¡Oh, qué debe sentir el alma que saliendo de este valle de lágrimas entra en tu palacio real para vivir en perpetua sabiduría y gloria! No dirá haber sido engañada en las nuevas que acá tuvo, pues en

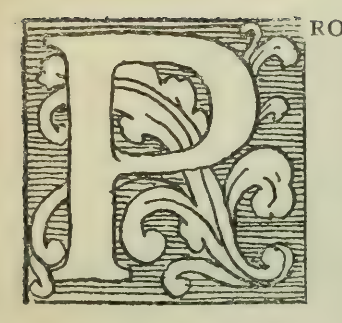
compañía de todos dirá: «Como lo oímos, así lo vimos en la ciudad del Señor de las virtudes, en la ciudad de nuestro Dios». Justo, pues, es, Señor, que arda mi corazón en llamas de tu divino amor, pues eres mi refugio y casa perpetua de mi alma y vida.





MEDITACIÓN XCVI

Que Dios ha de ser amado por ser refugio nuestro.


ROPONÍA, Dios nuestro y Señor nuestro, el santo rey David de amarte de todo su corazón, y con todo cuidado y fervor, y despertándole a ello muy particulares dones y especiales mercedes que de tu mano había recibido, decía en el Salmo: «Ámeos yo, Señor, fortaleza mía.» El Señor es firme piedra sobre quien estoy fundado, es mi refugio y mi librador y en él esperaré, es mi defensor y amparador y la fuerza de mi salud y el que me recibe. De todo corazón y con grande deliberación del ánimo y ferviente voluntad debes ser amado, pues tanto bien haces a quien tan gran necesidad padece como el hombre. Mucho debe ser amado quien es nuestro bien, nuestro firmamento, nuestro refugio, nuestro librador, nuestro ayudador, nuestro defensor y la fortaleza de nuestra virtud. ¡Con cuánto fervor y calor debe ser encendida nuestra voluntad en tu divino amor! Desmenuza, pues, ahora, ánima mía, cada cosa de estas y hallarás lo que digo.

Es el hombre miserable a cada paso y flaco en todas sus

cosas, si quieres mirar su enfermedad y flaqueza, que aún no trato de la espiritual, sino de sola la corporal. Con cualquiera tentación caería el alma y con pequeña ocasión sería también desmayado el cuerpo, si tú, Señor, fortaleza nuestra y refugio nuestro, no nos sustentases corporal y espiritualmente. «Si Dios no me ayudara—dice tu siervo David—, ya casi morara mi alma en el infierno.» Bien conocía el Santo Apóstol que eras tú su fortaleza, y por ello dijo que todas las cosas podía en ti, que lo confortabas. Mucho, pues, Señor mío, me debe despertar a tu divino amor el conocimiento de la propia enfermedad y la fortaleza que hallo en ti, Señor. Porque ciertamente, Señor, arena movediza es toda la virtud e industria humana, y cada hora se caería el edificio fundado sobre ella; pero tú, Señor, eres piedra firme sobre que está fundada nuestra morada espiritual.

¿Y quién nos recibiría y ampararía en nuestras adversidades, si Dios no abriese las puertas de su misericordia y nos recogiese dentro? El es nuestro refugio. Torre de refugio han menester los flacos y perseguidos de sus enemigos y que ya desmayan y no pueden resistir. «Llamando al Señor, óyeme el Señor de mi justicia; en mi tribulación me ensanchaste». De los enemigos que nos persiguen y combaten cada día, dice el Apóstol que son tan poderosos, que no tenemos solamente lucha contra la carne y la sangre, mas aún contra los poderíos infernales y contra los príncipes de estas tinieblas, y Job dijo que no hay poder sobre la tierra que se compare con el poder del demonio.

¿Cuánto, pues, debo desear entre tantos enemigos, que de día y de noche no cesan de buscar por donde destruirme, una torre y casa de refugio, para encerrarme dentro y librarme de sus persecuciones y heridas? Esta merced nos haces tú, Señor, dándote a ti mismo en torre de refugio y amparo, en la cual somos libres de los daños de nuestros enemigos, por amor de lo cual, a ti, Señor, debo yo acudir en la tribulación y tentación, donde hallaré las puertas de

tu misericordia abiertas, y entrando dentro seré recibido y vencidos mis enemigos, alcanzando de ellos esclarecida victoria. En esto veré yo cuánto te debo amar, pues tantas veces estando a punto de perderme y ya cuasi vencido de la tentación, me socorriste con tu favor y misericordia, librándome de la muerte.

¡Oh, Señor, y cuánto amor te debo y cuánto me convida a amarte ser librador mío y amparador mío y casa de refugio en mi tribulación y tentación, que así me llevaba tras sí, que ya iba vencido si tu bondad no me socorriera! Ama, pues, ánima mía, a tan buen Dios, que nos tiene abiertas las puertas de su fortaleza, para que entre nuestra flaqueza a ser amparada y defendida. Sube de punto la causa del mayor amor que a Dios debes, porque una cosa es ser Dios nuestro refugio y otra ser nuestro librador. Refugio de nuestra huída es Dios, y así no hay haber caído en las manos del enemigo; mas ser librador nuestro es sacarnos del poder del enemigo, después que nos tiene presos y cautivos. Así te considero, Señor, unas veces que me amparas y recoges debajo de tus alas, y por ello diré con el profeta: «Ampárame debajo de la sombra de tus alas.» Amparásteme con tu misericordia y previniéndome con tu gracia antes que cayese, como lo hiciste con tu pueblo escogido de Israel, cuando yendo ya en el alcance contra él Faraón rey de Egipto, con mano armada libraste a tu pueblo antes que llegase a él el tirano ni lo hiriese, acortándole los pasos y ahogándole en el mar Bermejo con toda su armada.

¡Oh, cuántas veces, Señor, has hecho esto conmigo, yendo el enemigo en mi seguida y queriendo cautivar a mi alma! Dios mío, tu misericordia me previno. Anticipóse tu bondad y el amor te hizo diligente para que ganándome por la mano, aun antes que te llamase, fuese de ti socorrido. Alabarte ha para siempre jamás mi corazón y mi boca no estará ociosa, cantando con tu pueblo esta gracia y merced, proveniente, diciendo: «Cantemos al Señor, porque glorio-

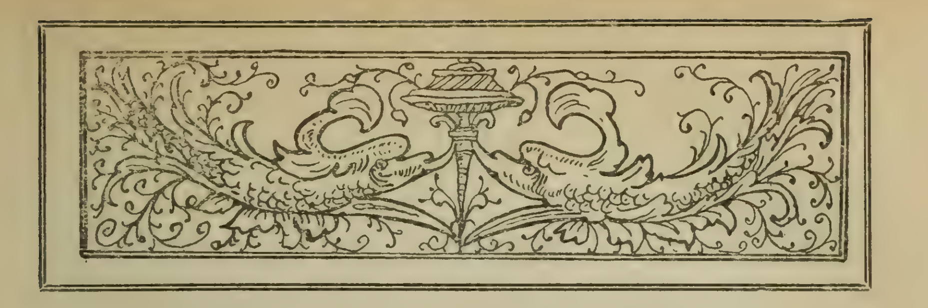
samente se ha engrandecido, pues al caballo y al caballero anegó en el mar.» Otras veces, Señor, después de caído y preso de mis enemigos, me libraste y sacastes de las tinieblas infernales a la luz y claridad de la gracia y amistad tuya. Enviaste tu favor desde el cielo y me recibiste, y me sacaste de las muchas aguas. Librásteme de mis enemigos fortísimos y de aquellos que me aborrecieron. Voluntariamente te sacrificaré, y confesaré tu nombre, porque es bueno, porque me libraste de toda tribulación. «Quebrantaste mis ataduras, y te sacrificaré sacrificio de alabanza». Amarte he, pues, Dios mío, con el santo rey David, pues eres mi refugio y mi ayudador.

Grande regalo de amor, hallo yo en esta palabra y de veras se despierta la voluntad para darse toda entera a su Dios. Eres tú, Señor, nuestro ayudador, y somos nosotros flacos y no diestros en el ejercicio de esta guerra espiritual, y por eso eres tú nuestro ayudador, para que con tu favor y auxilio podamos vencer, pues sin ti (como tú mismo dices), ninguna cosa podemos hacer. Dispones de tal manera y ordenas de tal suerte el favor que nos das, que quieres para nosotros el provecho e interés de la victoria, y coronas en nosotros tus dones, como si de sola nuestra virtud y fortaleza naciesen las obras que son dignas de alabanza y premio. ¿Quién hizo al santo Job tal y tan excelente? Ciertamente tu bondad y el buen uso de la libre voluntad del santo, y con ser lo principal tu gracia y haber venido de tu mano, no haces, Señor mío, alabarlo y pregonar sus virtudes delante de tus santos ángeles y en la presencia de su enemigo Satanás. Nacen estas cosas de su fuente, que es del grande amor que nos tienes, y como el amor procura de hacer muy propios los bienes que da al amado, alábaslos tú, Dios nuestro, y corónaslos, como si el hombre, de su natural condición y con sólo el albedrío, sin tu gracia y ayuda, los hubiere ganado. Ahora veo adónde tengo de acudir para ser amparado en mis necesidades, y con tanta honra, que por las obras victoriosas que con tal ayudador tuviere, seré magníficado

y coronado. Es tan grande este favor y fortaleza que das, Señor, a los tuyos, que para más encenderse David en tu amor, lo considera como los cuernos del toro, que lo que en ellos arrebata, si lo ha herido, lo arroja por el aire con gran victoria. Ameos yo, Señor, que sois el cuerno, que quiere decir la fortaleza de mi salud, porque sin vos yo no la tuviera para defenderme de mis enemigos, cuanto menos para vencerlos y destruirlos.

A esta misma manera de hablar pertenece lo que dijo en otra parte: «En vos y en vuestra virtud ventilaremos nuestros enemigos, y como toro con sus cuernos, venceremos a nuestros contrarios.» Quiere decir el Profeta: Por todas estas mercedes y por todos estos dones, que conozco, me vienen de vuestra liberalísima misericordia y soberana caridad, propongo, Señor, de amaros con todas mis fuerzas y toda mi voluntad y virtud. Todo esto me levanta el entendimiento para que conozca en qué bondad tengo de emplear mi amor, y me enseña que, pues tú, mi Dios, eres infinito bien, en quien hallo todo lo que he menester para mi salud eterna, que a ti sólo dé yo mi voluntad, y en ti sólo emplee todo mi amor enteramente.





MEDITACION XCVII

Cómo Dios ha de ser amado, por ser librador nuestro.



NTRE otros muchos títulos y nombres que el santo rey David canta de ti, Dios y Señor nuestro, uno es el llamarte nuestro librador, pues por tu infinita bondad y misericordia inefable, nos quisiste librar de todos nuestros males, y tan a costa de tu honra y vida, que no dudaste de perderla por librarnos de nuestras culpas y de las penas que por ellas merecíamos. Mira, pues, ahora, Señor, si te debo yo amar, siendo tú misericordia mía y refugio mío, recibidor mío y librador mío.

Cuando el elefante cae en la hoya, de la cual no puede salir, ama al cazador que lo libra y saca de ella, y lo sigue y obedece. Si esto hace una bestia, siendo criatura que carece de uso de razón, ¿qué debo yo hacer, criado a tu imagen y semejanza, y dotado de razón y entendimiento? Siendo tú, mi Dios y Señor, el que me sacaste de la hoya del pecado y me libraste de las redes del demonio, ¿por qué no amaré y seguiré a tan noble bienhechor? «Quebróse el lazo y nosotros fuimos libres; nuestra ayuda es en el nom-

bre del Señor, que hizo el cielo y la tierra». Si eres librador nuestro, procede del grande amor que nos tienes, según aquello que dices por boca del profeta Jeremías: «En caridad perpetua te amé, y por eso te atraje, habiendo de ti misericordia.» El amor que nos tienes es perpetuo y esta es la raíz de nuestra salvación, y por este amor nos sacaste del pecado y nos abriste la puerta del paraíso y nos abrazaste, siendo pobres y flacos.

A ti se llegan como a otro David todos los adeudados y de amargo corazón, y en ti hallan acogida y segura defensa, porque tú haces hijos de Dios a los que eran esclavos del demonio, y libertas a los que condena la ley. A ti, Señor, hemos nosotros de mirar, y en ti sólo poner nuestros ojos, como en fiel amigo nuestro y librador de nuestros males, porque las aguas de nuestros pecados no nos turben ni desvanezcan y derriben en desesperación, como los que pasan el río, que miran al cielo o a la ribera. «Mi alma se turba en mí mismo, y por tanto, me acordaré de ti». En ti sólo tiene vida y descanso, y en ti sólo halla seguridad y reposa, y todo lo que no eres tú mi Dios, es enfermedad para mí. Tú eres la verdadera salud, que como buen pastor suelda lo quebrantado y sana lo enfermo y guarda lo sano y recio. Das fuerzas contra mis enemigos, sanas las llagas mortales de mis culpas, y si algún bien hay, tú lo conservas. Tú eres, Señor, el que dices por un profeta: «Yo buscaré mis ovejas y las repastaré Buscaré lo perdido y reduciré lo desechado y ataré lo quebrantado y esforzaré lo enfermo, y lo grueso y debilitado guardaré, y apacentarlas he en juicio.»

Tú, Señor, eres salud de nuestras enfermedades, ciudad de mi destierro, casa de refugio en mi tribulación y descanso de todos mis trabajos. En ti y por ti vivo, y por tu virtud he sido mil veces librado, resucitado y levantado de las puertas de la muerte. En altas voces que resuenen hasta el cielo, confesaré que tú eres la salud de mi rostro. Dulzuras tiene el divino amor para entretenerte y enternecerte, alma mía, y yo llamo a tu Dios salud de mi cara. El rostro

del hombre es la superior parte del alma, la cual enferma cuando se humilla a la criatura y sana cuando se levanta al criador, y del resplandor del divino gesto queda glorificada, por lo cual se puede ver cuán bien ordenada iba aquella bendición antigua que el sacerdote legal daba, el cual decía: «Bendígate el Señor y te guarde; muéstrete su cara y haya de ti misericordia. Vuelva su rostro a ti y te de paz.» Con esto vive nuestra alma, cuando el Señor vuelve su rostro al nuestro, no porque en el suyo haya mudanza, sino porque la mejoría del nuestro consiste en el favor de su gracia, que se llama volver el rostro a nosotros.

No te congojes, alma, espera en el Señor, que él es tu librador. Hallarlo has desocupado y solo en todas las horas que lo quisieras, y no sólo para oírte, sino para hablarte si le entiendes, y para tu ayuda si lo llamas, y para tu refugio cuando acudieres a él, y para librador tuyo si quieres ayudarte.

El agua que nace de alto principio, cuanto más quisiere alguno detener su corriente, tanto con mayor fuerza se levanta, como vemos en los caños de las fuentes. Esta vena de agua viva que bulle en mi corazón, tiene su nacimiento de ti, Señor, que eres muy alto principio de todas las cosas, y si nuestros enemigos la quieren dctener, da mayores saltos hacia la vida eterna. Por lo cual, cuanto los interiores trabajos más crecen y los combates de fuera son más recios, tanto más el alma se esfuerza contra ellos, y no sólo se encoge de cobarde, más aun sale de si y da más larga rienda a sus deseos para que vaya a ti, librador y refugio suyo.

Y como los hijos de Israel, cuando más afligidos eran de los de Egipto entonces más se multiplicaban, y el arca de Noé, cuanto más crecían las aguas, tanto más se levantaba en alto, así para los que están infundidos de tu gracia no hay labor que más valga que la persecución y los trabajos. Entonces más se llegan a ti y te conocen por su librador y redentor y te llaman conociéndote por su único amparo y refugio. Siendo Jonás atribulado y lanzado en el mar, sa-

biendo el profeta que tienes tú, Señor, nombre de librador de los trabajos, exclamó y te llamó en su tribulación diciendo: «Llamé de mi tribulación al Señor y oyóme. Del vientre de la ballena lo llamé y oyó mi voz.» Lo mismo hacía David siendo perseguido de Saul, y cuando lo tuvo una vez cercado en una montaña, cercándolo el ejército de Saul, al derredor así como corona, tú, como librador nuestro, lo libraste. pues por orden y traza tuya, permitiéndolo tu divina providencia, entraron los filisteos en la tierra y fué menester que alzase Saul el cerco y fuese libre el que te llamaba, ejercitando tú el oficio de librador, pues lo eres de nuestros males y de todos nuestros trabajos.

Tú libraste a Enoc y a Elías de la común muerte del mundo. Tú libraste al justo Noé de las aguas del diluvio y a Abraham de los caldeos Tú libraste a Loth de sus trabajos y a Isaac de mano de su padre Abraham, cuando quiso sacrificarle. Tú libraste a Loth del fuego de Sodoma y a tu pueblo de Israel de mano de los egipcios. Tú libraste a Daniel del lago de los leones y a los tres mozos del horno de fuego y del poder del rey tirano. Tú libraste a Susana del falso testimonio, estando ya condenada a muerte, y a David de las manos de Golías, y de las persecuciones de Saul, rey de Israel, y libraste a San Pedro de la cárcel de Herodes y a San Pablo de la tormenta del mar, estando casi a punto de anegarse.

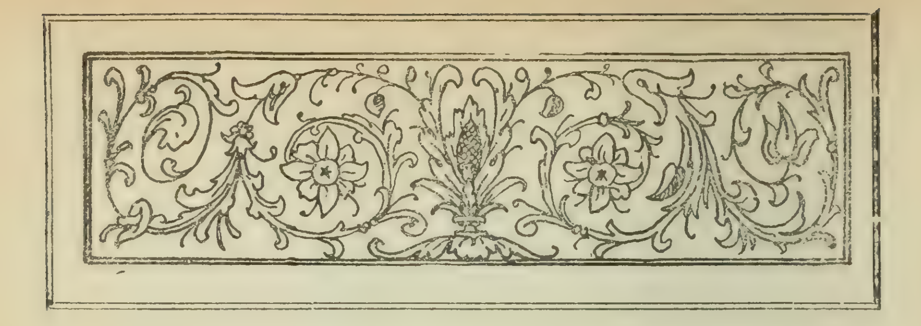
¡Oh, librador nuestro, poderoso y fuerte, ¿quien dirá los males de que nos libraste y el amor con que nos sacaste del abismo de miseria en que estábamos caídos? Envíasnos trabajos para que te busquemos y para que llamándote conozcamos que eres librador nuestro y veamos el amor inmenso que nos tienes y amemos a quien tanta razón hay para ser amado de nosotros. En su tribulación te llamaron los buenos y tú los libraste de los peligros en que estaban, y por eso los atribulaste para que te llamasen. Los árboles olorosos. cuando son del viento más combatidos, esparcen más su suavidad, y cuando el viento de la tribulación más

combate el alma, que tiene en sí plantas del cielo, tanto más suben los olores de sus deseos y el favor de sus oraciones. No pienso que por otra causa, en el libro de los Cantares, se dice de tu parte: «Levantaré cerco y venga el ábrego y sacuda mi huerto para que sus olores se derramen.»

En el principio, cuando la Iglesia se fundó, así era, y entonces el jardín dió verdaderos olores, floreciendo con rosas de martirio, azucenas de virginidad, lirios de pura conciencia y jazmines de delicadas meditaciones. Sopló en la Iglesia el viento de la persecución, que los príncipes tiranos hicieron en tu escogido vergel, y dió tu huerto flores de olores, ejemplos de santos que con su paciencia y sufrimiento en los trabajos y perseverancia en la virtud, olieron suavisímamente en tu santa Iglesia. Así también a cada justo en particular acontece ahora, que nunca tanto muestra su valor como cuando más apretada se ve la virtud. ¡Dichoso mal que puede ser principio de tanto bien! Ni tú, Señor, tampoco permitirías males en el mundo si no pensases sacar de ellos algunos bienes.

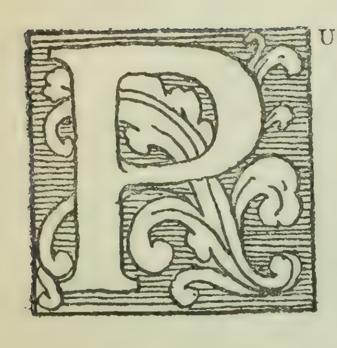
¿Cómo supiéramos la gran fe que tenían Abraham, patriarca fidelísimo y Centurión en el Nuevo Testamento y la Cananea si no fueran tentados y tribulados, cuya fe es tan alabada en la Escritura? ¿Cómo supiéramos nosotros que eres librador de nuestros males si no nos halláramos primero dentro de ellos? Conocemos, Señor, tu muy alto poder y grande amor que nos tienes, pues de tantos males nos libraste, por lo cual conviene que yo te ame perpetuamente, pues eres mi refugio, librador mío y todo mi bien junto.





MEDITACIÓN XCVIII

Cómo Dios ha de ser amado por ser hartura nuestra.



PUSISTE gusto en tomar el manjar porque era tan necesario para conservar nuestro ser y sustentar nuestra vida corporal, la cual, sin mantenimiento, no se conserva, ni el manjar se recibe en el estómago sin pasar por el gusto. Así, Dios mío y Señor mío, para que mi alma viva, pusiste una hambre en mi corazón y deseo que mi alma tiene de ti, que no quisiste que, fuera de ti, pudiese hallar hartura en otra cosa alguna. Testigo sea de esto aquel hijo pródigo, el cual, fuera de la casa de su padre, perece de hambre y no le es quitada hasta que vuelve al padre que desamparó, donde halla hartura y gozo. Mi alma, apartada de ti, anda hambreando por el mundo y deseando hartar su deseo de los viles deleites de la carne, verdadero manjar de puercos, le es negado este vil manjar, pues todo es hambre y miseria, según el deseo y apetito tan generoso y noble que en ella pusiste. Su estómago es su capacidad; el deseo, el apetito que de ti tiene, que eres un manjar al cual no harta ni puede satisfacer todo lo criado. Ahora eres

mi mantenimiento y sustentación en la tierra y después serás mi hartura en el cielo, cuando te viere sin velo y gozare de tu divina esencia, según aquello que hablando contigo dice el real Profeta: «Hartarme he cuando apareciere tu gloria.»

El olor del manjar sustenta entre tanto que llega la hora del banquete, y muy mejor es esta hambre que la hartura de los que se ceban en otra cosa fuera de ti, porque el sabor temporal se paga con bascas mortales de su estómago, según aquello que dice un Profeta: «Su pan, después que llegare al estómago, se volverá en hiel de áspides allá en las entrañas. Vomitará las riquezas que comió y Dios se las sacará de su vientre». No solamente es esto verdad, cuando por los breves deleites se hallaran en tormentos eternos, cuando de veras amargaran los ajos y puerros de Egipto y ruín comida, mas aun acá se siente, pues con angustia lanzarán del estómago lo que mal en él se recibió. Dan aquí los manjares del mundo dolor de cabeza y estómago, pues atormenta la mala conciencia al malo y después recibirá perpetuo tormento.

Pero el que se llega a ti, Señor, y come en tu mesa, asiéntase en ella con hambre que de ti tiene y es admitido a la dulzura del escondido maná, y llegando con esta hambre y deseo, no podrá ser sino grande el gozo del convidado cuando se hallare sentado a la mesa. Para este convite mandaste, soberano padre de familias, que se matase aquella gruesa ternera, que era la mejor de todo tu ganado. Para este banquete se ordenó la encarnación gloriosa y preciosa muerte de tu Unigénito Hijo: para éste se mataron los toros y aquellas aves de grande precio de que se hace mención en la parábola del Santo Evangelio. Verdaderamente, Señor, si la hambre que tiene mi alma de ti es grande, excesivamente será mayor la comida, de la cual está escrito: «Hará el Señor de los ejércitos un banquete a todos los pueblos en este monte convite de manjares gruesos y sustanciales, delicados y provechosos.» Todas son palabras

que explican bien la grandeza, así de parte del que hace la fiesta del Señor de los ejércitos, como de parte de los llamados, porque será universal para todos y el Señor limpiará las lágrimas de sus ojos, y por eso habló muy bien el que dijo que la bienaventuranza es un ayuntamiento de todos los bienes. Hacerles ha este manjar inmortales y darles ha vida para siempre. Por eso dice el sabio: «Arbol de vida es para los que la alcanzaren y bienaventurados son los que la tuvieren.» Esto dice hablando de la divina sabiduria, en cuya contemplación consiste la mayor parte de este convite.

Como el árbol de la vida, si el estado de la inocencia durara, fuera causa de vida inmortal, mediante tu divino favor, que fuera la principal causa, así también en aquel reino esta comida hará a los bienaventurados inmortales y en alguna manera eternos, porque estarán tan vueltos a ti, bien soberano, que participarán de inmortalidad y no quedarán sujetos a mudanza, y hay gran diferencia de esta comida a todas las otras, porque en las otras comidas el manjar es convertido en el que lo come, y aquí el manjar convierte en sí a quien lo come. Por lo cual, un Profeta dijo: «Convertirse han todos los que se asientan a su sombra.»

No se oye allí sino voz de regocijo. El vino celestial alegra el corazón y el manjar esfuerza el pecho y deja tan limpia la garganta, que se oyen las voces de su alegría, donde dan muestra de lo que sienten y confiesan tus maravillas y la grandeza de tus beneficios, y como es infinita la materia de que tratan, así será sin término su confesión.

¡Oh, qué música tan celestial y qué diestros los cantores, cuán a compás que debe ir y cuán sentido el maestro de capilla que rige el coro, pues siendo tantas y tan diferentes las voces que dice San Juan en el Apocalípsis, que son voces como de muchas aguas, hacen tan suave y acordada consonancia » Bienaventurados los que moran en tu casa, porque para siempre te alabarán. Voz de alegría y de salud en las moradas de los justos». Esta es aquella suave canción

de la cual un profeta hace mención diciendo que los que entraren en la santa ciudad oirán la canción como de fiesta y solemnidad de gran júbilo y alegría.

¡Oh, hartura nuestra y delicado manjar de nuestras almas!, ¿cuándo, Señor, vendrá el día en que se vea mi alma en esa opulentísima mesa, gustando del mantenimiento celestial y música de tu gloria? Mi ánima te desea en la noche, porque no pudiendo con paciencia sufrir las oscuridades y tinieblas de esta vida, desea verse contigo y gozar de la luz del cielo Susténtome ahora con los relieves de esa mesa, porque así como aquellos mozos que se criaban en Babilonia, para que después pareciesen delante del rey Nabucodonosor, eran mantenidos con el manjar de la mesa del rey, para que siendo bien criados y hermosos y sin mácula, pudiesen asistir a la presencia de él, de esta manera los que te han de ver, Señor, en el cielo, si quieren ser dignos de tu presencia, conviene que cuando allá entraren en el cielo, vayan sin defecto ni fealdad alguna de pecado y que se críen desde acá y aquí en este destierro babilónico con esos manjares celestiales. Con los relieves de tu gracia, que desciende del cielo en nuestras almas, me tengo yo de mantener aquí si quiero dignamente verte en la gloria. Los que se crian con los viles y groseros manjares del mundo, no son para parecer delante de ti en la bienaventuranza. Son los tales lanzados del palacio de Nabucodonosor como rústicos que hieden a los ajos; por tanto, conviene que me mantenga con pan del cielo si quiero ser de tu celestial palacio y del número de los cortesanos que te sirven en las moradas perpetuas.

Este es el manjar real que envia de su mesa el rey David a su fiel siervo Urias. Son estos los gustos espirituales y consolaciones divinas con que sustentas a los tuyos en este mundo, como con las sobras de los abundantísimos manjares que se comen allá en la mesa de tu gloria. ¿Con qué pan se sustentó Elías cuarenta días y cuarenta noches, sino con el pan que le dió tu santo ángel y con él llegó hasta tu

santo monte llamado Orab? «El Señor me rige»—canta el Salmista—y como dice otra traslación «el Señor me apacienta y ninguna cosa me faltará». Falta a los mundanos el mantenimiento y así padecerán hambre como perros y cercarán la ciudad, pero a aquel a quien tú, Señor, apacientas, no faltará cosa alguna, porque estará harto y contento siendo de ti mantenido. Ponerme ha en los pasos de tu gloria y en los abundantes y altos montes de Israel, donde veré a Dios y me llevará sobre las aguas de refección hinchiendo mi apetito y hartando mi deseo, comiendo de aquel pan vivo que descendió del cielo y es vida y hartura de nuestras almas.





MEDITACIÓN XCIX

Cómo de parte de las criaturas hemos de amar a Dios.



SON tantas las razones que hay para amarte Dios, mío y dulzura de mi alma, que cuando no quisiere alzar los ojos al cielo para acordarme de quién tú eres y tus infinitas y admirables perfecciones, si los pusiere en la tierra y mirare todo este universo y lo que tus divinas manos de nada criaron, aquí hallara mi alma muy grande causa para amarte, pues no puede convertirse a parte alguna sin ver tus obras maravillosas.

De parte de las criaturas te debo amar, pues todas ellas te sirven con lo mejor que tienen y en la mejor manera que pueden y perfectamente te obedecen. Pues así yo, con lo mejor que poseo y en la mejor manera que puedo, perfectamente te tengo de servir a ejemplo de las otras criaturas inferiores a mi vida, dando a tu divina majestad lo mejor que yo tengo, que es el amor. ¿No miras, ánima mía, cómo el árbol endereza todas sus obras a una, que es la mejor de todas, que es a producir la fruta para que goce el hombre? De esta manera debo yo, Señor, ordenar todas mis obras

a una que sea la mejor de ellas y darla a ti, mi Dios, como e árbol me da a mí lo mejor que tiene.

La mejor obra que yo puedo hacer y la mejor fruta que yo te puedo dar es amarte. En el Evangelio nos comparas a los árboles, de los cuales el árbol que no acude con buena fruta a su Señor, dándote amor, que es la fruta que de nosotros quieres, sea cortado y lanzado en el fuego del infierno. Sírvente, Señor, las criaturas con todas sus fuerzas continuamente, de noche y de día, en tiempo sereno y turbio; así yo te amaré, Dios mío y hacedor mío, con todas mis fuerzas, de día y de noche, en prosperidades y adversidades. Las criaturas sirven a mí solo y según su propia naturaleza; así yo debo a ti solo servir y amar de libre voluntad con alegría. Las criaturas me dan sus dones en la mayor perfección que pueden, y si así no me los dan, no los tomo, pues de mi árbol quiero el fruto bien maduro, sano y dulce y a su tiempo y perfecto, y cuando así no lo hace, lo corto por la raíz para el fuego. Así trabajaré yo de dar a ti, mi Dios, el amor que es fruto a ti debido, bien maduro, dulce, sano y perfecto y en todo tiempo, porque este fruto en todo tiempo tiene sazón.

Las criaturas no me sirven a mí con engaño ni pereza ni doblez, mas con simple y pronta atención; así yo te tengo de servir y amar sin engaño y sin pereza. De todo lo que, Señor, hiciste y criaste, tengo yo de tomar doctrina cómo he de servirte. En todas ellas veo resplandecer tu infinito poder y sabiduría, y en cada una de ellas te hallo presente, pues todo lo hinchas con tu presencia, como tú mismo lo dices en la Escritura. Ni el centro de la tierra es lo más lejos de ti, ni el cielo más cerca, aunque tus efectos sean diferentes y en diferentes lugares. Todo estás en toda parte y todo está en tu presencia. Desnudo está el infierno ante ti y no tiene cubierta la perdición por ser su estado tan diferente del tuyo. Todas las cosas están desnudas y patentes a tus ojos. Siento ahora algunas veces tu presencia, cuando me detienes de mis malos caminos y me enderezas

a los buenos. Siento tu favor y que eres librador mío, y oigo alguna vez aquella tu dulce voz que me despierta del sueño y me da nuevos alientos de vida. Mas acontece que, como dijo Moisés al Pueblo: «Su voz oístes, pero no vistes su rostro.»

Veo las obras de tus manos, pero por ser tan grandes y hermosas, por todas ellas no podré conocer la hermosura de tu pie, cuanto más la belleza de tu cara. Pasas siendo inmutable, tan de corrida por estas cosas, que me dice el Profeta que andas sobre la mar y sobre sus profundas aguas dejas sendas. Eres tan grande sin cantidad y tan infinito sin medida ni término, que el cielo es tu silla y la tierra el banquillo de tus pies. Por estas cosas que criaste vengo rastreando el conocimiento de quién eres, ya que no puedo ahora ver tu presencia en esta vida, pues ninguno de los mortales te verá y vivirá en el mundo. Y después que eres, mi Dios, de majestad eterna, vida mía y omnipotentísimo Señor, y yo criatura tuya, que de nada me criaste, es tanta tu bondad y clemencia, que después de tantas obligaciones como el hombre te tiene, no quisiste obligarle a cosa penosa, sino sólo a que te amase, que es un oficio dulce, jocundísimo y amable. Veo, pues, ahora otra mayor bondad tuya, pues quisiste que aquella misma obligación que tiene el hombre de amarte se convirtiese en sólo provecho suyo. Porque aunque tú nos amas y deseas nuestro amor, no lo haces por algún provecho tuyo, pues no tienes necesidad de nada, pero háceslo porque el hombre, amándote, se enriquezca de verdaderas riquezas y haya grandes provechos y se enriquezca mucho.

De dos cosas tiene el hombre muy grande necesidad. La una, de ser y conservar su ser, y la otra, de buen ser y conservar su buen ser, porque el que no tiene buen ser mejor le sería no ser. Del servicio de las criaturas que naturalmente sirven al hombre, conserva su ser el mismo hombre; del provechoso servicio del amor que el hombre libre voluntariamente da a ti, Señor y Dios nuestro, recibe buen

ser y provechosísimo ser, y perseverando en tu divino amor conserva el hombre su buen ser, que es el de gracia. Y así como el servicio de las criaturas es continuamente necesario al hombre para que sea y conserve su ser, así el servicio y amor que el hombre debe a tu Divina Majestad ha de ser continuo, si el buen ser que es el ser de gracia quiere que dure y persevere en él. Y como es necesario a mí el morir en negándome las criaturas el servicio que me deben. así me será necesario morir espiritualmente cuanto al alma, si yo no diere a ti, mi Señor, como a criador mío, el servicio del amor que te debo. Porque si la vida de mi cuerpo humano depende del servicio de las criaturas, y éste, faltando, luego le falta la vida, así también como la vida del alma se funde y sustente en el servicio y amor tuyo, necesariamente, faltando este amor, luego morirá espiritualmente el alma.

De donde se concluye que el que a ti no ama, es verdaderamente muerto y que no le aprovecha nada el servicio que de las criaturas recibe, si el mismo hombre primero no te ama. Y de aquí también resulta que cuando las criaturas me sirven y yo no te sirvo, ellas todas pierden su servicio y son privadas del provecho de sus trabajos, porque no alcanzan el fin para que fueron criadas. Y si de razón usasen todas, rebelaríanse y se alzarían contra el hombre, negándole sus servicios, y el tal hombre que a ti, Señor, no ama en cuanto en sí es, pervierte y destruye el orden del universo y es indigno de recibir el menor servicio de la más pequeña criatura. Conviene, pues, Señor, que yo te ame para que merezca el servicio de las criaturas, las cuales no se llegan de otra manera a ti sino sirviéndome a mí cuando yo te sirvo. Y por amor de esto, cuando yo te amo y soy el que debo, todas las criaturas se juntan a ti y alcanzan el fin de su creación; yo por mí y las criaturas por mí. Mas cuando yo no soy el que debo, todo lo confundo y pierdo y pervierto cuanto por mí está criado. Pero cuando te amo con el amor que te tengo, reparo y encadeno todas las co-

sas y junto y conservo a todo el universo. Por lo cual, así como cuando te amo merezco que todas las criaturas me sirvan y todas ellas se juntan y llegan a ti, por el contrario, no amándote, soy digno que me nieguen su servicio y se levanten contra mí, según aquello que está escrito: «Peleará la redondez de la tierra contra los locos».

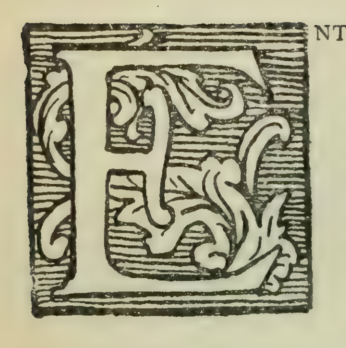
¡Oh, dulce y maravilloso círculo, del cual se muestra que cuando el hombre te ama es un medianero entre ti y las criaturas, pues amándote vuelven ellas por el hombre a su criador, pero el que no es tal, indigno es de ser llamado criatura tuya.





MEDITACIÓN C

De la gloria que alcanzarán los que aman a Dios.



ENTRE las muy grandes y soberanas mercedes que haces a nosotros, tus siervos, liberalísimo y magnificentísimo Señor, esta es una muy señalada y maravillosa, darnos tu divina largueza, gloria y descanso perpetuo, por tan pequeños servicios que te hacemos y breves trabajos que por ti pasamos en esta momentánea y transitoria vida. No son, por cierto, como dice tu santo apóstol, dignas las pasiones de este tiempo, de alcanzar la gloria a nosotros revelada. Pero es tan grande tu bondad y misericordia, que nos prometes vida eterna si te amáremos. Cuando aquel doctor de la ley llegó a ti y te preguntó qué haría para alcanzar la vida eterna, tú le respondiste que amase a Dios y al prójimo como a sí mismo. Mira, Señor, y cómo quieres premiar el amor con tu gloria y perpetuo descanso.

Pues si no me mueve a amarte, Dios y Creador mío, ser tú quien eres, y tantos y tan grandes beneficios que cada día recibo, y tan diversos regalos que del cielo y de la

tierra y de todos los elementos me vienen, ¿por qué no me mueve siquiera a tu amor el premio tan grande que espero? Vergüenza tengo de que me venzan los hombres sensuales y puramente seglares en sus deseos. ¿Qué no sufre un mundano por alcanzar un breve deleite de la carne, que pasa como el humo, dejando atormentada la conciencia? ¿Qué no hace un avariento por una muy poca ganancia, que muy presto ha de dejar, que quiera o que no quiera? ¿Qué un ambicioso por una vana honrilla que por ventura lo ha de traer al cuchillo?

Y yo, que no trabajando, sino amando, podría alcanzar la gloria que me tienes aparejada, no quiero amarte. Si no me mueve a tu amor ser tú quien eres, bondad infinita y sumo bien, y el grande amor que me tienes y lo mucho que por mí has hecho y beneficios sin cuento que de tu mano he recibido, muévame siquiera la bienaventuranza, que es gloria infinita que prometiste a los que te aman, donde para siempre jamás gozaré de la vista de tu esencia divina, sin nunca poderte perder. El premio de los que te aman es reinar. Ama y reina. ¿Qué cosa hay más fácil que amar ni qué cosa hay más gloriosa que reinar? Ojos no vieron, ni oídos oyeron, ni en corazón de hombre subió, ni a pensamiento llegó lo que tiene Dios aparejado para los que le aman. Cuando la reina de Saba vió la gloria de la casa de Salomón, los trajes de sus criados, el concierto de sus servicios y los manjares de la mesa real, faltóle el espíritu y lengua y túvose por engañada, por ser menos lo que había oído que lo que veía. ¿Pues qué será, Dios y Señor mío, cuando viere mi alma tu cara y entrare en aquel celestial palacio de tu gloria y oyere aquellas músicas angélicas? Nadie lo puede decir, y por eso dijo tu Santo Apóstol que no tenía licencia para hablar en lo que allá vió, porque todo lo que podía decir era tan poco, que pudiera ser ocasión de ser menos estimado de los que tan poco pueden entender de cosas tan subidas. Allí estarán los que te aman, como embriagados con la abundancia de tu casa y como arroyo de deleite en-

trará en su boca de ellos, aparejando en el monte de la eternidad, convite de cosas gruesas, tiernas y delicadas.

«Aparejará para que entren en el gozo de su Señor, y asentándose el pueblo que ama a su Dios en la hermosura de paz, servirlos ha el rey pasando por ellos». Vemos aquí ahora en espejo y por veril, pero entonces te veremos rostro a rostro, así como eres; ahora te conocemos en parte, pero entonces te conoceré así como soy conocido; conviene a saber, perfectamente, como soy conocido de ti. Cuando aparecieres seremos a ti semejantes y te veremos así como eres. En tu lumbre veremos la lumbre y veremos al rey en su hermosura Todo eres rostro y cara y en el cielo no tendrás aquellas espaldas que mostraste a Moisés en el monte, y así, viendo tu rostro, te veré todo, y siendo tú infinito, veré una infinidad. ¡Oh, cuánto se extenderán mis ojos, pues serán suficientes para ver tu deidad infinita! Allí veremos todo el bien que dijiste que mostrarías a Moisés, donde beberá el animal de la fuente de la vida y en la lumbre de Dios verá su lumbre, donde la esencia de Dios es especie e imagen suya y donde Dios es aquel galardón grande y copioso prometido a Abraham y a todos los justos. Aquí hay gran multitud de dulzura escondida para los que temen a Dios y donde está guardado infinito tesoro para los hombres y donde verán todos los bienaventurados a aquel único y sumo bien. Entonces quitará Dios todas las lágrimas de los santos, donde no habrá muerte ni lloro ni clamor, ni habrá más dolor alguno.

¡Oh, cuán amadas son tus moradas, Dios mío, Señor de las virtudes! Codicia y desfallece mi ánima las entradas de tu casa. Recogerá tu vista todos mis pensamientos y juntará todas mis fuerzas, para que yo todo eterno me emplee en ti, que no será pequeña razón de bienaventuranza, ver que no se perderá un pequeño cabello de mi cabeza ni habrá en mí cosa que de ti no será, como parte de galardón. Dice un profeta que es la gloria del Señor, para que nunca me derrame, para que viva siempre entero en quien me será

mejor estar que en mi mismo. Todo lo de acá es falso color que se despinta, pero tu Amado y Discípulo dice: «Ahora somos hijos de Dios y no parece lo que seremos. Cuando apareciere seremos semejantes a Dios, porque le veremos así como es No se parece lo que hemos de ser, mas cuando el Señor se mostrare, entonces tendremos verdadero lustre, cuando lo viéremos como él es». Y esto es, Señor, lo que principalmente hallaré cuando en tu presencia me viere: que veré lo que tú eres. Harto era hallarme a mí, pero mucho más es hallarte a ti y contigo todas las cosas. En ti, espejo sin mancilla e imagen de la bondad de Dios y luz eterna, se muestra lo que tú eres, y es tal tu imagen, que nada te puede representar sino tú mismo. En ti parece el resplandor de tu gloria, tu natural Hijo, y aquel fuego de amor divino que de ti y de tu Hijo eternalmente procede. Entraré en las potencias del Señor y acordarme he de sola tu justicia y veré aquella virtud inmensa que todo lo mueve, sin cansarse, y aquella sabiduría que todo lo concierta sabrosamente y aquella bondad que a todos se comunica. Veré en ti, causa universal, el ser de tus criaturas más perfecto que en ellas mismas, porque en ti está el original de donde ellas se sacaron. Y en fin, veré todo lo que ahora creo, y tendré presente todo lo que deseo, y en llegando, pararé, para más no moverme, y estando en ti firmemente veré la mudanza de todas las otras cosas, ni habré miedo de que el tiempo gaste tanto bien, porque ya gozaré de tu eternidad. Loco será el que dijere que ha dicho mucho de tu gloria y no confesare que no ha dicho nada, en relación con lo que se pudiera decir. Hable, Señor, la lengua de ti, porque de otra manera no se satisface el deseo, mas para guardar el respeto que a tu gloria se debe, humíllase el entendimiento y bajando los ojos dice que no sufre tanta claridad, y que si de ti piensa y habla, que no es para comprender lo que tú eres, sino para más encender la voluntad en tu llama, cuyo calor ahora se siente y cuya claridad se ha de ver en tu reino, gozando de ti, entre aquellas angéli-

cas jerarquías y multitud de tus escogidos, en aquella bienaventuranza eterna y celestial Jerusalén, que es tu gloria, donde vives y reinas por siempre jamás. Amén.

ACÁBANSE LAS MEDITACIONES DEL AMOR DE DIOS





T A B L A

Páginas

Meditación primera.—Cómo todo lo criado nos convida al amor del Criador........ 1
Meditación II.—Cómo las criaturas nos envían al divino Amor............. 4
Meditación III.—Cómo Dios ha de ser amado por sí mismo................ 8
Meditación IV.—Que Dios ha de ser amado por ser sumamente bueno........................... 12
Meditación V.—Que Dios ha de ser amado por ser sumamente hermoso........................ 16
Meditación VI.—Cómo ha de ser Dios amado..... 19
Meditación VII.—Cómo Dios solamente ha de ser amado.................................... 23
Meditación VIII.—Cómo Dios ha de ser amado, por ser centro de nuestra alma................ 27
Meditación IX.—Cómo el amor nos lleva a Dios como a nuestro centro..................... 31
Meditación X.—Cómo el alma no se aquieta sino en Dios, como en su centro.................. 35

Páginas

Meditación XI.—Cómo hemos de amar a Dios porque nos ama.... 39
Meditación XII.—Cómo hemos de amar a Dios porque nos amó primero.... 45
Meditación XIII.—Cómo el amor que Dios nos tiene es eterno y tan antiguo como él.... 47
Meditación XIV. — De dónde nace el amor que Cristo nos tiene.... 51
Meditación XV.—Del origen y causa del amor de Jesucristo.... 55
Meditación XVI.—Que este amor de Cristo es sin temor.... 59
Meditación XVII.—De la muestra de amor que nos dió el Salvador en su muerte.... 62
Meditación XVIII.—Cómo la cruz de Cristo enciende nuestras almas en amor.... 65
Meditación XIX.—Cómo Dios ha de ser amado por ser nuestro bienhechor.... 70
Meditación XX.—De que Dios ha de ser amado por los beneficios que nos hace.... 74
Meditación XXI.—Que Dios ha de ser amado por ser holganza nuestra.... 79
Meditación XXII.—Del beneficio que nos hizo Dios en darnos a su hijo.... 83
Meditación XXIII.—Del amor que Dios nos tuvo dándonos a su hijo.... 87
Meditación XXIV.—Cuán grande fué el amor de Dios dándose a sí mismo.... 92
Meditación XXV. — De la excelencia del divino amor.... 96
Meditación XXVI.—Del beneficio de la Encarnación.... 101
Meditación XXVII.—Del beneficio de la Redención.... 105
Meditación XXVIII.—Del amor de la Redención.. 110

Páginas

Meditación XXIX.—Del amor con que Cristo se ofreció para nuestra redención.................. 115
Meditación XXX.—Del amor de Dios en dársenos en manjar.................................. 119
Meditación XXXI.—Cómo Dios en el Sacramento del altar satisfizo el amor que nos tenía......... 123
Meditación XXXII.—Cómo mostró Dios su amor en el tiempo en que instituyó este sacramento... 127
Meditación XXXIII.—Del amor y aparejo con que se ha de recibir este Sacramento.............. 132
Meditación XXXIV. — Del beneficio de la Creación.. 137
Meditación XXXV.—Del beneficio de la Conservación.. 142
Meditación XXXVI.—Del beneficio dado a nuestro cuerpo.. 146
Meditación XXXVII.—De los bienes de naturaleza dados a nuestra alma......................... 151
Meditación XXXVIII.—De los bienes de gracia dados a nuestra alma............................ 156
Meditación XXXIX.—Del bien de esta gracia divina y amor...................................... 160
Meditación XL.—De los males que Dios nos libró. 164
Meditación XLI.—De los bienes a nosotros prometidos... 169
Meditación XLII.—Cómo el fundamento de todos los beneficios de Dios es el amor............. 164
Meditación XLIII.—Del mandamiento del amor de Dios.. 178
Meditación XLIV.—Que manda Dios que le amemos por enriquecernos............................ 193
Meditación XLV.—Que manda Dios que le amemos porque vivamos.................................. 188
Meditación XLVI.—Cómo el amor de Dios es vida de nuestra alma................................ 183

Páginas

Meditación XLVII.—Que manda Dios que le amemos por darnos vida descansada.............. 197
Meditación XLVIII.—Cómo el amor de Dios hace suaves todas las cosas.......................... 202
Meditación XLIX.—Que manda Dios que le amemos por honrarnos.......................... 206
Meditación L.—Cómo se entiende el mandamiento del amor de Dios.......................... 210
Meditación LI.—Cómo el mandamiento del amor de Dios es el grande y primero mandamiento.... 215
Meditación LII.—Cómo Dios ha de ser amado por ser Señor.......................... 220
Meditación LIII.—Cómo Dios ha de ser amado por ser Dios.......................... 225
Meditación LIV.—Cómo Dios ha de ser amado por ser nuestro.......................... 230
Meditación LV.—Cómo Dios ha de ser amado de todo nuestro corazón.......................... 234
Meditación LVI.—Cómo pide Dios lo interior de nuestra alma.......................... 239
Meditación LVII.—Cómo Dios ha de ser amado con todas nuestras fuerzas.................. 244
Meditación LVIII.—De las grandes fuerzas de amor de Dios.......................... 249
Meditación LIX.—Cómo todos pueden amar a Dios. 254
Meditación LX.—Que no podemos pagar a Dios sino con amor.......................... 259
Meditación LXI.—Cómo solamente nos pide Dios que le amemos.......................... 263
Meditación XLII.—Cómo el amor no se paga sino con otro amor.......................... 267
Meditación LXIII.—Cómo no tiene el hombre otra cosa propia sino amor.......................... 271
Meditación LXIV.—Cómo hemos de amar a Dios así como él nos ama.......................... 276

Páginas

Meditación LXV.—Cómo nos ama Dios.......... 280
Meditación LXVI.—Cómo nosama Dios en particular.................................. 285
Meditación LXVII. — Del vínculo indisoluble del amor de Dios.......................... 290
Meditación LXVIII.—Cómo el amor de Dios es vínculo de perfección..................... 295
Meditación LXIX.—De los bienes que proceden de este vínculo de amor..................... 300
Meditación LXX.—Cómo el amor de Dios es deleitable.................................. 304
Meditación LXXI.—Cómo el amor de Dios es don del cielo.............................. 309
Meditación LXXII.—Cómo se alcanza y conserva el don celestial del amor.................. 313
Meditación LXXIII.—Cómo no podemos amar a Dios y al mundo juntamente.................. 318
Meditación LXXIV. — De los grados del divino amor.................................. 323
Meditación LXXV.—De las propiedades del amor de Dios................................. 328
Meditación LXXVI.—Cómo el amor transforma al amante en el amado....................... 333
Meditación LXXVII.—Cómo el amor de Dios enciende a nuestra alma en deseos celestiales...... 338
Meditación LXXVIII —Cómo al que ama a Dios le es penosa esta vida....................... 342
Meditación LXXIX.—Cómo el amor se manifiesta en las obras............................ 347
Meditación LXXX.—Cómo el amor de Dios da el mérito a nuestras obras.................... 352
Meditación LXXXI.—Del fin del verdadero amador de Dios.............................. 357
Meditación LXXXII.—Cómo el amor de Dios es muy provechoso......................... 362

Páginas

Meditación LXXXIII.—Cómo Dios nos llama para que le amemos.......................... 367
Meditación LXXXIV.-Cómo el amor nos lleva a Dios 372
Meditación LXXXV.—Cómo el divino amor despierta nuestra memoria.................... 377
Meditación LXXXVI.—Cómo el amor de Dios nos trae en conocimiento de él.................... 381
Meditación LXXXVII.—Cómo el conocimiento de Dios nos lleva a su amor.................... 386
Meditación LXXXVIII.—Que el amor se levanta a querer cosas mayores.................... 391
Meditación LXXXIX.—Que el que no ama a Dios le hace injuria, y a sí mismo daño............ 396
Meditación XC.—De la contrariedad que hay entre el amor de Dios y el amor propio............. 401
Meditación XCI —De los frutos del amor de Dios y daños del amor propio.................... 407
Meditación XCII.—Cómo la brevedad de esta vida nos convida a amar a Dios.................... 412
Meditación XCIII.—Cómo lo mucho que Dios nos sufre nos obliga a amarle.................... 417
Meditación XCIV.—Que Dios ha de ser amado por ser fiel amigo nuestro.................... 422
Meditación XVC.—Cómo Dios ha de ser amado por ser guarida y casa nuestra.................... 427
Meditación XCVI.—Que Dios ha de ser amado por ser refugio nuestro.................... 432
Meditación XCVII.—Cómo Dios ha de ser amado por ser librador nuestro.................... 437
Meditación XCVIII.—Cómo Dios ha de ser amado por ser hartura nuestra.................... 442
Meditación XCIX.—Cómo de parte de las criaturas hemos de amar a Dios.................... 447
Meditación C.—De la gloria que alcanzarán los que aman a Dios.......................... 452

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
ESTA OBRA EN LA IMPRENTA
DE ALBERO, DE MADRID, EN AGOSTO DE 1920

CUBIERTA Y DECORACIÓN
DE MOYA DEL PINO



